Francisco de Borja

Los enigmas del duque jesuita

Francisco de Borja
Los enigmas del duque jesuita

PEDRO MIGUEL LAMET

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2009, Pedro Miguel Lamet
© 2009, Styria de Ediciones y Publicaciones S.L.
Tuset, 3, 2° – 08006 Barcelona
www.styria.es
Primera edición: septiembre de 2009

Este libro ha contado con la colaboración del
Ayuntament de Gandía en el marco de las celebraciones
del V Centenario de San Francisco de Borja (1510-2010).

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO
Diseño de la cubierta: Pedro Galván
Maquetación y corrección: Cristina Payà (*www.ipstudio.es*)
ISBN: 978-84-92520-28-2
Depósito Legal: Z-2808-2009
Impreso y encuadernado por Ino Reproducciones S.A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El mundo no tiene orejas para oír tal estampido.
Ignacio de Loyola

Índice

1. El encargo 11
2. La sangre 18
3. El primogénito 30
4. Isabel y Leonor 45
5. El íntimo del César 61
6. La hoguera 78
7. Bandidos 92
8. El lugarteniente 106
9. Ilustre primo 122
10. El estampido 140
11. Pájaro solitario 157
12. La despedida 167
13. Tierra de Ignacio 183
14. La princesa 196
15. Egipto 209
16. Desde Yuste 225
17. La Inquisición 242
18. Nada te turbe 260
19. El general 270
20. La embajada 295
21. El último viaje 318
22. Leño y hoguera 332

Nota del autor. *Historicidad y fuentes* 344

1

El encargo

En punto y en un punto. Comparando la Tierra con la circunferencia del postrer cielo, dicen las matemáticas que la Tierra es como un punto en comparación de la grandeza del primer móvil. Los filósofos también dicen que todo el tiempo de la vida comparado con la eternidad es menor que un punto, por no haber proporción entre lo finito y lo infinito. Y eso es lo que quiere expresar la frase latina *puncto et in puncto*: «En punto y en un punto». Es que el mundo en que vivimos no es mayor que un punto, y la vida que en él se vive aún no es mayor que otro punto. Siendo esto así, no acertará quien pusiere su confianza en una cosa tan pequeña como el mundo, ni en cosa tan corta como la vida.

Éstas y semejantes reflexiones, destinadas a un libro que, bajo el título de *Empresas morales,* pienso entregar andando los años a la imprenta, siguen vibrando en mi mente desde el día en que vuestra santidad me concedió la gracia de convocarme a mí, indigno siervo e hijo de la Iglesia, a la solemne magnificencia de los palacios vaticanos.

—Levantaos, embajador —me dijisteis tendiéndome vuestra larga y ensortijada mano, mientras yo permanecía postrado y besándoos humildemente vuestra zapatilla de seda roja—. Ya sé de vuestra rendida y fiel devoción a esta sede apostólica como corresponde a un sucesor de la noble estirpe de los *Borgia*, o Borja, como soléis decir en vuestros reinos de España.

Cuando levanté los ojos me cegó la púrpura de un grupo de cardenales que rodeándoos sonreían, sin duda escrutando en mí los rasgos de mis ardientes antepasados que marcaban la todavía reciente historia del poder de Roma y la huella indeleble que acababa de dejar mi recién fallecido

padre, quien, además de general de los jesuitas, pasaba a formar parte de la historia como grande de España y embajador de Su Santidad, al lado del cardenal Alejandrino.

Un sol dorado, sensualmente italiano, acariciaba el venerable rostro de vuestra santidad y los ricos cortinajes de la logia, cuando, sin más preámbulos, me concretasteis:

—Basado en esa fidelidad y alcurnia, deseo, ilustrísimo y amado Juan de Borgia, pediros una merced y un gran servicio a la santa Iglesia, a la que sé profesáis verdadero amor de hijo.

Me habían dicho que el nuevo papa era un hombre bondadoso y que el pueblo de Roma jugaba con vuestro apellido, Buoncompagni, llamándoos *buon compagno*, un buen compañero. Observé que una barba rizada subrayaba ese aire suave y señorial de vuestros modales.

—Dad por descontado, beatísimo padre, que si está en mi mano, haré cuanto me ordene vuestra santidad.

Fue un momento, para mi, cargado de emoción y trascendencia. Recuerdo que entonces despedisteis con un gesto a vuestros colaboradores mientras vuestra mano, después de ajustar el camauro[1] rojo bordeado de armiño que oculta la amplia entrada de una noble cabeza, señaló un asiento. Entonces me di cuenta de que con toda intención nos hallábamos en los salones de los Borgia. Los frescos que ornamentaban la estancia papal con retratos de Calixto III y Alejandro VI, mis antepasados, coincidían en un rasgo común, la típica nariz, ostentosa y hacia abajo, que caracteriza a mi familia.

—Amado hijo Juan: no ignoráis que la muerte de vuestro egregio padre ha conmovido no sólo al orbe católico sino incluso a las más poderosas cortes y casas reales de la cristiandad. Vos sabéis mejor que yo las cualidades, virtudes y variadas facetas, incluso en la apariencia contradictorias, que confluyeron de forma eminente en la señera figura del desaparecido Francisco de Borja. Biznieto de un papa y de un rey, grande de España, virrey de Cataluña, padre vuestro y de siete hijos más, duque de Gandía y marqués de Llombay, supo al mismo tiempo dejarlo todo, en la medida

1. Birrete rojo en forma de capucha usado por los papas antiguamente para protegerse del frío, y que Benedicto XVI ha vuelto a usar algunas veces.

que tan grandes vivencias y formación que dan las honras mundanas se pueden dejar, y se hizo de pronto un humilde jesuita a los treinta y ocho años para trasladar su sabiduría y su larga experiencia de mando al *gobernalle* de la nave de la Compañía de Jesús. Tal hizo como prepósito general de esta querida orden y segundo sucesor de Ignacio de Loyola.

Levantasteis la mirada hacia el artesonado para luego clavarla en mí.

—Vuestro padre, hijo mío, vivió de todo: conoció el matrimonio, la paternidad y la consagración religiosa; el gobierno de España como consejero de la princesa Juana, y las más delicadas tareas diplomáticas, que le encomendara casi al fin de su vida mi predecesor, de santa memoria, Pío V. Vivió en el rincón de la mística y en el proceloso vórtice de los conflictos. Guerra y enfermedades, negocios y tensiones políticas, amores y desamores, honras de la Iglesia y persecuciones inquisitoriales, la gloria y la cruz. Trató familiarmente con el fundador Ignacio de Loyola; con la preclara Teresa de Jesús, la santa reformadora del Carmelo; con el asceta Pedro de Alcántara y el maestro Juan de Ávila; con obispos insignes, como Tomás de Villanueva, Carlos Borromeo y Juan Ribera, que han dejado con su vida una estela imborrable de virtud y buenas obras.

Vuestra santidad hizo entonces una pausa para contener el aliento. La luz dorada que entraba por el ventanal prestaba a vuestro perfil el relieve de un apóstol de Donatello.

—En fin, sabéis mejor que yo, como embajador en Portugal, que también aconsejó al docto fray Luis de Granada y a nuestra fiel reina Catalina, y que trató de cerca a lo más granado de la aristocracia y del poder temporal. Validos, cardenales, reyes y reinas, sin excluir a su gran amigo el emperador Carlos, en persona, y a su hijo, el felizmente reinante Felipe II, que desde niño contó con su amistad, gestión y consejo, conocieron su trato, sus virtudes, sus sutilezas. ¿Qué os voy a decir que vos, Juan, como hijo y colaborador suyo, no sepáis?

Mientras os escuchaba, todo mi ser asentía desde dentro a palabras que se deleitaban en las loas a mi padre. Sí, sabía muy bien que todo aquello era cierto, y mucho más que nadie como un hijo conoce de su padre. Pero, a medida que estos elogios se multiplicaban, menos podía entender a dónde se dirigían vuestros propósitos o con qué fin habíais reclamado mi presencia.

Entonces os levantasteis de la sede tapizada de blanco y, enderezándoos el pectoral de rica pedrería sobre la muceta roja que resaltaba más en la impoluta sotana, sonreísteis con solemnidad y, sin dejar de hablar, fijasteis en mí una penetrante mirada.

—Pero me preguntaréis: ¿dónde quiere ir a parar el papa Gregorio XIII con estas alabanzas? Os confieso que me mueven a un tiempo la humana curiosidad y mi solicitud como pastor universal de la santa Iglesia, en la medida de que se trata de una figura que podría ser ejemplar para los siglos venideros. Porque muchas veces me pregunto: ¿quién fue realmente vuestro padre? ¿Un hombre que quiso vivirlo todo: desde el amor a la mujer a los deliquios de la contemplación mística? ¿Un noble que nunca dejó realmente de serlo? ¿O un santo jesuita que impregnó de rancio sabor ascético la orden fundada por Loyola? ¿Fue padre de hijos sobre todo, según la carne o según el espíritu? ¿O quizás logró ambas cosas? ¿Un reo de la Inquisición o un escritor de sublimes tratados espirituales?

Con un pretendido silencio retórico subrayasteis el dramatismo de las preguntas.

—Me cuentan, don Juan, que nunca dejaron de llamarle «duque», incluso entre los jesuitas; ni de recibir sueldos y hasta medicinas de su casa; ni de manejar influjos y tratar con las personalidades más destacadas de su tiempo y los poderosos de este mundo. Me han comentado su fijación en las postrimerías del hombre, pero también que holgó en un tiempo del buen comer y beber; y también de su simpatía y proverbial buen humor levantino. Que amaba a la Compañía de Jesús, pero que no dudó en dejar al final el gobierno en manos de sus colaboradores. Que, incluso físicamente, pasó de grueso y corpulento a delgado y famélico. ¡Tantas y tan enigmáticas cosas me han contado de vuestro padre que, para aclararme y aclarar su memoria, me veo obligado a haceros un encarecido ruego!

El papa hizo otra pausa y se dirigió a la mesa de caoba sobre la que reposaban, junto a unos artísticos candelabros repujados en oro y diversas plumas de ave, unos cartapacios de piel blanca atados con cintas de seda roja.

—Mirad, mirad, hijo, estos papeles. Hace meses que vengo recopilando declaraciones e informes de eximias personalidades que le trataron y le conocieron a fondo. Desde su hermano de padre, vuestro tío Tomás Borja, a su secretario, el eficaz padre Polanco, pasando por nobles, criados

y amigos. Todos estos papeles sin duda arrojan alguna luz sobre la figura de vuestro padre.

La carpeta guardaba documentos, bulas, sobres lacrados.

—Me han ilustrado no poco sobre su poliédrica personalidad: de cómo supo negociar hábilmente con la reina de Portugal, Catalina de Austria; cómo actuó en su virreinato de Cataluña, sus fundaciones, sus cartas, sus limosnas, el pormenor de sus enfermedades, su estrecha relación con el rey de España, don Felipe, y también las sospechas de éste...

Arqueasteis las cejas y os mesasteis la barba.

—Pero, al terminar la lectura de estos y otros documentos, no acabo de salir de mi asombro y sigo preguntándome lo mismo: ¿quién era este hombre tan singular? ¿Dónde terminaba el grande de España, el poderoso de este mundo, y dónde comenzaba el santo, si es que realmente lo fue? ¿Qué pudo, a fin de cuentas, en él más, el *Borgia* o el jesuita? ¿O es que a la postre vuestro padre no dejó de ser hasta su muerte un duque, como todos lo llamaban, un «duque jesuita»?

Se estaba poniendo el sol y por los entreabiertos vitrales vaticanos, un deshilachado crepúsculo traía el rumor de lejanos carruajes y de una creciente marea de multitudes que parecían aproximarse. Me llamó la atención que el papa hubiera pronunciado intencionadamente en esta ocasión mi apellido a la italiana: Borgia, y no Borja; por lo que en aquel momento solemne de silencio me vino a la mente la figura gruesa y potente de mi antepasado Rodrigo, que, además de contemplar pintado en aquellas paredes vaticanas, había visto desde niño en cuadros de nuestro palacio de Gandía y que pasó a la historia con el nombre de Alejandro Borgia, dejando una estela de hijos ilegítimos y una fama imborrable ligada a nombres como Lucrecia, Jofre, Juan y, sobre todo, César Borgia. Allí, ante mí, veía erguido a su sucesor, la cabeza visible de la Iglesia, el obispo de Roma, el *pater patrum*, el vicario de Cristo.

Le miré con emoción. ¡Tantas veces había cabalgado de niño junto a mi padre! ¡Le había servido y acompañado con tanto amor siendo ya general de los jesuitas en su primer viaje a Roma, y desde mis labores diplomáticas en Portugal! Sólo recordarle hacía alumbrar mis lágrimas a flor de los ojos. Me incliné en una profunda reverencia.

—Heme aquí. Decidme, santidad, ¿en qué puedo serviros?

—Queremos pediros, don Juan, que escribáis un informe completo y ponderado, donde deis respuesta a nuestras preguntas y os adentréis en los enigmas de vuestro padre. Nadie como vos tan indicado para ahondar en su vida y su alma. Pero, atended bien, no buscamos sólo una relación de datos, fechas y acontecimientos. Sé bien que el padre Ribadeneria y otros jesuitas preparan biografías hagiográficas y que ya se recopilan testimonios y declaraciones. Me temo que esos libros y documentos destilarán alabanzas y deliquios espirituales, como suele suceder en tales casos: la gloria y singular conversión y grandeza del sucesor de Loyola. Pero vos, vos, don Juan, podéis y debéis escribir de otra guisa, sin que os ciegue vuestro lógico amor de hijo.

No me dijisteis más.

Con un «eso es todo» me alargasteis el anillo para que os lo besara. Yo me arrodillé y deposité un ósculo con humildad en vuestra zapatilla roja. A una llamada, se abrieron las labradas puertas, y el cardenal secretario penetró en la estancia rodeado de clérigos y ministrantes.

—El pueblo fiel os reclama, santísimo padre —dijo con ampuloso gesto el cardenal secretario, mientras los oficiales os revestían de pesados paramentos dorados de pontifical para la bendición a los peregrinos, que ya se agolpaban bulliciosos en la plaza de San Pedro.

Tras despedirme, salí a la plaza, donde formaban un destacamento los ejércitos pontificios vistosamente uniformados por Miguel Ángel. «Los que mandó como un valiente mi polémico tío bisabuelo César», pensé con una sonrisa.

Puncto et in puncto: «En punto y en un punto. Es que el mundo en que vivimos no es mayor que un punto, y la vida, que en él se vive, aún no es mayor que otro punto. Siendo esto así, no acertará quien pusiere su confianza en una cosa tan pequeña como el mundo, ni en cosa tan corta como la vida», escribiría aquella noche en mi libro.

También la de mi padre fue un punto. También él falleció. Allí mismo, en la Ciudad Eterna, el 1 de octubre de 1572, un par de días después de regresar a Roma, tras un viaje de un año en misión diplomática a España, Portugal, Francia y Saboya. Pero ese punto distendido en un tiempo de sesenta y dos años, ¡cuán preñado de hazañas y de vida, qué difícilmente recuperable para la memoria!

Cuando mi criado me abrió, con una respetuosa inclinación, la puerta de la silla de manos, una agridulce sensación de impotencia, mezcla de alegría y nostalgia, se apoderó de mí. Volví mis ojos a la hermosa fachada de San Pedro y pude ver cómo, a los acordes de timbales y trompetas, una abigarrada multitud, con vítores y cantos, recibía al Papa. Vi peregrinos de Saboya, Castilla, Rusia, el Milanesado, Francia, Nápoles y Flandes. Todos se aglomeraban para recibir la bendición del sucesor del apóstol Pedro, que, sobre la silla gestatoria y tocado de la triple tiara, saludaba a las masas. La guardia pontificia cerraba filas a los curiosos en todo momento. Yo, en cambio, había tenido el privilegio de conversar largo y tendido con vos a solas.

Entonces, no pude remediar un secreto regusto interior.

Pese a las habladurías y la leyenda en torno a mi nombre, o quizás precisamente por ellas, di orden de partir a mi escolta con un no disimulado sentimiento de legítimo orgullo por ser y llamarme Borja.

Una lasitud de siglos, envuelta en polvo de oro, embriagaba cúpulas y cresterías de la tarde romana, que me miraba con aires de pálida princesa y, sonriendo entre tímida y procaz, parecía susurrarme palabras íntimas tras de su misterioso velo.

2

La sangre

Cuando ordené detener el cortejo de escuderos y criados que me seguían desde Roma, su visión me produjo un ligero estremecimiento íntimo, un escalofrío de siglos. Imponente y amenazador, desafiante desde sus fosos y almenas, pero señorial y muy lujoso en sus salones y galerías, el castillo de la familia Este se erguía heroico en el centro mismo de Ferrara. Aquella mole despertaba en mi espíritu lejanas resonancias ocultas, quizás encerradas en alguna subterránea raíz de mi estirpe, que emergían, sobre todo, a partir del primer día en que visitara sus oscuras y húmedas mazmorras.

Recuerdo que mi padre, al señalar con su largo dedo aquellas almenas, me narró la increíble historia de Niccolò II, que ejecutó a su propia esposa, Prisina, tras descubrir que se acostaba con su hijastro ilegítimo, Ugo. Pero, sobre todo aquella mole dorada, que se reflejaba imperturbable sobre las aguas quietas de sus propios fosos, me transportaba sin darme cuenta, a una dulce, inteligente y polémica antepasada mía, de la cual aún en estos tiempos se habla en Roma como una leyenda, no sólo por su escandalosa vida, sino sobre todo por su delicada belleza. ¿He de deciros quién era?

Me pareció ver a Lucrecia Borja penetrar en aquel castillo con su cascada de cabellos rubios sueltos al sol, moviendo la sutil y pálida delgadez de su gracil cuerpo dentro de un vestido de seda bordado en oro con las ricas perlas que le regalara su padre, Rodrigo Borja, que no era otro que el propio papa entonces reinante, Alejandro VI.

¡Qué fastuosa debió ser su boda con su tercer marido, Alfonso del Este! El hermano de Lucrecia, César, que fue exonerado por su padre de la púrpura de cardenal para hacer lo que realmente le gustaba, capitanear

los ejércitos pontificios, había recibido al frente de cuatro mil soldados el cortejo que previamente desde Ferrara traía a Roma la petición de la mano de su hermana.

Cuentan, y lo creo, que la novia partió hacia su nuevo hogar custodiada por trescientos caballeros y rodeada de multitud de damas de honor, oficiales y escuderos pontificios, amén de bufones, músicos y heraldos. Una caravana de hasta ciento cincuenta mulas dicen que portaba el lujoso equipaje de Lucrecia. César acompañó hasta la salida de la Urbe a su querida hermana, que al despedirse hundió su frente en el varonil pecho del *condottièro* y prorrumpió en sollozos.

¡Pobre Lucrecia! ¿Estaba realmente enamorada de su hermano César, como dicen? ¿Fue iniciada sexualmente, como también se asegura, por su propio padre, que era al mismo tiempo el Santo Padre? ¿Asesinó César a su otro hermano, Juan, segundo duque de Gandía, como todos los dedos le acusaban? Demasiadas preguntas que nunca tuvieron para mí una cabal respuesta, pues corría mucho el veneno, tanto en pócimas como en plumas, durante aquellos oscuros años, y mis antepasados ostentaban tanto poder en estas tierras italianas como enemigos contaban en sus divididos reinos e incluso dentro de la Iglesia. Alejandro VI, que adoraba a Juan, ordenó una investigación, pero no pudo probar nada sobre las extrañas circunstancias que rodearon la muerte de su hijo.

Descabalgué lentamente de mi caballo frente al castillo y me enjugué el sudor para saborear a sorbos aquella evocación que se cruzaba en mi mente con las imágenes lúgubres del reciente fallecimiento de mi padre, que se había quedado fijo en mi memoria, enfundado aún en una negra sotana y manteo de jesuita por toda mortaja. El sol comenzaba a enrojecerlo como si se avergonzara de tanto odio acumulado durante siglos y a la vez de tanto refinamiento, poder e infortunio.

Intenté recrear en mi imaginación, con un fulgor de trompetas y recios timbales, el momento en que Lucrecia salía para casarse, ornamentada con aquella cofia de dieciséis diamantes, dieciséis rubíes y los cuatro collares de piedras preciosas que le regaló su suegro. Un testigo la describió aquel día como «de talla mediana, delicada, rostro ligeramente alargado, nariz de bello perfil, cabellos de color de oro, ojos claros, boca algo grande y dientes de una blancura deslumbrante».

Sí, era muy bella. Todos alababan su encanto levantino, que engarzaba armoniosamente con la galanura y delicadeza de su otra sangre y sentir italianos. Pero detrás de aquella amplia sonrisa blanca se vislumbraba también en la deslumbrante novia un oculto trasfondo de amargura muy saboreada y un largo camino de sufrimientos. Su padre, el papa, la había sucesivamente casado y descasado (después de dos esponsales que fueron invalidados, por no consumados, con Querubí de Centelles y Gaspar de Pròixita), primero con Giovanni Sforza y luego con Alfonso de Aragón, hijo natural de Alfonso II de Nápoles y duque de Biseglia, que también fue asesinado por orden del expeditivo César.

El tercer matrimonio de Lucrecia, con Alfonso del Este, enaltecía, pues, la familia del papa y favorecía las ambiciones de César. Mi frágil y sensual antepasada Lucrecia fue siempre moneda de cambio para los intereses de su padre.

Al cruzar el puente del castillo arrancaría una vida diferente para la blonda hija del papa como duquesa de Ferrara, pues su corte llegaría a ser una de las más selectas de Italia, ya que en ella pulularon artistas y poetas, hasta morir, dicen que cristiana de corazón y madre querida de sus hijos, en 1519, aún joven, pues sólo frisaba los treinta y nueve años.

¡De qué rara suerte se cruzan en mis ancestros la fe y la nobleza, el poder y la devoción, la santidad y el pecado! ¡Y cómo, aún desde el escándalo y las más sutiles intrigas palaciegas, o en medio de los jardines testigos de los más prohibidos placeres y lujosas bacanales, titilaba siempre el pabilo humeante de una fe sincera, a su modo, y una peculiar forma de amor a la Iglesia!

Mucho podría escribir sobre Lucrecia, sí, la hermana de mi bisabuelo, y mucho más de la tumultuosa historia de los Borja en Roma, con dos papas, Calixto III y Alejandro VI, en nuestro haber, inmersa en las licenciosas costumbres renacentistas que dominaban entonces en la cúpula, aunque ellos fueran, a su entender, piadosos creyentes, además de destacados hombres de Estado.

Pero eran las huellas de mi recién fallecido padre las que me habían conducido a Ferrara aquel año de 1572 para, tras mi entrevista con el nuevo pontífice, comenzar la para mí grata y, al mismo tiempo, difícil tarea de investigación en orden a elaborar un cumplido informe sobre la figura de quien me diera con su vida y su ejemplo mucho más que el ser.

Me había citado allí con mi tío Tomás Borja, medio hermano de mi padre. También era un Borja por su acusado apéndice nasal y su orgullo familiar, que le llevó a ocupar importantes puestos en la Iglesia. Estaba a punto de tomar posesión de su diócesis de Zaragoza, que mi padre le había obtenido de manos de Felipe II.

—¡Como un santo, hijo, murió como un santo! —exclamó compungido mientras dejaba caer su pesada mano sobre mi hombro y salíamos de dar cuenta de un abundante *pranzo* ofrecido por el actual duque de Este, que nos albergaba en su palacio. No era la primera vez que el duque hospedaba a mi tío.

Entre tapices y armas linajudas, la resonancia de los interminables corredores prestaba a sus palabras un eco de cierto sabor arcano. Fuera, blancas diosas paganas recibían en sus curvas de mármol el agua de las fuentes enmarcadas de espléndido verdor.

—Tu padre, Francisco, mi querido medio hermano, venía agotado, más muerto que vivo, después de los millares de leguas que había recorrido aquel año en complicada misión diplomática pontificia para acompañar, a ruegos del papa, al cardenal Alejandrino. Había sido demasiado esfuerzo. España, Portugal, Francia, y el retorno a Italia en medio de un invierno infernal, fueron recorridos de corte en corte por él y su séquito para cumplir arduas tareas de componer matrimonios de Estado y potenciar la Liga contra el Turco. Demasiados sobresaltos, Juan, y arduo trabajo para su ya caduca salud.

Tomás frunció, compungido, su frente. A él le había tocado vivir de cerca los últimos meses de la vida de mi padre.

—¡Qué pena! No podía con su alma. Al final tuvimos que traerlo hasta aquí desde la brumosa Turín, con su faz de cera y tumbado en una góndola del duque sobre las aguas del Po. Estuve a su lado y le atendí lo mejor que supe en todo momento. «Te desvives demasiado por mí, Tomás —me decía pálido como la muerte a la luz de una bujía—. Pero ya se acerca mi hora. Viene sola, como una vieja conocida, e incluso amiga. ¿Crees que puedo temer algo después de haber conversado tanto con ella? Ahí me acompaña, como siempre, mi calavera en la bolsa de terciopelo, ya sabéis.» En fin, para qué recordarlo una vez más. Conocéis los pormenores...

Tomás Borja no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas mientras miraba, por pudor, hacia otro lado.

—Sí —le respondí, contagiado de su tristeza—, me dieron cumplida información de su muerte y de su último viaje hasta Loreto y Roma, donde dijo adiós a la vida como quien era: un caballero, un grande de España y un santo. Pero aclaradme, Tomás, una extraña pregunta que me martillea los oídos: ¿sabéis vos quién era realmente mi padre? Reconozco que en un primer momento los interrogantes que me formuló el Santo Padre se quedaron sin respuesta en mis labios; por eso, oso preguntaros de nuevo: yo sé quién era mi padre, pero también tenía mucho de enigmático para todos nosotros, y el mundo se pregunta: ¿quién murió en realidad el 30 de septiembre de este año del Señor de 1572? ¿El fiel servidor y hombre de confianza del emperador Carlos y de nuestro señor el rey Felipe? ¿El hombre que quizás se enamoró platónicamente de la emperatriz Isabel? ¿El que, a mi entender, nunca estuvo realmente enamorado de su esposa, mi madre? ¿El grueso virrey de Cataluña, duque de Gandía y marqués de Llombay, que gustaba de la buena mesa y especialmente de las empanadas de langosta? ¿El diplomático vaticano en misiones de Estado tan secretas como delicadas, que se carteaba con reyes y validos? ¿El padre de ocho hijos? ¿O el humilde y flaco jesuita ya previamente muerto al mundo y superior general de la Compañía de Jesús, que nos mostraba sus escuálidos despojos en la humilde celda en que vivía?

Tomás se detuvo en el largo corredor bajo un tapiz que representaba a Diana dando caza a un jabalí. Guardó un momento silencio.

—Pregunta asaz compleja, Juan, que todo eso y mucho más fue nuestro inolvidable duque.

—A veces me he preguntado, al verlo tan entregado a Dios y a las verdades eternas, si tenía algo heredado de su bisabuelo Alejandro VI; si por fortuna se podía adivinar en él algún rasgo de aquellos papas Borja originarios de Xàtiva o, con más precisión, de Canals, donde en realidad nacieron. Y de veras no acierto a encontrarlo, querido tío.

—¿Por fortuna no habéis olido el perfume de las huertas de Xàtiva ni os habéis asomado a los verdes cultivos que sonríen en las amplias vegas en torno al orgulloso castillo? Desde allí se columbran en la colina de enfrente la Torreta y unas hermosas y cálidas posesiones que el rey Jaime I

regaló a nuestra familia en tiempos de la conquista de Valencia. Pues no ignoráis seguramente que los primeros Borja eran caballeros procedentes de Aragón, de la villa próxima a Tarazona que nos dio el nombre.

Mi tío Tomás se crecía al evocar nuestros orígenes. Por el gran ventanal entraba la sensualidad de un aire tibio y las primeras pinceladas cárdenas de un ocaso casi perfecto. Sonrió:

—En el fondo, no lo dudes, entre tu padre y nuestro bisabuelo Rodrigo no hay tanta diferencia. ¡Y no sólo por su bien marcada nariz, que heredaron César y Juan!

Y añadió convencido al observar mi gesto de sorpresa:

—Sí, sí, no te extrañes. Es verdad que Rodrigo fue llamado a Italia por su tío Calixto III, que había contribuido a terminar con el cisma de Peñíscola, y, tras ser nombrado obispo de Valencia, la confianza de Alfonso el Magnánimo lo catapultó a Roma, donde fue elegido inesperadamente papa. ¿Pero Francisco no heredó la inteligencia política de aquellos hombres de gobierno?

Tomás se regodeaba en las glorias de los dos papas valencianos. Salimos al jardín a disfrutar de la última luz de la tarde que ruborizaba las anémonas y prestaba al aire una transparencia de vino cálido y ligero.

—No has de olvidar que Calixto rehabilitó la memoria de Juana de Arco; beatificó a un paisano, el valenciano Vicente Ferrer, y, además, promovió la cruzada contra el turco. Es verdad también que fue acusado de apoyar en demasía a los hispanos, entre ellos a su sobrino Rodrigo, pues, además de enviarle a Bolonia a estudiar cánones, pronto le dio pie para mostrar sus cualidades para el gobierno como comisario de las tropas pontificias en otras regiones italianas y vicecanciller de la Iglesia romana cuando apenas tenía veintiséis años.

—Pero entonces no era nadie.

—Bueno —carraspeó—. Todo el mundo sabe que ni Pío II ni Paulo II le apreciaron demasiado y que el primero le reprochó incluso su vida de-sarreglada; pero la suerte de Rodrigo cambió por completo con el ascenso al solio pontificio de Sixto IV, que lo enriqueció con la abadía de Subiaco y pingües sedes episcopales, como las de Valencia, Porto, Cartagena, Mallorca, y hasta algunas en Hungría, de las que era titular sin pisarlas, por supuesto.

Suspiró y fijó su mirada en las sonrojadas torres y cúpulas de la ciudad.

—No era raro, como veis, que el bisabuelo de tu padre se convirtiera en un claro papable enseguida por sus habilidades políticas y por ser la única salida de compromiso entre los dos cardenales más potentes: Ascano Sforza y Giuliano della Rovere...

A Tomás le traicionaba el orgullo familiar con tanta alabanza.

—Sé que Rodrigo Borja no era ningún estúpido —le corté—. ¡Pero tampoco precisamente un santo! Cuentan que corrieron en su elección grandes cantidades de dinero. ¿Y qué decís de su poco edificante vida? Desconocemos quién fuera la madre de sus tres primeros hijos: Jerónima, Isabella y Pedro Luis, el primer duque de Gandía. Pero todo el mundo sabe que la hermosa Venozza Caetani fue su gran amante, de la que nacieron César, Juan, Lucrecia y Jofre. Y que ella, también lo sabéis, no fue su única mujer, pues nadie ignora cómo calentó además su frecuentado lecho la famosa Julia Farnesio cuando el papa se cansó de la Caetani.

El medio hermano de mi padre me miraba con ojos ausentes, como si esa parte de la historia no fuera con él.

—También sabéis mejor que yo, querido tío —insistí elevando la voz—, que el veneno, la ambición y la concupiscencia campeaban por sus respetos en aquella escandalosa corte pontificia...

Tomás cortó con un gesto de firmeza de su mano. Era demasiado fuerte aceptar a nuestro insigne antepasado como un asesino.

—No, Juan; no es eso. Me refiero al orgullo, a la osadía, la fuerza y la inteligencia política que irrigan las venas de todos los Borja. Todo el mundo habla de las debilidades de la carne y de las ambiciones familiares de nuestros antepasados. Pero ¿por qué no comentan cómo Rodrigo supo mantenerse como pontífice independiente de los intereses de Francia y España? Es verdad que nunca llegó a publicar la necesaria bula con que, desconsolado tras el asesinato de su hijo Juan, pretendía reformar las costumbres en la Iglesia, y que acabó por ejecutar al dominico Savonarola, el único que se atrevía a gritarle públicamente las verdades. Pero él seguía barajando sus políticas matrimoniales con España y Francia.

—Bueno, todo eso es cierto; pero como hombre de Iglesia...

—También, también, Juan. La celebración del año santo de 1500, por ejemplo, contribuyó a dar prestigio al pontificado romano y a mostrar al mundo que la vida privada de Rodrigo Borja como cardenal y como papa

no estaba tan reñida con cierta piedad sincera, quizás primitiva, o muy española, muy levantina si quieres.

Podríamos haber conversado durante horas sobre el sabroso tema que nos unía, porque la historia de nuestros ancestros puede proporcionar materia no sólo a sesudos historiadores, sino a muchas novelas de intriga no exentas de escenas escabrosas, pero la conversación fue interrumpida por la llegada de un correo urgente de España. El mensajero se presentó sudoroso con un mensaje personal del rey Felipe II, que me tendió tras una profunda reverencia.

Rompí el lacre rojo con el escudo del hombre más poderoso del planeta. El rey requería de inmediato mi presencia como embajador en Portugal. Por lo visto, como hacía tiempo nos temíamos, el visionario rey luso, don Sebastián, pretendía salir a un viaje de inspección a la costa africana, lo que inquietaba sobremanera a Felipe II, que después de la gran victoria de Lepanto se sentía asediado con nuevos problemas, como la revuelta de los moriscos en las Alpujarras y el debilitamiento de la Santa Liga tras la muerte de Pío V. Detrás de la gloria de un éxito militar siempre hay que pagar trastos rotos. La flota de galeras que comandara don Juan de Austria se había quedado sin remeros y en Flandes se estaban complicando seriamente las cosas. Su majestad sabía lo que mi padre había hecho en favor de la cruzada contra el turco y su mediación para negociar la boda de don Sebastián en Portugal. ¡Ah, Portugal! El rey seguía soñando con esa perla que, en contra del pensar de los portugueses, él consideraba desgajada de su corona.

De modo que al día siguiente ya se henchían mis pulmones de brisa marina, mientras perdía la mirada en el azul Mediterráneo de regreso a las familiares costas españolas. Siempre me gustó mirar al mar, quizás por ese componente místico de nuestra sangre, amiga de los grandes horizontes. A ratos me acodaba en popa a disfrutar de las variaciones infinitas del azul; a ratos me refugiaba en mi camarote para añadir nuevos pensamientos a mi libro *Empresas morales*, cuya escritura nunca se apartaría de mí como una obsesión. Desde la muerte de mi padre mi vida no iba ser la misma. De eso estaba seguro.

Dibujé primero con mucho cuidado una serpiente engullendo su propia cola y escribí debajo la sentencia latina *Omnia vorat,* que quiere decir: «Todo lo engulle, todo lo devora».

Así, así es el tiempo. En mi viaje había visto con mis propios ojos que del poder de los Borja en Italia sólo quedaban algunas ricas sepulturas, palacios, cuadros, joyas y muebles, donde barruntar la riqueza y prez de mis antepasados. Pero sus ambiciones y libidinosos deseos, las intrigas de Rodrigo, los amores de Lucrecia, las gestas guerreras de César, junto a los banquetes y sueños de grandeza, se los ha tragado la tierra.

Escribí: «Sólo el que ha podido acabar y destruir tanta grandeza es siempre el tiempo, con su paso continuo y lento, encerrándolo todo en sí, como en última sepultura de todas las cosas». Los antiguos significaban con la culebra que se muerde la cola este proceso, «dando a entender que, pues toda la grandeza y prosperidad de esta vida se ha de acabar y destruir por el tiempo, y por tanto se ha tener en poco, estimando sólo lo que es eterno, a donde el tiempo pierde su poder por ser sin medida lo que ha de durar».

¿Tenía, pues, razón mi padre cuando llevaba consigo una calavera para meditar sobre esta fugacidad? Quizás por eso murió, según me confesaba el padre Nadal en Roma, «como vivió, con admirable paz y tranquilidad de su ánima». Y, sin embargo, digámoslo sin rodeos, en la sangre de mi padre por ambas partes se mezclaba el poder y la bastardía. También por parte de madre, pues el otro bisabuelo de mi padre fue nada menos que el mismo Rey Católico, don Fernando de Aragón.

Nos aproximábamos a la costa y las gaviotas dibujaban en el aire sueños de amantes infieles. ¡Ah, España y su sangre! De los amores ilegítimos de don Fernando con Aldonza Roig nació su abuelo materno, don Alfonso de Aragón, arzobispo que fuera de Zaragoza. También el obispo era de cama ardiente, pues quienes le conocieron aseguran que sus amantes e hijos fueron incontables. ¡Poder y sexo! ¿Por qué van de la mano? Un extraño parecido unía al obispo Alfonso con los Borja en el placer de la carne, las intrigas palaciegas y las razones de Estado.

Si Rodrigo era un bisabuelo de armas tomar, ¿qué decir, que no se sepa, de don Fernando el Católico? Su vida, para este aragonés de pro, fue una brillante carrera de obstáculos con aquellos nobles de su tierra que aseguraban: *«Nos, que cada uno de nos somos tanto como vos e todos juntos más que vos»*. Y la difícil unión con Isabel de Castilla a causa de las desavenencias de los Trastamara. Nada le impidió convertirse en el político más

sagaz de su tiempo, aunque en su vida privada y en el modo de tratar a su esposa Isabel y a su hija Juana, la verdad, dejara mucho que desear.

¡Qué extraña coincidencia!

Los eruditos aseguran que los dos modelos en que pudo inspirarse Nicolás Maquiavelo para escribir *El Príncipe* pertenecen a nuestra familia. O bien lo escribió pensando en César Borja o bien en Fernando el Católico, tío abuelo y bisabuelo de mi padre, respectivamente. Ambos, desde luego, eran maestros en el empuñar el florete de la política y en la doble moral que defiende el autor florentino a la hora de gestionar el poder. Una práctica hipócrita que, por desgracia, caracteriza a muchos de los que gobiernan y de la que no se ha liberado ningún reinado hasta nuestros días.

¿Qué decir del Rey Católico? Por el amplio lecho de don Fernando, para mayor sufrimiento de la piadosa Isabel, pasaron princesas, damas y aldeanas. Es sabido que el rey no reconoció a muchos de sus bastardos. Pero sí lo hizo, por cierto, con Alfonso de Aragón, al que quería mucho y le dio la sede episcopal de Zaragoza, que en estos tiempos las bastardías y segundonías desembocaban, como es sabido, en la salida de la Iglesia. En fin, todo el mundo es sabedor de cuánto hizo don Fernando para que España no volviera a dividirse en reinos con su célebre «Tanto monta, monta tanto», aunque ello no se tradujera precisamente en cariño para su familia.

Creo ver, por tanto, un cierto parecido entre los dos bisabuelos de mi padre, el rey y el papa: tan carnales como ambiciosos, tan brillantes como eficaces hombres de Estado. ¡Y es curioso! Se conocieron y trataron entre sí en vida, ignorantes, desde luego, de que iban a tener como biznieto natural común a un hombre tan peculiar como Francisco de Borja. Alejandro VI fue el papa que tuvo el acierto de señalar los límites americanos entre Portugal y España; el que concedió el título a Isabel y Fernando de «Reyes Católicos», les confirmó la validez canónica de su matrimonio y les prestó su apoyo en su empeño universitario. Sin embargo, como he dicho, supo permanecer independiente en política italiana en la cuestión de las Dos Sicilias.

Respiré el aire puro de la brisa mediterránea que, aunque el mar permanecía quieto como un cristal, movía mis cabellos. Aquel mar, testigo de tantas historias de amor y sangre, recogía en su seno mis reflexiones.

De modo que llevo en las venas, como mi padre, sangre real y pontificia al mismo tiempo, aunque bastarda. El arzobispo Alfonso tuvo relacio-

nes con una tal Ana de Guerrea, de la que nació mi abuela, la madre de mi padre, Juana de Aragón, y sus tíos, que también fueron arzobispos de Zaragoza, don Juan —con el que mi padre se educaría en sus años mozos— y don Fernando.

—El árbol genealógico de vuestro padre —me comentaban en Roma— está dichosamente oprimido por el peso de tiaras y diademas.

Al repasar tanta gloria y tanta miseria al mismo tiempo, la máxima latina me golpea las sienes una y otra vez: *Omnia vorat.* El tiempo ha engullido esos amores y flaquezas. De la belleza de Lucrecia sólo queda un mechón de pelo rubio que me mostraron en Ferrara, y la gran obsesión de don Fernando por no pisar Madrigal, donde una bruja dijo que moriría, no le sirvió de nada, puesto que murió en Madrigalejo.

Me pregunto, pues: ¿se llevará también el tiempo la estela de bondad que ha dejado mi padre?

Olvidaba añadir que nuestro entronque con Fernando el Católico tiene otra vertiente, además de por la hija del arzobispo, mi abuela. Tiempo atrás, el rey don Fernando había contactado con la familia de los Borja a través de una venta de todos los derechos del ducado de Gandía a Pedro Luis Borja, que, como dejé dicho, también era hijo del papa Alejandro VI cuando era cardenal, antes de los amores de éste con Venozza. Pedro Luis fue el primer duque de Gandía, que intervino como militar en la conquista de Ronda. Pero murió joven, sin llegar a casarse con su prometida, una prima del rey Fernando, María Enríquez.

Así fue como su hermano Juan heredó novia y ducado, por decisión del omnipresente padre de ambos, Alejandro VI, que también le nombró capitán general de la Iglesia, antes de que el misterioso César le arrebatara este cargo; aunque por poco tiempo, pues a los cuatro años, como ya conté, fue asesinado y enterrado en Santa María del Popolo, junto a su hermano Pedro Luis. María Enríquez, viuda a los veintitrés años, se hizo cargo de sus hijos, don Juan y doña Isabel, y, dejando atrás sus devaneos juveniles, envolvió el palacio de Gandía, que había sido testigo de inquietantes escándalos, en un halo de espiritualidad franciscana.

Contrastes de mi compleja casa. Lo que no impedía que María Enríquez fuera además buena administradora de sus bienes. ¡Madre e hija se harían monjas después de que mi abuelo Juan, tercer duque de Gandía

celebrara sus primeras nupcias! Otro importante antecedente para entender esas dos vertientes que parecen contradictorias en la personalidad de mi padre.

—¡Tierra! —gritó alborozado un joven marinero desde el trinquete de proa, sacándome de mis reflexiones genealógicas.

Se atisbaban en el horizonte, como una promesa blanca, las torres de Valencia. Mi olfato hecho a esos íntimos olores adivinaba ya un cercano perfume a azahar, que me subyuga tanto como su propio nombre árabe, *al-azhar* (las flores blancas). Se me anticipaban huertas y jardines, cañas de azúcar, frescos limones y árabes dulces de miel y almendra.

¿No tienen todas las historias que acabo de narrar mucho de la molicie, la sensualidad y el orgullo árabe que también corre por nuestra sangre? Es algo que conserva aún esta luminosa tierra que recupero felizmente mientras contemplo a los hombres de mar en la faena de amarrar la nao. Con esta visión y al sol radiante de una mañana perfecta, un sol que me da la vida, se aligera mi alma del peso con que, no puedo negarlo, Roma y mis ancestros oprimen mi alma.

Algo, al volver a casa y a esta luz levantina, me dice que no es del todo cierto que el tiempo todo lo devora, que hay también en esta transitoria hermosura un no sé qué, que, tras todo lo fugaz, se diría permanece. ¡No puede morir del todo tanta belleza! Parecía tamborilearlo el trote de mi caballo, ansioso de retornar a casa, golpeando el pecho de esta fértil tierra que me vio nacer.

3

El primogénito

—¡Bienvenido a casa! —gritó mi hermano Carlos desde lo alto de la escalinata, con una amplia sonrisa que evidenciaba su inmensa alegría por reencontrarnos.

Tras cabalgar por campos de aceitunos, morales y algarrobos y recuperar en el alma la vista tranquilizadora de las jugosas huertas de mi tierra, acababa en aquel momento de penetrar en las caballerizas de la casa ducal. Nuestro palacio, situado a espaldas de la muralla, asoma su distinción al cauce del río Serpis, que viene de Alcoy para luego lamer sus cimientos por el sur, contorneándolos antes de perderse en el definitivo abrazo del mar. Entré en el patio de armas, no sin saludar con añoranza el blasón familiar que fue destruido en parte por los agermanados. Un par de escuderos me ayudarón a descabalgar. Mi hermano, el actual duque de Gandía, bajaba ya, sin disimular su júbilo, la solemne escalera culminada por esbeltas columnas de mármol delante de las finas ventanas con parteluz e innegable sabor italiano, desde las que antaño yo asomara a curiosear mi chata nariz de niño.

Aquella escalera estaba para mí conectada a recuerdos gratos y tristes. Veía a mi padre bajarlas con ilusión para llevarnos a cabalgar o de caza a la foya de Alfandech, por las llanuras de Torre de Xaraco, y luego perdernos en el verde claroscuro de los bosques de Llombay. El emperador llegó a convertir su título de barón en el de marqués de aquella localidad, para agradecer a mi padre tantos servicios prestados. Todas eran tierras fecundas de pan, vino, aceite y azúcar.

Pero la solemne escalera estaba también impregnada con evocaciones de gran dolor. Yo no podría entender cabalmente su decisión aquel día en que allí mismo mi padre se despidió, dio un abrazo a los suyos y se alejó para siempre

con el fin de dejarlo todo y entrar en religión. Todavía, sólo al recordarlo no me lo creo. ¡Su cambio había sido tan rotundo! ¿Qué Dios es éste —pensaba yo entonces, aunque le acompañara en aquel viaje a Roma— que arrebataba de pronto un padre a sus hijos y un grande de España a su emperador?

—El rey me ha enviado un correo con órdenes. Os espera cuanto antes en El Escorial —dijo mi hermano, mientras me rodeaba con su brazo y me invitaba con entusiasta alegría a entrar en casa.

Me restregaba los ojos enceguecidos por el contraste de esta luz avasalladora de nuestra tierra con el umbrío interior del palacio, de modo que casi no veía los lujosos salones que conservan el brillo y las armas de nuestros antepasados. Entre ellos cruzamos la alcoba donde mi padre vio por primera vez esta brillante luz. Una estancia que cobraba mayor significado tras su muerte y el impacto que ésta acababa de causar tanto en la Iglesia universal como en el mismo rey y entre los grandes de España.

Supongo que mi abuelo Juan, tercer duque de Gandía, se sentiría como unas pascuas aquel 28 de octubre de 1510, festividad de los santos apóstoles Simón y Judas, cuando su esposa, Juana de Aragón, la hija ilegítima del arzobispo de Zaragoza, dio a luz en aquella alcoba a su primogénito, Francisco. Ambos padres apenas frisaban los dieciséis años y lo estrenaban todo: vida, amor y posesiones. De este matrimonio mi abuelo tuvo siete hijos, tres varones y cuatro mujeres; de ellos, uno, Alonso, fue abad, y el otro, Enrique, llegó a cardenal, aunque murió pronto. Mientras, de sus hermanas, tres ingresaron monjas clarisas y la cuarta vivió como una santa en el palacio de Villahermosa de Pedrola. Pero estoy seguro de que mi abuelo, conociendo su trayectoria, debió concentrar todas sus expectativas en este vástago, su primogénito, Francisco, como su natural sucesor en el ducado.

—¡Niño, ha sido niño! —gritaron locas de alborozo las clarisas del convento de Gandía, que, angustiadas con los avatares del problemático parto, habían enviado al palacio nada menos que un cordón que, se aseguraba, perteneció al hábito del *poverello* de Asís.

—Seguro. ¡Francisco habrán de ponerle al niño!

Aquel convento, a un paso de la casa ducal y situado también a orillas del río, estaba muy ligado a nuestra familia. Primero, lo había fundado Violante de Aragón, hija de Alonso, primer duque real de Gandía. Luego, María Enríquez, como he dicho, se había metido a monja, con el nombre

de sor Gabriela, tras el oscuro asesinato de Juan, el hijo del papa y segundo duque de Gandía. La llamaban «primera duquesa de Gandía y abadesa dignísima de Santa Clara de Valencia». Y más tarde lo haría también mi tía abuela Isabel, hija del segundo duque de Gandía, que fue muchos años abadesa y fundadora en La Rioja y en Madrid. No es raro que la sombra franciscana se hiciera tan presente en la vida de mi padre, tanto, que, ante las graves dificultades del parto, habían prometido que, si nacía, que no otro que Francisco habría de ser su nombre.

Y así fue. Corrió el vino a chorros entre bailes y justas por toda la comarca. Gandía exultaba de gozo y festejos ante la nueva del primogénito del duque. Pero el más contento de todos por el nacimiento del varón, sano y de ojos vivos, era, sin duda, su padre, don Juan, un hombre ambicioso y dotado de gran ingenio, que quería engrandecer su ducado, pero a quien sobre todo le preocupaba mantenerlo en paz. Era mi abuelo asaz especial, meticuloso y concienzudo en todas sus cosas, y vivía absorto en sus problemas financieros y militares.

Enseguida se dirigió a su despacho, y con la más hermosa pluma de ave de su escritorio, se apresuró a escribir la buena nueva al obispo de Tortosa, don Alonso de Aragón, tío segundo de la duquesa, emparentado también por vía ilegítima con Juan II de Aragón. En nuestra familia, bastarda o no, la sangre azul corre a raudales.

—¡Estos berberiscos acabarán con mi fortuna! ¡Mis arcas no dan abasto para financiar las guerras contra los turcos! —se volvió dirigiéndose a su esposa, que bordaba ya grandes letras en vivos colores sobre cojines de raso para que su hijo fuera desde la cuna muy letrado.

—No vivís más que para la guerra y la preocupación por los dineros. Deberíais disfrutar más de vuestros hijos —le respondía doña Juana, que admiraba en su marido su sentido del humor y hasta su fina ironía, muy hábil en lanzar certeras puyas contra los gobernantes.

—Hay tiempo para todo, mujer; haylo para escribir a mi amigo Guillén Ramón; lo hay para leer a Esopo o Bocaccio, y hasta para escuchar buena música y practicar con donosura tanto el latín como el toscano, que sabéis que cultivo. Pero, sobre todo, bien conocéis que no hay nada que me pueda gustar más que encaramarme en una roca a solas a la orilla del mar y perder mi mirada en esa línea inabarcable del horizonte.

—¡Ay, que no todo es poesía en vos, mi amado caballero! No ignoro que sois culto y dado a la lectura, duque. Pero yo doy fe que del mar no sólo os gusta la melancolía de contemplar el horizonte... ¡Que bien dais buena cuenta en vuestra mesa de ricas langostas y frescas merluzas de la costa! —rió doña Juana.

—Es más, mujer, confieso que mirar al mar me consuela también de mis ambiciones italianas. Desde estas riberas parecemos estar tocando aquel bello país de Virgilio y Petrarca, que hace encaje en la arquitectura y enamora con sus mejores tablas. No lo disimulo: ¡amo a Italia!

De sangre y de su abuelo y tíos le vendría aquella añoranza por los toscanos, con los que don Juan mantendría siempre importantes lazos económicos. Aunque, a decir verdad, lo que gustaba a mi abuelo eran los caballos, afición que también heredaría mi padre. Era piadoso, cierto, como no podía ser menos en un Borja, en cuanto rezaba los salmos en bellos libros miniados y leía los Evangelios. Pero no tanto como para evitar relaciones adulterinas con una tal Catalina Díaz, noble señora con que la que tuvo a Juan Cristóbal: sin que falten quienes le atribuyen otro hijo ilegítimo además: un tal Pedro Borja, que llegaría a ser regente vicario general del reino de Nápoles.

¡Estos Borja, amantes y señores! Sangre y figura.

Pero eso vino después. El duque, por entonces joven y enamorado padre, se volcó en la educación de su primogénito.

Las notas del clavicordio punteaban de armonía la umbrosa estancia de estudio de Francisco cuando el niño apenas tenía cinco años. Su confesor, Alonso de Ávila, buen músico por cierto, deslizaba hábilmente sus manos sobre el teclado e iba enseñando las notas al doncel, cuando se presentó de pronto el duque en persona.

—¡Francisco! ¡He aquí a vuestro padre!

—¿Cómo va esa lección de música, maestro Ávila?

—No va mal, mi señor —respondió el clérigo—, que Francisco está dotado de muy buen oído. Mejor que para los latines, os aseguro, que, según el canónigo doctor Ferrán, se le resisten más. Pero no hay que olvidar que aún es pequeño nuestro pupilo y está en años de jugar más que otra cosa.

El duque rió con ternura al ver al niño encaramado en varios cojines haciendo esfuerzos para acceder al teclado.

—¿Qué nuevas hay de la corte, señor? —preguntó el clérigo.

—Me acaban de comunicar que ha fallecido nuestro rey don Fernando, que en gloria esté, y que por testamento ha nombrado heredera universal a su hija doña Juana, y por gobernador general, a su nieto don Carlos, el de Flandes, dada la situación en que vive su hija, recluida, como sabéis, en Tordesillas.

—Y entonces, decidme, don Juan, ¿en manos de quién queda el reino?

—Don Carlos ha designado regente al cardenal Cisneros. Todos creen en la corte que Carlos de Austria debe venir cuanto antes de Flandes a tomar posesión de sus reinos de España.

—¿Y doña Juana? —preguntó en voz baja, con un no disimulado punto de morbosidad el confesor—. ¿Tan loca anda como dicen?

—Tanto que rechaza los sacramentos, arroja a las sirvientas los aguamaniles y mantiene el cadáver de su esposo, don Felipe, en el cercano convento de las clarisas. A veces come en el suelo y oculta tras los armarios la vajilla. A la fuerza hay que cambiarle la ropa interior. Da pena tanta insania en tan encumbrada y bella señora.

Las noticias de Tordesillas y las excentricidades de doña Juana llegaban puntualmente a Gandía, sobre todo cuando, al año siguiente, Carlos vino finalmente de Flandes y, después de su primera fría entrevista con su madre y tras la muerte el cardenal Cisneros, decidió enviar como custodio de la ilustre prisionera de Tordesillas a don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, con funciones de cancerbero de la reina y de la pequeña Catalina, enterrada también en aquel castillo, más monasterio y mazmorra que palacio de una reina de España.

De vez en cuando su madre llevaba al pequeño Francisco a visitar a las tías monjas, que le obsequiaban con dulces y le hacían jugar a predicador.

—Subid al púlpito, Francisquillo, y predicadnos sobre la Pasión del Señor.

Y Francisco, ni corto ni perezoso, hacía gala de mucha labia e imitaba con ampulosos gestos y no disimulada devoción los sermones que toda la familia solía escuchar en su casa al llegar la Cuaresma. El influjo de las monjas en la familia era evidente, hasta llegar a sortearse en la casa ducal cada año el nombre de un santo que sería el protector de la misma.

Pero su madre, con buen tino, protestaba:

—Hijo, tú necesitas armas y caballos, que no imágenes y sermones. Yo pedí al cielo un duque y no un monje. Sé buen cristiano, sí, pero no dejes de ser caballero.

Poco a poco vio cómo iba aumentando el número de sus hermanos. Casi a hijo por año, su madre quedó preñada sucesivamente de Alonso, María, Isabel, Enrique y Luisa.

Hasta que de pronto un día los criados aparecieron súbitamente en el cuarto de los niños.

—¡Vamos, vestíos, que hemos de salir enseguida!

—¿Salir? ¿Pero dónde vamos?

—Al convento de vuestras tías.

Pero aquella apresurada visita no iba a ser tan grata como otras. Nunca el cielo pareció tan gris ni los campos más tristes a Francisco, que frisaba entonces los diez años. Las monjas intentaron distraerlo con caramelos, bellos libros miniados de santos en lindos colores y largos paseos por la huerta y el establo para que se entretuviera con los animales. Un sexto sentido, los bisbiseos, las medias palabras y la palidez de cera de su madre le inducían a fijar su mente en una idea que ya le perseguiría toda la vida: que, querámoslo o no, hemos venido aquí para morir, que nuestra vida es breve y misteriosa.

Le quedó para siempre un agujero en el alma. Era el 23 de febrero de 1520, una fecha que marcaría en su rostro un inevitable deje de orfandad. Ahora pienso que, de alguna manera, cuando uno pierde una madre tan niño se queda huérfano para toda la vida. ¿No está este hecho en la raíz de muchos de los enigmas de la vida de mi padre?

El río, el mar, los tapices del palacio, el alegre trote de los caballos, la bruñida brillantez de las armaduras ya nunca serían los mismos. Todo evocaba el vacío de la madre joven, muerta a los veintiséis años; todo le hizo prematuramente más reconcentrado, pensativo y solitario, además de atento a los consejos de su tía monja Isabel, en religión sor Francisca.

Pero quien, por lo visto, se consoló pronto fue mi abuelo. No sólo por sus mil actividades, negocios, guerras y proyectos, sino porque encontró enseguida otra buena mujer y a los tres años se casó con ella. De Francisca de Castro de So y de Pinos tuvo el duque otros doce hijos más: uno de ellos, Rodrigo, llegó a cardenal, aunque murió prematuramente. Era barón de Navarrés, y su título lo heredó Pedro Luis, que luego sería gobernador de Orán y hasta virrey de Cataluña. Felipe II lo haría marqués. Aunque era caballero profeso y célibe de Calatrava, obtuvo dispensa del Papa para casarse con la dama portuguesa doña Leonor Manuel.

Pero, ¡ay!, también la carga histórica de violencia y sangre de los Borja se cebó una vez más en otros dos hermanastros de mi padre, pues Diego y Felipe se complicaron nada menos que en un asesinato.

Diego, que era preboste del capítulo de Valencia, se puso de acuerdo con su hermano para matar a otro don Diego de Aragón, bastardo del duque de Segorbe. Ambos hermanos Borja dieron con sus huesos en las tristes mazmorras del castillo de Xàtiva. Al final, este hermanastro de mi padre, Diego, murió ajusticiado por orden del rey Felipe II; y el otro, Felipe, desterrado, aunque llegó a ser gobernador de Orán y de Mesina. Pero no adelantemos acontecimientos.

¡Qué extraños caminos nos rotura esta vida!

Por su parte, las hijas, María y Ana, como casi siempre, acabaron de clarisas, que en la rama femenina pesaba más el otro plato de la balanza, el de la piedad religiosa. La segunda, con el nombre de sor Juana de la Cruz, llegó a fundar el célebre convento de las Descalzas Reales de Madrid, del que ya hablaremos. Por cierto, que mi padre compondría con el tiempo para ella uno de sus más bellos tratados espirituales.

Otros tres hijos de mi prolífico abuelo se casaron con ilustres miembros de familias valencianas. Pero el hermanastro que más quiso mi padre fue el menor, Tomás, que ya he mencionado al relatar mi encuentro con él en Ferrara, su «medio hermano», que le asistió en sus últimos momentos y que llegaría a ser canónigo de Toledo y obispo de Valencia y Zaragoza sucesivamente, además de virrey de Aragón.

Un día, uno de los oficiales del cuerpo de guardia llegó sin resuello a avisar a mi padre:

—¡Señor duque, el pueblo se ha amotinado y viene hacia aquí!

—¡Cerrad esas puertas! ¡Vestid las armaduras! ¡A los caballos!

Grupos de castellanos, descontentos con el influjo de los flamencos en nuestras tierras, iniciaron la insurrección que se llamó de los Comuneros en Castilla y de los Agermanados en Valencia y Mallorca. Bien es verdad que el alzamiento aquí se debía más a motivos sociales que políticos. El pueblo, empobrecido, aprovechó la insurrección castellana para alzarse en 1519 contra sus señores, tanto en campos como en ciudades.

—*¡Pau, justicia, germanía!* —gritaban hasta desgañitarse los labriegos por las calles.

—¡Han fijado en la puerta de la colegiata un escrito firmado por veintidós gandienses! —oyó decir el pequeño Francisco.

El principal cabecilla de esta «hermandad» se llamaba Vicente Peris.

—Aprestémonos para la lucha —respondió al reto con voz potente el duque, mientras el niño Francisco veía un trasiego inusitado desde su ventana: a los caballeros y soldados calzar corazas, morriones[2], gorras empenachadas y sacar brillo a picas y alabardas, culebrinas, arcabuces, ballestas y espadas.

La guerra cambió el ritmo de su infancia.

Un colorido bullir de jinetes, que saltaban hábilmente sobre caballos piafando, salía del patio de palacio, armas y pendones en ristre.

Francisco se vio privado aún más de la vista y atenciones de su padre, que volvía siempre agotado y cubierto de polvo de guerrear al lado del virrey don Diego Hurtado de Mendoza, y del almirante de Aragón, don Alonso de Cardona. He de hacer constar que don Juan no sólo luchó con la fuerza de su valiente brazo en Tabernes de Valldigna con las huestes del almirante de Aragón, sino que además aportó grandes sumas de dinero de su propio bolsillo a la contienda.

Una imagen se le quedó grabada al niño en la retina: el día en que los vasallos Esteban Urgellés y Bartolomé de Caz fueron públicamente ajusticiados por intentar adueñarse de Gandía. Por cierto, que en aquella contienda desapareció gran parte de nuestro archivo familiar.

Don Juan, entonces, gritó a sus mesnadas:

—¡Vayamos a Xativa! Los rebeldes quieren apoderarse del castillo y buscar la complicidad del duque de Calabria. ¡A fe que no se saldrán con la suya!

Pero los agermanados llegaron antes y consiguieron escalar el empinado, verde y peñascoso monte hasta hacerse con el imponente castillo y con su ilustre prisionero. Pese a las ofertas de los amotinados, el de Calabria fue muy listo y no quiso abandonar su encierro, gesto caballeresco que emocionaría tanto al emperador como para llegar a casarlo con su madrastra, y dicen que ocasional amante, la oronda Germana de Foix.

Pero en lo más acalorado de la refriega una saeta alcanzó a mi abuelo, con tan mala fortuna que se le quedó clavada entre las quijadas y el pescuezo. Dos años y medio le tuvo a don Juan este incidente atenazado por el dolor.

2. Morrión: casco con los bordes levantados.

Los médicos no se atrevieron a sacarle el hierro, pues temían que al hacerlo perdiera la vida. Su madre y su hermana no cesaban de orar día y noche en la soledad del monasterio. Hasta que un buen día salió por sí misma la afilada punta de flecha. Para decir toda la verdad, conviene añadir que su nueva esposa, doña Francisca, se portó ejemplarmente no apartándose ni de noche ni de día de la cabecera del enfermo y asistiéndolo en todas sus complicadas curas.

Mientras, los agermanados se iban haciendo cada día más fuertes; contaban con un ejército de más de ocho mil hombres y seguían avanzado sin descanso, hasta conseguir la toma de Gandía y del palacio ducal. Lo saquearon todo. Don Juan se embarcó de inmediato en Denia rumbo a Peñíscola. Con él iba su hijo Francisco, que sólo tenía once años, pero que había crecido mucho por dentro en poco tiempo, tras ver muerta a su madre, su palacio ocupado y a su padre gravemente herido.

Dada la situación, el virrey sabía que podía confiar en el valiente duque de Gandía. Así que lo envió a Castilla para pedir refuerzos a los grandes de España e incluso a entrevistarse con el regente, cardenal Adriano. A partir de entonces, los agermanados comenzaron poco a poco a perder terreno. En agosto sufrieron una grave derrota en Orihuela, villa que fue saqueada y ocupada. Luego cayeron sucesivamente Alicante, Jijona y, finalmente, Valencia. El rebelde Peris quiso resistir hasta su último aliento. Su casa fue acordonada y murió en el combate. Meses después su cuerpo sería descuartizado a la vista de todos.

Tras la victoria, el duque volvió a su palacio de Gandía. Pero ya las cosas no podían ser como antes. Los tapices rotos, los cuadros, joyas y obras de arte sustraídos, un vacío oscuro y desolador volvían a hablar de esa transformación irreversible. El palacio parecía un cuartel robado. De aquel estremecimiento no se olvidaría mi padre. Recuerdo que muchos años después, cuando veía a la herejía propagarse como la pólvora por el centro de Europa, evocaba «lo que ha de hacer el buen hijo cuando ve que los criados y labradores se levantan con la hacienda de su padre».

Fue por aquella época cuando el duque le llamó:

—Hijo —le dijo a Francisco con un gesto sombrío—, quiero que conozcas el testamento de tu querida madre.

Francisco miraba a su padre con redoblada ternura. No era ni la sombra de lo que había sido. Pálido y enflaquecido por la enfermedad

y la contienda, señaló con su largo dedo un párrafo del amarillento manuscrito:

«E doy e asigno en tutor y curador de mis hijos e hijas al excelente señor el arzobispo de Zaragoza. mi señor. suplicando muy claramente a su Excelente Señoría aquellos mis hijos quiera llevar en su casa y corte. y los mande instruir y criar».

De modo que el duque tomó a Francisco y a su hermano Diego y, atravesando campos y montañas, se los llevó a Zaragoza con su tío.

Francisco abrió muy redondos sus ojos al ver a su tío sentado en su sillón episcopal de seda roja lucir lo mismo la espada y la coraza que la mitra pontifical. El hermano de su madre no podía negar que llevaba la sangre belicosa de su abuelo natural, el gran don Fernando el Católico.

—Sé que os gusta la música, hijo, que eleva el corazón al cielo. Pero no habéis de desdeñar tampoco la gramática, que os permitirá expresaros con donosura, y el ejercicio de las armas, tan importante para un futuro duque de Gandía. Todas son cualidades que han de ornamentar a un futuro caballero como vos.

Todo estaba dispuesto, y como negocios de importancia urgían de nuevo en su tierra al duque a Gandía, antes de despedirse llamó a su hijo a solas y con aire solemne le dijo:

—Querido Francisco, aunque pretendo dejaros estas instrucciones por escrito en mi testamento, no quisiera partir sin haceros algunas recomendaciones que no debéis de olvidar por ser de grave importancia para vuestra vida en el futuro.

El niño le miró entre curioso y asustado. Después de su gesta en la última batalla y su herida, su padre, alto y muy erguido en medio de la lúgubre estancia gótica del palacio episcopal, le imponía aún más.

—Queda asentado, hijo mío, que lo más importante para ti es que sirvas siempre a Dios, tu sumo Hacedor. Pero no menos importante es la relación que has de mantener con nobles y prelados. No debes ignorar que la autoridad de la buena opinión ajena viene y no de la vanidad. A las señoras habrás de tratarlas como al propio emperador, muy acatadamente, sin mentir, sin decir malicia ni mote, pues, si no cuidas esto, te verás muchas veces en afrenta. Con los cortesanos, el crédito se gana sufriendo y se pierde cuando se arriesga.

Francisco le escuchaba muy atentamente, como si aquellas palabras fueran perlas que debería guardar en un cofre secreto y para siempre. Una ladrillosa luz aragonesa filtrada por una vidriera azul daba al duque un aire sobrehumano. Al llegar a este punto frunció el ceño.

—Sé que presumes, y con razón, de tus dotes para la música; pues bien, te diré, hijo, que lo primero de todo es que no presumas de nada y que te temples al son de con quien anduvieres. Y cuida de con quién andes. No mires para ello tanto el linaje y hacienda como el valor y reputación de la persona. Y aplicarte en los estudios será desde ahora tu principal trabajo, sin perder el tiempo, pues a la larga el tiempo no será perdido, sino que te excusará de perderlo y aún de perderte.

El niño prometió a su padre que así haría. Entonces, éste, enternecido, le puso la mano en el hombro y con un tono de confidencia añadió:

—Pero sobre todo te recomiendo que seas muy devoto de Nuestra Señora e inclinado a hacer bien a los pobres y los necesitados así de salud como de negocios, pues donde anduvieres siempre se ofrecerán casos en que podrás hacer caridad. Si de esto fueres buen negociante y solícito, irás bien despachado, porque el Hacedor de todas las cosas hará las tuyas mejor, y sabrás pedirlas en esta corte y en la del cielo.

Francisco quedó impresionado con estas últimas sonoras palabras, pues su padre, tan ocupado con negocios de la tierra, no solía con tanta frecuencia hablar de las del cielo.

—Bueno, bueno, hijo, no hay más tiempo, he de irme. Escríbeme a menudo, y no breve, porque habré placer de ver en tus cartas lo que tú aquí vieres; y no me escribas tanto de los otros que dejes de decir de ti.

—Sí, padre —respondió Francisco con cierto temblor en los labios por aquella despedida tan solemne.

El blanco corcel del duque y su mesnada volvieron grupas camino de sus tierras, y Francisco quedó perdido en aquellos grandes salones y umbríos claustros del arzobispo, el latín y el román paladino, las corcheas y semicorcheas, sin que el maestro y el ayo que le había dejado su padre para que lo cuidaran le dejaran ni a sol ni a sombra.

Pero no duró mucho la estancia del pequeño en Zaragoza. Muy pronto una nueva orden de su padre le llamaba para que fuera, en compañía de su hermana María Luisa, a Baza, en el reino de Granada, donde vivía su

bisabuela paterna, doña María de Luna, viuda de don Enrique Enríquez. Con tan mala fortuna, que el pequeño nada más llegar cayó enfermo de unas calenturas. Y, para colmo, un terremoto asoló aquellas tierras, como es frecuente en la vega de Granada. Para mejor afrontar posibles nuevos movimientos sísmicos, lo trasladaron a una tienda donde Francisco tuvo que ser asistido durante una cuarentena.

Tan pronto se repuso le llamó su bisabuela.

—Mira, hijo, he acordado con tu padre que no vuelvas a Zaragoza. Te dirigirás directamente a Tordesillas. Vas con una misión muy importante. El duque ha conseguido para ti un puesto en la corte de doña Juana de Castilla.

—¿Yo a Tordesillas? ¿Por qué razón, señora? Aún no he acabado mis estudios.

—Has de saber que tanto su majestad don Carlos como su hermana Leonor han quedado muy doloridos de ver a su hermana pequeña, Catalina, tan triste y sola en el castillo junto a su madre enferma. Por lo visto, como no tenía con quién jugar, se asomaba por las ventanas para hablar con los chiquillos de los labradores. No sólo le ha enviado lujosos vestidos para sustituir su pobre ropa de estameña, sino que pretende que una corte de menores, niños como ella, le alivien en su soledad y juegos. Y de todo eso me alegro tanto, pues así aprenderás «a servir a su Majestad», como dice tu padre.

Francisco, con apenas doce años, asintió sin rechistar.

Le intrigaba cómo sería la hija póstuma de Felipe el Hermoso y el mundo de la corte. Pero antes se despidió de su hermana María Luisa, que partía a la villa gaditana de Sanlúcar de Barrameda con su tía la duquesa de Medina Sidonia, que la adoptó y la dotó para casarla con don Martín de Gurrea, conde de Ribagorza y luego duque de Villahermosa. Don Martín debía ser de armas tomar, porque en sus correrías por Flandes se enamoró de una muchacha, se la trajo a España y la introdujo en su propio palacio disfrazada de caballero. Pero María Luisa, que era muy sagaz, se dio cuenta enseguida y consiguió conquistarse a la amante de su marido hasta catequizarla de tal manera que la querida acabó metiéndose a monja. En realidad, mi tía Maria Luisa respondía a la vertiente pía de nuestra sangre, pues consiguió convertir el palacio de Pedrola en un auténtico monasterio, de forma que la llamaban «la Santa Duquesa». ¡Hasta consiguió que su contrito esposo don Martín se hiciera devoto y frecuentara mucho el monasterio de Veruela! El poder que tienen algunas mujeres.

Cuando evoco estos momentos, me digo a mí mismo: realmente nuestra familia vivía en la cresta de la ola, e indica hasta qué punto mi abuelo se carteaba con lo más granado de la corte del momento: don Enrique de Rojas, el marqués de Denia; el conde y el marqués de Alba, don Álvaro de Luna; Fadrique de Toledo, mayordomo mayor del emperador...

En resumidas cuentas, que Francisco se vio de pronto cabalgando con su hermano Alonso hacia Tordesillas, acompañado de un hombre de confianza de su padre, mosén Figuerola, que había sido criado del arzobispo de Zaragoza.

La mole oscura del castillo de doña Juana la Loca, que había sido mazmorra de reyes medievales, le heló el corazón. Aquello no era una corte lujosa como se imaginaba. Como sombras se deslizaban los criados a la luz de las antorchas entre las lóbregas murallas al mando del marqués de Denia, a quien el emperador había doblado la responsabilidad nombrándolo, además de alcaide del castillo, primera autoridad de la villa. Sin duda, Carlos quería tener bien controlada a su madre, que, a la sazón, seguía siendo reina y que vivía por propia voluntad sumida en una negrura funeraria.

En cambio, su hija póstuma, la rubia y pálida adolescente Catalina, era como una aparición de blonda dulzura por aquellos oscuros corredores. Estaba tan ávida de juegos y compañía, que pronto hizo buenas migas con Francisco, siempre bajo la vigilancia del marqués, que no quería que Catalina se escribiera con el emperador a sus espaldas, pues era muy celoso de filtrar la información sobre doña Juana, exagerando un tanto a propia conveniencia sus locuras y sus pretendidas herejías. ¿Quién iba a decirle que por aquellas fechas había participado en las justas de Valladolid, celebradas por el emperador, el joven Íñigo de Loyola, por entonces al servicio del duque de Nájera y que, secretamente enamorado de doña Catalina, cuando se educaba en Arévalo en casa del contador mayor del Reino, la había convertido en «señora de sus pensamientos» caballerescos?

Catalina parecía muy madura, desde luego; y, a pesar de que su hermano se la llevó casi en un rapto y la vistió como una reina para que disfrutara junto a su hermana Leonor de las fiestas en Valladolid, decidió quedarse junto a su madre, que se había aferrado a ella como a un vivo retrato de su fallecido esposo, Felipe. Aquel rostro desencajado de doña Juana, sus gritos nocturnos, el cómo lanzaba los aguamaniles a los criados y rechazaba recibir

los sacramentos dejaron estupefacto a Francisco, que nunca la olvidaría. Ni imaginar podría que con los años iba a poder atender en el lecho de muerte a aquella pobre reina. Vueltas y jeribeques que da la vida.

Cada día llegaban noticias del emperador con sus victorias en Italia y Alemania.

—Francisco I cayó prisionero de don Carlos en Pavía. El emperador ha ordenado que traten al preso con rango de rey —contaba un correo casi sin aliento, mientras Catalina y sus meninos veían en su imaginación el restallar de las espadas y el sonido seco de las lombardas.

Tordesillas fue el primer encuentro de mi padre con la realeza y los grandes de España. Allí estuvo tres años como menino de la infanta, al par que, como los otros pajes, practicaba la esgrima, la equitación, la música y el arte de escribir.

Hasta que un buen día Catalina le llamó y le dijo:

—Francisco, he de rogaros un favor. Acabo de cumplir los dieciocho años y mi hermano Carlos ha dispuesto que contraiga matrimonio con el rey Juan III de Portugal para el bien de la cristiandad y del imperio. ¡Os agradezco tanto vuestra compañía y servicios durante estos años que me complacería formarais parte mi corte en Portugal! ¿Queréis venir conmigo?

—Lo consultaré con mi padre y será un placer complaceros, señora.

Pero don Juan no creyó oportuno desarraigar de Castilla a su hijo primogénito.

Francisco de Borja, que frisaba los quince, no pudo contener la emoción al despedir a la rubia princesa Catalina desde el puente levadizo de la fortaleza. ¡Qué distinta aparecía ahora, vestida de blanco como una auténtica princesa y ornada con las joyas de su madre, que habían sido también de su abuela Isabel! Al son de clarines y escoltada por soldados y caballeros, ya parecía lo que enseguida iba a llegar a ser, una gran reina de Portugal, ante la cual quien esto escribe, vástago de Francisco de Borja, tiene el honor de ser hoy embajador.

Vio cómo la joven se asomaba a la ventana de la carroza que la conduciría a Elvas para los festejos previos de la boda. Su mirada se cruzó entonces con la de su madre, doña Juana, que, desgreñada, y con los ojos huéspedes, la veía partir para siempre desde el castillo en el que seguiría sepultada en vida hasta su muerte.

Allí debió mi padre aprender los vivos contrastes con que se teje el tapiz de la existencia, incluso de reyes y señores de este mundo; esa rara mezcla de lágrimas y placeres, desvelos, tragedias y algunas escasas alegrías con que se van aderezando todos y cada uno de los acontecimientos que la urden.

Veo ahora atardecer blandamente sobre los campos que se pierden en el lejano mar de Gandía y reflexiono cómo imprimieron sus voces estas encontradas fuerzas ya en aquella alma aún joven. Y me lo imagino buscando la armonía de todo desde las cuerdas de su mandolina, de su arpa o clavicordio, como buen músico que era. La música, la única que se parece al silencio o a la belleza inaprensible del mar.

Si elijo ahora un arpa y la dibujo en mi cuaderno, mi futuro libro, junto a la máxima *Vita et armonia ex contrariis,* es porque «en la música como en la vida no hay consonancia perfecta si no se mezcla alguna nota inarmónica; y el arte de vivir es saber templar entre prosperidades y adversidades, para que ni unas nos levanten demasiado ni las otras nos hundan. Éste es el secreto de la verdadera música y armonía interior».

Por mi parte, aquellos recuerdos de infancia de mi progenitor y el dulce clima de mi tierra invitaban a dejar rodar mi alma por la anchura de los campos, pensamientos en que me enfrascaba, cuando me interrumpió un criado. Era de parte de mi cuñada, que me invitaba a que fuera a cenar en familia. Todo un privilegio después de tanto viaje: cenar con los míos y en la casa ducal de los Borja. Sobre todo cuando al día siguiente debía, sin dilación, partir de nuevo. No desdeñé el buen pescado, aderezado con aceite de oliva y jugo de limón, que tanto gustaba a mi padre, ni la grata conversación sobre los avatares del reino, mientras mi hermano me hablaba de los nuevos azulejos con que pensaba enriquecer algunos salones del palacio. ¡Oh, Gandía! Allí todos éramos otra vez niños y el tiempo parecía deleitarse en no pasar ni empujar el curso de la vida.

4

Isabel y Leonor

A la luz crepuscular, limpia y fría del Guadarrama, la mole granítica del monasterio de El Escorial se recortaba en el paisaje como un trasunto del alma impenetrable de su regio inquilino y constructor. Detuve mi caballo y respiré hondo para contemplar emerger, ruborizada por el sol poniente, aquella particular forma de parrilla de San Lorenzo vuelta del revés entre bosques de pinos. Las obras estaban tan avanzadas que apenas quedaba algo más que la iglesia por construir. En verdad, Felipe II ha dejado su sello en este sobrio renacimiento herreriano rodeado de cuatro torres-chapiteles, donde todo aparece equilibrado y colosal al mismo tiempo, sus doce claustros, sus dieciséis patios interiores, sus ochenta y seis escaleras, sus más de dos mil ventanas. Un mundo inabarcable que se me antojaba miniatura de todo un imperio.

—Su Majestad os recibirá mañana temprano, a las nueve —me dijo Ruy Gómez, que encontré envejecido y con un aire más desconfiado que de costumbre.

De menguada estatura, pelo oscuro y ojos brillantes, estaba casi siempre pálido de no dormir y andar al servicio permanente de su amo como un perro fiel. Cuentan que de niño pegó a Felipe y que el emperador lo iba a castigar, cuando el príncipe, entonces de rizos de oro, se echó a llorar para que Carlos V le perdonara. Dormía en la antecámara del rey. Lo vestía y desvestía, le leía de día para deleitarle y de noche para inducirle al sueño. Hasta le agenciaba al rey, si venía al caso, lindas mujeres para las noches de invierno. ¡Pensar que este hombre acompañó a mi padre, por orden de la emperatriz, en las guerras del emperador y que luego incluso se emparentaría con nuestra familia! Era portugués, había venido como

menino de la emperatriz y fue compañero de juegos del príncipe. ¡Quién iba a decir que se iba a convertir en persona de confianza de Felipe II! Los jesuitas lo llamaban desde el primer momento «el Cobos del príncipe Felipe», y el rey le concedió el título de príncipe de Éboli y lo casó con la bellísima y turbulenta Ana Mendoza, que dio quebraderos de cabeza en Pastrana a la madre Teresa de Jesús.

Hizo luego una solemne pausa y con gesto compungido y media sonrisa, añadió:

—Como podéis imaginar, don Felipe ha sentido sobremanera la muerte de vuestro padre. Al fin y al cabo, acababa de verlo como quien dice, a su paso por Madrid. ¡Cuántos recuerdos desde de niño! Incluso nos embarcamos juntos rumbo a Marsella!

Sentí rabia por dentro. Yo, como embajador, le debía muchas cosas a Ruy Gómez. Pero también sabía mejor que nadie hasta qué punto el rey mentía. Se conocían de los tiempos en que mi padre servía a la emperatriz y, como digo, mi primo el duque de Medina Sidonia casó con una hija de Ruy Gómez. Pero no le ayudó en sus peores momentos, cuando negros nubarrones inquisitoriales se cernieron sobre mi padre, y el rey Felipe llegó incluso a sospechar que el santo Borja estaba amancebado con su hermana, la princesa Juana.

—No puedo expresaros cuánto os lo agradezco. Mi padre fue siempre un servidor fiel y devoto del rey. Respecto a la entrevista de mañana, acudiré puntualmente. Veo que es cierto, como dicen, que su majestad comienza su jornada asaz temprano —me limité a responder.

—Casi se levanta como las gallinas. A las ocho de la mañana ya está revolviendo documentos en la mesa de su despacho. Tengo dicho a los embajadores que han que venir aquí a San Lorenzo a despachar bien pronto, que luego se echa encima la mañana.

—En este bello lugar serán frescos y apacibles los veranos —le comenté por hablar de algo, mientras el airecillo serrano subrayaba en el umbroso verdor de los árboles la fría arquitectura del escueto claustro que se colaba por la ventana del despacho del secretario.

—Sí, sí, pero es curioso: durante los veranos su majestad precisamente se vuelve a su alcázar de Madrid.

El príncipe de Éboli, con obsesión de minutante, volvió al horario.

—Así que, como os decía, a las nueve es buena hora, pues luego su majestad va a misa y a desayunar, y aunque reanuda las audiencias, está más despejado en la mañana.

—Tengo entendido que trabaja de sol a sol.

El secretario, personaje escurridizo, pero que era consciente de su mucho poder, se rascó el bigote y esgrimió una carpeta de piel roja que tenía sobre la mesa.

—Aquí están sus citas de mañana, don Juan. Incluso durante la comida recibirá al embajador en Francia, que llegó ayer. «Mañana venid acá a comer y me haréis relación», le dijo sin más. Le dan las tantas en su despacho, e incluso a veces se queda sin cenar o se contenta con un frugal bocado que ordeno subirle al mismo gabinete.

Pensé mientras oía a Ruy Gómez, descansando mi mirada en las cimas nevadas del Guadarrama, que aquel monasterio se había convertido en la capital de un mundo donde no se ponía el sol. Media Europa occidental, la brumosa Alemania, la mitad de Italia, toda la América situada al sur del río Grande, las lejanas Filipinas, otras regiones de Asia, e incluso, mediante matrimonio, en un tiempo, Inglaterra, tenían su vórtice en aquella mole berroqueña. Demasiado mundo quizás para ser controlado desde aquel perdido valle que él eligiera personalmente. No era de extrañar que el rey burócrata y solitario, aunque no parara de palacio en palacio —Aranjuez, El Pardo, Toledo, Madrid, Riofrío, Valladolid— estuviera tan preocupado de que todavía el vecino Portugal, con el que le unían tantos lazos de familia, se le escapara de las manos...

No dejaba de ser curioso: tanto el rey como Ruy Gómez, y yo mismo, éramos hijos de portuguesas, pues ambos lo fuimos de damas que había traído consigo la emperatriz Isabel.

—Pero decidme —interrogué intrigado al secretario—, ¿encontraré, como aseguran, a un rey deprimido y taciturno?

Ruy Gómez volvió a rascarse el bigote y se llevó un cálamo de marfil a la comisura de los labios.

—No, no hagáis caso. Su majestad está en uno de sus mejores momentos. No olvidéis que es feliz en su nuevo matrimonio con su sobrina doña Ana de Austria. La reina, veinte años más joven que él y de carácter apacible, le da a la sazón mucho contento. Es muy natural. Tras la pérdida

de tres esposas y, sobre todo, de su hijo don Carlos, don Felipe se reconcentra más en sí mismo y en su trabajo. Doña Ana es muy dulce y el rey está seguro de que le dará un heredero. Tened en cuenta que es la única esposa, de las cuatro, con la que ha podido conversar en su propia lengua, pues domina tanto el español como el alemán.

Éboli me puso luego al día de la situación, para que supiera a qué atenerme. Si la victoria de Lepanto había llenado de gozo a Felipe II al alejar la amenaza otomana, sabía que ésta había sido más una victoria de los italianos que de los españoles, puesto que ellos habían construido la mayoría de los barcos y aportado el mayor número de soldados. El poder de España, por extenso que fuera, dependía enteramente de otros. Y en el caso de la revuelta de los Países Bajos, confiábamos por entero en la buena voluntad de Francia. Pero Francia había puesto ambiciones en los Países Bajos, y la nobleza francesa se proponía ayudar a los rebeldes holandeses. No es raro, pues, que Felipe recibiera con gran alivio la eliminación de los dirigentes protestantes franceses en la masacre de San Bartolomé.

—¿Tanta alegría ha podido causar al rey la muerte de los hugonotes? —pregunté.

El secretario se levantó de la mesa y sonrió:

—No lo sabéis bien, don Juan. «Tuve uno de los mayores contentamientos de mi vida», me dijo el rey el día que se enteró. ¿Por la muerte de miles de protestantes en las calles de París?, os preguntaréis. No, no lo creo, pues quien le conoce de cerca sabe muy bien que el gozo se lo causaba principalmente el hecho de que este exterminio borraba la amenaza de Francia sobre los Países Bajos. Así, sin más rodeos, se lo dijo don Felipe al rey galo, autor de la masacre: «Os debo los Países Bajos». Ya veis, don Juan, cómo van las cosas.

Ruy Gómez no bajaba su barbilla distante a pesar de que, conmigo, de los tiempos en que bregábamos juntos con el príncipe Carlos, tenía cierta confianza e incluso se consideraba, y realmente lo era, mi protector.

—Pero no me negaréis que sus principios religiosos son tan arraigados que gobiernan e inspiran su reinado —repliqué.

—¡Y tanto! Ayer mismo me decía: «No podemos ni debemos consentir cosa que sea por alguna vía en desfavor del Santo Oficio, viendo cada día por la experiencia la necesidad que de él hay». Él ha heredado de su

padre la obsesión por la defensa de la cristiandad. Acude siempre a los autos de fe, aunque nunca a las ejecuciones. Y, desde luego, jamás olvida los intereses de España, que ante todo su majestad, todo el mundo lo sabe, es un gobernante. No sé si os ha llegado el rumor de que prepara un tratado comercial con Inglaterra.

Algo estaba claro. La mañana siguiente me iba a entrevistar con el «dueño del mundo» en un buen momento de su vida, pues aquel año de la muerte de mi padre el amo de El Escorial se encontraba en cierto sentido en una encrucijada, en uno de sus períodos más gloriosos, pero con la incertidumbre de no saber cómo se desarrollarían los acontecimientos. El año anterior parecía haber sido de triunfos: Lepanto había traído, si se quiere, la paz al Mediterráneo, mientras en el Pacífico el explorador Legazpi acababa de fundar la ciudad filipina de Manila. En términos de religión reinaba, además, cierta tranquilidad, pues, pese a algunos brotes de herejía, el protestantismo no había logrado penetrar en serio en la Península. Por otro lado, se había hecho famoso el caso de Bartolomé Carranza, el arzobispo de Toledo, gran amigo de mi padre, injustamente encarcelado por la Inquisición, todo un escándalo que estaba todavía muy a flor de piel. Este año se cumplían trece ya de arresto del arzobispo en su casa, y el rey hacía los arreglos necesarios para permitirle que dejara España y fuera a Roma.

Aparte de la revuelta holandesa, no había otras guerras y el tesoro todavía se encontraba en una situación razonable, ya que la última bancarrota se había producido hacía doce años, en 1560. Don Felipe reflexionaba sobre estos asuntos y sólo veía problemas en el horizonte de los Países Bajos, cuando al día siguiente me anunciaron en su despacho.

—Don Juan de Borja, conde Mayalde y de Ficalho, embajador de vuestra majestad en Portugal.

La desnudez blanca de las paredes y la fría oscuridad del mobiliario, dominado por sillones frailunos de cuero, decían más de la celda de un monje y un monasterio que del despacho del hombre más poderoso del orbe.

—¡Alzaos, don Juan! ¡Sea bienvenido el hijo de mi amado amigo y padre Francisco de Borja!

Cuando levanté la mirada, un pálido y oblongo rostro que cerraba una cuidada y corta barba rubia y dividido por un plácido y perfecto bigote,

emergía como de otro mundo desde la golilla blanca, el único resplandor entre su sombrero alto y el resto de la vestimenta negra con que casi siempre se ataviaba. La blancura de su piel era la de su madre; la firmeza de la mirada y la prominencia voluntariosa del labio, del emperador, su padre.

—¿Cómo se encuentra vuestro hermano don Carlos, el duque de Gandía?

Sus palabras sonaban para mí arcanas, como las de un hombre venido de ultratumba, pero revestían al mismo tiempo un deje de autoridad y un sabor entrañable de niño desvalido en busca de lo imposible.

—¡Cuánto, cuánto he sentido la muerte de vuestro padre! ¡Qué pérdida para la Iglesia y para el reino! Aún me parece estar viéndole, la primera vez que me lo presentó mi padre y apenas disfrutaba yo de conocimiento para no olvidar su corpulencia de entonces.

Una luz lechosa, casi insultante, chillaba en las paredes del despacho como perdida en medio de aquellas heladoras habitaciones privadas, sin más lujo que unos cuadros de El Greco, tablas flamencas de Memling y otros motivos religiosos que aliviaban la simplicidad del recinto, circundado todo él por un alto zócalo de azulejos. Sobre la mesa, junto a gruesos cuadernos de cuero, un crucifijo y un rosario.

Por un momento, mi pensamiento saltó atrás en el tiempo. La evocación de mi padre me condujo a imaginar cómo serían aquellas jornadas, recién venido el emperador a España.

¡Que algarabía de campanas cuando nació Felipe II! Mi padre había vuelto a Zaragoza, donde siguió tres años bajo la mirada atenta del arzobispo y de su abuela Ana Gurrea. Fueron años decisivos en el estudio de lenguas, matemáticas y música. Además, se inició en la filosofía con el doctor Gaspar de Lax, del colegio de Montaigu, de París. También fueron los tiempos de sus aventuras y juergas de juventud, si es que alguna vez gozó de alguna. Corría 1527, el último año de su permanencia en Zaragoza:

—¡Albricias. La emperatriz ha dado a luz un hijo varón en Valladolid! El imperio tiene un heredero.

Era el fruto del amor apasionado entre el joven emperador borgoñés y la frágil y blonda portuguesa, que se enardecían entre olores a azahar en Sevilla, rasgueo de guitarras, volantes de bailaoras y arrayanes granadinos que jamás podrían borrarse de la memoria. Tanto, que quiso dejar un palacio suyo en la Alhambra. Hubo fastos, justas en las que intervino el emperador,

que llegó a lancear un toro en persona, aunque las fiestas fueron interrumpidas con una triste noticia: el Saco de Roma y la prisión del papa.

Un año capital también en la vida de mi padre, puesto que estuvo a punto de casarse con Aldonza, la hija de los duques de Cardona, que ofrecían una dote nada desdeñable de treinta mil ducados para la boda. Por entonces don Juan de Borja, mi abuelo, estaba empeñado en que Francisco sirviera al vizconde de Évol en la capital de Aragón. Pero el duque estaba tan delicado de salud y ocupado como siempre en tantos frentes, que Francisco acabó por acompañarle, junto a su madrastra, a Gandía. Parece que hubo sus más y sus menos entre padre e hijo en torno al pretendido casamiento con Aldonza.

Pero la coincidencia de rumores sobre la venida del emperador a Zaragoza le movió a don Juan a llamar a su hijo Francisco.

—Estoy pensando bien lo de tu matrimonio con Aldonza de Cardona y quiero consultarlo con el vizconde de Évol. Pero, por lo pronto, ya sabes, hijo, que hemos sido nombrados «primos del rey» y «grandes de España» por decisión personal del emperador. Así que deseo que te ejercites en su servicio.

Don Juan sacó un sobre del cajón de su mesa y le mostró las letras que iba a enviar a Carlos V.

«Sacra, cesárea y católica Majestad: Porque comience a servir estos hijos que Dios me dio para dallos en servicio de Vuestra Majestad, va don Francisco... Aprendan sus flacas fuerzas a emplearse en el oficio que en el que yo, con los mayores del mundo, querría emplearme.»

A finales de febrero de 1528 partió, pues, Francisco de Gandía a servir al rey. A su paso por la universitaria Alcalá de Henares, las jóvenes damas contemplaban, asomadas a los balcones y a media luz de las celosías, admiradas, cruzar a caballo la calle Mayor a un joven caballero, luciendo su mejor vellorí en compañía de otros amigos, cuando se detuvo de pronto junto a los soportales en una esquina. La gente se agolpaba a mirar. Unos alguaciles llevaban preso, por uno de los callejones del barrio judío, a un pobre hombre vestido de larga y áspera saya de saco, que en ese momento se volvió y le miró fijamente.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó mi padre al doctor Miona, que le acompañaba.

—Un curioso peregrino, dicen que alumbrado, que predica en calles y hospitales y que llevan preso a juicio oficiales de la Inquisición.

Ambos ignoraban que acababan de toparse con Íñigo de Loyola, el hombre que iba a dar un vuelco a su vida futura, pues tanto Francisco como el doctor Miona se convertirían con los años en fervientes discípulos de aquel flaco y pálido pobretón.

Tenía dieciocho años mi padre cuando entró en la corte. Corrían los risueños tiempos en que el emperador y su esposa vivían el embrujo y la alegría de su más encendida pasión. Francisco les cayó muy bien a ambos desde el primer momento.

Ahora, después de tantos años, tenía frente a mí al rey don Felipe de Austria en persona, aquel niño que mi padre conoció en la cuna.

—Vuestro padre solía recordarme las veces que me acariciaba cuando me tuvo entre sus brazos en Valladolid. Siempre decía que el emperador, de los jóvenes caballeros que le servían por entonces, era el que más apreciaba. Tanto que le confió su amada esposa.

—Creo que pugnaban en la monta de los corceles —dije riendo.

—Sí, a mi padre nadie le superaba en montar a la alemana —exclamó don Felipe—. El vuestro manejaba mejor los cortos estribos de los caballos arábigo-andaluces. Por entonces no se le apreciaban tanto sus inclinaciones místicas. Participaba a gusto en juegos y bailes, aunque el marqués siempre fue devoto cristiano, eso sí, y muy dueño de sus actos. Se hacía fuerza para ello.

Imaginaba a mi padre, alto y fuerte, moverse entre los fastos y las intrigas cortesanas con ese señorío y distancia que siempre le caracterizaron. Puesto que el rey me daba pie, le narré el grato aunque difícil encargo que me traje de Roma. Él sonrió:

—Os aseguro que yo mismo no sabría bien definir a vuestro padre. Siempre me pregunté si fue realmente feliz en su matrimonio.

En aquel momento entró Ruy Gómez con unos gruesos cartapacios de documentos listos para firmar y que urgía enviar cuanto antes a Flandes, el punto de atención más preocupante para el rey.

Mientras firmaba, recreé en mi mente aquel primer encuentro de Borja con la corte. En realidad, se movió en ella como en casa, como entre sus parientes. El emperador y Francisco se querían como dos buenos amigos,

casi hermanos. Él me contó que durante seis meses estudiaron juntos matemáticas, historia y cosmografía con el mismo maestro, el cosmógrafo imperial Alonso de Santacruz. Ribadeneira me relató, además, con su particular gracejo, que, como oían las mismas lecciones, el emperador le preguntaba a mi padre muchas cosas de lo que había oído, y confería con su amigo sus dudas familiarmente. Y de esta comunicación creció la afición y amor que el emperador tuvo por el marqués, y del amor y de la confianza, el darle parte de sus cosas.

Juntos escuchaban música, juntos practicaban la caza de altanería y juntos disfrutaban asistiendo a las primeras lecciones de danza o equitación del príncipe Felipe. A don Carlos le gustaba oír cantar a su amigo Francisco, que gozaba de una bien timbrada voz y los escarceos que hacía como compositor, pues llegaría con el tiempo a escribir una misa a cuatro voces y varios motetes. También le subyugaba la caza, hasta amaestrar él mismo las aves de rapiña. En fin, ambos participaban juntos placenteramente de las fiestas y saraos de la corte, pues el emperador era en este punto verdaderamente incansable.

Tanto se querían, que fue el propio Carlos V quien dispuso su boda antes de partir a Bolonia a ser coronado por el papa.

Aunque no puedo evitarlo, siempre me pregunto: ¿la dispuso el emperador o fue idea de la emperatriz Isabel?

Se ha hablado mucho de un amor platónico de Francisco de Borja por aquella exquisita y encumbrada mujer. Hasta las Cortes de Toledo había llegado su fama de «muy excelente persona y muy hermosa», que además «habla nuestro castellano». La verdad es que Isabel cautivaba a cualquiera desde el primer momento. Esbelta y airosa, disfrutaba de una piel rosada, ojos garzos, un cabello muy rubio y abundante. En su despejada frente de ancha curva se reflejaba una armoniosa personalidad y un talante equilibrado, que encendía el óvalo perfecto de su rostro. De carácter era algo retraída y callada, pero mansa, nada entrometida y con una rara discreción ante todos los asuntos.

Isabel se deslizaba por palacio como una pluma movida por el aire. Era la segunda de siete hijos que tuvo el rey portugués don Manuel I, por sobrenombre el Afortunado.

Aunque algunos lo ponen en duda, creo que mi padre estaba secreta y platónicamente enamorado de la emperatriz. Tan grande fue su amor que

llegó a confesar a su íntimo amigo, el poeta soldado Garcilaso de la Vega, que hasta temía mirar a Isabel, «no quedase en arrobamiento y como en éxtasis».

Isabel se daba cuenta de aquella silenciosa adoración idealizada; quizás por ello le concedió a título personal el marquesado de Llombay y el matrimonio con una de sus más queridos amigas, Leonor de Castro, su dama predilecta, que había traído consigo de Portugal.

En las largas ausencias del emperador, Borja, buen músico desde niño e inspirado organista, armonizaba de limpios acordes las veladas invernales, haciendo deslizar sus dedos por el teclado, única forma lícita quizás de expresar su arrobo a la emperatriz, que, junto a sus damas, hilaba a la luz dorada de las ventanas de Toledo metros y metros de ropa para los pobres de España y para los peregrinos de Jerusalén. Boscán y Garcilaso no solían estar ausentes de aquellas tardes, que adornaban también ellos con sonoros e inspirados endecasílabos, los primeros que se escribían en castellano.

Cuando la emperatriz le sugirió el nombre de Leonor para esposa de Francisco, el emperador aceptó, aunque hubiera preferido a una española. En las negociaciones para el matrimonio de mi padre tomó parte decisiva un personaje curioso, el secretario que por entonces tenía toda la confianza del césar, Francisco de los Cobos. Era éste un hombre minucioso y hábil que se había metido al emperador en el bolsillo. Fiel y experimentado, tenía un punto débil, ser extremadamente mujeriego, mientras que su esposa, doña María de Mendoza, era una auténtica santa, a la que mi padre veneraba y siempre mandaría saludos en sus cartas.

Pues bien, como digo, este señor se encargó de mandar la propuesta de matrimonio al duque de Gandía. Mi abuelo replicó con tales exigencias que Carlos V estuvo a punto de mandarlo todo a paseo.

—Decidle al duque de Gandía que venga a verme a Barcelona —ordenó el césar a Pedro González de Mendoza.

Pero a mi abuelo le salió el típico orgullo Borja, y se excusó por razones de salud, por lo que se limitó a enviarle a un criado, Porcell, para que tratara el asunto con otros nobles. El duque consultó el casamiento, además, con su amigo Juan García y con el abogado micer Filiberto. Además, como de costumbre llamó a su hijo. Como buen valenciano, el tema económico le preocupaba:

—Mira, hijo, los ocho cuentos[3] que ofrece el emperador son una miseria. Además, no debes aceptar juros de Castilla, sino ducados contantes y sonantes, que podamos invertir enseguida en el reino de Valencia. Y no te olvides de comprobar los bienes raíces que aporta en su dote doña Leonor, así como oros y joyas. Por nuestra parte está la baronía de Llombay y sus cuatro lugares, que son las mejores piezas de mi casa, además de los dos mil ducados que don Carlos me debe por la renta de Requena...

—Pero, padre, es el emperador en persona quien desea este matrimonio.

—Sí, sí, lo sé, por eso le añado en mis cartas a Cobos que él no tiene que consultarme con quién decide casarte, pues nuestra casa ducal está sujeta del todo a la corona. Pero eso no quita que por cesión tan prematura del mayorazgo pida para un hijo mío una encomienda de orden militar. Además, quiero saber sobre esa familia de doña Leonor y si sus padres tienen nombre de buen original.

Así que en las capitulaciones del matrimonio surgieron notables tensiones. El duque regañó a su hijo Francisco por no haber tratado bien lo de la encomienda de la Orden de Calatrava y el asunto de la dote.

Total, que el emperador acabó cediendo algo. Estaba de acuerdo con que se le pagaran al duque los dos mil ducados que se le debían, pero no quiso entrar en el tema de la dote ni sentar precedente en lo de la encomienda de la orden militar. Finalmente cedió que se le entregaran diez cuentos para la dote de doña Leonor. Aunque antes se metió por medio la apresurada gestión de González de Mendoza y se quedaron en ocho cuentos y la promesa de una encomienda de la Orden de Calatrava a uno de los hijos del duque cuando fuera posible.

He leído en Gandía todas esas cartas ya amarillentas y cuidadosamente escritas por mi abuelo, que recogen los dimes y diretes de las negociaciones con Cobos. El duque aceptó a regañadientes y molesto con todo el mundo: con el secretario real; con el arzobispo de Zaragoza, porque había hurtado el bulto en las negociaciones; y hasta con su hijo, porque estuvo muy «descuidado» y flemático en el asunto de su boda. Por no hablar de los orígenes de su futura nuera, porque nadie sabía dónde había nacido la

3. Cuentos: millones de maravedíes.

tal doña Leonor, aunque, según algunos portugueses, sus padres «eran de buena raza y gente muy principal en Portugal». Luego se supo que había nacido en Otorrao, cerca de Évora, y que antes de ir a la corte, en Lisboa, sirvió a una tía abadesa en un monasterio de Beja. Pero esto se había llevado con harto secreto.

Doña Leonor esperaba, pues, impaciente en Toledo junto a la emperatriz a un lejano novio, idealizado caballero, al que apenas había visto un par de veces, pero que se le había metido por los ojos tanto a ella como a su señora. Daba la casualidad de que mi padre estaba a la sazón en Barcelona con el emperador, que se preparaba para partir a Italia, y la boda se iba a firmar por poderes. Por parte del duque de Gandía asistió el gobernador de Valencia, don Jerónimo Cabanillas, y por parte del césar, el secretario real, Cobos. Entre los testigos estaba lo más granado de la corte: Fonseca, arzobispo de Toledo; Tavera, arzobispo de Santiago; el conde de Miranda, don Juan Manuel, y el sobrino de Cobos. Todo estaba listo, pues, para la firma, cuando de pronto el enviado del duque de Gandía, Jerónimo Cabanillas, se negó a hacerlo:

—No puedo firmar, señores. Las capitulaciones han variado y yo sólo tengo el poder que me ha otorgado mi señor, el duque.

—¿Qué hacer? —replicó el secretario real—. El emperador está a punto de zarpar. La galera capitana de Andrea Doria le aguarda pronta para largar velas. No hay tiempo para negociar de nuevo.

—Hay una solución —medió astutamente uno de los procuradores—. Firmemos las capitulaciones con la condición de que, una vez presentadas, el duque las apruebe.

Carlos V pernoctó al día siguiente en la nave que le iba a conducir a Italia. Y mi abuelo montó en cólera contra Cabanillas por lo que consideraba argucia y tomadura de pelo, además de haberse excedido en sus atribuciones. Tardaría un año el testarudo don Juan Borja en acceder finalmente a firmar los benditos poderes. Pero el matrimonio ya estaba concertado, era imparable.

Aquella mañana, entre limpios azules mediterráneos, la galera del emperador se aprestaba a soltar amarras y engolfar sus remos hacia Italia, cuando don Carlos llamó a cubierta a Francisco de Borja.

—Os deseo que seáis muy feliz junto a doña Leonor, Francisco. Antes de partir quiero confiaros una carta que debéis entregar en mano a mi

esposa, doña Isabel. Cuidad de ella como si fuera yo mismo y obedeced en todo a la emperatriz.

Mi padre, como su caballero, lo prometió solemnemente, poniendo en ello su vida, si fuera necesario, y se quedó contemplando cómo la flota de Andrea Doria se perdía en el horizonte, las quillas enfiladas hacia el blanco puerto de Génova.

Francisco estrenaba vida. Joven e ilusionado, ardía por encontrarse con doña Leonor. Pero sabía que su padre no estaba satisfecho. De modo que le envió desde Barcelona al criado Porcell con cartas, explicándole por qué había firmado las capitulaciones y disculpándose por no haberlo hecho en persona. Era una carta sumisa, respetuosa y reverente. Pedía a su padre la bendición, pues «sin ella, aunque el casamiento sea bueno, no habría cosa que buena fuese», aseguraba.

No había tiempo que perder. Saltó sobre su caballo para no demorar el encuentro con su prometida y sólo Dios sabe los sudores y sofocos que le costó aquel largo viaje de Barcelona a Toledo en pleno agosto. Se detuvo en Madrid, eso sí, en casa de su amigo el conde de Miranda, mayordomo mayor del emperador, quien le ofreció una limonada bajo la sombra de su parra.

—Sosegaos, don Francisco, que venís sin resuello. Tomad un refresco en mi umbrosa casa, si es que queréis que doña Leonor encuentre un esposo vivo y no un novio muerto.

Al atardecer del día siguiente columbraba las torres de la imperial Toledo y de seguida a su dulce prometida, junto a la emperatriz, que se alegró sobremanera de encontrar a los novios juntos por la mañana. Quizás recordando la premura de su primera noche de bodas con Carlos, dijo riendo:

—Venga, venid, pues. Sin más dilación esta noche os desposaréis y tendréis el honor de tener por testigo a la reina de Francia, doña Leonor de Austria, la hermana del emperador, que se encuentra entre nosotros.

La novia iba como una reina, con vestido elegido por Isabel. Tenía un año más que mi padre, que contaba a la sazón diecinueve. Se les veía a ambos arrebatados y envueltos por su propia nube de amor perderse en largos paseos junto al Tajo o arrullarse en las más escondidas sombras de los jardines de palacio. Desde las vidrieras sonreía atisbándolos Isabel, que, muy enamorada del emperador, quería tanto y tan puramente a Francisco

que no encontraba mejor manera de devolverle tan espiritual amor que entregándole a su dama predilecta.

Tan ensimismado estaba Borja que no se acordó de que tenía que escribir a su padre. Cuando lo hizo, se exculpó con que la emperatriz estaba delicada de salud y no pudo despachar a su criado Ortiz. Doña Isabel le envió otro correo al duque comunicándole cuántas mercedes quería hacer a los de Gandía. Finalmente, el duque contestó a la emperatriz con felicitaciones para los jóvenes esposos y al emperador, asegurándole que quedaba satisfecho de todo.

¡Menos mal! Seguramente la carta de tan alta señora ablandó a mi testarudo abuelo, pues se traslucía de sus letras que estaba encantada con Francisco de Borja y le aseguraba que se encargaría de su «acrescimiento» y que siempre que le pidiera alguna merced hallarían en ella «muy entera voluntad».

Y así fue como doña Isabel elevó a marquesado la baronía de Llombay y nombró a Francisco su caballerizo, que era tanto como decir el segundo en dignidad de la casa imperial. Equivalía a tener acceso libre a sus majestades, prepararles los viajes, acompañarles a todas partes. «No había puerta cerrada para mí en palacio», solía recordar mi padre. Carlos le había nombrado además montero mayor, mientras que doña Leonor pasó a ser camarera mayor de la emperatriz.

El duque de Gandía se quedó perplejo de tantos honores y escribió a su hijo: «Dios te haga merced y te dé gracia que en esto aciertes también de aquí adelante, como hasta aquí ha sido el acertamiento, y guarde a tu mujer muchos años como aquí lo deseamos y tú has menester». Ya no dudaba de la conveniencia del matrimonio de su hijo, aunque, duro de mollera, no firmó las capitulaciones definitivas hasta el 11 de junio de 1530.

Francisco y Leonor vivían entre Madrid y Toledo, corrían por los jardines, se regalaban con exquisitas viandas y dormían bajo dosel de damasco al servicio de la emperatriz. Disfrutaba mi padre entonces de un momento eufórico. Tan contento y feliz estaba, que le dijo al emperador que quería morir en su servicio. Carlos le contestó que se congratulaba de ello y le expresó que también estaba muy feliz con el flamante marqués.

Ambos andaban además muy pendientes de la educación del príncipe y conseguían cuantos favores deseaban de la emperatriz y del secretario. Sobre todo la marquesa, a quien, pese a ser mi madre y respondiendo al

juramento que hice de ser fiel en mi relato, desde el primer momento se le notaba su desmedida ambición. Por cierto, que doña Leonor estaba ya de buena esperanza y dio a luz en 1530 a mi hermano, el primer hijo de Francisco de Borja. Le bautizaron con el nombre de Carlos en homenaje al emperador ausente. Sus padrinos fueron el príncipe Felipe de España, que sólo tenía tres años, y la propia emperatriz, que estuvo radiante durante el bautizo y cuidó como una hermana a la recién parida.

¡Pensar que el poderoso rey don Felipe, que él tenía ante sus ojos, no quería separarse de los brazos del marqués de Llombay hasta enfadarse cuando lo intentaban! El preceptor Pedro González de Mendoza contaba en una carta al emperador: «Su alteza salió de Toledo sobre una jaca. No consintió que se le sentase en la silla, pero quiso tener los pies en los estribos. Nosotros íbamos de pie, y el marqués de Llombay de un lado y yo de otro lo sosteníamos. La gente se amontonaba de tal manera para ver a su alteza, que obstruía las calles. Y todos decían palabras para morir de risa, y su alteza, muy ufano de verse a caballo».

Aquel niño a quien mi padre había asistido en la primera cabalgada de su vida y que poco después, en Valladolid, regalaría a su compañero de juegos, mi hermano Carlos, su primera armadura, estaba allí mismo, delante de mí, con cara de esfinge, firmando órdenes, revestido de su papel de dueño y señor de medio mundo. Levantando la cabeza, despachó al secretario y me preguntó:

—Se nos va el tiempo, don Juan, y no me habéis informado sobre Portugal.

Le di cumplida cuenta de los complicados asuntos del país vecino, de las preocupaciones de la reina, su augusta tía doña Catalina, y de las veleidades del nieto de ésta, el inexperto, temerario y romántico rey don Sebastián, asuntos de gobierno que comentaremos en su momento. Baste reseñar aquí que la pregunta de don Felipe, aún en el aire, de si mi padre fue o no feliz con mi madre, doña Leonor, se quedó en aquel momento sin respuesta, aunque en mi fuero interno y más sincero, ésta era un «no», si bien no dudo de que lo mejor de su matrimonio fue esta etapa juvenil y brillante al servicio de la emperatriz.

Ya iba a despedirme del soberano, cuando, como una aparición, surgió en la puerta una hermosa mujer, delgada y alta, ataviada de negro. Era su

esposa y sobrina, doña Ana. Sus cabellos rubios modestamente recogidos bajo una cofia y la blanca golilla le daban a su pálido rostro suavemente sonrosado, un aire de otro mundo. El rey quiso presentármela:

—Juan de Borja, conde Mayalde y de Ficalho, nuestro embajador en Lisboa, pero sobre todo hijo de nuestro inolvidable Francisco de Borja, que acompañó mis juegos de niño, me enseñó a montar a caballo y a quien tanto amaba mi madre y señora, la emperatriz.

La reina me dedicó su mejor sonrisa y ambos se perdieron por los tránsitos interminables de El Escorial. ¡Qué extraños caminos tiene la vida!, pensé. ¡Y qué raudo se marchan los momentos felices que nos depara!

Aquella noche, en el duermevela de mi lecho, me pregunté una vez más si aquel matrimonio preparado por tan poderosa mano y con tantas complicaciones por parte de mi abuelo fue la mejor elección para mi padre. De lo que sí estoy cierto es de que creo que nada de este mundo le habría satisfecho del todo, pues dentro de él había un fuego incontenible que no acertaba a salir hacia afuera. Quizás por eso dibujé en mi cuaderno, antes de acostarme, un volcán; sí, un Etna rugiente con la siguiente máxima debajo: *Retinere necquo*: «No puedo encubrirlo». No se puede fingir ni disimular la afición o pasión que lleva uno dentro; no puede contenerse un volcán y reprimir del todo el fuego que un hombre lleva encerrado en el fondo de sus entrañas. La luna daba un aire fantasmagórico a las montañas nevadas, que parecían al alcance de la mano desde mi ventana.

5

El íntimo del césar

Me intrigaba la pregunta del rey: ¿fueron felices Francisco y Leonor, mi padre y mi madre, en su matrimonio? Yo había captado desde niño ciertas desavenencias, discusiones a puerta cerrada, miradas tensas, pero, aparte de la discreción con que hacia fuera las llevaron, a esa edad uno se camufla a sí mismo muchas realidades que en el fondo no quieres saber. Empezaba a comprender, además, que cuando te preguntas por tus padres, estás en última instancia preguntándote por ti mismo. La paz del monasterio de El Escorial me ayudaba a completar los apuntes cada vez más detallados de mi informe. Con este objeto pedí autorización para dilatar mi regreso a la embajada de Lisboa, donde me esperaban serios asuntos.

A ratos, en sosegados paseos bajo los pinos o mientras contemplaba el progreso de artistas y artesanos en la iglesia del monasterio, regresé mentalmente al mayo de 1531, cuando la emperatriz se había trasladado a Ávila. Me imaginé a mi padre frente a sus imponentes y a la vez recoletas murallas, aquel día en que le hizo solemne entrega al príncipe Felipe, que se había despojado de sus vestidos de niño, de su primer traje de hombre. No sería el único contacto de Borja con la ciudad abulense y su misticismo teresiano. Luego trasladé mis reflexiones y notas personales al castillo de Medina del Campo, donde se desplazó la corte hasta el año siguiente. Allí, en aquella fortaleza, tan llena de recuerdos históricos de la Reina Católica, vio la luz mi hermana Isabel, que bautizaron con este nombre en honor de la emperatriz, que era tan cariñosa que una vez más quiso amadrinarla. Mi hermana encarnaría un sueño del viejo papa Alejandro VI, que quería ver unidas las sangres de los Borja y los Denia, pues

casó con el marqués de este nombre[4]. Días después, el terror de la peste empujó a la emperatriz y a su corte a trasladarse a Segovia, y a Madrid al año siguiente.

A la sazón se había celebrado un importante encuentro en la cumbre entre el emperador y el papa Clemente VII en Bolonia, ciudad donde había coronado solemnemente a Carlos. Muchos frentes ocupaban al emperador: Lutero, los turcos, los moriscos, su proverbial enemigo Francisco I, los reinos europeos, las nuevas fascinantes que venían de América y de Francisco Pizarro, como para encontrar tiempo para su propio solaz y el amor. Doña Isabel suspiraba por los pasillos de palacio por volver a abrazar a su esposo, que llevaba ausente casi cuatro años de España.

Finalmente pudo hacerlo en Barcelona a finales de abril 1533, donde acudió con el pequeño príncipe Felipe en sus brazos, y allí estaban, cómo no, mis jóvenes padres regocijándose del reencuentro. La emperatriz le comunicaba siempre a Carlos en sus numerosas cartas al emperador dónde andaba su fiel caballerizo, lo que nunca suscitó celos en el césar, que confiaba a ciegas en Borja. De poco solaz pudo gozar la imperial pareja, porque don Carlos tuvo que presidir las Cortes Generales de Aragón, que duraron de junio a diciembre.

De pronto, mientras en los excitados escaños de Monzón discutían de fueros y privilegios aragoneses, llegó un correo exhausto a los pies del rey:

—¡Majestad, hemos venido a uña de caballo! La emperatriz sufre unas calenturas muy recias y os requiere a su lado.

El emperador no perdió un minuto y regresó urgentemente a Barcelona, donde la hermosa Isabel, más pálida que de costumbre, sudaba fuertes fiebres palúdicas, enfermedad que había contraído cuatro años antes en la villa de Madrid. Todo el mundo temía por su vida y en las iglesias y conventos se hacían incesantes rogativas por su salud. Pero superó con bien la recaída. Recuperada, se trasladó con el emperador a las Cortes de Monzón, que, como he dicho, no terminarían hasta diciembre.

Mis padres, que, como puede verse, eran como su sombra, se volcaron con Isabel y no se separaban de los emperadores. Todo el mundo sabía que eran de la esfera de sus íntimos. Por eso, y no por otro motivo, durante

4. El hijo de ambos sería Francisco de Sandoval-Rojas y de Borja, más tarde también duque de Lerma e influyente valido de Felipe III.

el viaje a Aragón vine yo a este hermoso y terrible mundo, en Bellpuig, provincia de Lérida, donde me pusieron el mismo nombre que mi abuelo de tantos recuerdos en la familia, Juan, y de mi bisabuelo Juan Borja o Borgia, ¿recuerdan?, aquel cuyo cuerpo encontró el papa, su padre, flotando sobre el Tíber.

En fin, mientras rememoro ahora estas historias y cómo nací —una rama más de la arborescencia de los Borja—, dibujo en mi cuaderno un árbol otoñal del que caen las hojas, y escribo debajo en latín: *Genus humanus.* Pues, si se quiere observar con atención qué es el género humano y lo que en este mundo pasa, se verá que es un teatro en el que continuamente entran unos y salen otros a representar fábulas y entremeses, muy para reír, si la caridad cristiana no nos moviera a veces a llorar. Pues qué cosa más risible que ver el cuidado con que los hombres trabajan por perpetuar sus vidas, sus nombres, sus estados, cuando la vida más duradera no lo es mucho más que la hoja del árbol que el viento arrebata. Así escribí al pensar en mi nacimiento y lo poco que en definitiva les duró la vida a mis padres, aunque llegaran a ser tan importantes validos y grandes de España.

Nos trasladamos luego a Zaragoza, donde pasamos un período tranquilo junto a la familia imperial y la viuda de Fernando el Católico, doña Germana, y su esposo, el duque de Calabria, que a continuación nos acompañaron a Toledo y luego a Madrid.

Cerca de palacio quiso construir el emperador un confortable palacete para nuestra familia, que estaba unido a la imperial mansión por un pasadizo cubierto. Con frecuencia, doña Isabel y don Carlos transitaban por allí a nuestra casa, especialmente cuando mi padre cayó enfermo también de calenturas. Los problemas venían de la afección que toda la vida le traería de cabeza: su estómago.

Se lo confiaba a su hermanastro Ramón Galcerán en una carta:

> *«Yo aquí tan trabajado y con tantos accidentes, que nunca he tenido un día de salud, ni sido parte para dármela los jarabes y purgas que me han dado. Voy con alguna mejoría, si este estómago no estuviese tan gastado como está. Alabado sea Dios. Si alguna vez he probado salir de casa, luego es conmigo la calentura. De esta manera estoy siempre en una cámara, viendo a todos estos niños con calenturas. Y es el tiempo tan recio que hay infinidad de dolientes en este lugar.»*

El emperador solía sentarse a la cabecera de su cama y le hablaba con mucho afecto:

—Os traigo las últimas nuevas sobre el turco, Francisco. Los sarracenos siguen asolando el Mediterráneo. ¡Pero os aseguro que la santa cruz cortará ese avance a la media luna infiel!

En otros momentos, y aprovechando las horas de convalecencia, cuando le llevaban a pasear en litera entre los copudos árboles, mi padre solía leer con devoción las Sagradas Escrituras y las homilías de san Juan Crisóstomo. Tras la pausada lectura de los pasajes de aquellos libros cerraba los ojos y aprendía a saborear un regusto distinto de las ocupaciones palaciegas, el de aquel profundo silencio interior que ya le atraía desde el fondo del alma.

Un día, el doctor Villalobos, médico de los emperadores, que cuidaba por encargo de doña Isabel a Francisco, se encaprichó de un hermoso plato de muy bella factura que mi madre lucía encima de nuestro aparador.

—Si os curo en una semana, seguramente que me regalaréis esa porcelana, don Francisco —dijo el médico con mucho aplomo.

Francisco sonrió y sin dudar replicó al caprichoso galeno que así lo haría.

Pero llegó el día fijado. El enfermo tenía ya escasa fiebre; sin embargo, no se encontraba del todo curado. Entonces el médico sentenció aplicando a la situación el famoso adagio latino:

—*Amicus Plato, magis amica veritas*[5]. Aunque he de reconocerlo: la verdad es mejor amiga que el regalo, y la verdad es que no estáis curado todavía.

Borja rió de buena gana.

—Amigo Villalobos, no os regalaré uno, sino dos de esos platos que tanto os gustan.

A todo esto, las relaciones entre mi padre y mi abuelo dieron un giro de noventa grados. Si antes era don Juan quien informaba de las nuevas de la corte a su hijo, ahora se volvieron las tornas. Mi padre estaba al cabo de la calle de cuanto sucedía en Madrid y Toledo y se lo escribía puntualmente al duque de Gandía. Además, Francisco obtuvo por entonces bulas y beneficios para el marquesado de Llombay, como el convento de los dominicos que

5. Propiamente esta famosa frase se refiere a Platón: «Platón es amigo, pero más amiga es la verdad». El médico jugó con la palabra latina *Plato*.

él fundó. Tenía al día a su padre de los movimientos del turco y noticias de las guerras que venían de Italia. Barbarroja había, a la sazón, atacado Nápoles y saqueado la cercana Fondi, una ciudad de unos mil vecinos.

«Rogad a las clarisas de Gandía que oren mucho para que Barbarroja no ataque Valencia, pues provocaría grandes estragos», le respondía mi abuelo citando a sor María y a sor Francisca, pues temía por su seguridad, dadas las inquietantes nuevas.

En Gandía cundió el pánico. La ciudad se pertrechó con intención de prevenirse para un temido y posible asalto. El duque decidió trasladar a Valencia gran parte de su casa, nombró nuevo procurador, hizo amplia provisión de alimentos, ordenó cerrar las puertas de la villa, fortalecer murallas y torreones y hacer buen acopio de pólvora, escopetas y ballestas. Los impuestos que pagaban los moriscos se destinarían a la defensa, y las monjas de Santa Clara serían trasladadas a diversos conventos de Játiva.

Afortunadamente, las bravatas de Barbarroja se quedaron en un simple amago, pues el corsario estaba más interesado en La Goleta y Túnez, que acabaría tomando aquel mismo año.

Tanto barullo no impedía al emperador solazarse aquellos días con la rubia Isabel, que disfrutaba junto a su esposo en la ciudad del Manzanares de uno de sus breves pero intensos períodos de felicidad conyugal. No faltaban partidas de caza, fiestas y las famosas comilonas flamenco-castellanas, que repercutían inevitablemente en el recrudecimiento de la gota del imperial pie. Todo un estallido de color y lujo, con almuerzos de hasta veinte platos en medio del esplendor de los jardines y el fondo bien acompasado de músicos y danzarines.

—¡Qué bien dormiría yo sin la gota y sin Lutero! —decía Carlos a mi padre, mientras le servían una buena ración de venado en salsa holandesa.

Por su parte, el mayordomo, barón de Montfaconnet, comentaba, entre risas, ante la insaciable gula del emperador y su afición a coleccionar y destripar relojes:

—Para complacer a su majestad tendré que hacerle servir potaje de relojes.

Pero don Carlos era joven y todavía el dolor no le impedía perseguir la jauría de perros y los raudos halcones junto a Francisco en los montes de El Pardo o la vega de Aranjuez, al par que cuidarse de espinosos asuntos

de Estado. Se había convencido de que su esposa tenía razón al preocuparse durante su ausencia de que los piratas berberiscos pudieran invadir Andalucía. De manera que preparó el contraataque, pues recuperar Túnez suponía el comienzo de una gran campaña definitiva contra el infiel.

Urgía, porque Barbarroja se había hecho fuerte, atravesando los Dardanelos, en Constantinopla, y al servicio de Solimán. Sería el primer paso de la gran cruzada que soñaba todo cristiano bien nacido de su época: llegar a Jerusalén y liberar Tierra Santa.

Mi padre, cansado de tanta vida hogareña, quería dar muestras como cualquier caballero español de la fuerza de su brazo y ardía en deseos de entrar en batalla.

Así las cosas, tras nombrar una vez más a su esposa gobernadora de España y las Indias con precisas instrucciones, Carlos V decidió partir de nuevo. Marchó a Barcelona, no sin bajar antes los quilates de las monedas acuñadas en el reino para, gracias a la devaluación, poder pagar tamaña empresa.

La Ciudad Condal era un hormiguero de nobles y soldados, veteranos de Italia, alemanes, españoles y portugueses, que intercambiaban impresiones por las Ramblas y el puerto de Rosas, luciendo rasos, sombreros y armaduras. Más de cuatrocientas naos, entre ellas la flota de Portugal, al mando de don Luis, hermano de la emperatriz, y las galeras genovesas esperaban prontas a zarpar.

Entonces el marqués de Llombay se presentó en medio de todos con una brillante escolta de arcabuceros y caballeros valencianos ataviados de casacas multicolores y soberbias monturas con gualdrapas de brocado. Su escolta, reluciente bajo el sol, se componía de diez arcabuceros de a pie y veinte a caballo. El marino Andrea Doria contemplaba orgulloso desde el puente aquella poderosa flota que iba a comandar y que un testigo calificó de «la más bella, la más grande y mejor bastimentada de cuantas la cristiandad había equipado hasta entonces».

Don Francisco de Borja, al lado del emperador, como buenos amigos, pasaron revista a caballo por el puerto desde la galera capitana a la flota portuguesa. Todo estaba a punto a finales de aquel espléndido mayo de 1535. Los corceles relinchaban impacientes junto a las galeras y los galeotes arrimaban ya, untados sus músculos de aceite, sus brazos a los remos. El emperador fue antes de zarpar a despedirse entre cirios y nubes de

incienso de la Virgen de Montserrat, de la que era muy devoto. Así que el 30, día de la partida, mi padre estaba feliz. ¡Finalmente iba a poder demostrar, como buen caballero, su fidelidad al emperador y a la gran causa de la defensa de la cristiandad!

Pero el último día don Carlos, después de asistir a misa en Santa María del Mar y a punto de embarcar en la galera *Bastarda*, llamó a su lado al marqués de Llombay:

—Francisco: lo siento, pero he de deciros que no podréis acompañarme en la batalla.

Mi padre le miró lívido. La barbilla de don Carlos se recortaba imponente sobre un azul de velas y jarcias.

—No estáis del todo recuperado, amigo mío, y además os necesito al lado de la emperatriz. No olvidad nunca que sois su caballerizo.

Fue uno de los momentos más duros de aquel período de su vida. Borja volvió grupas a Madrid con el corazón oprimido, mientras Andrea Doria y el gran almirante español Álvaro Bazán engolfaban las proas de sus naves en dirección a Cagliari para bombardear durante un mes la fortaleza de La Goleta, hasta tomarla el 20 de julio. Poco tiempo les costó la conquista de la ciudad de Túnez, donde pusieron en libertad a veinte mil cautivos cristianos. Luego, el emperador, tras reponer en su trono a Muley Hassan y designar gobernadores de las plazas conquistadas, despidió las escuadras de Portugal y Castilla y puso rumbo su flota personal a Sicilia, para dirigirse enseguida a Nápoles y Roma.

¡Cómo resonó el paso marcial del cortejo imperial en Roma, eco de antiguas legiones, con más de cuatro mil soldados y quinientos caballos, al cruzar los arcos de Tito y Septimio Severo y atravesar las gloriosas ruinas del foro hasta el Capitolio! El Papa se sintió obligado a abrir una nueva calle más ancha y derrumbar doscientas casas y hasta tres iglesias para que cupiera el gran desfile en su marcha triunfal hacia el Vaticano.

Al llegar a la plaza de San Pedro, descabalgó el paladín de la cristiandad. A las puertas de la basílica, con hábito pontifical y tocado de tiara, le esperaba el santo padre. Aquella noche Carlos durmió en los palacios vaticanos, donde, tras entrevistarse con eclesiásticos y embajadores, días después pronunciaría su discurso de más de hora y media en lengua española —lo que disgustó al embajador francés— sobre la paz, y en el que no faltó un reto personal a Francisco I para evitar la guerra, un sueño por entonces imposible.

Mientras tanto, mi padre seguía desde Madrid al detalle las hazañas de su amigo.

—He de prepararme, pues el emperador debe estar a punto de llegar —le confiaba a su esposa. Por lo pronto, he encargado dos espadas ligeras de peso a una armería valenciana y un buen caballo, que sea sardo, si es posible, vigoroso y joven, de buena boca y acertada ambladura.

—No, no creo que el emperador os llame —le respondió lacónica y secamente la esquiva doña Leonor, que se estaba volviendo cada día más hipocondríaca.

He de hacer constar que por entonces una extraña melancolía se había apoderado de mi querida madre. De facciones duras y mirada ojerosa, siempre andaba enferma, nunca estaba para nada. Tanto, que mi padre le llegó a escribir una carta al conde de Évol para rogarle con vehemencia que buscara alguna dueña que pusiera en orden el gobierno de su casa, convertida en un auténtico caos. A partir de entonces la convivencia entre Francisco y Leonor se fue poniendo difícil. Razón de más para que Francisco, que tenía alguna experiencia de gobierno, pero ninguna en el campo de batalla, anhelara como fuera partir a la guerra.

Llegaban a la corte inquietantes noticias del rey de Francia, que se había adelantado a la contienda, apoderándose de Saboya. Los generales del emperador le desaconsejaron un ataque al país vecino.

—¡No es el momento! ¡No es el momento! —comentaba Cobos al oído de Francisco.

Pero Carlos, en el cenit de su gloria, estaba decidido a asestar un golpe definitivo a su eterno rival Francisco I, y, con setenta mil soldados, cien cañones y sus mejores capitanes —Antonio de Leiva y el duque de Alba entre ellos—, cruzó los Alpes; y el día de Santiago, en medio de un insoportable calor, sus tropas entraban en Niza.

El francés, que no era ningún estúpido, prefirió dejar devastadas y quemadas las plazas de la costa, como Antibes y Cannes, para fortificarse numantinamente en Marsella, Aviñón y Arlés. Las diarreas, debidas a la funesta mezcla de uvas inmaduras y agua insalubre junto al insoportable calor, fueron, a fin de cuentas, más destructivas que los cañones a la hora de diezmar las filas españolas.

Por fin llegó el correo del emperador con la ansiada autorización.

—¡Me autoriza a entrar en combate! —dijo Borja loco de contento, a la emperatriz.

Entusiasmado, pensó en dirigirse a Valencia para, desde allí, embarcarse en dirección a Barcelona.

—Pasaré por Llombay a tomar algunas disposiciones, aunque no quiero que se sepa, señora. Me acompañará Álvaro Carrillo. Dios guarde a Vuestra Majestad —le dijo al despedirse a la emperatriz.

Ésta, pese a su altivo porte, no pudo disimular cierta turbación ante la partida de su apuesto caballerizo.

—Cúmplase la voluntad de mi esposo, Francisco, y partid en buena hora. Pero llevaos con vos a Ortiz, mi criado, para que os cuide. Y volved sano y salvo, que Leonor y vuestros hijos os necesitan.

Hizo escala secreta en Llombay, y hospedándose en casa de otro pariente, Juan Borja (no su padre), cerró un contrato comercial para que «ciertas mercancías» fueran facturadas a Italia y Alemania, convencido de que allá se dirigiría el emperador.

—Pero, sobre todo, los caballos, que es lo más importante —ordenó a un criado—. Procurad que se embarquen cuanto antes.

Mi padre necesitaba dinero, pues todo el mundo sabe cuántos pertrechos y gastos comportan las guerras. Pensó en el duque, su padre, pero la esposa de éste no estaba por la labor. Y hasta de «mala madrastra» llegó a calificarla Francisco porque no quería soltar un maravedí. Tras muchas tensiones, finalmente el duque acabó por convencerla y le entregaron a Francisco dos mil ducados y los dos mejores caballos que le quedaban en su diezmada cuadra, junto a provisiones por valor de otros doscientos ducados.

—Gracias, señor —dijo Francisco muy contento a su padre—. Os prometo que estoy dispuesto a hacer grandes cosas en servicio tanto de Valencia como de Aragón.

El duque, a quien los años no le habían ablandado su habitual testarudez, le soltó:

—¿Sabes qué te digo? Me contento con que empieces a conocerte a ti mismo.

Aquellas palabras hicieron mella en el corazón de Francisco de Borja. Conocerse a uno mismo, menuda tarea; labor de toda una vida, difícil logro que muchos no logran alcanzar. ¿Pedirle que se conociera por dentro cuan-

do estaba a punto de entrar en batalla? Nadie diría que tan filosófica inquietud reaparecería con el tiempo una y otra vez en sus apuntes espirituales.

Al mismo tiempo, el duque de Gandía, que siempre pensaba en lo mismo, le dijo al vizconde de Évol:

—Os doy un consejo. Aprovechaos de la amistad de mi hijo, que ahora está muy bien situado en la corte.

Finalmente, el marqués de Llombay, acompañado del marqués de Denia, hijo y sucesor del famoso custodio de Juana la Loca, y otros caballeros valencianos, se dirigió a Barcelona como centro de operaciones, para embarcarse en galeras hacia Marsella, aunque el grueso de las fuerzas aragonesas se concentrarían en Perpiñán. La emperatriz, que estaba en todo y que no podía ocultar su clara aunque muy casta predilección por Francisco, se adelantó y le escribió al capitán Álvaro Bazán que no dejara de pasar por Denia y Valencia para recoger al marqués de Llombay, porque era portador —especie de mentira piadosa— de «ciertas cosas» para el emperador. Lo que quería realmente la portuguesa era que no lo dejaran en tierra y fuera en buena compañía. Acompañaban, además, a mi padre tres amigos portugueses: Álvaro Carrillo, Jorge Gómez de Silva —que había traído a la emperatriz la buena noticia de la victoria de Túnez y quería volver cuanto antes a la guerra—, y Ruy Gómez de Silva, el actual secretario de Felipe II, con quien ayer mismo acababa yo de despachar en El Escorial.

El conde de Évol, por su parte, pretendía hacerse fuerte en un castillo estratégico, el de Salse, en el Rosellón. Pidió al duque de Gandía caballos, pero éste dijo que ya los había dado todos y sólo le quedaba uno para entregar. Que se los pidiera a su hijo, que navegaba ya hacia el sur de Francia.

A todo esto, mi madre languidecía en Madrid junto a la emperatriz. Con la ausencia de su esposo aumentó su pertinaz melancolía, acrecentada por hallarse encinta y a punto de dar a luz su quinto vástago, que resultó ser una niña, mi hermana Leonor. Antes había nacido el cuarto, Álvaro, en Toledo. Mi madre iba casi a hijo por año. Mal acostumbrada a tener al marqués siempre cerca y tan solícito, temblaba en aquel momento de pavor porque le pasara algo en el frente.

Mientras, Borja ya se había incorporado a la contienda. Cerca de Marsella, un calor africano tenía a las tropas desmoralizadas y, si todos sudaban copiosamente bajo el peso bruñido de arneses y armaduras, mi padre,

dada su corpulencia y sus kilos de más, transpiraba y se cocía como un pollo en cazuela bajo el sol de agosto. Un día, el emperador, compadecido al verlo tan congestionado, le dijo:

—Francisco: despojaos de ese yelmo y los brazales, pues vais a morir de calor más que de herida enemiga.

—Señor, me niego; que es indigno de caballero abandonar los arneses.

—¡Haced de inmediato lo que os mando! —ordenó con un gesto tajante el emperador.

Borja se vio obligado a aligerar su armadura, mientras Carlos V veía desvanecerse sus ambiciones bélicas. Sobre todo cuando le llamaron urgentemente de la tienda de uno de sus mejores generales. Antonio Leiva, gran soldado, caudillo invencible, aunque de carácter áspero y codicioso, yacía pálido, derrotado, inerte; se estaba muriendo de la enfermedad de la gota. Parecía que todo se le estaba poniendo en su contra. No le quedaban muchas salidas. Pensó que lo más indicado era retroceder exactamente por donde había venido.

Dos días después de la muerte de Leiva, el 15 de septiembre de 1536, Carlos V ordenó la retirada. Cuando las tropas retrocedían, cerca de la fortaleza de Muey, a cuatro millas de Fréjus, dio órdenes a la artillería de batir en brecha la torre redonda del castillo defendido por un grupo de campesinos. Los proyectiles tardaban en taladrar sus muros, lo que impacientaba sobremanera al emperador. Sólo habían conseguido horadar un pequeño agujero por el que intentaba introducirse un soldado.

En esto, el aguerrido maestre de la infantería española Garcilaso de la Vega intercambió una mirada con Carlos V y quiso demostrar al emperador, de un salto, de cuanto era capaz. Sin casco ni coraza, arrimó una escala al muro y comenzó a subir la torre de Muey, que defendían cinco arcabuceros, blandiendo a diestro y siniestro su espada. Momento que los franceses aprovecharon para lanzarle una carga de piedras que derribó al soldado poeta.

Francisco de Borja reaccionó al instante. Espoleó su caballo y se lanzó a socorrerle. Garcilaso, pálido como el mármol, hurtaba el aire a bocanadas. Mi padre le quitó el casco.

—¡Este hombre está malherido, no perdamos tiempo!

Y con ayuda de camilleros lo condujo rápidamente primero a Fréjus y luego a Niza para intentar salvarle la vida. Mientras, el emperador, rojo

de ira, mandaba asaltar e incendiar la pequeña fortaleza. Inquieto por su amigo, mientras le transportaba, vinieron a la memoria de Francisco aquellos limpios atardeceres toledanos en que, junto a Boscán, los tres entretenían con música y versos las veladas invernales de la emperatriz; recordó su matrimonio de conveniencia con Elena de Zúñiga, los amores imposibles del poeta con la bella portuguesa Isabel Freyre, sus amistades con escritores italianos, como Castiglione y Navagero, y hasta la cárcel y el destierro que le costó el mero hecho de asistir a la boda de su sobrino, por ser hijo de su hermano Pedro, un antiguo comunero. Garcilaso había participado en casi todas las empresas del emperador, recibido heridas en la conquista de La Goleta y Túnez, y tenía en los dulces parajes de la bella Italia su segunda patria poética.

Con la respiración entrecortada se le iba el amigo entre los brazos. Francisco recordaba sus versos:

La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.

Don Francisco gritaba a los camilleros que corrieran más. Pero aquel momento en que iban a acabar «la vida y el cuidado» se estaba aproximando. El poeta renacentista murió pocos días después, a los treinta y tres años, la edad perfecta para el amor y la poesía: «Por vos nací, por vos tengo la vida / por vos he de morir, y por vos muero».

Poeta del amor y, por tanto, poeta la muerte, Francisco supo que Garcilaso, que era muy erasmista, había dejado dicho en su testamento que «no conviden a nadie para mis honras, ni haya sermón en ellas», y que, «si muriere pasado el mar, déjenme donde me enterraron». Deseo este último que su familia no cumplió, pues dio orden de trasladar su cuerpo

a su parroquia de San Pedro Mártir, donde quería descansar caso de morir en su ciudad, Toledo, donde aún descansa.

Imagino lo que esta muerte del joven poeta y amigo debió impresionar a mi padre y las palabras de fe que susurraría a su oído en los momentos de agonía lejos de España, lejos de las rosas de su finca y su juventud. Garcilaso quería irse a la otra orilla tranquilo de conciencia, con sus deudas saldadas. Pues hasta mencionaba en su testamento a un barbero: «A Juan, de Madrid, barbero, denle cuatro maravedíes, que me ha servido algunos días sin darle nada». Borja miró el mar de Niza al reincorporarse a las huestes del emperador y se preguntó por la fugacidad de todo. «Así paso la vida, acrecentando / materia de dolor a mis sentidos». Pervivirán seguramente los versos del poeta, pero ¿quién recogería aquellos sueños no vividos?

La muerte comenzaba a iluminar la vida de Francisco y le invitaba a revivir en sus propias mejillas aquel verso de Garcilaso:

Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

De regreso, Borja acompañó al emperador en su retirada a Nápoles, donde se embarcaría rumbo a España. Pero antes Carlos V volvió a depositar su confianza en su buen amigo. Dejando caer su poderosa mano sobre el hombro le dijo:

—Francisco: quiero que os adelantéis y deis cuenta a doña Isabel de las nuevas de esta malhadada campaña. ¡Partid presto!

El marqués se embarcó en una nave más ligera y lo antes que le fue posible se presentó en Segovia a informar a la emperatriz de las tristes nuevas. La encontró más pálida que de costumbre. A la portuguesa se le iluminaron los ojos al ver al entrañable amigo y saber que don Carlos se encontraba bien de salud.

Quien no se sentía físicamente bien era el propio Francisco, que traía de Francia gérmenes de una seria infección en la garganta. Tan mal se puso que llegó a prepararse en aquel trance a bien morir. Aunque yo tengo para mí que su auténtica herida la llevaba ya en el alma. La derrota, la muerte de Garcilaso y sobre todo el reencuentro con Leonor, su esposa, le habían sumido en una pequeña depresión.

El duque de Gandía, su padre, estaba informado de la situación del matrimonio de su hijo, porque con el tiempo pude encontrar una carta al vizconde Évol, escrita en clave, donde mi abuelo se explayaba sobre el asunto, asegurando que Francisco estaba siempre «en bando abierto» con la marquesa, y que debía solucionar ese problema a solas con ella. Mi abuelo no perdía ripio de nada. Por aquel tiempo, por ejemplo, falleció doña Germana de Foix, mujer del duque de Calabria, Hernando de Aragón, a quien llamaban «la reina» por haber sido, como todo el mundo sabe, la última mujer de don Fernando el Católico. Lo que casi nadie sabía es que esta dama también había tenido un hijo ilegítimo con el emperador. Mi abuelo estaba convencido de que las causas de su muerte no estaban claras y que su testamento era tan confuso como su vida.

—¡Dios la perdone! —Fue el drástico epitafio que le dedicó el duque de Gandía.

De regreso a España, el emperador desembarcó en Barcelona y pasó a Tordesillas para visitar a su madre y reencontrarse con la emperatriz. Valladolid brilló de nuevo como testigo de la felicidad de la pareja. Pero Carlos parecía distinto. A pesar de las continuas fiestas y saraos, la gota le quitaba el ánimo para divertirse y se pasaba las horas muertas moviendo esferas y escrutando mapas junto al cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, preguntándole por los movimientos del universo. La obsesiva necesidad de dinero, las amenazas de un envalentonado Francisco I y la de los insoslayables berberiscos gravitaban como oscuro telón de fondo de las cortes castellanas. Tras una larga estancia de seis meses en Valladolid, las obligaciones de gobierno, en concreto las nuevas Cortes en Monzón, obligaron a Carlos a desplazarse y dejar sola a la emperatriz, que al poco se desvaneció y tuvo un vómito. Estaba embarazada de un niño, Juan, cuyos padrinos fueron los marqueses de Llombay y que, por desgracia, sólo vivió unos días, siendo enterrado en el monasterio de San Pablo de Valladolid.

Carlos, dejándolo todo, regresó enseguida a ver a su esposa. Ésta le pidió que se quedara durante las Navidades, pero al emperador le urgía entrevistarse con Francisco I. La emperatriz se quedó tan triste que dejó sus galas y se vistió de negro para que todo el mundo supiera que su corazón estaba de luto.

Eso desgarraba el corazón a mi padre, que volvería a ser testigo de la intensa correspondencia entre doña Isabel y don Carlos, cartas que habla-

ban de negociar una paz en Italia con el Papa y Francisco I. En la lectura de aquellas misivas Borja tomaba pulso al mundo y percibía un contraste: la emperatriz estaba más cercana a la realidad diaria de España que el emperador. Durante aquel período en Valladolid mi madre volvió a dar luz. Nació su séptima hija, mi hermana Dorotea.

Por entonces, además, llegó una gran noticia de Roma para la familia: el Papa elevaba a un miembro de la familia, a un Borja aún niño, a la dignidad del cardenalato. Para mayor abundancia, el afortunado se llamaba como el viejo papa, don Rodrigo, y el duque llevó tan en secreto estas gestiones que ni el emperador lo sabía. Es más, ni Francisco conocía la noticia, por lo que se sorprendió tanto como el propio Carlos V. Resulta que luego se supo que el duque había escrito al papa pidiéndole alguna merced y que Paulo III quiso ganarse al emperador con este nombramiento y al mismo tiempo agradecer el favor que en su día él debiera a Alejandro VI, puesto que el papa Borja le había concedido a él la púrpura cardenalicia.

Todos quedaron contentos con la operación: el emperador, mi padre y el misterioso secretario Cobos. Mi madre, la marquesa, insaciable en sus deseos de medrar, escribió nuevas cartas a ver si lograba que con el tiempo el niño cardenal pudiera hacerse con la mitra más rica y apetecida, la de Toledo.

La sombra del poder de la tiara no parecía desvanecerse de nuestra estirpe.

—¡El duque de Calabria ha anunciado que el turco está listo para atacar por tres bandas: por Venecia, por Sicilia o Nápoles y por Valencia! —le comentó Borja a la emperatriz, que, cada vez más pálida, bordaba en un cojín un galeón dorado.

—No inquietaos. Mi esposo prepara la Santa Liga contra los turcos.

De hecho, por entonces el miedo volvió a extenderse como pólvora por las calles de la pacífica Gandía. Mi abuelo se lamentaba de que muy pocos caballeros estaban dispuestos a apuntarse a tamaña cruzada. Además, tenían el problema dentro de casa, los moriscos, enemigos en potencia, que, como él decía podían «desvergonzarse» en cualquier momento.

Todo parecía ponérsele negro a don Juan de Borja, duque de Gandía. El emperador le había arrebatado a su secretario, administrador y gran amigo micer Costa, para ascenderlo a secretario del Consejo de Aragón y regente de Valencia. Sus arcas flaqueaban con las fuertes inversiones

en la defensa de Gandía, fortificarla y hacer acopio de víveres frente a las cuarenta naos turcas que se esperaban de un día para otro. Temía, además, las revueltas internas de los moriscos. Y encima, el niño en el que habían depositado sus esperanzas, el cardenal Rodrigo, dejaba de pronto este mundo. La emperatriz se apresuró a escribirle condoliéndose, y la abuela de la criatura, la clarisa María Henríquez, conocida como la «santa duquesa», estaba hecha un mar de lágrimas. Para colmo de males, esta virtuosa mujer también dejaba este mundo.

A don Juan esto último, la muerte de su madre, le llegó al alma. ¿Acaso no había sido como un milagro? Antes de fallecer llamó a su hijo y con una gran paz, lucidez y hasta júbilo, doña María se fue despidiendo, uno por uno, del duque, su esposa y sus cinco nietas clarisas. Blandamente, como se disuelve la sal en el agua, cruzó la frontera de la vida dejando a todos maravillados, mientras las monjas salían en procesión con velas encendidas de la estancia, cantando el *Te Deum* en acción de gracias por aquella singular mujer.

A finales del verano de 1538 regresó de nuevo el emperador, esta vez más envejecido y cansado, pero feliz de volver con su mujer y sus hijos. La suave mirada de Isabel supo rejuvenecerle —apenas tenía treinta y ocho años de edad el césar— y sin renunciar a su grata compañía, decidió convocar Cortes Generales de Castilla en Toledo.

Mi familia acompañó, como de costumbre, a los emperadores en este viaje y estancia en la imperial ciudad. Una vez más, la escasez de dinero fue el tema estrella de aquellas Cortes toledanas, en las que se estableció un nuevo impuesto, la famosa *sisa*, que consistía en disminuir la medida o el peso de algunos comestibles sin abaratar su precio. Y, como suele suceder, el nuevo gravamen levantó ampollas y la oposición del pueblo y de los nobles. Hasta un campesino, un día en que el emperador se perdió durante una caza, le puso, sin saber quién era, de vuelta y media. Con esta oposición, don Carlos montó en cólera y llegó a amenazar al condestable de Castilla con arrojarlo por una ventana. Don Íñigo le respondió:

—Mirarlo ha mejor vuestra majestad, que, si bien soy pequeño, peso mucho.

De todo esto tenía cumplida información mi padre, que día a día subía enteros en la corte. Los marqueses recibieron una renta vitalicia de cuatrocientos mil maravedíes sobre tres obispados e intervinieron en la boda

de su hermana Luisa con un hijo de los condes de Ribagorza. Ahora, don Juan, su padre estaba como quería: tenía la mejor información a través de su hijo y de su amigo el secretario.

Todo parecía sonreír, pues, a Francisco de Borja, al menos externamente, pues las relaciones con mi madre por desgracia no mejoraban. En realidad, sus vidas giraban en torno a la emperatriz, que era el centro, el lucero de la corte, cuando no estaba don Carlos, y de éste, cuando regresaba el emperador. Pero una sombra afilada y cortante se cernía sobre aquella leve e inteligente mujer ante la cual Francisco se quedaba aún extasiado, como le había confesado tantas veces a Garcilaso.

Sumido en estos pensamientos y evocaciones, de pronto caí en la cuenta de que se había hecho de noche y que los pinos a mi derredor parecían gigantes de negros brazos. Me sentí pequeño bajo el peso de toda aquella historia que estaba recuperando, el cúmulo de recuerdos de unos padres en la cresta de la ola imperial, que parecían tenerlo todo, sí, pero a los que posiblemente les faltaba lo principal. Vivían junto a un emperador que gestionaba el mundo, pero que apenas podía gozar de unos meses seguidos de su dulce mujer y de sus hijos. Como caballerizo de una emperatriz a la que admiraba tanto, pero que iba por días empalideciendo de ausencias. Y al lado de una esposa ávida de acrecentar su patrimonio en influjo con la que nunca se había llegado a entender. Se puede vivir entre sedas, brocados, cuadros del Tiziano, partidas de caza, beber en copas de oro y comer las más exquisitas viandas, y al mismo tiempo sentir deshabitado el corazón.

Salí a un claro del bosque y, a lo lejos, El Escorial parecía un enorme animal dormido. Subí al caballo con intención de regresar. Unos guardias me dieron el alto.

—¿Quién va?

—El embajador Juan de Borja —dije, orgulloso del nombre, pero al mismo tiempo, a medida que ahondaba en nuestra historia, más responsable del peso de mi linaje.

Me dieron paso y aquella noche dormí en paz, como duermo siempre desde que descubrí que el sueño es bendito, como me enseñó mi padre, quizás por ser una temporal cura de desprendimiento, el hermano menor de la muerte.

6

La hoguera

Me alcé presto al día siguiente con la intención de emprender el camino de regreso hacia mi residencia habitual en Lisboa, donde me esperaban mi esposa y muchos asuntos pendientes, cuando Ruy Gómez me mandó llamar para transmitirme un deseo del rey don Felipe en persona.

—Don Juan: Su Majestad quiere que le acompañéis a visitar las obras.

Ante las órdenes del rey, cancelé todos mis planes y di órdenes a mis escuderos y criados de que no hicieran el equipaje y detuvieran los preparativos de la partida.

Gustaba el rey, desde que iniciara las obras de El Escorial, de visitarlas periódicamente para vigilar sus progresos. Se veía que se centraba en ellas un tanto obsesivamente, quizás como una especie de símbolo de su reinado. Y aunque el monasterio estaba prácticamente terminado, quedaba mucho aún de la fábrica de la iglesia y sus aledaños.

Subimos un buen trecho el rey y yo acompañados de lacayos y palafreneros que llevaban de la brida los caballos por el camino de Ávila, pues a don Felipe le gustaba usar la silla de manos con el interior tapizado de rojo. Tras una corta ascensión nos detuvimos en lo alto de una colina de granito, desde la que se divisa una tranquilizadora vista panorámica de El Escorial. Sobre la roca, el rey había mandado tallar unos peculiares asientos en los que descansar y contemplar el paisaje cuando subía a vigilar las obras, la Silla de Felipe II.

—Yo corrijo los planos. No me gustan los adornos. Imagino como en un esqueleto cómo quedará la obra, que es una tarea sagrada. Por eso no permito a un albañil que no sea católico y no vaya a misa. Si alguno es borracho, lo envío a galeras, y cincuenta monjes jerónimos oran ya en el monasterio —dijo el rey disfrutando del hormigueo del ir y venir de los albañiles.

Luego, tras un silencio, me preguntó:

—Don Juan, ¿cómo lleváis el informe sobre vuestro padre?

—Bien, voy progresando poco a poco, Majestad. No es fácil. Ayer avancé bastante en mi escrito. Os confieso que más que un trabajo se está convirtiendo en toda una meditación sobre mis raíces y la estirpe de los Borja. ¿Sabéis que vuestra pregunta acerca del matrimonio de mis padres me hizo reflexionar mucho?

—¿Creéis, don Juan, que don Francisco estuvo enamorado de alguna manera de mi madre, la emperatriz? —me preguntó de sopetón con un punto de picardía en su mirada.

—Pues, señor, no sé, yo no osaría...

—Entendedme, embajador, no hablo de relaciones ilícitas, sino de esa atracción entre hombre y mujer que une los corazones y que va más allá de la voluntad de hombres, incluso virtuosos.

—Majestad, vuestra madre la emperatriz era de una belleza y discreción tal que cuantos la conocieron quedaban prendados. Por tanto, no es de extrañar...

—Así es. Pero yo creo que entre ellos había algo más, un amor espiritual, una corriente de simpatía que mi padre debió advertir. Lo que no impedía que el emperador se fiara plenamente de ambos, pues no solamente los dejaba solos, sino que a mi padre le daba tranquilidad que Borja se quedara en la corte. De lo que sí supongo que estaréis de acuerdo conmigo es que entre doña Leonor y don Francisco había serias barreras en la comunicación.

El sol comenzaba a caer vertical sobre el verde serrano del valle, donde el monasterio emergía señero como un ascua de luz. Entonces Felipe II me invitó a sentarme sobre aquellas sillas de roca y, hundiendo su mirada en el panorama deslumbrante, me dijo con un cierto aire solemne:

—Desde luego, la muerte de mi madre les cambió la vida a los dos.

No decía nada nuevo. Pero dicho por él, que durante los últimos años había llegado a desconfiar de mi padre por otros motivos que en su momento contaré, aquella frase me dejó sin respuesta. Tras una pausa contesté:

—¡Y tanto, señor! La vida del emperador y la nuestra.

Dos criados trajeron en aquel momento una pequeña mesa de campaña y nos sirvieron un espeso vino añejo en vasos de plata, después de habernos dado aguamanos. La blanca toalla de hilo contrastaba con el negro atavío del rey Felipe.

Tras un sorbo del caldo semidulce, que a esa hora de la mañana encendió con beso mañanero mis entrañas, añadí para continuar la conversación:

—Pero vuestra majestad sólo era por entonces un niño.

—No tan niño como para no darme cuenta de todo, marqués. Tengo muy vivos aquellos tristes días en mi memoria.

El hecho es que, para mi sorpresa, el rey quiso revivir a mi lado punto por punto aquella fúnebre primavera de 1539.

El desgraciado parto de Juan, uno de tantos (tras Felipe, la emperatriz había quedado preñada de doña María y don Fernando, y después de un aborto tuvo a doña Juana), se había sumado como una agresión más en la frágil naturaleza de Isabel a las constantes ausencias de don Carlos y las arduas obligaciones de la regencia, en las que, como he dicho, siempre se había mostrado como muy buena e inteligente administradora de los reinos de España.

Aquel año de 1539 fue el de las tempestuosas Cortes de Toledo a las que he aludido con la citada crisis del tesoro esquilmado por las campañas militares y la fuerte oposición de los nobles a las nuevas formas de impuesto. Las góticas bóvedas y los floridos claustros de San Juan de los Reyes debieron resonar cuando el flaco cardenal Tavera cortó en seco los argumentos de la oposición. No hay que olvidar que Tavera era confesor de la emperatriz y gracias a ella había conseguido la púrpura cardenalicia. De poco sirvieron las palabras del prelado, de todo su cabildo y otros eclesiásticos a favor de la *sisa*.

Carlos V no podía disimular su ira con los nobles y, mientras Cobos y Granvela se encargaban de enviar en su nombre cartas a las ciudades pidiendo dinero para saldar deudas, él optó por marcharse a los montes de El Pardo a cazar, acompañado de Francisco de Borja y otros amigos.

Mientras, Leonor, mi madre, se había quedado en Toledo acompañando a la emperatriz. Como por entonces se estaban acondicionando las dependencias del nuevo alcázar, doña Isabel residía en casa de Diego Hurtado de Mendoza. Fue allí, el 20 de abril, y en ausencia de Carlos, que se encontraba en Madrid con el príncipe Felipe, donde sufrió un aborto.

—¡Debemos trasladar a la emperatriz a un lugar con mejores aires! —dictaminó el doctor Villalobos, visiblemente preocupado tras consultar con los demás médicos.

Y así se hizo. La señora fue inmediatamente trasladada al sobrio y elegante palacio del conde de Fuensalida, desde el que se pueden divisar por uno de sus costados las colinas, que azulean perdidas más allá del Tajo. Los médicos pensaron que en el segundo piso, que se asoma a las elegantes columnas platerescas del patio, corría un aire limpio que contribuiría, sin duda, al alivio de Isabel durante su convalecencia.

Pero a los cinco días la situación se complicó seriamente. La esposa de Carlos V comenzó a temblar y a sudar con un ataque de fuertes fiebres. Tristes rumores corrieron a media voz de boca en boca por las casapuertas y las estrechas calles de Toledo.

—¡La emperatriz está peor! ¡Dicen que se muere!

En conventos e Iglesias, religiosos y fieles comenzaron las rogativas, y las campanas de la catedral llamaron con urgencia a la oración a los toledanos. En un primer momento Carlos y Felipe estuvieron a punto de volver el día 30 de abril. Pero los médicos les advirtieron que no hacía falta, pues daba la impresión de que la enfermedad cedía en una evolución normal. No obstante, el cardenal Tavera se presentó personalmente en el palacio de Fuensalida para administrar a la primera dama del imperio los últimos sacramentos. Ya estaba allí a la vera del lecho Francisco de Borja para recibir a Tavera, que, revestido de dorados ornamentos de pontifical, impuso la santa unción sobre la frente blanca de Isabel. Parecía la virgen de un descendimiento.

Don Francisco, como digo, tras la caza en El Pardo, no se había quedado en Madrid. Tanto él como su esposa, Leonor, no se apartaron un momento de la emperatriz, adelantándose a sus mínimos deseos y sirviéndole con la dedicación y cariño de siempre. El cardenal Tavera seguía también vigilante día y noche en la habitación de al lado y sólo dejaba el palacio para presidir algunas de las numerosas procesiones que recorrían la ciudad para repetir las rogativas por la salud de Isabel. La imagen de Nuestra Señora del Sagrario, vestida de damascos y cubierta de joyas, fue excepcionalmente procesionada entre rezos y cantos desde la catedral a San Juan de los Reyes.

Todo parecía inútil. Francisco y Leonor veían cómo la vida escapaba por días de la escuálida emperatriz, que respiraba ya fatigosamente. El jueves 1 de mayo, día de Felipe y Santiago, sobre las dos de la tarde Isabel dijo adiós a este mundo con un leve suspiro. Un frío de muerte penetró de

pronto en la habitación. Con sus rubios cabellos revueltos sobre la almohada parecía de cera, conservaba toda su belleza y tenía treinta ocho años de edad. Los dedos de Francisco de Borja temblaron al cerrar para siempre aquellos ojos azules y hondos como el mar de Estoril. Un astrónomo de la corte comentó:

—Era de temer. El reciente eclipse de sol del 18 de abril nos lo había anunciado.

Tavera, con una pesada capa pluvial bordada en oro y rodeado de su cabildo y nobles, le hizo la recomendación del alma. La letanía latina quebraba el silencio de la ciudad en luto.

Un temblor de ángeles silenciosos inundaba la estancia cuando mi madre untó el cadáver de ungüentos y perfumes y lo amortajó con el hábito franciscano. Isabel había pedido que sólo Leonor, su amiga de infancia y camarera mayor, tocara su cuerpo muerto. De acuerdo con sus últimas voluntades, la emperatriz no fue embalsamada. A las tres de la tarde, entre miradas de curiosos, salía, ante los ojos atónitos del pueblo de Toledo, el féretro del palacio de Fuensalida, mientras el cardenal, el corregidor y el ayuntamiento esperaban la llegada del cuerpo en la plaza de Santo Tomás. Treinta y dos grandes de España sacaron el féretro a hombros junto a los mayordomos de la pareja imperial y a mis padres, y se lo entregaron al corregidor. El ataúd de plomo encerrado en caja de madera, que iba cubierto de un paño negro con una cruz de terciopelo morado, fue llevado en hombros en procesión hasta el puente de Alcántara. Pasaron frente a Santo Tomás y San Salvador, bajaron por Trinidad y cuatro calles.

El Tajo impregnaba de húmedo silencio un atardecer de mayo ungido de tristeza. Todos los estamentos iban representados en aquel mudo cortejo: cabildo, cofradías, capellanes mozárabes, curas, beneficiados, órdenes y conventos. El marcial paso de la guardia del emperador custodiaba el cadáver junto a los pajes del príncipe, que iban con hachas encendidas, con los maceros y las cruces de guía del cardenal y el emperador. Tras el cadáver iba Valdés, el capellán de la emperatriz, obispo electo de León. Le seguía el príncipe y, a su lado, el cardenal Tavera visiblemente afectado. Detrás, junto a otros nobles, caminaba erguido mi padre, el marqués de Llombay, caballerizo mayor de la emperatriz, Francisco de Borja, que cumplía ese día diez años de su boda, los mismos que al servicio de doña Isabel.

Al llegar al puente de Alcántara se detuvo el cortejo fúnebre. Allí esperaban con la cabeza inclinada y velo de luto las damas de la emperatriz. La marquesa de Llombay, la condesa de Faro y otras señoras, recibieron el cuerpo imperial y colocaron la litera sobre dos acémilas negras con sillas y guarniciones de tela de oro y pelo carmesí.

Un curioso preguntó a otro viandante:

—¿Por qué no van en el cortejo los jerónimos del monasterio de Sisla?

—Porque allí dicen que se ha retirado el emperador.

En efecto, don Carlos no quiso verla muerta. Aunque avisado urgentemente de la gravedad de su esposa, el emperador y el príncipe Felipe no llegaron a Toledo a tiempo de verla viva. He de añadir que antes, Isabel, en el lecho de muerte, tenía miedo de que su marido, tan belicoso, enviara sus fieros tercios a Portugal, por lo que arrancó del emperador la promesa de que esto *«no acaescería»*. Carlos se apresuró entonces a escribir a Juan III: «Nuestro Señor sabe que la paz ha sido y es nuestra voluntad y que así la cumpliremos, y que si hasta aquí éramos cuñados, de aquí en adelante habemos de ser verdaderos hermanos y ambos una cosa, como es razón».

Carlos quería conservar en su mente la memoria del amado y hermoso rostro vivo, por lo que, bordeando el Tajo, se encerró en el monasterio y envió al príncipe. En cambio, Francisco de Borja no se separó ni un momento del cadáver cubierto.

Las campanas de Toledo y los cantos fúnebres caían rodando sobre la paz de la tarde y las aguas del río, que a su vez parecían arrastrar los lamentos por la portuguesa que había enamorado a España, quién sabe si hasta la desembocadura lisboeta. Daban su último adiós al negro carruaje imperial mientras éste cruzaba lentamente el puente de Alcántara hasta que se perdió en las colinas detrás del río.

Un nutrido grupo de nobles y prelados, entre ellos el cardenal de Burgos y los obispos de León y Coria, junto a los marqueses de Llombay y Villena, inició aquel deprimente viaje, que cruzó La Mancha por Malagón y El Viso, rumbo a Granada. El polvo y el sudor del camino fueron testigos de aquella meditación de cinco días en la que el negro féretro de la bella Isabel se despedía del sol y las tierras de España. Los riscos de Despeñaperros parecían orquestar como los tubos de un monumental órgano la inevitable tragedia de aquella prematura despedida.

¡Granada! ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántas palabras de amor susurradas al oído! La trova luminosa del agua en el Ganeralife y el embrujo de la Alhambra, ¿no continuaban recordando perdidos días de amor y de gloria? Los representantes del clero y la ciudad esperaban el cortejo en la puerta de Elvira, para acompañarlo a la catedral a través de una Granada vestida de llanto. A la llegada a la catedral, el 16 de mayo, las umbrosas naves se llenaron con el rezo de los nocturnos y del oficio divino, y el féretro quedó expuesto toda la noche. Al día siguiente predicó el cardenal de Burgos y antes del entierro, y para cumplir la etiqueta de la corte, que prescribía que el caballerizo mayor de la emperatriz estuviera presente en el acto de cerrar el féretro y diera fe de la autenticidad del cadáver que enterraban, se procedió a su reconocimiento. Todos, quienes habían acompañado el féretro más Ruy Gómez de Silva y el doctor Francisco de las Peñas, contenían la respiración.

Chirrió la tapa. El príncipe Felipe sacó un pañuelo. Los presentes pensaron que por fin iba a derramar una lágrima. Pero el joven Austria se limitó a taponarse las narices y protegerse de la pestilencia. Los clérigos que rodeaban el catafalco no pudieron reprimir dar un paso atrás. Dos palafreneros se desmayaron. Borja miró aquel despojo irreconocible desde sus ojos vidriosos, mientras una voz le preguntaba:

—¿Juráis, señor, que son éstos los restos de la emperatriz, Su Majestad doña Isabel de Portugal?

—Jurar que es Su Majestad no puedo. Juro que su cadáver se puso aquí.

Y pálido, interiormente descompuesto, dicen que comentó al salir a un amigo:

—Nunca volveré a servir a señor que se me pueda morir.

Los restos de la emperatriz descansaban ya en la cripta junto a los Reyes Católicos. Pasados los años, cuando tuve la oportunidad de visitar Granada, por sus callejas moras y la plaza de Bibarrambla oí que las niñas, jugando en sus corros, cantaban:

Yo soy Francisco de Borja,
aquel duque de Gandía,
aquel que grande de España,
me llamaron algún día.
Estando en Cortes murió

aquel dorado jazmín,
aquella hermosa princesa,
Isabel, la emperatriz...

Nunca supe si esa lapidaria frase la pronunció o no mi padre en ese solemne momento o la inventó un biógrafo o es parte de la leyenda. Importa poco. Lo que puedo asegurar es que la vivencia de Francisco de Borja frente a la muerte de la emperatriz le despertó por dentro a otra dimensión de la vida, aunque no creo que su conversión total ocurriera allí de golpe.

Lo cierto es que de pronto vio el reverso del tapiz, fue testigo de la fugacidad de la belleza y la gloria. ¿Tan poco había durado el amor imperial que perfumó Granada de claveles encendidos? ¿Era igual ese Albaicín que un día entre los arrayanes contempló los requiebros de ambos jóvenes y el que recibía ahora los despojos de la emperatriz? Nunca más volvería Granada a ver la gentil portuguesa, ni tampoco contemplar por sus calles y jardines la erguida figura de Carlos, que desde entonces nunca se quitó su traje negro ni volvió a contraer matrimonio.

En el recuerdo de mi padre persistía, más que la apertura del ataúd, le fecha misma de la muerte de Isabel, el 1 de mayo. Cuando leí, tras su muerte, su diario espiritual, hallé una frase escrita veinticinco años después que me impresionó vivamente: «Acción de gracias por agora veinticinco años. Consolación con la emperatriz gozando de lo que el Señor obra en ella y en mí por su muerte». Y el mismo día en el veintiocho aniversario: «Acción de gracias por los beneficios de este día en años pasados».

Estas y otras consideraciones venían a mi mente mientras don Felipe rememoraba a su manera este pasaje de nuestras vidas. Todo un contraste: de un lado, su padre ausente, recluyendo su dolor en un monasterio. El mío, en cambio, a pie de ataúd enfrentando la verdad de la corrupción corporal en aquella hermosa criatura, una mujer que, de distinto modo, desde luego, ambos habían admirado y amado. Aunque debo añadir que, si se cuenta por horas y días, mi padre estuvo más tiempo cerca de la emperatriz que el propio don Carlos, a quien tantos negocios y viajes obligaban.

Entonces, mirándome a los ojos, Felipe II me interrogó:

—¿Acaso creéis vos también, como se dice por ahí, que yo no amaba a mi madre?

—Señor, ¿cómo me hacéis semejante pregunta? Yo no estoy autorizado para juzgar los íntimos sentimientos de Vuestra Majestad.

—Pues habéis de saber que aquel día yo no lloré en público precisamente en obsequio de mi madre. Desde muy niño me había inculcado insistentemente: «Los reyes y príncipes no lloran, hijo. Yo me negué a llorar y gritar al darte a luz». Por eso me tragué las lágrimas en aquel horrible viaje fúnebre por las calurosas tierras de España, que me hizo pensar en otro cortejo, el de mi desgraciada y loca abuela doña Juana tras el ataúd de Felipe el Hermoso.

El rey hizo amago de levantarse y los portadores corrieron a traerle su silla. Antes de entrar en ella, me dijo con una sonrisa:

—Yo nunca podré olvidar cuánto amaron y con qué dedicación sirvieron vuestros padres a la emperatriz, mi madre. En prueba de ello quiero haceros una merced. Tomaos el tiempo necesario y haced las búsquedas pertinentes para elaborar vuestro informe antes de regresar a Portugal. Estoy tan interesado por él como el mismo Santo Padre o vos mismo. Los asuntos del país luso pueden esperar. Tengo proyectos a largo plazo. Mientras, tenedme informado de todo cuanto halléis.

Aquella repentina merced me hizo cambiar planes y no regresar por el momento a Lisboa. Envié un correo a mi esposa dándole cuenta de mi decisión de continuar mis pesquisas. Visitaría archivos y cancillerías, revolvería viejos papeles del pasado, recorrería lugares y me encontraría con personas que me hablaran de él.

Aquella tarde imaginé cómo se quedaría mi padre tras el duro trance. Los funerales de Granada duraron nueve días y dicen que predicó en ellos más tarde el santo maestro Juan de Ávila. Pero mi padre ya no estaba allí. Pálido y ojeroso, regresó a Toledo a besar las manos del emperador. Éste, aunque no volvió a tomar esposa, se lanzó a la actividad de nuevo e intentó olvidarse sumergiéndose en la embriaguez del poder. Un día, al ver a su amigo Francisco tan decaído, le dijo:

—Tomaos un descanso, marqués, retiraos a algún monasterio durante unos días.

Francisco le contestó que no quería hacer otra cosa que servir al emperador y que no se apartaría de él en tal trance. Entonces, Carlos, agradecido de tanta fidelidad y sobre todo de su ejemplar comportamiento con la emperatriz, pensó en premiarle.

A principios de aquel año había muerto en Barcelona don Fadrique de Portugal, arzobispo de Zaragoza y virrey de Cataluña. El emperador estaba esperando encontrar la persona adecuada para sustituirle en el cargo. Muerta la emperatriz, lo vio claro. El 26 de junio firmó el decreto nombrando al marqués de Llombay nuevo virrey de Cataluña, movido —rezaba el documento— por las cualidades del elegido, el amor y la confianza que le profesaba y la persuasión de que con su nuevo lugarteniente «la tierra será bien regida y gobernada y la justicia bien administrada». Exhortaba, además, al pueblo a servirle como merecía. Era más que un premio, pues a Barcelona todo el mundo sabe que se llega después de haber gobernado Valencia, Aragón o Mallorca, y siempre se ha considerado una catapulta para el virreinato de Nápoles, Sicilia o los Países Bajos.

Comenzaba una nueva etapa en la vida de mi padre.

Uno de los documentos que tengo a mi vista y que he rescatado de viejos archivos de la Corona de Aragón está escrito en letra menuda y contiene las recomendaciones que don Carlos antes de partir hizo a su amigo Borja. Son curiosas, porque estas diez hojas de bordes carcomidos revelan la situación del país que el emperador ponía en sus manos.

Comienza con un elogio a Cataluña: «Habéis de saber que el principado de Cataluña y condados de Rosellón y Cerdeña son una de las principales provincias de nuestros reinos y señoríos, de mucha importancia y cualidad. Por eso siempre hemos envidados personas de calidad, de principal casta y linaje y personas que valen mucho». Un país «áspero y montañoso», donde menudeaban los bandoleros. Es más, le recordaba los nombres de los principales cabecillas y denunciaba cómo a veces los señores temporales e incluso eclesiásticos estaban implicados en los robos y asaltos de caminos, ya que en sus castillos les daban asilo o protección. El bandolerismo fomentó, además, durante aquel período la miseria y el número de pobres.

Añadía Carlos que quería estar al corriente de la situación de orden público y todo lo concerniente a regalía de barones y eclesiásticos, para lo que el nuevo virrey no debería ausentarse nunca de las sesiones del Consejo o Audiencia. Le recordaba la vigente pragmática que prohibía a los ciudadanos tener armas y que había que cortar el abuso de las inmunidades eclesiásticas, por lo que se iba a solicitar un breve pontificio.

En lo referente a los tribunales de justicia, Carlos era también muy claro. Cataluña tenía sus propias normas, y el virrey debía vigilar para que los miembros de la Audiencia administrasen su poder sin negligencia ni parcialidad. Con este fin le recomendaba que él mismo presidiese una de las salas, como hizo su predecesor y, en caso de tener que ausentarse, debía pedir cuenta que los pleitos fueran «reglados como un reloj».

Seguro que mi padre sonreiría ante esta última afirmación, evocando las horas en que don Carlos se pasaba destripando relojes. Otras recomendaciones se referían a múltiples detalles más, como el impuesto de *sisa*, las obras de fortificación de Barcelona, el proyecto de carretera entre esta ciudad y Urgel, la confección del pan, la limpieza pública o el vicio del juego.

El sueldo de mi padre al principio no cubría sus gastos: «Dos mil ducados de salario ordinario y dos mil de ayuda de costa». Más tarde llegó a cobrar cinco mil, pero siempre decía que estaba mal pagado. La prueba es que su sucesor consiguió cobrar justo el doble. La verdad es que Borja en todo momento cuidó mejor la bolsa del emperador que la propia.

Pero para poder acceder al nuevo cargo debía tomar el hábito de caballero de Santiago. Así lo hizo, y no sólo formalmente, que siempre tuvo en cuenta los compromisos espirituales que la pertenencia a tal orden acarreaban. Por mi parte, un recuerdo imborrable de mi infancia es la imagen arrogante de mi padre con el impoluto manto blanco ornamentado con la gran cruz bordada en seda roja sobre su pecho de caballero como paladín de la cristiandad.

Dada mi necesidad, cada vez más apremiante, de seguir los pasos de mi padre, aprovechándome de la generosa dádiva de tiempo del rey, me encaminé a Tortosa. A los tres días divisé su castillo medieval y sus murallas bañadas por la margen izquierda del Ebro no lejos de su desembocadura, que daban al conjunto un romántico sabor añoso. Sin perder más tiempo, y tras extasiarme por la imagen del palacio episcopal copiada en las fluidas aguas del río, me dirigí a la soberbia catedral, apuntalada de vigorosos contrafuertes, para imaginar cómo entró mi padre el 14 de agosto, tras una breve visita a Gandía, por aquella nave central de las tres que dan gloria a su espacioso gótico catalán. Frente al altar mayor, ataviado con sus atributos de virrey, juramentó los fueros y *usatges*, las constituciones, libertades y privilegios de Cataluña.

Los tres niveles de largas ventanas subrayaban la imponente figura de Francisco de Borja a sus 29 años, maduros ya de saberes y experiencias. Con aspecto aún juvenil, sin barba, empezaba a estar algo grueso, tanto que le hacían trajes, armaduras y arneses a la medida. Su envergadura, que le daba un aire pacífico y reposado, aumentaba la solemnidad del momento. El virrey ordenó a continuación a Juan Lunes, su síndico de Barcelona, y a Pablo Renard, notario síndico de la Generalidad, que dieran un paso al frente y procedieran a leer sendos documentos.

En medio de un silencio histórico ambos protestaron ante la concurrencia que el nuevo virrey no debía violar las constituciones de Cataluña ni hacer uso de su poder de celebrar Cortes ni proceso de regalía. Facultades tan importantes estaban reservadas al soberano. Sólo con estas condiciones los catalanes aceptaban el juramento del virrey. Y lo hacían contentos, porque el emperador conocía la lengua y costumbres catalanas y sabían que les había mandado a un amigo suyo.

Luego mi padre aceptó la «protestación» en la medida de que no se opusiesen a las facultades otorgadas por su nombramiento. Eran momentos clave para el imperio. Carlos V y Francisco I parecían haberse hecho amigos tras la paz de Niza y el emperador había dado instrucciones a Juan Gallego para que consiguiera un acuerdo con Barbarroja. Aunque el príncipe Felipe sólo tenía doce años, comenzaba su primera regencia, que en realidad recaía en el adusto cardenal Tavera, gobernador de los reinos de Castilla.

A continuación hice el mismo recorrido de mi padre, que no esperó a entrar en Barcelona para tomar medidas. Subí a la *Suda,* o castillo moro de San Juan[6] y contemplé el imponente panorama de la villa lamida por el río. Cuando el flamante virrey entró por sus puertas al día siguiente de su nombramiento, la fortaleza era una cueva de ladrones. Hasta el alcaide había huido, por lo que ordenó apresarle y tomó otras decisiones contra «algunos casos muy feos que se han hecho en aquella ciudad de Tortosa».

El 23 de agosto, Barcelona le recibía finalmente con sus mejores galas. Un aire de fiesta engalanaba la ciudad, repleta de estandartes y colgadu-

6. En la actualidad, parador de turismo.

ras. Los *consellers* a caballo en compañía del regente de la veguería y de muchos otros caballeros, ciudadanos y mercaderes habían desfilado desde la plaza de San Jaime, atravesando las calles de Call, del Hospital de San Antonio hasta la Cruz Cubierta, a las afueras de la ciudad. Allí aguardaron al virrey sudando a mares bajo el húmedo sol estival.

Cuando Borja entró en la ciudad, el *conseller en cap* se puso a su izquierda y la polícroma comitiva, entre vítores y bruñido son de timbales y trompetas, atravesó la puerta de San Antonio. Luego se digirió hacia la plaza Nueva, recorriendo las calles del Carmen y la Puertaferrisa, para, finalmente, por el portal de Nuestra Señora, acceder al palacio episcopal. En la catedral, el nuevo virrey renovó su juramento a los privilegios de la ciudad.

Nuestra familia no residió en el palacio episcopal, como se ha dicho, sino en la contigua casa del arcediano[7]. El emperador en persona había ordenado al obispo de Barcelona que alquilase aquella mansión del siglo XII recién restaurada al gusto renacentista para el virrey. En ella vivimos con nuestra madre y mis hermanos; nuestra inseparable tía Juana de Meneses, hermana de mi madre; el aya Isabel Rodríguez, y el capellán de la familia, que era el fiel sacerdote Nofre Martínez. Don Nofre fue para mi padre en aquella etapa algo más que capellán y secretario. Se lo llevó a Cataluña para que le ayudara en las tareas de gobierno y siempre le aconsejó bien.

Dos días después se presentaron a rendirle pleitesía los *consellers* y otros prohombres de Barcelona. Las cartas que recibía por entonces del emperador me impresionaban porque iban dirigidas «al ilustre marqués de Llombay, primo, nuestro lugarteniente general en el principado de Cataluña y condados de Rosellón y Cerdeña». Era tanto como considerarnos parientes del hombre más poderoso del mundo. En presencia del virrey, nadie, ni siquiera el duque de Cardona, podía usar dosel o sitial.

Recorrí solitario las calles del *Barri de la Seu* y aspiré su olor popular que me trasplantaba a días de gloria e infancia. Antes de entrar en la casa del arcediano me refugié en las sombras de la catedral para perderme en sus sobrias naves, una de las más bellas expresiones del gótico catalán, y, después de atravesar el coro y trascoro, sentarme en la capilla mayor.

7. Actual Instituto Municipal de Historia de la ciudad de Barcelona.

¡Cuantas veces oraría allí mi padre abrumado por las dificultades y sinsabores de su nuevo cargo! ¡Qué tremendo año para él y qué prematura madurez y carga sobre sus hombros a los veintinueve años! De cazar alegremente junto al emperador en las laderas de El Pardo a la inesperada muerte de Isabel, el fúnebre viaje, el último adiós a su cuerpo putrefacto y esa merced preñada de obligaciones de gobernar una Cataluña infectada de bandidos.

Saqué mi libro de apuntes y dibujé una hoguera soplada por dos mofletudos Eolos. Debajo escribí: *Ut magis accendatur.* Sí, eso le sucedió a mi padre. Como los grandes fuegos que el viento los reaviva más y más, así a los hombres valerosos y de generoso pecho las dificultades no les apagan, sino que les hacen crecer, dándoles ocasión de encenderse más y de resplandecer con más brillo.

Lo ocurrido durante año de 1539 fue una hoguera que podía haber quemado a cualquiera para siempre. Pero él supo mirar hacia adelante y hacia dentro. Comprendió que es en el interior de su corazón donde el caballero emprende sus más importantes batallas y, mientras, hacia fuera, él iniciaba su andadura como virrey, lugarteniente del emperador con instrucciones complicadas y precisas, comenzó a cultivar su interior e incluso a adelgazar físicamente.

El sonido limpio de una campanilla me despertó de mis meditaciones. Fuera, una Barcelona rutilante de artesanos, señores y comerciantes bullía en sus íntimas callejuelas. Al contemplarla y recordar que ni la emperatriz ni mi padre estaban ya en este mundo, sentí dentro de mí otro calor secreto con sabor a misterio, que debe proceder de ese hálito que palpita detrás de todo y hace que la vida siga e incluso permanezca.

7

Bandidos

Eché la cabeza hacia atrás, como solía hacerlo mi padre cuando iba a reflexionar sobre un grave problema, y acaricié la piel claveteada del austero sillón del que fuera su despacho mientras ostentó el cargo de virrey de Cataluña. Antes de solicitar permiso al actual dueño de aquella estancia, había pedido que me facilitaran de la biblioteca dos libros, que ahora reposaban con su añosa encuadernación en pergamino sobre la mesa desde la que el marqués de Llombay fue durante cuatro años lugarteniente del emperador.

Me había propuesto releer esas dos obras fundamentales para entender el pensamiento sobre el arte de gobernar de la época. Las dos obras, por distinto motivo, estaban íntimamente ligadas a la vida de Francisco de Borja: *El príncipe,* de Nicolás Maquiavelo, y *El cortesano*, de Baltasar de Castiglione. Siempre los libros se han abierto ante mis ojos como playas y me seducen ya desde el olor de sus páginas.

Del primero de ellos conté en su momento que, de un modo u otro, está conectado a la historia de nuestra familia, pues se debate si fue Fernando el Católico o César, precisamente dos antepasados de Francisco de Borja, quienes inspiraron a Maquiavelo para trazar su peculiar modelo de príncipe.

En él «virtud» tiene el significado latino que le daban a la palabra los antiguos: capacidad y fuerza. Esta manera de entender la *virtus* puede dar pie a comportamientos que están justificados, según él, tratándose de política, pero que sin duda serían condenados por la ética cristiana. Para conseguir el éxito, el gobernante tiene licencia para casi todo. Deberá emplear su fuerza y su astucia sin dejarse entorpecer por escrúpulos morales, hasta el punto de servirse incluso de la crueldad y el engaño.

Maquiavelo piensa que hay que buscar el realismo en política, una «verdad efectiva» que se mantenga al margen de mitos y utopías que hermosean la realidad de una manera hipócrita y que son características de la filosofía y de la religión.

La historia del hombre demuestra, viene a decir, que es imposible extirpar el mal del corazón humano. Con respecto a los sucesos políticos, parece adoptar el clásico esquema cíclico según el cual la decadencia de un estado seguiría de manera irremisible a su esplendor. Sin embargo, ese proceso no es inevitable, dado que puede hacérsele frente con la *virtù* —uso ahora la palabra en italiano— del pueblo y de los magistrados, a través de un retorno a los principios que dieron fuerza al primitivo estado. En este punto entran dos fuerzas que mutuamente se entrelazan: la *virtù* y la *fortuna* («suerte», «casualidad»). La «fortuna» no depende de la voluntad ni de la libertad de los hombres. Frente a ésta, sin embargo, no debe uno refugiarse pasivamente en la esperanza, sino que se debe intervenir activamente para dominarla. Maquiavelo adjudica a la *virtù* posibilidades mucho mayores que a la «fortuna».

A Castiglione, en cambio, lo conoció en persona mi padre, pues fue buen amigo de Boscán y del malogrado poeta Garcilaso, al que socorrió, como narré, en el momento de su muerte. Me pregunto si Francisco de Borja entra en el perfil que este escritor traza del cortesano. A Castiglione le parecen fundamentales los deportes de nobles, recomendados a lo largo de todo el medievo para entretenimiento y solaz de los miembros de la corte. El modelo es el *miles vir*, que cultiva a partes iguales las armas y las letras. A Baltasar no se le escapa que hay muchos que se oponen a que el noble desarrolle actividades pertenecientes a ambos mundos. Sin duda, Francisco de Borja respondía a la perfección a este segundo retrato, aunque el primero, es decir, como político, sufrió mucho. Quizás porque parece incompatible ser honrado y eficaz gobernante.

Pues bien, sobre esta mesa de roble, testigo de los desvelos del Borja virrey, tengo cientos de cartas que se cruzó con el emperador y con el *alter ego* de éste, el inevitable Cobos, que enviaba sin cifrar, y con frecuencia en duplicado, por si se perdían. Por este despacho también cruzaban los mensajes que iban y venían del resto del imperio. Y, la verdad, pese a su aún joven edad, mi padre demostró un buen pulso en el arte de gobernar,

aunque, como siempre, no se ha dicho en este tema toda la verdad, que tuvo logros, pero también fracasos y sin sabores.

Lo que puedo decir es que se entregó en cuerpo y alma al trabajo. Al día siguiente de su toma de posesión afrontó el primer problema del virreinato, que era, como tengo dicho, el de los bandoleros, que hacían la vida imposible a la gente de bien.

Me bebo la primera carta que le dirige el emperador:

> *«Tenemos creído que luego que hubiéredes llegado a Barcelona entenderéis en ver los procesos criminales contra Cadell..., por ser los delitos que le oponen calidad, y que tiene toda aquella tierra de Cerdaña sin libertad ni justicia; por la presente os encargamos muy estrechamente prender y tener a buen recaudo la persona de Cadell para que conforme a justicia sea castigado, así como sus secuaces. Para lo cual haréis todas las diligencias, y usaréis de la maña que conviene, porque anda muy recatado y con dificultad vendrá a manos de la justicia si no fuere poniendo en ello mucho recaudo.»*

No hay que olvidar que la Cerdaña y el Rosellón pertenecían al virreinato y viajar por ellas se había convertido en un continuo sobresalto. Mi padre informó a Carlos V que los bandidos andaban en cuadrillas de entre cincuenta y sesenta arcabuceros y ballesteros, atracando a los caminantes. Esto explica que Francisco I en persona, el rey francés, se asombrara de que en España casi todo el mundo portara armas. Tan crítica era la situación que el nuevo virrey no se atrevía a desarmar al pueblo con el fin de que al menos pudiera defenderse por sí mismo si era atracado.

Borja no pudo actuar con la eficacia que hubiera querido, pues las batidas no conseguían acabar con los culpables que, como alimañas, sabían ocultarse en cuevas y lugares inaccesibles en medio de la maleza. A los pocos días el procurador del obispo de Urgell cayó muerto en una emboscada y Francisco vuelve a recibir una carta de Valladolid, adjuntando el informe del atentado y urgiéndole a perseguir a Cadell y sus secuaces, «de manera que vengan en manos de la justicia y sean ejemplarmente castigados».

La red de espías y patrullas de Cadell, que se extendía por toda Cerdeña, y sobre todo por el vizcondado de Castelbó, le ayudaba a escabullirse de los comisarios reales. Con todo, debo añadir que en medio de los rigo-

res del invierno el cerco se fue haciendo tan espeso que el bandolero tuvo que huir del país y refugiarse al amparo de la bandera francesa, tradicional enemiga de los intereses españoles.

En una carta escrita a mediados de diciembre, el virrey da cuenta, entre otros problemas que en seguida veremos, de esta fuga:

> *«Con esto y con haber tomado a manos de la regia corte los castillos de Belver y de Arzenol y haber castigado algunos bellacos, parece que esta tierra está lo más pacífica. Y de los hombres que la desosegaban, que era Janot Cadell, con las diligencias que yo he puesto en hacerle prender, tengo ya sabido que ha salido de Cataluña, y está en Francia.»*

O sea, que se había esfumado. Entonces el bandido se las ingenió para proponer negociaciones. Cadell pedía al virrey la salida a través de unos acuerdos con sus enemigos más próximos.

> *«Yo no he querido escuchar esto* —explica Borja—, *porque me parece que, por una parte, sería muy grande bien de esta tierra tener pacificado este negocio de Cadell, y que se atajaran muchos males con éste, pues son tantos que este bellaco tiene hechos, que más pesaría mucho dejarle sin castigo, y también sería abrir camino para que otros con la misma confianza se atreviesen a hacer otro tanto, porque la tierra y la gente están muy aparejadas para ello. Y por esta causa no he querido dar lugar a oírle sin decir a vuestra majestad primero lo que siento.»*

Al llegar el verano los desalmados intentaron volver a sus fechorías e infectar campiñas y bosques del norte de Cataluña. Pero temieron la presión de las fuerzas del virrey y volvieron a cruzar la frontera.

> *«Hasta agora está todo el vizcondado muy bueno, Dios loado, y ha muchos años no ha estado tan pacífico como de siete meses a esta parte. Agora, visto lo que persigo, los bandoleros vienen a tratar conmigo que haga una tregua muy larga...»*

—¡Dios loado!» Pensé en el respiro que debió suponer este paso en la conciencia responsable de un hombre que tenía tan alta concepción del deber.

Me levanté un momento y me dirigí a la contigua estancia, tapizada con estilo segoviano y muebles de fino pino norteño, y a la luz del ventanal gótico me pareció ver a mi madre bordando con aire cansado rígidos ornamentos de iglesia. Debía frisar yo por entonces los seis años y me encantaba ver la silueta de mi querido padre recortarse en aquella puerta y descubrir su rostro iluminado al vernos jugar en el suelo a imaginados castillos con trozos de corcho. Y, aunque él se resistía, nos gustaba que nos contara aquellas historias de bandidos. Mis hermanos mayores, Carlos e Isabel, ya tenían diez y nueve años, respectivamente, y le daban detalles de sus avances en los estudios, la equitación o las armas. Los más pequeñines nos dormíamos, aunque no tanto para que no pudiéramos observar ciertos cambios sorprendentes, como lo que ocurría en la mesa del virrey.

La vajilla de plata repleta de manjares y el cristal de Venecia reluciente para recibir la caricia de los vinos del Penedés pasaban sin pena ni gloria por los ojos de mi padre, que no probaba bocado, contentándose con una triste sopa o un viudo plato de acelgas. Yo sabía por su buen comer cuánto sacrificio le costó adelgazar.

—¿Qué hacéis, Francisco? Vais a arruinar vuestra salud con tantos ayunos y penitencias. ¿Encontraréis fuerzas para acudir a tantas obligaciones y pesares de vuestro cargo? Al menos comed bastante para llenar ese corpulento cuerpo.

Mi madre lo decía con cariño. Pero a su modo, un tanto desabrido, y que mostraba la notable diferencia de caracteres que había entre ellos desde el momento en que se casaron.

—Con esto me basta, que estoy demasiado gordo —respondía Francisco sin más comentario.

Día a día vi cómo enflaquecía mi padre hasta llegar a doblarse la piel sobrante al ceñirse la espada. Aunque la que en realidad desmejoraba por entonces era doña Leonor, mi madre, cuyas relaciones íntimas con su marido permanecían de hielo. De hecho, los esposos vivían en habitaciones separadas por la nuestra, la de sus hijos.

Luego Francisco se perdía solo en su silencio, se hundía largas horas en su alcoba y confiaba sus secretos a un amarillento Cristo de talla, único testigo de su escondida vida interior. En realidad, el ajetreo de sus obligaciones de gobernante no le había apartado del nuevo rumbo experimen-

tado a raíz de la muerte de la emperatriz. Desde entonces ese lado oculto del rostro de mi padre me resultaría siempre enigmático. Lo mismo que era encantador y buen cortesano, además de gozar de excelente sentido del humor en las recepciones y actividades públicas, se perdía luego en un extraño mundo aparte, más propio de monje contemplativo que de hombre casado y cabeza de familia, y en una forma muy dura de tratarse a sí mismo y de entender la religión. Mi madre me contó que, después de dormido, incluso en sueños seguía invocando a Dios y su santísima Madre.

Una noche, a eso de la once, se encontraba orando solo ante su crucifijo cuando de pronto entró su ayuda de cámara demudado. Le seguía un comisario que se destocó el sombrero lleno de polvo e hizo una reverencia.

—¡No podía esperar a mañana para contároslo! —dijo el visitante atropellando sus palabras.

—Pero ¿qué sucede? Sosegaos, capitán.

—¡El bandido Gaspar de Lordat, señor! ¡Le hemos dado caza! Pero...

El capitán se atragantaba. A duras penas contó que al anochecer consiguió tender una emboscada con sus alguaciles al famoso cabecilla y darle caza en un santiamén.

—Pero al acercarse a la ciudad, Lordat, ese desagraciado, invocó el fuero eclesiástico, pues de mozo había recibido tonsura clerical. Y algún secuaz debió avisarlo, pues, cuando más seguro lo teníamos, se presentaron enviados del obispo de Barcelona reclamando el preso y se lo llevaron. ¿Puede verse mayor bellaquería?

El virrey impuso silencio y dijo al capitán que se tranquilizara. Que trataría el asunto con el obispo al día siguiente. Indignado, apenas pudo conciliar el sueño aquella noche. ¿Quién creía ser ese obispo Juan Cardona, que ni siquiera había querido ser consagrado y sólo pensaba en divertirse?

Nada más llegar a su despacho escribió una misiva al prelado. Ni ésta ni las siguientes cartas que se intercambiaron sirvieron de nada. El obispo no quería soltar al bandido autor de «maldades y bellaquerías tan notorias en toda parte».

Mi padre se apresuró a escribir a Cobos una carta que no tiene desperdicio:

«Si esto fuera de mi jurisdicción, no importunara yo a vuestra señoría con negocios de esta calidad, porque pienso, con la ayuda de Dios, que nadie me

la hará que no la pague. Mas como en esto se trata del obispo, y aunque es mi amigo, es más amiga la verdad y la justicia... Si esto pasa adelante, vuestra señoría piense que esta tierra no tiene remedio; porque si no se puede usar el rigor y de brevedad de justicia con gente tan cruda y tan carnicera, no se ha de esperar sino mil males de este gran mal. El remedio yo no lo querría decir, pues de la mano de vuestra señoría salen todos los remedios; mas, a lo que yo creo, haría acaso que el obispo recibiese una carta muy bien escrita, en que supiese que no ha de hacer lo que quiere. Y, si tras todo esto Su Majestad quisiere escribirle, que se consagre (como obispo) y que el tiempo que gasta en el juego lo ponga en su oficio, descargará mucho Su Majestad su conciencia en ello; pues ya que la tuvo en hacerle obispo, no es bien que la tenga en sufrirle la mala cuenta que da de sí a Dios y al mundo. En ninguna cosa quiero que vuestra señoría vea que soy su amigo, sino en trabajar tanto en su remedio; y en esto le quiero pagar el alquiler de su casa, en hacer que Dios more en la suya vuestra señoría lo proveerá como más fuere servido, que yo no quiero ir al otro mundo con este escrúpulo.»

No pude menos de sonreír al leer estos párrafos escritos nerviosamente de su mano. Mi padre podría ser muy pío, pero no tenía pelos en la lengua cuando un obispo, que no acababa de recibir la consagración y era indigno de su cargo, se ponía por delante en un caso tan claro. Aunque viviéramos en casa alquilada al prelado.

El obispo recibía una carta tras otra que desde el gobierno central le urgía, pero ya se sabe cómo es el poder y la independencia eclesiástica y sus regalías en nuestro país. De modo que no por eso dejó de salvarse Garpar de Lordat.

Eso sí, si algún otro bandido caía en manos del virrey, estaba perdido. Nadie tomaba la justicia por su mano. Siempre se hacía conforme a derecho, pero al final los castigaba sin compasión. «Tengo entendido que en el castigo de éste y de ellos consiste casi el medio de esta tierra», le escribe al emperador.

¡Cuántas veces les oí a comisarios o capitanes consultarle qué debían de hacer!

—¡Adelante! —respondía con rapidez y severidad—. ¡Pongamos una onza de pólvora en el arcabuz!

Me impresionó mucho una frase que pronunció un día cuando le vi salir armado hasta los dientes:

—¡Ahora marcho de caza con la justicia de Dios!

Ese sentido de la justicia estaba por encima de todo. Incluso de la nobleza y del mismo emperador. Tengo aquí otra carta escalofriante en que le pide cuentas al propio Carlos V del mal uso de unos dineros que habrían evitado muertes. Al leerla al cabo de los años me pone los pelos de punta:

> *«Y para esto la conciencia no me sufre callar lo que diré a vuestra señoría y es que tengo por cierto que, por haber gastado su majestad el dinero que la reina dejó, ha habido más de 300 muertes en Castelbó, por lo cual no sé si la conciencia de Su Majestad esté muy reposada, conviene que vuestra señoría mire mucho esto y lo provea, como se lo suplico, que ningún otro respecto me mueve a esto, sino la verdad, voluntad y deseo del servicio.»*

Ni se arredró frente al barón de Roca, cuando éste detuvo a los agentes del virrey encargados de firmar las treguas y se desató en injurias contra la Audiencia Real. El barón fue encarcelado, con gran asombro de la nobleza.

Como suele ocurrir en estos casos, hubo comentarios para todos los gustos. En menos de un año, y dentro de sus posibilidades, había pacificado el país. Pero el sector más próximo a los corruptos comenzó a infiltrar maledicencias contra el virrey. A la fina sensibilidad de mi padre le afectaban esos comentarios y yo creo que sentía por dentro la tentación de dejar el poder, de retirarse de una vez de ese mundo de intrigas.

Aparte de los bandoleros, un sinfín de temas administrativos llegaba a este despacho. Por aquí pasaron exigiendo grandes sumas Bereguer Dóms y Enrique Centelles, dos armadores. El emperador siempre estaba necesitado de armar nuevas galeras con que combatir al turco y a los piratas que merodeaban por nuestras costas.

—Han de ser de setenta y ochenta toneladas, y en total no pasar de cien. Todas las naves bien entretenidas —les exigía a los armadores, consciente de que no podía cobrárselas al gobierno central.

A pesar de ser todavía niño, o quizás precisamente por serlo, no puedo olvidar el día de la botadura de dos de ellas. Mi padre las había visitado

antes en las Atarazanas. Fue, creo, durante la semana de Pascua de 1540; el puerto estaba adornado de mil banderas de colores, y la Marina uniformada con sus mejores galas. ¡Cómo relucía la pechera bordada en oro del comandante de la flota, Bernardino de Mendoza!

—¡Muy bien concertadas, virrey! —dijo sonriendo el marino, que zarparía con ellas aquel mismo mes de junio.

—Pues construiré una galera que llamaremos la *Bastarda*, y os aseguro que será la más gentil galera que haya en el mar.

Y así hizo el año siguiente. Mendoza recibió el barco enamorado de su arboladura, que tengo para mí que los marinos sostienen una relación pasional con sus embarcaciones. Mi padre no decía ni palabra sobre para qué estaban destinadas estas nuevas galeras, pues era muy prudente con los secretos del reino. Con el tiempo se vio claro.

Luego nos llevaba a pasear por las murallas y fuertes que estaba construyendo en la Marina. Carlos V había insistido a los *consellers* que se acabaran cuanto antes las obras, que estaban paradas, y había escrito al virrey en el mismo sentido.

—Mirad, ése es el baluarte del mediodía, que comenzó a construir mi predecesor, don Fadrique de Portugal. Sabed, hijos, que estas murallas las necesita Barcelona como el pan.

Borja dio un fuerte impulso a la construcción y visitaba las obras con frecuencia. Casi no salía de casa para otra cosa que echar un vistazo al baluarte. Los condenados a galeras no se ocupaban de otro menester. La parte de las Atarazanas era la más atrasada. En fin, en las cartas que ahora repaso veo que Carlos V estaba puntualmente informado de sus progresos. El problema y la lentitud con que avanzaban era por lo de siempre: el dichoso dinero.

—Tengo que volver a llamar a los *consellers* y al obispo. La muralla es para toda la ciudad.

—Señor, estáis obsesionado con las murallas —le replicaban—. No sólo con las de Barcelona, sino con las de Mataró, Tarragona, Tortosa. ¿Tanto os va en ello?

—Me mato porque se fortifiquen. Voy a construir otra en las riberas del Ter, para defensa de Girona —contestaba mi padre, que, si veía un obrero mano sobre mano y sólo mirando, lo mandaba echar de allí.

Cuando más enfrascado estaba en los asuntos internos e inspeccionado sus obras, se presentó un secretario con sus cartapacios bajo el brazo.

—¿Qué sucede, don Miguel?

—Nuevas cartas del gobernador. Le urge otra vez que viaje a Perpiñán.

—Ya le he dicho que no puedo dejar Barcelona y marcharme a la frontera, ahora que estamos en paz con Francia.

—El cardenal Tavera dice que no podéis demorar más la visita, que deis de mano por unos meses los asuntos de Cataluña e inspeccionéis el otro lado del Pirineo. Es más, adjunta una larga lista de instrucciones sobre cómo ejecutar la expedición.

Tavera argüía que eran muchos los bandidos, sediciosos sin castigo, desmanes de los que se desconocía el culpable, además de ser Perpiñan plaza mal fortificada. Borja no compartía los criterios del regente y, nada más regresar a su despacho, expuso sus criterios en un correo que partiría al amanecer. Con su palabra vivaz y clara, el despacho venía a decir que semejante viaje sería un fracaso. ¿Qué dirían si dejaba Cataluña y sus costas amenazadas por los turcos? Se iban a burlar de que partiese en son de guerra contra bandidos ya sometidos. ¡Y dónde quedaría su prestigio si marchaba en son de guerra contra bandidos sometidos, acompañado de dos caballeros, como si fuera un simple comisario!

Ahora, al releer a la luz de una parpadeante bujía aquellas viejas cartas, comprendo las verdaderas intenciones de Tavera. El cardenal hablaba de bandoleros sólo como pretexto. Lo que en realidad pretendía era fortificar el Rosellón, ya que los espías daban cuenta que de que Francia armaba cada día más sus fronteras. La simplicidad del cortejo de Borja, sin ningún aparato militar, no tenía otro objetivo que no despertar sospechas entre los franceses.

No había escapatoria. El virrey se detuvo sólo unos días en Barcelona para ordenar los asuntos más urgentes y celebrar un funeral por el cardenal Enrique, su sexto hermano, que, antes de recibir el capelo de manos del Papa y de llegar a Roma, había muerto en septiembre en Viterbo. Para colmo, doña Leonor, mi madre, no se encontraba bien.

Despuntaba un tímido amanecer el 20 de octubre de 1540, cuando una escasa comitiva de caballeros dejaba atrás la Puerta Nueva para cabalgar a buen paso rumbo a Gerona. La virreina se ha obstinado en acompañarles.

—No os dejaré solo en esta importante jornada —había dicho muy decidida doña Leonor.

El virrey no puso inconveniente porque pensó que el cambio de aires le iría bien. A los seis días salvaron las cuarenta leguas que, tras cruzar

los Pirineos, les separaban de Perpiñán. La plaza a lo lejos parecía un cuartel en ruinas y dejado de la mano de Dios. «Tras esto certifico que es muy gran lástima ver a Perpiñán. Siendo un lugar tan importante, como vuestra majestad sabe, está muy destruido, que pocas menos son las casas cerradas que las abiertas, y sin esto los *pelaires*[8] de estos paños tan nombrados andan forajidos en Francia; y si una vez asientan sus casas en ella, témese que el trato que aquí había se pase allá.» El hambre se daba la mano con la desorganización más absoluta: las cárceles, rebosantes; los procesos, eternizados; las murallas, desmochadas.

Borja se puso manos a la obra. En su primera carta a Madrid se adivina la energía de un hombre activo y capaz: «Hablé ayer a los cónsules sobre las acémilas y hombres para la obra. Tengo de ellos buena respuesta y esperanza que lo harán bien. Hoy he ido a ver las obras y mañana tengo de visitar el castillo; y después he estado con el alcaide y con Juan Muñoz».

Luego hablaba de los procesos pendientes para concluir que «este lugar está muy arruinado, y falta mucha gente, y tiene gran necesidad de buen remedio». El hecho es que durante los dos meses que pasó allí no paraba: de la cárcel a las murallas; de éstas, a conversar con los procuradores. Para agilizar las obras de fortificación, que era en el fondo lo más importante de su misión, llamó a ingenieros españoles que estaban trabajando en nuestras posesiones de Italia para que continuaran las obras en su ausencia. Y bajo su dirección comenzaron a elevarse torres y murallas en Bellaguardia, Salsas, Colibre y Puchanes.

Acababa agotado cada noche, sobre todo después de intentar arrojar alguna luz sobre los procesos. Cada testigo que escuchaba enredaba más la madeja y había como una consigna de silencio: «Esta gente está tan determinada a morir antes que decir la verdad de lo que ha pasado, que yo mismo no lo creyera si no lo viera probado; porque todos a una mano toman gran punto de honra tratarse contra la fidelidad de este lugar, como si a cada uno en particular le fuese la vida».

Ante tanta corrupción tuvo que tomar una decisión difícil. ¿Castigaría a todos los culpables? Eso era tanto como dejar Perpiñán casi va-

8. Persona que carda lana o la prepara para tejerla.

cía. «Daré un escarmiento» —se dijo—. Ahorcaré al peor y perdonaré a los demás.» Y así hizo. Fue duro porque el día en que se cumplió la sentencia «lloraban las mujeres y los hombres maldecían a don Francisco». Pero consiguió del emperador la amnistía, que se aplicó el 15 de diciembre.

Ya casi había cumplido su misión y se encontraba inspeccionando las obras de las murallas en lo alto de un andamio, cuando vio avanzar hacia la ciudad un grupo de caballeros. Escoltaban a un enviado del rey de Francia que, destocándose, pedía al virrey la entrega de unos cabecillas franceses.

—Con gusto daré entrega de esos bandidos, si a cambio me entregáis vos otros bandidos catalanes refugiados en Francia.

Acto seguido le dio una lista de los más buscados, para que, como escribía al emperador, «si quieren los unos, será bien que den los otros». Misión cumplida. El 6 de diciembre, mientras doña Leonor, que no acaba de encontrarse bien, daba los últimos toques al equipaje y los caballos piafaban en el patio de su residencia en Perpiñán, Borja firmaba en su austero despacho su último informe al emperador:

> *«Esta tierra de Rosellón a esta parte está muy buena y muy pacífica, aunque estaban deseosos de justicia, así en lo criminal como en lo civil, porque son muy malos pagadores de sus deudas. Bien creo que habrá aprovechado mi venida para los acreedores, aunque muy poco para los que debían, y el bien que de esto ha sucedido en esta tierra ha venido de mal a Barcelona a su comarca, porque cada hora se empeora. Y aunque cerca de esto he holgado más de que clamen ellos que yo, como vuestra señoría lo escribe, no dejaré de decir que hoy he tenido nueva que a las cuatro leguas de Barcelona han robado a once hombres juntos caminantes.*
>
> *De Vuestra Sacra Católica Cesárea Majestad, humilde siervo y criado, que sus imperiales pies beso.*
>
> *El Marqués de Llombay.»*

Contra su voluntad había cumplido órdenes, pero, cabezota como todos los Borja, le deja claro a Cobos que no debía haber dejado Barcelona. Luego dio las últimas instrucciones a Juan Muñoz, visitador de la frontera, para que continuaran las obras y se mantuviera el nuevo rumbo que

había marcado a la ciudad. Éste y el resto de las autoridades acompañaron al virrey unas leguas. Antes de partir volvió la cabeza atrás orgulloso de comprobar que los albañiles continuaban su trabajo. Despidió a las autoridades y dio orden de espolear los caballos.

—Yo cabalgaré retirado para conversar con fray Juan.

Todos le miraron sorprendidos. ¿Qué rara afición había tomado el marqués a aquel frailecillo como para no permitir que se apartara de él?

El virrey y el lego se rezagaron a paso más lento para conversar entre cabalgaduras.

Un nuevo enigma de Francisco de Borja: siempre me he preguntado a qué se debía esta extraña amistad entre dos hombres de tan diferente cultura y rango.

A fray Juan de Tejeda lo había conocido mi padre en el convento de Jesús de Barcelona, por donde pasaban hombres santos como Salvador Horta y el famoso Pedro de Alcántara, que se hospedó enfermo en ese claustro camino de Mantua. Pero Juan de Tejeda era todo un incunable. Lo recuerdo en la penumbra de mi niñez, silencioso y enjuto, con aquel modo de hablar que más parecía un labrador que un místico.

Ya es sorprendente cómo se conocieron. Un día otro fraile franciscano, mientras Borja paseaba por el claustro, le ponderó tanto la santidad del lego que el virrey se interesó por conocerlo. Fray Juan, nada más verlo, se puso de rodillas y le dijo:

—He tenido una visión sobre vos.

Nunca supe exactamente en qué consistió esa visión, pero dicen que fue algo así como que el lego contempló a mi padre como futuro santo. Sea como fuere, a mí, Tejeda, me parecía raro, y eso que los franciscanos estaban, desde Gandía, como ya he dicho, muy bien relacionados con nuestra familia

¿De qué hablarían en aquellos largos paseos el fraile y el virrey? Revolviendo papeles he encontrado en el posterior diario espiritual de mi padre una alusión a Tejeda sobre la oración continua: «como en lo profundo cubierto de agua». También hablarían sin duda de verdades eternas, de la futilidad de todo y de vivir siempre a los pies de la cruz. Aunque, al no ser sacerdote a la sazón fray Tejeda, los directores espirituales propiamente dichos de mi padre fueron por aquel tiempo dos padres dominicos.

Yo me quedo con aquella imagen del lego y el virrey conversando desde sus cabalgaduras mientras la comitiva, de regreso, se adentra en los verdes parajes de Gerona.

—¿Sabéis qué me propongo, fray Juan? Cuando llegue a Barcelona pienso hacer un cambio. Voy a suprimir los gastos de monteros, caballos y todo lo relacionado con cetrería y voy a dedicar ese dinero a poner y sostener una capilla musical a nuestro oratorio de palacio.

El fraile sonrió mientras el sol se ponía detrás de los arbustos de una venta, donde harían posada aquella noche. Ya iba a retirarse a dormir, cuando le anunciaron un correo que acababa de llegar a uña de caballo desde París. El virrey abrió los sellos. Era una buena noticia, Francia aceptaba el trueque. Además, el correo traía cartas cifradas de espías sobre la situación del enemigo y el emplazamiento de las fortificaciones francesas.

Con la ayuda de su secretario descifró aquellas palabras en clave. Los informes hablaban de paz por el momento y de movimientos de las autoridades de Tolosa tras el viaje de Borja hacia Narvona para levantar nuevos castillos y fortificaciones. Por otra parte, las galeras ancladas en Marsella, en contra de los rumores, estaban muy lejos de parecer pertrechadas para un enfrentamiento próximo.

Borja escribió a su vez cartas a las autoridades de Perpiñán poniéndoles al día de la situación. Cuando Barcelona, señorial aparición, surgió en lontananza, un pliego procedente del Consejo de Aragón le alababa su eficacia. No olvidaré cómo abrazamos a nuestros padres en el patio de la casa del deán cuando los vimos entrar por la puerta después de aquella separación que a nosotros se nos antojaba tan larga y peligrosa. Faltaban tres días para Navidad y la tarde tibia y ungida de dulces, regalos y villancicos parecía arroparnos con una cálida sensación de seguridad y ternura. ¿Cómo se mira a un padre llegar de lejos? Y, ¿cómo se mira si además es alto, apuesto, con la espada ceñida y todo un virrey? No puedo olvidar, sin embargo, que, pese a su sonrisa de triunfo, lo vi regresar cansado y con la mirada perdida no sé dónde. Quizás los dolores de gota y su maltrecho estómago le hacían sufrir. Pero para mí que el sufrimiento y el agujero en su interior eran más hondos.

8

El lugarteniente

Las horas y los días pasaron sin darme cuenta en aquel despacho sombrío donde, a la vez que me habían permitido revolver documentos y revisar la correspondencia de mi padre, parecía reencontrarme con espectros de mi niñez. A medida que releía aquellos papeles amarillos más me asombraba y más me llenaba de admiración por recuperar unos tiempos que me devolvían la imagen de un gobernante sereno e inteligente. Resultaba sobre todo increíble, viendo ahora su historia desde fuera, que un hombre a los treinta años fuera capaz de administrar el poder con tan rara prudencia y sentido de la realidad.

El tiempo y los hechos le dieron la razón al virrey. Su ausencia de Barcelona había sido nefasta para los intereses de la Corona y para la propia Cataluña. Tras un año de intenso trabajo para limpiar de bandoleros la región, su incuria y los nuevos brotes de delincuencia habían casi inutilizado su labor. Vuelta a empezar.

Borja mojaba su pluma en el tintero con ansiedad para informar cuanto antes a Cobos de la situación que se encontró a su regreso: «De estos dos meses de mi ausencia parece que se ha puesto fuego en el campo de Tarragona; y en esta la tierra, alrededor de Barcelona, han nacido tantos dejados[9], que no será menester poco trabajo para cortar estas malas hierbas. En Vich tampoco faltan, aunque no se hacen muertes después que salió del principado Antonio Roca».

En una línea, el virrey hacía recuento del panorama: durante su ausencia se habían cometido más de quince asesinatos, amén de robos y otras

9. Bandidos.

bellaquerías. Acto seguido, tras firmar el pliego, doblarlo y enviarlo a Madrid sin más dilación, llamó a un capitán y le dijo:

—No puedo esperar más. Dad orden de que me vistan mis armas y armaduras, que yo mismo os acompañaré a reprimir a esos desalmados.

De aquellas jornadas de limpieza regresaba exhausto y cubierto de polvo. Mi madre le llamaba la atención para que al menos comiera algo más sólido que una sopa viuda para recuperar fuerzas, pues tanta delgadez no le iba a su fuerte complexión.

Pero, aunque las bandas de salteadores constituían un enemigo claro para Cataluña, no fue este problema su principal fuente de disgustos durante los años de gobierno. Las dificultades más serias suelen proceder casi siempre de dentro, de los que en teoría se dicen colaboradores y amigos. En una palabra, en este caso la espina que más le dolió se la clavaron algunos sectores de la nobleza catalana. No hay que olvidar que el Consejo de Ciento, que representaba a la ciudad de Barcelona y la Generalidad, que regía las provincias catalanas, siempre fue muy sensible en lo tocante a sus derechos y prerrogativas.

Pronto me contaron que las gramallas encarnadas que visten los diputados y *consellers* indican hasta qué punto están dispuestos a dar la sangre por su pueblo. Pues bien, me contaron que un día mi padre hizo desarmar nada menos que a un diputado de la Generalidad. Se irritó tanto este señor que, ni corto ni perezoso, hizo encarcelar al alguacil del virrey. Por casualidad, en ese momento Borja estaba asomado a la ojival ventana de este despacho y vio cómo se llevaban a su alguacil con grilletes.

—¡Dejen libre a ese hombre! —gritó el virrey.

Y acto seguido mandó instruir un proceso contra el diputado. ¡Menudo revuelo se organizó entre estos señores! Llegaron a amotinarse e incluso intentaron intimidar al virrey. Como no lo consiguieron, se la guardaron a mi padre para acusarle en las próximas Cortes que se celebraran. Es más, los diputados pretendían conseguir doscientos ducados para cada uno de aquellos presos. Y eso que Borja, que conocía muy bien a los catalanes, solía decir: «Las cosas de la *Generalitat* se han de favorecer».

Pero lo peor fue lo que pudo llamarse la «guerra de los doseles».

Dosel, lo que se dice dosel o toldo ornamentado durante las celebraciones y festejos, sólo lo podía utilizar el virrey. Pues bien, durante la Cuaresma de 1541, los nobles pregonaron la celebración de unas justas para

conmemorar la fiesta de la Santa Cruz y le pidieron al virrey que fuera juez de la misma junto a otros que él quisiera nombrar.

Todo estaba listo. Banderas multicolores, lanzas y gallardetes llamaban al júbilo del torneo. Los clarines y timbales estaban prontos a dar salida a los caballeros empenachados y de bruñida armadura que iban a medirse en las justas. Un sol mediterráneo quemaba la arena de la contienda y enardecía la espera del gran momento. Sólo faltaba el virrey.

Éste ya iba a salir de casa, cuando un emisario llegó corriendo.

—Señor, debo advertiros que el duque y la duquesa de Cardona se han instalado bajo un dosel de brocado en la plaza para asistir al torneo.

Sin salir de casa, Borja llamó inmediatamente a mosén Albanell y le pidió que, de buenas maneras, avisara al anciano duque de Cardona que ni en iglesias, ni en fiestas, ni en ningún otro lugar tenía nadie derecho a usar dosel, si no era el lugarteniente de su majestad.

No hubo manera de conseguir que el de Cardona ni el almirante de Nápoles, que se cobijaba bajo otra lona no menos lujosa, retirasen el gran dosel de honor repleto de brocados.

> *«De manera* —escribe mi padre— *que viendo que, por estos medios, el duque no dejaba de estar con su dosel de brocado muy largo, y el almirante de Nápoles con otro, queriendo yo llevar este negocio más con templanza que con rigor, envié a mandar al mantenedor que no saliese, so pena de la fidelidad y de dos mil ducados, hasta ver otro mandamiento; y, a todo esto, yo estuve en mi casa.»*

De modo que el mantenedor de las justas no dio un paso y todo el mundo seguía esperando.

Entonces se presentó don Luis Enríquez Girón, duque de Medina de Rioseco, conde de Melgar, sexto almirante de Castilla, caballero del Toisón de Oro, aunque aquí siempre se le conocía como conde de Módica, título que obtuvo por su matrimonio.

—¿Por qué no dejáis justar, marqués? ¿Qué se os da a vos de nuestros doseles?

—Muy poco, señor conde, si no es por la preeminencia real que representan. De otra manera yo mismo holgaría con la justa.

El conde, tieso como una estaca, la mano en la empuñadura de su espada y la puntiaguda barbilla desafiante, replicó:

—Mirad bien lo que mandáis, que será peor no *obedecello*.

—¡El que tal haga, será castigado conforme a justicia! —respondió seco Francisco de Borja.

—Pues os advierto que alguno podría salir a justar y quizás vos no lo castiguéis.

—No sé quién pueda ser ése, pues no hay en Cataluña a quien yo no pueda castigar, cumpliendo mi deber —puntualizó con voz firme el virrey.

El conde de Módica guardó entonces silencio y se fue a buscar a un amigo duque y al almirante que le habían acompañado. Los tres se encaminaron a casa del mantenedor del torneo, don Enrique Centellas, y le dijeron:

—Pese al mandato del virrey, salid a justar. Nosotros pagaremos las penas.

Don Enrique respondió que no lo haría, pues mediaba un tajante mandamiento de Su Majestad. Mientras tanto, los alguaciles del virrey vigilaban los movimientos de los caballeros.

Entonces el conde de Módica dijo que él mismo actuaría como mantenedor, y añadió:

—¡Si es necesario, mis criados están acostumbrados a acuchillar a alguaciles!

Se iba haciendo tarde y las primeras sombras alargaban las astas de las banderas mientras en la plaza se apagaba el fulgor de las ociosas trompetas, se endurecía la expresión de los rostros con la espera y se diluía la ilusión de la fiesta. Las miradas languidecían de aburrimiento, cuando las duquesas de Cardona y de Soma decidieron enviar mensajeros al virrey, pidiéndole que diera licencia para justar, aunque nadie había desmontado sus doseles.

Borja respondió que ese día no podía ser, que habría que esperar al siguiente, ya que, como él tenía consejo criminal y debía ausentarse, podrían celebrar a gusto las justas con doseles incluidos. La cosa no paró allí. Durante el festejo, unos criados del conde de Módica acuchillaron a dos muchachos, uno de los cuales no tenía más de doce años. Como llegaran unos alguaciles a poner orden, el conde sacó su espada e impidió que sus criados fueran presos.

Los ánimos de los nobles estaban tan en punta como sus espadas. No contento con todos estos detalles, Borja da cuenta en su informe de otro incidente durante una de esas cenas elegantes de la aristocracia. Al llegar al reluciente comedor, uno de los ayudantes del virrey le indicó:

—Si os parece, señor, dejamos primero entrar a las dos duquesas y las demás damas. Los caballeros podemos esperar a que tomen asiento.

Así lo hicieron Borja, el almirante y los demás caballeros, mientras las señoras penetraban solemnemente luciendo su gentil porte, sus mejores afeites y peinados, joyas y corpiños en el lujoso comedor.

En esto aparece el conde de Módica pisando fuerte, como siempre, e hizo ademán de entrar.

Los demás caballeros le advirtieron que el virrey y ellos estaban esperando a que se aposentaran las damas. El conde montó en cólera arguyendo que él no tenía por qué esperar a nadie. Borja le dijo con mucha templanza lo que se había decidido. Entonces el de Módica echó mano a la daga, aunque al final se contuvo y entró detrás del virrey.

Terminada la cena, el levantisco noble se concertó con un grupo de hombres con la intención de dar cuenta del virrey, que era tanto como decir que pretendían borrarlo del mapa. Pero, al enterarse un grupo de caballeros, fueron a disuadirlo. Al día siguiente el virrey reunió el consejo e informó de lo ocurrido. Se había decidido enviar un alguacil para detener al conde.

—Señor conde, obedeced en nombre de Su Majestad, so pena de fidelidad y de cincuenta mil ducados.

El conde echó sapos y venablos por su altisonante boca y amenazó con apalear al escribano que allí mismo levantaba acta.

Al final, Borja le conmutó el arresto domiciliario por la pena de no abandonar la ciudad, y escribió a Ratisbona pidiendo consejo ante la gravedad de la situación, ya que se trataba de un noble. En la corte de Carlos V todo eran alabanzas cuando se trataba de castigar a los villanos, pero cuando andaban por medio nobles insolentes, el talante cambiaba, sobre todo tratándose del conde de Módica y sus secuaces, que tenían padrinos bien situados en el Consejo de Castilla.

Tal cariz tomaron las cosas, que Francisco de Borja tuvo que empuñar de nuevo la pluma:

> *«Bien creo ha sido muy gran parte para el bien de esta tierra la provisión que se hizo en prenderle, porque según la gente estaba escandalizada de ver que sus criados acuchillaban los hombres en pública plaza, y después los*

llevaba consigo impidiendo a los oficiales que los prendiesen, no se pudieran excusar uno de dos inconvenientes: o que el pueblo se levantara contra mí, pues no se hacía justicia en semejantes cosas; o que se levantara contra el conde, haciendo lo que yo había de hacer, porque comprendía de hacer cosas no debidas sino muy excusadas.»

El virrey recordaba una vez más que no actuaba movido de pasión, sino para defender la preeminencia real, y acababa pidiendo que no se desautorizara a los oficiales, explicándole cómo la gente no estaba acostumbrada en aquellas tierras a que se hiciera justicia, pues «en esta tierra hacen más con el palo que con el pan».

Para don Francisco de los Cobos, el asunto era una auténtica patata caliente. El Consejo de Aragón, sin desautorizarle, llegó a pedir al virrey: «Os rogamos y encargamos evitéis todo lo que pudiereis semejantes cosas». Borja cuenta cómo el inquisidor le había pedido que el conde de Módica pudiera salir de Barcelona a visitar sus tierras. En otra carta confiesa al secretario real que «para satisfacer sólo a su carta es bien que sepa que soy tan enemigo de negocios de esta calidad, que vengo a pensar que mis pecados me traen estas cosas entre las manos, porque son las que tengo más aborrecidas, como creo que lo habrá visto vuestra señoría en estos años en esta corte. Y, si entonces era ello así, mire vuestra señoría qué debe ser ahora, pues no es otra cosa mi oficio, sino quitar pasiones y enojos y cizañas».

En dos palabras, el conde de Módica no sólo tenía excelentes valedores en la corte, sino que llegó a recurrir al emperador en persona. Carlos V alabó la conducta del virrey, pero le vino a decir que dejara en paz al conde. Mi padre obedeció, pero, a fin de cuentas, al de Módica aquel recurso no le sirvió de nada, pues acabó por caer en desgracia y ser desterrado de Cataluña.

Entonces Borja, como buen caballero que era, fue el primero en abogar a favor del empecinado conde y conseguir el perdón del emperador. Así se lo agradecía a Carlos V: «He sabido que Vuestra Majestad se ha dignado perdonar al conde. Los marqueses y yo hemos quedado enternecidos. Este perdón es uno de los favores más grandes que hemos recibido de Vuestra Majestad».

Cobos había insistido mucho en que el virrey debía ganarse a la gente, a lo que contestó a vuelta de correo: «Tengo sacada una experiencia en

esto de las voluntades, y es que los caballeros que he tenido presos son ahora los que más voluntad me muestran, como son don Bernart y mosén San Clemente y otros. Y el barón Roca, a quien yo conocía antes, ha venido muchas veces a mi casa después que le tuve preso, y ha sido mi convidado y lo es siempre que él quiere».

En estas letras y en su firme trazo adivino el buen pulso y la voluntad decidida de mi padre —desde luego, como buen Borja, un tanto duro de cabeza—, su honestidad incorruptible y una postura que iba por encima de la acepción de personas. ¡Qué rara especie en las cortes que mi oficio de embajador me ha obligado a recorrer!

Al final de mis apuntes sobre este episodio he dibujado una cesta cargada de grandes piedras junto a la máxima latina *Honos et honus*, pues, cuanto mayor fuere el cargo, el oficio o dignidad que uno alcanzare en esta vida, tanto será mayor la carga y pesadumbre. Esto lo he visto incluso en caso de grandes reyes y personalidades que me he visto obligado a tratar: honor y peso, poder y desencanto, fama y lágrimas suelen ir de la mano. Mi padre tenía un fuerte contrapeso: su silencio interior, sus charlas con el sencillo y misterioso fray Juan mientras revisaba las obras de la Marina y perdía sus ojos en el mismo mar que le acercaba a su natal Gandía.

Otras veces esta curiosa pareja de fraile y virrey iban juntos a ver amarillear las cosechas.

—«Si el grano de trigo no cae en la tierra y se pudre, no lleva fruto» —recordó el Evangelio con su voz apagada de tordo campesino fray Juan, comentando los recientes acontecimientos.

—¡Y al final el viento se lleva sólo la paja inútil sin necesidad de rastrillo! —replicó Borja, que acababa de desahogarse con el lego franciscano de sus penas, dimes y diretes con el conde de Módica y otros cortesanos.

—Parece que este año la cosecha será algo mejor.

—Recuerdo que nada más entrar en Cataluña el emperador me advertía sobre la necesidad de que estas tierras resecas padecen, por su escasez de grano, ordio y avena. ¡Tuvimos que traer trigo del Rosellón y de Urgel! Este año nos hemos visto obligados a importarlo desde La Mancha, e incluso de Francia. Menos mal que el vino y la fruta nos compensan de alguna manera.

Fray Juan sonrió, se inclinó y tomó una espiga.

—Daréis al mundo un trigo mejor que el de vuestros campos, señor, yo os lo aseguro.

A Borja aquellas frases enigmáticas de fray Juan le fascinaban y le dejaban perplejo al mismo tiempo. ¿Qué sabría de su futuro aquel fraile místico y vidente? Al menos le confortaba estar convencido de que el lego era un pozo sin fondo donde arrojar sus preocupaciones del gobierno, quizás porque andaba ya en otro mundo, al que a ratos hubiera querido escapar. ¡Qué vana ilusión! ¡No sabía que, por muchas renuncias que haga uno, nunca puede hurtarse la realidad de este mundo, que llevamos siempre con nosotros, si no es por el definitivo viaje de la muerte!

Encendidos de sudor bajo el sol pegajoso del verano, ambos cabalgantes volvieron a casa al atardecer. Un correo esperaba inquieto en el patio la llegada del virrey.

—Del capitán general del Rosellón, don Juan de Acuña, para vos, mi señor —dijo el emisario tendiéndole un pliego.

Borja lo abrió allí mismo. La carta anunciaba con suma urgencia que Francia se estaba preparando para la guerra. Pese a la aparente luna de miel del emperador con Francisco I, que le había invitado a cruzar Francia y alcanzar los Países Bajos para sofocar la rebelión de Gante, un incidente dio al traste con aquella paz prendida con alfileres. Aquel mismo mes de junio los soldados imperiales habían dado muerte nada menos que a dos emisarios del rey de Francia, el español Antonio Rincón y el italiano Antonio Fragoso, que iban de camino para tratar con Solimán el Magnífico. Francisco I montó en cólera y reaccionó enseguida. En respuesta mandó detener, a su paso por Francia, nada menos que al arzobispo de Valencia, Jorge de Austria, hijo natural de Maximiliano I.

El virrey subió en dos zancadas a su despacho y se apresuró a escribir a Cobos urgiéndole el envío de tropas a Perpiñán, sobre todo de caballería. Temía que los franceses, sabedores de que el emperador preparaba una gran armada, pensasen que iba a atacar Marsella u otro punto de la costa y que, en contrapartida, invadiesen el Rosellón, «viéndose poderosos y a nosotros desproveídos». En septiembre volvió a escribir para advertir a Madrid que «siempre la cosa va creciendo, digo en apercibimientos y número de gentes de guerra». Creía que entre Narbona y Aiguesmontes tenían los franceses unos veinte mil soldados y cerca de tres mil entre Narbona y Leucata.

Carlos V, que acababa de celebrar la Dieta de Ratisbona y se encontraba en Lucca entrevistándose con el Papa, envió a mi padre días después una carta expresándole que su deseo era mantener el acuerdo con Francia, pero advirtiéndole también que, dado que en Perpiñán y Fuenterrabía crecían los preparativos bélicos, estuviese alerta. Mandaba además al capitán Juan de Acuña que «tenga buenos espías en Francia, para saber lo que se hace». Borja seguía con mucho interés el encuentro con el Papa, quería estar informado y rezaba por esa cumbre.

Fue un verano caliente para el emperador el del año 1541, en el que una vez más se enfrentaba con sus tres seculares enemigos de siempre: Francisco I, Lutero y Solimán, tres gigantes que no conseguía derrocar, pese a su espíritu soñador y su arrojo de buen caballero andante. De la Dieta de Ratisbona sacó la consecuencia de que la escisión de la cristiandad era imparable y sólo le quedaba presionar al Papa en su entrevista para que convocara un concilio. El francés seguía ahí, pertrechándose en la frontera. Y el turco se había hecho con la ciudad de Buda, transformando en un santiamén la capital de Hungría en musulmana.

El emperador tomó entonces una decisión sorprendente. Pasar de la defensiva a la ofensiva, pues se había echado encima Khair-ed-Din, para entendernos, el pirata Barbarroja, y sembraba el terror en el Mediterráneo, convertido en almirante de la poderosa armada turca y estableciendo connivencias con los puertos y marinos franceses. Argel era un nido de corsarios que tenía aterrorizado al Levante español, entre ellos, como he contado, a mi abuelo, que no cesaba de fortificar Gandía, por si acaso. Era, además, una deuda con el amor de su vida, Isabel, la emperatriz, que se lo había rogado mil veces.

No lo dudó. Con sus viejos tercios, un nutrido grupo de alemanes y cinco mil italianos, el duque de Alba y el célebre Hernán Cortés, se embarcó en La Spezzia y enfiló las proas de sus galeras a Palma de Mallorca. Allí esperaba al resto de la flota a mediados de octubre, antes de zarpar rumbo al sur, a la norteafricana plaza de Argel.

Entre aquellas naves navegaban dos fletadas por mi abuelo, don Juan, el duque de Gandía. Sentado en el puente de la nao capitana, la brisa fresca meneaba la pluma de la gorra del emperador, que daba lectura a una carta de Francisco de Borja, quien una vez más se vio obligado a renunciar

al ensueño que para todo caballero suponía entrar en batalla en pro de la cristiandad.

> *«Estamos la marquesa y yo con el regocijo que puede pensar por las nuevas que con este correo habemos sabido de la embarcación de Su Majestad, la cual Nuestro Señor encamine de su mano, de manera que los santos propósitos que Su Majestad tiene hagan el efecto que habemos menester.»*

El emperador miró al horizonte. Respiró el aire limpio del mar. Ansiaba derrocar al turco.

> *«Estoy muy contento que el duque, mi señor y padre, va servir a Su Majestad en esta jornada, como creo que le habrá escrito y, según tengo entendido, a estas horas ya estará entendiendo para embarcarse para Mallorca, porque tiene fletadas dos naos y otras dos fustas de remos, y lleva en su compañía muchos caballeros de aquel reino. Dios sabe la envidia que le tengo por no pode hacer otro tanto.»*

Mi padre se había encargado de ordenar la instalación de tiendas para el emperador en Mallorca. Le mandó también numerosas tinajas de vino y otros alimentos, cuanto pudo, dada la escasez de trigo en Cataluña: «Trigo ni harinas no irán, porque no los tenemos».

Los mallorquines agitaron sus pañuelos en medio de un dulce y perfumado atardecer para decir adiós a aquella flota de doscientas naves con veinte mil infantes y dos mil jinetes al mando de Doria, en la que todo el imperio había puesto sus esperanzas. El 19 de octubre, con buen viento, la armada imperial columbraba las temidas costas de Berbería.

Pero, de pronto, a la vista de la ciudad, el viento se mudó y en el que hacía sólo un minuto era un tranquilo mar Mediterráneo se levantó tal tempestad que la armada tuvo que dispersarse y encontrar abrigo en el cabo de Matafú. ¿Olvidó el emperador que su éxito sobre Túnez lo consiguió en pleno verano? Hasta el 23 no pudo hacerse el desembarco. Tras intentar negociar inútilmente la rendición con Barbarroja y tomar unos cerros que dominaban la ciudad, ordenó que se emplazasen las baterías para ordenar el asalto final. Pero de nuevo hicieron su aparición los elementos. Un huracán furioso, seguido de granizo y lluvia torrencial,

arremetió con las tiendas y cañones. Los soldados intentaban, sin resuello, rescatarlos del fango. La tormenta, que duró toda una tarde y una noche, dejó tendido en el suelo a todo un ejército, agotado ya por la previa lucha en el mar contra la galerna. Una ocasión que aprovechó enseguida el turco, que, con tropas frescas, deshizo sin esfuerzo la resistencia de las compañías de italianos. Para colmo de males, una nueva tormenta se abatió en aquel momento sobre el mar, destrozó los cabos y arrastró las anclas. Las mojadas armas de fuego no respondían y el mismo emperador se defendía a cuerpo, espada en mano. En medio del mar revuelto y bajo un cielo de plomo, unas galeras chocaban contra otras, inutilizándose víveres y cañones. De los marinos, unos morían ahogados, otros caían en manos de los moros al intentar alcanzar nadando la costa.

Sólo un par de días después pudo reagruparse la diezmada flota. Carlos V no cesaba de repetir:

—*¡Fiat voluntas tua!*

La frase del padrenuestro le aquietaba en su indignación. Aunque Hernán Cortés intentó convencerle de que aún era posible un ataque sobre Argel, el césar ordenó la retirada.

Las tristes nuevas llegaron de seguida por vía marítima a Barcelona.

«Después de la partida de Su Majestad de Mallorca aquí han venido tan diferentes nuevas, que no sé a cuál de ella me arrimaré.»

Pensó mi padre en un primer momento que era sólo la primera parte de la batalla y que la flota imperial se preparaba para contraatacar, y transmitía su pena por «la fortuna que pasó la armada de Vuestra Majestad sobre Argel y cómo la necesidad de las vituallas fue la causa de suspender la empresa para la primavera».

En aquella carta se veía hasta qué punto admiraba a su amigo el emperador por «dejar poner su imperial persona en esta santa jornada, pues todo lo que humanamente se podía hacer se puso en ejecución». Y, como buen cristiano, veía de forma providencialista lo ocurrido, ya que «podría ser que lo hubiese permitido porque de esto salga tal enmienda en nuestras vidas, que merezcamos ser oídos cuando le pidiéramos a Dios las victorias de Vuestra Majestad».

Pronto atracó en Barcelona la primera nao desarbolada, que traía nuevas de Argel. Aún me parece estar viendo, a la luz de la gran chimenea de

nuestra casa, a aquel barbudo rostro marinero que contó con todo lujo de detalle el relato de nuestro fracaso ante el turco o, por mejor decir, ante los elementos naturales.

El virrey dio orden de que se talaran pinos y se preparan vituallas para enviar rápidamente en bergantines a los derrotados con el fin de reparar las fuerzas y las galeras. El incienso y el canto del *Te Deum* llenaban las iglesias dando gracias porque el emperador hubiera salvado la vida:

«*Deu, per sa pietat lo guie amb bon temps en España. Amén*».[10]

Mientras, Borja escribía una y otra vez al César:

> «*Quedamos todos muy esclavos de Vuestra Majestad y movidos para ahora más que nunca servir con nuestras personas, empleando nuestras vidas y haciendas en real servicio, y damos gracias a Dios por haber guardado su imperial persona, con la cual, aunque la pérdida de la armada fue grande, se nos hiciera muy pequeña, cuanto más no habiendo sido sino de navíos y de madera, de la cual tiene Vuestra Majestad tan buen recado en este principado, que él sólo basta a aprovechar otras veinte armadas; y así tengo proveído en hacer derribar algunos robles y pinos para que haga diligencia cuando Vuestra Majestad diere la orden.*»

Carlos V respondió con una carta autógrafa de agradecimiento, que mi padre leyó muy satisfecho en familia e hizo pública en todo el principado, mientras una procesión de acción de gracias, porque el emperador siguiera con vida, recorría las calles de Barcelona.

La noticia estremeció a toda la cristiandad, pues afianzaba claramente la situación de la media luna. Es fácil imaginar que el que más se alegró de la derrota fuera Francisco I, que ya estaba embravecido con la muerte de sus emisarios. Aprovechó la coyuntura para estrechar lazos con Solimán, preparar sus ejércitos y declarar de nuevo la guerra a su gran opositor.

El césar tocó con sus galeras Ibiza y luego, tras desembarcar en Cartagena, se dirigió a Ocaña a encontrarse con sus hijos, el príncipe Felipe y

10. Que Dios, por su piedad, le conduzca a España con buen tiempo.

los infantes. Juntos fueron a Valladolid. El emperador estaba preocupado por la educación de su heredero y allí concertó dos matrimonios: el de su hijo con la infanta doña María de Portugal, y el del príncipe Juan, también del vecino país, con la infanta doña Juana, su segunda hija. Por primera vez el dolor agarrotaba todos los miembros del césar. Así, enfermo, celebró las Cortes de Valladolid, y aun indispuesto, se dirigió a Monzón para asistir a las Cortes de este lugar.

Carlos iba triste, no sólo por la derrota de Argel, ni por las amenazas de los franceses, sino porque, como él mismo reconoce en su diario, España sin Isabel ya no era para él la misma España.

Francisco I, en cambio, pensó que la coyuntura era excelente para atacar por sorpresa las posiciones imperiales en la frontera. Luxemburgo, el Rosellón, el Brabante, los Países Bajos y el Piamonte ven avanzar cinco grandes ejércitos franceses contra sus murallas, donde corrió la sangre en medio de fuertes refriegas. Pero a las puertas de Rosellón, el francés sufre una importante derrota ante las tropas del duque de Alba, y gracias a las fortificaciones del virrey Francisco de Borja.

La noticia, en medio del ambiente depresivo de los últimos meses, llegó como agua de mayo a las Cortes de Monzón. A la sombra del viejo castillo moro, encaramado en la encrespada montaña que preside la villa o bajo las umbrosas bóvedas románicas de la colegiata, los dos amigos volvieron a encontrarse.

Mi padre encontró al emperador muy envejecido y torpe. Una nube de tristeza empañaba además su mirada, a veces perdida y lejana. Carlos encontró a Borja más pálido y tan delgado, que no parecía él. Se miraron y sonrieron como intentado recuperar un tiempo perdido, cuando las risas de Isabel, la música de los bailes y la emoción de las cacerías colmaban de juventud y vida los palacios y jardines de Madrid y Toledo.

—¿Habéis traído a vuestra esposa, Francisco?

—No, Majestad, se ha quedado con nuestros hijos en Barcelona.

—Pues mandadla llamar, marqués.

La sola presencia de doña Leonor, la antigua dama predilecta y amiga de infancia de la emperatriz, le alegraba la vista. Doña Leonor fue a Monzón y pudo ver cómo el emperador presentaba a las Cortes al príncipe Felipe, como había hecho ante las de Castilla, y hacía ante ellas su

juramento. El césar obsequió tanto a mi madre aquellos días que algunos pensaban que le daba rango de princesa.

—Os agradezco mucho, Leonor, como hice ya en la carta que os dirigí personalmente desde Mallorca, los regalos que de vuestras manos me hicisteis llegar para la jornada de Argel.

Pero no todos veían con buenos ojos tanta predilección. Un día la esposa del secretario, don Francisco de Cobos, que metía su afilada nariz en todos los asuntos, le espetó a mi madre:

—Doña Leonor, ¿no creéis que vais demasiado llanamente vestida para vuestro rango de virreina?

—¿Y cómo quiere vuestra señoría que vaya? ¿Habéis visto a mi marido? ¿Conocéis sus secretas penitencias? A veces pienso que me he casado más con un monje que con un marqués.

Los virreyes pretendían hospedarse en el monasterio de San Francisco, pero lo había pedido antes su tío Fernando de Aragón, arzobispo de Zaragoza. Al final encontró otro aposento para él y para su padre, don Juan, el duque de Gandía, que también participó en aquellas Cortes, aunque a regañadientes.

—Me disgusta tener que irme a Monzón ahora y con los moros en casa —había dicho refunfuñado.

Aunque escribió a todo el mundo para prepararse: a sus hijos, a su amigo el vizconde Évol, que se ocupaba de la educación de mis tíos Felipe y Leonor. ¡Que actividad la de mi abuelo! Aún tenía tiempo para hacerles llegar libros de Esopo en latín y de Bocaccio en toscano. Estaba muy preocupado porque los moros consiguieron llevarse mesnadas de veinte moriscos.

—He de poner mis barbas a remojar, porque hasta ahora sólo me han quitado un morisco —decía riendo.

Los diputados aprobaron un «servicio» al rey más abundante que lo acostumbrado, pues el emperador consiguió doscientas cincuenta mil libras limpias. Las Cortes de Aragón afrontaron, además, como de costumbre, los asuntos de gobierno. En los escaños, mi padre observaba los rostros tensos de algunos diputados que no habían olvidado lo que consideraban afrentas contra su orgullo.

—Los bandoleros siguen asolando las tierras del principado —dijo uno.

—Hay que poner remedio a tantos desmanes.

El virrey explicó los cambios que se habían operado, aunque reconoció que faltaban medios jurídicos y económicos para erradicar el mal. Las Cortes decidieron aprobar una pragmática «contra los delados, ladrones y otros malhechores». La orden especial del emperador, aprobada el 5 de octubre, encargaba al virrey y demás autoridades que vigilasen particularmente la entrada de malhechores y bandoleros en el Valle de Arán para tranquilidad de sus habitantes.

Luego se levantó micer Jerónimo Soler, abogado de la Generalidad.

Todos los ojos estaban pendientes de su intervención:

—*Reverendísims, Ilustrisims, espectables nobles, magnífics, honorables i de gran providencia* señores: por cuanto el ilustre don Francisco de Borja, marqués de Llombay, virrey de su majestad en este principado, ha causado prejuicios y agravios a la Generalidad de Cataluña...

Los agravios no eran otros que los puntos de honor que hemos relatado. La crónica de las Cortes se limita a añadir que el abogado Soler expuso «muchos agravios», pero no cita ninguno. A fin de cuentas, Borja fue confirmado en su cargo para el que él había siempre deseado «hacer cuanto pueda en beneficio de Cataluña».

Sólo restaba al emperador realizar un viaje por la Corona de Aragón para presentar a su hijo en Zaragoza, Barcelona y Valencia y, de camino, prepararse para la guerra que se avecinaba.

Mi padre tuvo que jurar de nuevo su cargo y obligación de respetar los fueros, pues la presencia del soberano había interrumpido la autoridad del virrey. Pero quiso revestir este acto de la mayor sencillez. A pie y escoltado sólo por dos *consellers*, entró esta vez en la Seo el 2 de diciembre, y, dos días después, el Consejo le devolvió la visita recomendándole la correcta administración de justicia.

Las Cortes de Monzón marcaron una frontera en su virreinato. Siempre me he preguntado de qué conversarían Borja y el emperador en sus paseos al atardecer por las almenas del castillo. Algunos dicen que charlaron de un íntimo y secreto deseo: abandonar pronto las cuitas del poder y disfrutar del silencio que ambos añoraban.

Mi padre se encontró en Barcelona con que, en su ausencia, el duque de Alba había estado examinando cuáles eran los medios de defensa de Barcelona y había dejado una memoria de los trabajos que había que em-

prender. Por su parte, Carlos V se regocijaba en Valencia con tales festejos y justas que no indicaban precisamente amor al retiro y el recogimiento. La vida seguía y Carlos, pese a su tristeza, no era precisamente insensible al encanto de las bellas mujeres.

Imperante sibi, escribí en mi cuaderno bajo el dibujo de la corona imperial. Grande es el deseo que los hombres tienen de mandar y gobernar, y a trueque de ser con eso, no hay cosa que no se intente, ni hay ley divina ni humana que no se rompa. Pero no hay reino ni señorío como el de saber cada uno gobernarse a sí mismo, sujetándose a la ley de la razón, que sólo es rey quien sabe serlo ante su propio yo.

9

Ilustre primo

¿Cuál de las dos era más hermosa? ¿La duquesa de Calabria o la duquesa de Segorbe? El emperador miraba a una y otra con su peculiar labio inferior entreabierto y no acertaba a dar un veredicto, mientras unas perdices estofadas reclamaban con olor a tomillo la atención de sus imperiales narices, sin que por nada del mundo en aquellos momentos quisiera pensar en su gota. Por mucho que se comentara en la corte sobre sus momentos depresivos, cuando los clarines tocaban a fiesta, su sangre borgoñona renacía de nuevo junto a las apremiantes ganas de participar en justas, cortejar damas o alancear toros.

Mi abuelo lo sabía muy bien. De modo que, cuando el césar arribó con el príncipe a Valencia el 4 de diciembre de aquel accidentado año de 1542, supo que se acercaba quizás la mejor oportunidad de su vida. Había preparado hospedaje para un numeroso séquito en el que no faltaban personalidades de la categoría del hierático cardenal Tavera, el sagaz secretario Francisco de los Cobos, el escurridizo Idiáquez y, en fin, don Hernando de Rojas, don Enrique de Toledo, don Hernando de Aragón...

El palacio real de Valencia relucía como un diamante a la luz levantina. Cientos de criados, bufones y palafreneros iban de aquí para allá ocupándose de los últimos detalles. El emperador no paraba de la mañana a la noche, no contento de triunfar en torneos, bailes, fiestas nocturnas al son de vihuelas y al llamear de las antorchas, trofeos de habilidad y cañas. Parecía rejuvenecerse y no acordarse por unos días de los importantes asuntos de Estado que le solicitaban desde toda Europa.

—¿Quién pensáis que vencerá con sus artes de seducción, la de Calabria o la de Segorbe? —cuchicheaban entre risitas cómplices al empolvado oído las damas valencianas de pintado rostro y opulento pecho.

—Esta noche creo le toca a la duquesa de Calabria, la mujer del virrey don Hernando de Aragón, que ha vuelto a animarse desde que Dios se llevó a otro mundo a doña Germana. Como el emperador es tan buen cristiano, creo que lo primero que harán todos es rezar vísperas en la capilla de la Inmaculada que tiene la duquesa en su palacio. Aunque luego, no lo dudéis, acabará asomándose descaradamente a su generoso escote. ¡Como si no lo conociéramos! Dicen que ha invitado a la fiesta a sesenta damas.

El opíparo banquete se prolongó hasta media noche. Al día siguiente, don Carlos ganó el premio en una carrera de cintas, pese a su gota y sus cuarenta y tres años bien trabajados. Por la noche volvió al ataque; le correspondió el turno a la duquesa de Segorbe, cuyo perfil de virgen pálida de Boticelli tenía embelesado al monarca. Esta gentil señora consiguió reunir más damas que su competidora, hasta ochenta señoras. Con ella, «cuentan las crónicas», estuvo más de tres horas solazándose aquella tibia noche valenciana.

Al día siguiente se fue a cazar a la Albufera, y, tres días después, participó en otro baile organizado por la duquesa de Calabria. El penúltimo día de su estancia en Valencia aún tuvo humor para entretenerse con una animada corrida de toros. La última noche fue a despedirse de esta última sutil duquesa, que, al final, tengo para mí que fue la que se llevó el gato al agua. Además, su majestad encontró tiempo para, antes de partir, inspeccionar las fortificaciones de la villa de Burriana

Mi abuelo, que no perdió ripio de la imperial visita, comentaba:

—¡Cuán galán ha andado y cuánto ha favorecido a las damas de esta ciudad! Creo que las fiestas nocturnas, los banquetes y los amores desconcertaron algo a nuestro césar. ¿No lo visteis? Plegue a Dios que no suceda lo que dice el sabio: *Extrema gaudii luctus ocupat*[11]. ¡Cuánto tiempo perdido para tratar graves asuntos pendientes del reino!

Así se lo escribiría al vizconde de Évol, aunque el duque de Gandía estaba contento de esta visita. Mientras de esta guisa el emperador cortejaba y festejaba por doquier, don Juan de Borja aprovechaba las noches para entrevistarse con Cobos e Idiáquez e intentar sacar tajada. Trató con

11. A los mayores goces, grandes llantos suceden.

estos hombres influyentes el espinoso asunto de desarmar a los moriscos y unas prebendas episcopales que le traían loco, así como una serie de favores para sus muchos hijos. Decía muy orondo:

—Su Majestad me ha hablado muy bien, y me ha hecho merced, que no ha habido puerta cerrada para mí, hasta sus retretes. Incluso me pidió opinión en lo de la fortaleza de Perpiñán, cuando estuvimos allí el duque de Alba y yo con sus ingenieros.

A decir verdad, mi abuelo se sentía en su mejor momento, sin olvidar que su creciente influjo en gran medida se debía a mi madre, doña Leonor, que, como portuguesa, tenía mucha entrada con Cobos a través de don Juan de Rojas.

—¡Don Juan de Rojas ha sido mi espía! —confiaba el duque sin ningún rebozo al conde de Évol.

A todo esto, mi padre se apresuraba a cumplir los encargos del duque de Alba, que eran armar galeras y terminar cuanto antes las fortificaciones de Barcelona y Tarragona, por si asomaba la nariz el turco o el francés. Impaciente como de costumbre, entre andamios y canteros vigilaba personalmente las obras. El pueblo tarraconense colaboró desde el principio. Pero en Barcelona las cosas iban a peor.

—¿Aún no han cavado esos fosos? ¡Esos terraplenes siguen sin llenarse y esas cortinas aún están sin edificar! ¿A qué espera el Consejo para aflojar la bolsa?

—Los *consellers*, señor...

—Siempre los *consellers*. ¡Que dividan a esos obreros en grupos de cincuenta y que den premios en metálico a los que acaben antes el trozo de muralla que tienen encomendado! Si llego a fortificar la ciudad como yo pretendo, ni treinta galeras podrán ponerla en peligro. ¡El problema es que no consigo cubrir gastos!

El Consejo se retrasaba adrede en sus decisiones y los problemas económicos se multiplicaban día a día. Se apresuró a informar a Cobos del «descuido con que estos *consellers* tratan este negocio de la fortificación de esta ciudad». Por lo visto hicieron correr que dichas construcciones eran más deseo de Borja que mandato del emperador. Así que el virrey escribió una y otra vez cartas quejándose de la falta de colaboración de los *consellers*, a los que hizo llamar a pesar de estar enfermo en cama durante la Pascua.

He de reconocer que todos estos hechos marcaban a mi padre, que estaba experimentando una considerable evolución interior. El poder emborracha a los vanidosos, pero desengaña a los reflexivos. Uno ve cómo crece el corro de amigos con sus caretas y sonrisas de aduladores en torno a sí, mientras al mismo tiempo aumenta la soledad y distancia de todas las cosas. El virrey había encontrado un refugio en fray Juan, el lego franciscano que le acompañaba a todas partes como una sombra mística y con el que conversaba de temas espirituales.

En una ocasión, creo que fue en el mes de marzo, días antes de los acontecimientos que acabo de narrar, se presentó el frailecillo:

—¿Seguís interesado en conocer a los jesuitas, la nueva orden fundada por el maestro Ignacio de Loyola?

—¿Ese gentilhombre convertido en soldado de Cristo? Hace dos años que arribó a este puerto procedente de Roma un enviado suyo, el padre Araoz, su pariente, camino de Guipúzcoa, y aunque no pude saludarle personalmente, aún se habla de sus sermones en la ciudad. Estando en Monzón escribí al padre Ignacio pidiéndole que Araoz se quedara a predicar en Cataluña, que tanto lo necesita en estos tiempos. Pero no fue posible.

—¿Sabéis, excelencia? No llevan hábito esos jesuitas, sino una simple sotana negra y algunos discuten el hecho de que los miembros de esa incipiente orden de clérigos regulares no estén obligados al coro.

—Sí, recuerdo que, aún niño, cuando me encontraba en el castillo de Tordesillas, en la corte de doña Juana, oí hablar del tal Íñigo de Loyola, que se había educado en la cercana Arévalo, en casa del contador mayor del reino, don Juan Velázquez de Cuéllar, cuya esposa por cierto quería mucho a la infanta doña Catalina. Es más, cuentan que esta alta dama, actual reina madre de Portugal y buena amiga mía de los tiempos en que fui uno de sus meninos, era la señora de sus sueños caballerescos cuando no pasaba de ser un orgulloso gentilhombre deseoso de gloria y conquistas. ¡Una herida en la defensa de Pamplona le ayudó a reflexionar y dejarlo todo para convertirse en pobre peregrino y caballero de Cristo! Todavía recuerdan muchos aquí su paso por Barcelona, pues le veían rezar con gran devoción en Santa María del Mar, mendigar por las calles y estudiar latín entre muchachos.

Fray Juan se impacientaba por contar algo.

—Ya, ya. Me preguntaréis, pues, por qué saco esta conversación. Pues resulta que, según me han dicho, mañana llega a Barcelona un sacerdote, llamado Pedro Fabro, que es uno de los primeros compañeros con los que Loyola ha fundado esa nueva Compañía de Jesús, que acaba de ser aprobada por el sumo pontífice.

—¿Sí? Eso me interesa. Tenedme al corriente, fray Juan, y preparadlo todo para que este sacerdote de la Compañía se albergue en palacio cuando llegue —dijo el virrey, a quien en ese momento dos ingenieros esperaban en la puerta para que revisara nuevos planos de fortificaciones.

Con el crepúsculo a la espalda, a pie, y con un zurrón por todo equipaje, llegó Fabro a Cataluña procedente de tierras de Castilla. De barba y cabello rubio, aquel saboyano, nacido en Villaret, conservaba en sus pupilas algo de la paz encumbrada de los Alpes que contempló de niño, mientras pastoreaba rebaños en la soledad de los campos. Pese a venir cansado del viaje, buscó una iglesia donde predicar al día siguiente.

Por casualidad, doña Leonor, mi madre, escuchó su sermón y fue a contárselo admirada al virrey. Borja sospechó que el predicador era el jesuita esperado y mandó a buscarlo por toda la ciudad. Los criados le encontraron en la plaza repartiendo entre los pobres lo que para ellos había mendigado de puerta en puerta.

—Padre: el virrey os invita a residir en su palacio.

—¡Oh! Agradecedle de mi parte tanta generosidad, pero no iré, que yo, como solía hacer el padre maestro Ignacio en sus tiempos de peregrino, me suelo hospedar en el hospital de pobres de la ciudad.

—Haced lo que os plazca, padre, pero mi señor me ordena que no vuelva sin vos.

Aquella tarde, cuando en la puerta de su despacho se dibujó la silueta leve del bondadoso Fabro, creo que nada más verle mi padre se sintió comprendido. Pedro tenía ese doble carisma del que había oído hablar y que caracterizaba a los miembros de la naciente orden: un hombre de Dios, pero con los pies en el suelo, un universitario que predicaba por las calles y no quería más honor que seguir de cerca a Jesucristo. A mi padre, un espíritu refinado, que sabía por entonces encontrar tiempo para escribir y componer música, le fascinaba aquella rara capacidad de conjugar virtud con letras.

—Decidme, vos que lo conocéis de cerca, ¿cómo es realmente ese Íñigo de Loyola? ¿Dónde está su atractivo para que hiciera estragos en París y ahora en Roma? Yo sólo lo vi de refilón en Alcalá, cuando lo llevaban preso hace años...

—¿Cómo describirlo? Quizás como un vasco que seduce por su fuerza interior y una luz que desprende su rostro y penetrante mirada. Cuando lo conocí de estudiante en París me cautivó nada más verle. En cambio, Francisco de Javier, un orgulloso atleta navarro con quien compartía habitación, al principio no lo soportaba. Quizás porque era del partido oñacino y defendió Pamplona de los franceses entre los que luchaban hermanos de Javier. Pero no sé qué hizo Íñigo que acabó rindiéndolo también para su causa.

Borja, como en una nube ausente de todo, disfrutaba con estos relatos y sentía arder su corazón. Preguntaba sin cesar mil detalles a aquel sacerdote de barba blanca, tan sencillo y tranquilo que parecía tratar al virrey como a una de las ovejas que pastoreó de joven.

—Pero decidme, ¿cuál es su doctrina, padre Fabro? ¿En qué consiste su mensaje espiritual para que tanto seduzca?

—No es otro que seguir a Jesús. Sólo que él, estando aquí cerca, en una cueva de Manresa, recibió de Dios los ejercicios espirituales, que es un método para alcanzar en el silencio del retiro la voluntad de Dios y emplearse en su servicio ordenando la vida hacia el último fin para que el hombre ha sido creado. Los ejercicios producen una revolución interior.

Las horas se hicieron cortas y Francisco quiso que Fabro compartiera mesa con nuestra familia aquella noche. A mí, Pedro Fabro me recordaba a esos leñadores que cuentan historias a la luz de la lumbre en los refugios de alta montaña. Sé que al día siguiente mi padre le interrogó sobre un tema que traía en ascuas a la ciudad.

Hoy, muy poco a poco se va imponiendo la costumbre de comulgar con cierta frecuencia. Pero entonces no era así, los fieles se acercaban al comulgatorio de tarde en tarde, incluso una o dos veces al año. Mi padre, que, como he dicho, era muy devoto, empezó la costumbre de ir a comulgar cada domingo y fiestas de guardar a la Seo. Aquello despertó una oleada de comentarios en la calle. Los murmullos se convirtieron en abierta polémica. Un fraile se permitió poner indirectamente como modelo

desde el púlpito esta conducta del virrey. Otro, desde distinto convento, se atrevió a contestarla. Vociferaba que aquello era un abuso de los sacramentos, y más en un hombre tan ocupado en negocios del mundo, en las fiestas cortesanas y, para colmo, casado, que es un «estado imperfecto». Sólo los religiosos y célibes podían acercarse con frecuencia a la eucaristía. La ciudad se dividió entre ambas tesis, que llegaron a aparecer reflejadas en sendos bandos escritos.

A Borja le desazonaba esta controversia, pues le tenía como punto de mira. ¿Qué hacer? Fray Juan solía consolarle con sus visiones místicas, pero no era teólogo. Ahora, con Pedro Fabro allí delante, vio el cielo abierto. El jesuita le dijo sin rodeos:

—Vos tenéis la razón, puesto que es una gracia grande acercarse con frecuencia a los sacramentos, que también es viático y medicina para el pecador. Pero, teniendo en cuenta lo delicado del tema, ¿por qué no escribís personalmente al padre Ignacio en Roma? Él os aconsejará, que es un gran maestro de ánimas y en discernir espíritus.

La respuesta prudente de Ignacio supeditaba la frecuencia en comulgar a la disposición del ánima: intención recta, el consejo del confesor y el propio aprovechamiento. Pero, con estas cautelas, promovía sin miedo la comunión frecuente y añadía que en su caso no dudaba de animarle a continuar haciéndolo.

Mientras tanto, los problemas en el virreinato se complicaban de día en día. La carencia de recursos económicos nos afectaba a todos incluso como familia, pero lo peor era que ralentizaba de forma exasperante la marcha de las obras.

Una soleada mañana que la brisa acariciaba con un olor fuerte a yodo y alquitrán, departía Borja en el puerto con unos armadores sobre las nuevas galeras que estaban a punto de botar, cuando apareció un servidor que acompañaba a un espigado y sudoroso caballero, mosén Caudel. Venía cabalgando sin resuello desde Gandía.

—¡Triste nueva, mi señor! Vuestro padre, don Juan de Borja, duque de Gandía, falleció cristianamente después de luchar con fuertes escalofríos y largas calenturas.

Fue como un lanzazo. La mirada de Francisco se nubló de pronto y pensó que el puerto, los andamios, galeras y albañiles daban vueltas a su derre-

dor. De nuevo la muerte. A dos semanas de haber despedido en Valencia al emperador, con cuarenta y nueve años, el duque dejaba una viuda cargada de deudas e hijos: veinte entre sus dos matrimonios. ¡Qué carácter! ¡Qué personalidad! ¡Cuánto había batallado, amado y vivido en poco tiempo! A Francisco le parecía cabalgar aún niño a su lado en sus primeras incursiones de caza, sintiendo en las sienes la brisa atardecida de Alfandech y las llanuras de Torre de Xaraco. Ahora, después de tantos trabajos para defender Gandía, tanto apagar revueltas, tanto acrecentar bienes y prebendas, situar a sus hijos, de un plumazo ya no estaba allí. ¿Qué vida es ésta que consume la belleza de una emperatriz, se lleva de pronto al amigo poeta y hace desaparecer en un instante el abrazo fuerte y protector de un padre?

De vuelta a casa, se apresuró a comunicar la noticia al emperador:

> *«Después que Vuestra Majestad se partió de Valencia y se volvió el duque, mi padre, a su casa, le vinieron unas calenturas, de las cuales, y de unos desmayos y vómitos muy grandes que le sobrevinieron, fue nuestro Señor servido de llevarle a su gloria el 9 [mi padre se equivocó en un día] del presente, y aunque murió con todos los cumplimientos de la santa madre Iglesia, déjame con la pena que es razón, por ser la pérdida tan grande. Ofrecíaseme ahora necesidad de dar una visita por aquella casa para poner en recado algunas cosas: pero, vista la falta que haría acá en el servicio de Vuestra Majestad, no oso suplicar licencia hasta que sea en tiempo en que menos falta haga.»*

Caudel le traía también otro documento, una carta en que el Jurado de Gandía, responsable del municipio, le pedía instrucciones sobre «el orden que habemos de tener en el gobierno y regimiento de dicha villa».

—Esperad un momento —le dijo Borja—, que os llevaréis enseguida mi respuesta.

El virrey contestó que comprendía las necesidades de Gandía, pero que urgentes cuestiones le impedían dejar Barcelona por el momento, en plena amenaza de los franceses, y que no iría sin facultad expresa del emperador. Mientras, delegó sus funciones en la duquesa viuda de Castro-Pinós, y más tarde, en su medio hermano Pedro Galcerón de Borja y en el vizconde de Évol.

Sólo ocho días tardó en llegar la respuesta del emperador, en la que le daba el pésame. Lo llamaba «ilustre duque primo, nuestro lugarteniente general en el principado de Cataluña». Aparte de reconocer con tal saludo la sucesión en el ducado, le decía que ya se había enterado de la muerte de su padre por otro conducto. Sobre el viaje a Gandía, le aconsejaba suspenderlo hasta marzo, en que él iría a Barcelona. Y en otra carta que llegó a Barcelona el mismo 22 de enero le advertía que estuviera muy atento a las fronteras, pues se esperaba un próximo ataque francés.

Embebido en los preparativos de defensa, no advirtió que otro correo con pluma en sombrero y colores pontificios hacía antesala.

—¡Señor, es de su santidad Paulo III! —le advirtió su secretario.

Cuando el emisario, con un rebuscado gesto italiano, le tendió la carta que ostentaba el escudo del papa Farnese, un pontífice que debía su cardenalato nada menos a su bisabuelo Rodrigo Borja, mi padre no pudo contener un temblor de emoción.

Abrió con impaciencia el pliego, que decía:

«Dilecto hijo, salud y la bendición apostólica. Mucho nos ha afligido la muerte de tu padre, Juan, de buena memoria, pues era grande el amor que le teníamos como a nieto de Alejandro VI, nuestro predecesor de feliz memoria, de quien tiene origen nuestra dignidad, y le amábamos como a varón insigne por su autoridad, piedad y virtud y por la veneración que nos profesaba. La benevolencia que hacia él teníamos, la volvemos ahora hacia ti, hacia tus hijos y hermanos...»

Aquella carta le hizo arder la sangre. Que el papa en persona se acordara de él significaba mucho para un hombre tan devoto hijo de la santa Iglesia. Nos reunió a toda la familia y nos leyó lentamente aquellos párrafos. Por entonces yo había cumplido los nueve años, edad suficiente para darme cuenta de que, por la muerte de mi abuelo, habíamos recibido el pésame de las dos personalidades más importantes del mundo de entonces: el papa y el emperador. Nuestro padre nos leyó también su encendida respuesta a Paulo III:

«Beatísimo y Santísimo Padre: aunque esta casa de vuestra beatitud no hubiera recibido otra merced de su santísima mano, sino la que ahora ha recibi-

do con su favor y consolación, nadie bastaría a servirla, cuánto más viniendo sobre tantas y tan señaladas. Sólo me queda el desear ir a besar el pie de Vuestra Santidad por mostrar en algo no ser ingrato a tantos beneficios.»

Insistía además que, doquiera se encontrase, «me tengo yo por hechura de Vuestra Santidad como el duque, mi padre».

Francisco de Borja ya era duque de Gandía, grande de España, virrey de Cataluña, primo del emperador. ¿Adónde podía subir aún en los honores de la corte? Por lo pronto, él mismo sugirió un nombre de regente para Cataluña, el sacerdote Martín Sorribes, que, aparte de bondadoso y buen administrador, como no tenía «sobrehueso de mujer e hijos», estaba más libre para seguir a la corte. Pero este cura pasó a formar parte del Consejo de Aragón. Mientras, con la ayuda de los militares Toledo y Duarte, ultimó las fortificaciones, preparó las galeras y afiló los remos para hacer frente a un inminente ataque francés. En Perpiñán se necesitaban unos dos mil hombres para defender la frontera. Se sabía que había siete mil suizos cerca de Bayona y mil quinientos gascones. Borja estaba deseoso, una vez más, de calzar la armadura, entrar en combate y repeler a los invasores, como buen virrey y valiente caballero.

¿Por qué entonces, en tan críticos momentos, Carlos V ordenó a mi padre que abandonara la ciudad? Es algo que no acabo de explicarme. ¿Acaso no creyó nunca en él como soldado? Andando el tiempo, supe que el virrey tuvo fricciones con el duque de Alba, que había de tomar el mando de la defensa de Cataluña por deseo expreso del emperador. Aunque, cuando estaba para partir, el césar dio una contraorden: que el virrey se quedara si no había ataque del enemigo.

Los clarines y tambores de guerra sonaron en el Rosellón. Por tanto, Borja debía marcharse. Frente a los que ya lo proclaman entre nosotros como un santo, sostengo que tenía sus justas ambiciones y su corazoncito de grande de España herido. ¿Abandonar el frente cuando llevaba años preparándose para este ataque? La decisión imperial le indignó sobremanera. Y así se lo confiesa a don Carlos: «Yo me parto siguiendo la orden de vuestra majestad, pues entiendo por su real carta no ser servido de mis servicios en el tiempo que ellos podrían ser aceptos, que es cuando hay necesidad y se llegan los enemigos».

En realidad, estaba hecho polvo. Una vez más, a la hora de empuñar la espada, cuando había construido y preparado un excelente plan de defensa, se le negaba la posibilidad de combatir. Está claro que en materia de guerra el césar confiaba plenamente en el duque de Alba, a costa incluso de desautorizar a su gran amigo el virrey.

Francisco retrasó algo su partida, pues llegaron noticias de que los franceses, durante una rápida incursión en el Rosellón, habían capturado algunas mujeres. Al final, y a regañadientes, dejó en aquel delicado momento Barcelona y el virreinato, sin comprender que en tan temido trance su mejor servicio era marcharse.

Ya no estaba Borja en Barcelona cuando Carlos V, después de ser acompañado de sus hijos hasta Alcalá de Henares, entró solemnemente en esta ciudad el 10 de abril tras una noche de vigilia ante su querida Virgen de Montserrat. El emperador estuvo veinte días en Cataluña antes de partir hacia Génova con intención de entrevistarse con el papa.

Camino de Gandía, lentamente, como si no quisiera abandonar del todo las tierras catalanas, y acompañado de su esposa e hijos, Borja acampaba de vez en cuando para dirigir cartas a Cobos y al emperador. Mi padre caminaba a paso de percherón con un deje de tristeza, como si pensara que el omnipotente secretario urdía algo en la sombra. No olvidaré aquel viaje que mi olfato de niño asocia con los algarrobos, limoneros y naranjos, que, junto a la recién nacida caña de azúcar importada del Nuevo Mundo, alegraban más y más el camino paralelo a la línea azul del Mediterráneo.

Ya se adivinaban en lontananza las torres de nuestro ducado. Sus sólidas murallas y fosos defendían a la sazón un perímetro cuadrangular de ochocientas brazas y por sus troneras asomaban sesenta piezas de artillería. A mis ojos infantiles, que despertaban a la patria chica, sus amplias calles y espaciosas casas, cruzadas de un pulular de hidalgos y comerciantes, se me antojaban festejadoras, como el carácter abierto de los levantinos y un sol cenital dorado derramaba un color de miel sobre todo el recinto. Gandía ya era una ciudad viva, sobre todo los sábados, cuando la plaza mayor, inundada de puestos de frutas, verduras y trata de ganado, reunía labradores y ganaderos de las ricas tierras de la comarca.

Nuestra nutrida comitiva, compuesta por mis padres, mis siete hermanos, mi tía, el capellán, el inevitable fray Juan, Jerónimo Ruiz, un criado

que queríamos mucho, pues servía de eficaz correo; y los demás guardias y sirvientes, se detuvo ante las puertas de la ciudad. Cuando éstas crujieron para recibirnos con los nobles y el clero a cruz alzada, se presentó un emisario con cartas urgentes de Madrid. Corría sonriente el mes de abril de 1543. Borja abrió con avidez la misiva. Carlos V nombraba oficialmente a los duques para un nuevo cargo: asistir al inminente matrimonio del príncipe Felipe con doña María Manuela de Portugal como mayordomo mayor y camarera mayor, respectivamente.

Mientras las fuerzas vivas de la ciudad esperaban la entrada del nuevo duque y los diáconos sudaban bajo el oro de la dalmática, Borja abrió los ojos sorprendidos al recorrer el documento de Cobos. Se trataba una vez más de un enlace de Estado con el reino vecino, que costaría complicadas negociaciones. En Portugal a la inteligente y desgraciada reina Catalina, que perdía un hijo tras otro, ya sólo le quedaban dos de los nueve que tuvo con Juan II. Aunque María Manuela había cumplido dieciséis años, había un serio inconveniente para este matrimonio real: el extremo parentesco entre los novios, que eran primos hermanos por partida doble, y descendientes, además, ambos de Juana la Loca, de la que los dos eran nietos, unas circunstancias que tendrían funestos resultados. Lo económico también influía, claro, pues la corte portuguesa era rica y se esperaba una buena dote para las enflaquecidas arcas del emperador. Además, Carlos V anhelaba ya sentar en Madrid un hijo casado en quien descargar responsabilidades.

Mi padre vio claro que el emperador quería repetir la buena experiencia del pasado, el excelente servicio de mis padres a la pareja de Isabel y él mismo. Las condiciones no eran desdeñables: un sueldo de cuatro mil ducados, y la fecha para iniciar su servicio, mayo de ese mismo año. Además, podía cobrar el sueldo pendiente de virrey del mes de abril.

Detrás se movía la oscura mano de Cobos en todo el proceso. Porque, aunque Borja aceptó el cargo enseguida, como era de esperar, los reyes de Portugal, Juan III y doña Catalina de Austria, arrugaron su nariz y les pusieron el veto.

¿Por qué razón?, se preguntaba el flamante duque de Gandía.

Mientras, el emperador, a consecuencia de un temporal, tuvo que detenerse en Palamós, ocasión que aprovechó para escribir las famosas instrucciones a Felipe.

Además de exhortarle al amor a Dios y a la justicia, sus conocidos consejos son un admirable compendio de sabiduría política. Le advierte que no abuse de su prematuro matrimonio y que se separe de su esposa de vez en cuando. Alaba a Tavera, el cardenal de Toledo, pero le advierte que no se le entregue, «pues, si no, el gobernado seréis vos». Cobos es fiel, aunque se ha hecho un viejo comodón. Para política internacional, que se deje aconsejar de Ganvela. A Zúñiga lo describe como duro de carácter con celos de Cobos y Tavera, pero como alguien que desea su bien. Y de su preceptor, el obispo de Cartagena, añade muchas lindezas. Cuando se refiere a las advertencias sexuales, escribe: «También he encargado a los cortesanos de vuestra esposa, el duque y la duquesa de Gandía, que velen fielmente estas instrucciones». Una vez más aparecía nuestro apellido en uno de los documentos de Estado más importantes del momento.

Instalados en la casa ducal, restaurada por los anteriores duques, hijos de Alejandro VI, y bañada por las aguas del río Serpis frente a la amplia llanura que besa el Mediterráneo, los viajeros se repusieron de un traslado sin percances, pero largo y caluroso. Allí Francisco consiguió más informaciones. Al día siguiente le confesó a mi madre sin rodeos:

—Leonor, supongo que estás pensando lo mismo que yo. Porque de otra manera no me puedo explicar que doña Catalina, que tanto me aprecia desde mi estancia en Tordesillas, se oponga a este nombramiento.

—Sí, la reina de Portugal nunca me quiso, ya lo sabéis —se limitó a responder su esposa con su sequedad de siempre.

Mi padre miró por la ventana cómo los criados bruñían las armaduras y desempaquetaban el voluminoso equipaje.

—Creo, Leonor, según mis informes, que doña Catalina está convencida de que nosotros fomentamos las calumnias sobre la familia real, esparcidas por el obispo de Viseu.

Lo más palmario era que la reina de Portugal no podía ver a mi madre. Pensaba, y no carecía de alguna razón, que doña Leonor intrigaba con el secretario Cobos. De todas formas, Borja no acababa de entender por qué les rechazaban tanto en Portugal. Aparte de la aversión entre ambas mujeres, los reyes portugueses veían en el nombramiento la arrogancia del emperador en un asunto que correspondía decidir a ambas monarquías; pero, sobre todo, mal estilo en mi madre en cuanto que, siendo

portuguesa, no había tenido el detalle de escribir a Lisboa solicitando el beneplácito de los reyes.

El duque de Gandía no se quedó mano sobre mano. Subió enseguida a su despacho y vertió calor y perspicacia en una carta dirigida al rey de Portugal. ¿Cómo no iba a estar feliz poniéndose al servicio de los príncipes cuando lo había estado antes de la inolvidable emperatriz Isabel? Él no pretendía ir a la corte, pero, como le habían pedido su ayuda y colaboración para servir a la princesa María, pues se sentía muy bien dispuesto y honrado. Doña Leonor también empuñó su bien cortada pluma de avestruz y escribió otra carta en portugués y en tonos afectuosos a los reyes.

Partieron al galope las misivas hacia Lisboa, no sin hacerlas consultar antes con Cobos. Pero, al llegar a su destino, el infante don Luis, hermano de la fallecida emperatriz, que además había luchado en Túnez y al lado del emperador, interceptó las misivas durante cuatro meses. Borja, que se consideraba amigo de este curioso personaje, bien ajeno a la política y amante de las letras y las artes, se preguntaba por qué lo hizo. Para mí, que, gracias a mi cargo, conozco de cerca la corte portuguesa, era ni más y menos porque no le gustaban las intenciones anexionistas de los matrimonios urdidos por el emperador.

En el romántico palacio de Sintra se escribieron finalmente tres ceremoniosas respuestas dirigidas a los duques de Gandía. Iban firmadas por el rey, la reina y la princesa, respectivamente. Pero la más recia y reveladora del resentimiento de los monarcas portugueses era la del infante don Luis. Le escribía a mi madre:

> *«Estabais obligada a acordaros de que sois portuguesa. El amor de que disteis pruebas siempre a la emperatriz Isabel os obligaba a contentar a sus altezas y a estarles sumisa. No podéis, por el camino que habéis emprendido, servir a la princesa. Cuando el emperador os comunicó sus proyectos, debisteis decirle que convenía manifestarlos, desde luego, a sus altezas y considerar la obligación que teníais de no aceptar el cargo y aquel favor sin su consentimiento.»*

Añadía que todo le parecía un manejo de doña Leonor y que se sintió muy apenado cuando le anunció una cosa ya hecha. La dura misiva termi-

naba: «No creáis que podréis entrar jamás en casa de la princesa espada en mano, puesto que sería necesario hacerlo con el consentimiento amigable de sus altezas».

Pero ¿qué culpa tenía de todo eso Francisco de Borja? Mis padres, tras comentarlo entre ellos, decidieron que lo mejor era preguntárselo a Cobos sin más rodeos:

«Estamos, la duquesa y yo, con la pena que se puede pensar en ver que se nos eche la culpa y se tenga queja de nosotros por haber aceptado este cargo que Su Majestad nos ha mandado.» Francisco pensaba que, si su señorío estaba en Gandía y no en Portugal, no tenía obligación de consultar a los soberanos lusos, porque él se considera «criado y hechura del emperador». Y añadía, exculpando a mi madre: «En cuanto a la duquesa ¡no quiero hablar!, pues me parece que, casada conmigo, queda exenta de esta obligación».

Todo el mundo estaba enfadado con este engorroso asunto. De modo que mi padre le dijo a Cobos que el emperador debía intervenir para evitar esta «confusión, corrimiento y afrenta». Además, había que pasar el fajo de cartas al príncipe Felipe para que estuviera cuanto antes al corriente. Borja usaba una palabra que luego aparecerá muchas veces en sus escritos espirituales. Se sentía «confundido» porque los reyes portugueses sintieran envidia de que Cobos favoreciera a los duques de Gandía.

Por su parte, Cobos debió enrojecer hasta las orejas y actuar en consecuencia. Hizo lo que le decía mi padre. A su entender, las razones de los monarcas de Portugal eran «muy livianas», aunque reconocía que él, que siempre había seguido fielmente la voluntad del emperador, había actuado esta vez por cuenta propia.

Todo esto a mi madre le afectó mucho. Ya muy delicada de salud, se movía como alma en pena por los pasillos de palacio y lo pagaba con las criadas, con una indignación interior que la tenía fuera de sí. Esa tristeza y depresión se traslucen en las temblorosas letras de la carta que ella misma escribió a Carlos V, excusándose de toda culpa.

La decisión del duque era no moverse de Gandía y comenzar su tarea de fortificar la ciudad. Por primera vez el secretario Cobos —¡milagro!— reconoció su error, porque era evidente que los reyes portugueses se ponían enfermos con la mera presencia de los duques, léase «duquesa».

Había que esperar a que la princesa estuviera bien asentada en España para volver a intentarlo.

Viéndolo con distancia, y por muy perplejo que estuviera Francisco de Borja, hoy reconozco que doña Catalina, que tengo por una reina inteligente, tuviera sus razones para desconfiar. Y es que mi madre —mi amor a ella no puede traicionar la verdad— aprovechaba cualquier ocasión para intrigar. Hay cartas de la reina Catalina a su hermano Carlos en las que le dice que siempre quiere salirse con la suya y a la fuerza sacar provecho, y que esa falta de sosiego no le iba hacer mucho bien a la princesa. En medio de tanta refriega se le ocurre a doña Leonor, por ejemplo, pedir a Cobos que me colocara a mí, que no era sino una criatura de diez años, de gobernador de Xàtiva, aceptando la renuncia de Luis Ferrer. Le decía que mi padre se encargaría de que todo estuviera en orden. Era evidente que Cobos negaría mi prematuro nombramiento de alcalde, como hizo. No contenta, erre que erre, escribió al príncipe para que soslayara este obstáculo.

Parecían dos críos Felipe y María Manuela, cuando en Salamanca el 15 de noviembre de 1543, subieron sonrientes y engalanados las gradas del altar para contraer matrimonio, inconscientes de lo poco que iba a durar su infeliz pareja. Los dobles primos hermanos rayaban ambos los dieciséis años. Don Felipe escribía con frecuencia a mi padre manifestándole su afecto y su deseo de que se incorporara pronto a la cabeza de su casa. María Manuela, en cambio, participaba de los sentimientos desconfiados de su madre.

Fue un año duro, pues la dilación reducía las rentas del duque y su reputación. «Y así habemos tenido por muy cierto la duquesa y yo, que nos ha de venir remedio de la mano de vuestra majestad, pues en ella pusimos nuestra voluntad y no lo desmerecemos con la que servimos, por ser sin ningún interés.»

Si el emperador hubiera estado por entonces en España, hubiera sido otro el cantar. Pero se ocupaba de entrevistarse con el papa Farnesio, de quien, por cierto, y pese a que Margarita, hija natural de Carlos, estaba casada con Octavio, el nieto del papa, sólo consiguió buenas palabras. Eso sí, en Alemania acabó con la rebelión de Cléves gracias a la famosa artillería imperial, y ya en la frontera francesa avanzó hasta Château Thierry, y hasta finales de septiembre de 1544 no concertó la paz con el rey de Francia, cuando, a sólo una orden suya, hubiera podido entrar en París.

¿Tenía el emperador tiempo para ocuparse del percance de mi padre? Pues sí, ya que dio órdenes a su embajador en Lisboa, a la sazón Lope Hurtado, de que calmara a su hermana doña Catalina.

Mientras, el duque tenía en qué entretenerse, pues una de las calamidades que más temía Carlos V era que Barbarroja, que devastaba ya las costas de Italia, acabara por tomar la Ciudad Eterna. Como el bucanero se dirigió a sitiar a Niza y nuestra costa continuaba amenazada, Borja llegó a enviar espías a Argel y pidió ayuda para formar artilleros con que defenderla. De nuevo levantó murallas, calzó cañones y fortificó la ciudad. «Yo espero en Dios defender Gandía con las fortificaciones que hago en ella», le decía al emperador. Pensaba además en Valencia y en la isla de Ibiza. Temía que los moriscos se embarcaran en las naos de los turcos cuando se aproximaran. Sólo en los arrabales de Gandía había sesenta casas de moriscos y treinta de cristianos viejos. La región estaba llena de ellos, que eran muy trabajadores. Aunque en aquellos inquietos días no faltaron incursiones de los turcos, como los moriscos estaban tranquilos y no se decidieron a apoyarlos desde dentro, la cosa no pasó de ahí.

Mi madre, por su lado, cuando no iba a las clarisas para ver cómo andaba la despensa de las monjas, el granero y la enfermería, se ocupaba con lo de siempre: suplicar favores. Por no hablar de la herencia que tenía en vilo a la viuda y segunda mujer de mi abuelo, también conocida como la «triste duquesa», que reclamaba a su hijastro la dote que aportó al matrimonio y los bienes parafernales. Su problema era pagar la deuda de veinticuatro mil ducados que había dejado mi abuelo. Para ello contaba con el apoyo del conde Évol, que le acompañaba en su viudez y que intercedió ante Cobos para que favoreciera a uno de los hijos de esta señora. Al final Borja tuvo que entrar en pleito con su madrastra, que quería quedarse con toda la herencia, para que se cumpliera justicia: proteger el mayorazgo, el bien de sus hijos y «porque cada uno tenga lo que es suyo».

No ganó el pleito, claro, pero sí unas demandas adicionales como heredero de la abadesa. Al saberlo, se fue alegre al convento de las clarisas a contarlo como si fuera una buena noticia.

A pesar de mi edad, hoy puedo recordar que aquél fue un año duro. Asomado a la ojival ventana de nuestro palacio, veía a mi padre regresar a caballo de sus correrías por Valencia para ocuparse de pagar a los curas

encargados de la enseñanza de los moriscos o de charlar con Tomás de Villanueva, el santo arzobispo limosnero. También estaba pendiente de los nuevos cultivos de caña de azúcar y de los campos de moreras para fabricar seda. Hasta cincuenta hombres con doscientas mulas se ocupaban de los siete trapiches del duque, donde se machacaba la caña dulce y se cocía el zumo, que enfriaban en vasijas de tierra hasta cuajar los panes de azúcar. Tengo ligado a mi infancia ese sabor pastoso de las melazas, los confites y el jugoso calabazate.

Para entonces había adelgazado demasiado. Tenía ojeras y los últimos disgustos habían marcado huellas de dolor en su mirada, que parecía estar ya de vuelta, como por encima de todo y de todos. «El mundo sólo puede dar lo que tiene», le oí decir un día. Cuando entró en casa y se sacudió el polvo del camino pasó de inmediato a saludar a mi madre en su habitación.

Junto al candil titilante, falto de aceite, Leonor había dejado una carta a medio escribir a Cobos y estaba tendida cuan larga era sobre la cama de rojo dosel, sin haberse quitado siquiera la gargantilla de fino encaje. Francisco se despojó del guante, le puso, paternal, la mano en la frente, y, preocupado al percibir un tacto húmedo y helado, dio un grito a Ruiz, su criado preferido.

—¡Jerónimo, deprisa, ve a buscar al médico!

Por aquellas mismas fechas —sería otoño del cuarenta y cuatro—, convencido de que su forzada estancia en Gandía estaba a punto de acabar y que Carlos habría convencido a Catalina para que le admitiera al servicio de los príncipes, se sentía cansado, arrastrado quizás por los acontecimientos, siempre con apuros económicos, pleitos familiares y las mil ocupaciones del ducado. Salió solo a caminar, sin cuchillo, sin capa ni espada, y, como le había visto hacer tantas veces a mi abuelo, se encaramó en una roca a ver atardecer en el mar. Cerró los ojos y escuchó la marea que iba y venía como los azares del tiempo. Era como una nana dulce para calmar marineros; como el canto de un océano que se agita por fuera, pero permanece en paz en su fondo; como si dos manos grandes le estuvieran acunando el alma y llamándole, desde el horizonte, mar adentro.

10

El estampido

Jerónimo Ruiz, que a la sazón tendría unos setenta y cinco años, me sonrió desde sus ojos vidriosamente azules con la serena transparencia con que lo hacen los viejos criados de toda la vida a los adultos que conocieron de niños. De tez sonrosada y barba, que de rubia se había vuelto cana, tenía ahora un cierto aire patriarcal y ausente.

—Me parece estar viéndoos, querido don Juan, montar por primera vez. ¡Al trote desde el primer momento! Sin duda ese amor a los caballos os viene de cuna a los Borja. ¡Qué hermosa cuadra tenía el duque en Gandía! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Cuánto tiempo sin veros, señor! ¡Y cómo sentí la muerte de vuestro padre! No, no hay, os aseguro, ni habrá nunca hombre igual.

Jerónimo estaba sentado bajo los pámpanos del porche de ladrillo de su casa de labranza, que en las cercanías de Xàtiva miraba al castillo emerger como un navío sobre el verdor y las oscuras rocas. Hablaba con esa forma musical tan típica de estas tierras que al afirmar parecen dejar colgado en el aire un quiebro de pregunta.

—Pero, decidme, don Juan, ¿qué se os ha perdido en mi humilde casa y qué deseáis después de tantos años de este pobre abuelo?

—Mi padre te estimaba mucho, Jerónimo, y como quiera que estoy recopilando datos para un informe que me han pedido sobre el duque, he recordado los buenos tiempos en que nos servíais con tanta diligencia.

El viejo criado rió evocando los años huidos en que, a uña de caballo, traía y llevaba cartas de casa a Cobos y al emperador.

—El duque decía que antes podían hacerme picadillo los bandoleros que un correo no alcanzara su destino. Y a fe mía que así era. Cobos, el se-

ñor secretario de Su Majestad, se reía casi siempre al verme llegar: «¿Qué? ¿Otra carta de doña Leonor? ¿Qué pedirá ahora mi buena amiga?». Fueron tiempos felices. Vuestra casa estaba llena de risas de niños y parecía colegio más que palacio, porque, ya sabéis, además de los hijos de los criados, los señores duques tenían a su cargo dieciséis criaturas menores de quince años. ¡Los suyos y los que dejó vuestro abuelo don Juan!

—Sí, ¡qué algarabía! Aunque en aquella casa, por encima del griterío infantil, siempre sonaba la música, la dulce música de la vihuela bien templada, del órgano y el clavicordio. ¡Cuánto amó mi padre sus acordes! Era el dulce fondo de nuestra vida cotidiana. Decía que «el cañón de palo o estaño, en alzando los fuelles y poniendo el dedo en la tecla, la da su voz», y que «sólo el hombre es más seco que el palo y más duro que el estaño», ya que el espíritu es el único que acaba por hacernos sonar melodiosamente.

—Y tanto. ¿Recordáis, don Juan? El duque siempre encontraba tiempo para escribir música, sobre todo sacra. Me parece estar viéndole enfrascado en el pentagrama. Compuso hermosas misas y motetes que, sin firmarlas, regalaba a las iglesias y monasterios. Gozaba de un oído finísimo incluso a larga distancia. Vuestro hermano Carlos suele contar una curiosa anécdota. ¿La habéis oído?

Jerónimo entornó los ojos.

—Un día, yendo de caza, que tanto le gustaba, creo que por el valle de Alfandech, detuvo de pronto su caballo y exclamó: «¡Tocan a viático!». Nadie había oído nada en realidad, sino las esquilas de unas vacas y las voces de unos campesinos que laboraban la tierra. No obstante, tornamos grupas y, tras cabalgar un rato, pudimos comprobar que era cierto. Descabalgamos y nos arrodillamos ante el paso del sacerdote que llevaba bajo palio la comunión a un enfermo. ¡Con qué profunda devoción hincaba en tierra la rodilla sin cuidarse si manchaba sus calzas de seda o el jubón acuchillado!

—Pero ¿no crees que mis padres pasaron por aquella época una temporada muy dura?

—Sí; pero eso venía de antes, don Juan, ya sabéis; de cuando era virrey de Cataluña. Don Francisco era una persona muy responsable y se tomaba muy a pecho todo lo que le pedía el emperador. Tan vital era, que durante su juventud no podía creer que alguien se pudiera morir. Le pasó con

la emperatriz, le pasó con vuestro abuelo el duque, y también con doña Leonor. La muerte le descabalaba.

Al tocar este punto saqué de mi bolsa de viaje una copia de una carta que Borja escribió al príncipe Felipe a mediados de noviembre y le leí pausadamente unos párrafos de la misma:

> *«Verdad sea que la duquesa ha estado de este el mes de abril hasta hoy con tantos males y con accidentes tan trabajosos, que muchas veces he pensado que se muriera, y señaladamente en este mes de noviembre; y de cinco a seis días a esta parte ha parecido a nuestro Señor darle tal mejoría que se comienza a vestir para sentarse en una camilla, que para más no hay fuerzas. Dios se las dará para que las emplee en el servicio de vuestras altezas, pues para este efecto las desea.»*

Jerónimo asintió emocionado con la cabeza.

—Sí, sí, lo recuerdo muy bien. Yo mismo ayudé a llevar la silla de manos en la que la sacamos de Gandía y la subimos a la montaña para que cambiara de aires en clima más seco de Castelló de Rugat. ¡Qué pálida y agotada iba la señora duquesa! Día y noche volvía y venía yo desde la ciudad al campo a traerle de todo, y don Francisco subía a hacerle compañía, casi siempre con fray Juan, que se le pegaba a pespunte. También os traía a vos y a vuestros hermanos para que visitarais a vuestra madre en el monasterio de San Jerónimo de Cotalba, donde los duques pasaron aquella cuaresma. ¿No lo recordáis, don Juan?

—Sí, claro que lo recuerdo. Aunque a esas edades uno sólo piensa en jugar. Me acuerdo muy bien de que fray Juan estudiaba latines por entonces para dejar de ser lego y decir su primera misa, como haría más adelante. Fue entonces cuando don Felipe, ansioso de la llegada de los duques, se interesó por la salud de doña Leonor y mi padre le contestó que «la cosa está principalmente en manos de Dios» y que, según el médico, la duquesa a primeros de febrero estaría para caminar. Incluso escribió al maestro padre Ignacio de Loyola anunciándole su pronta partida para la corte. Pero, amigo, el hombre propone y Dios dispone. Repuesta la duquesa de aquel trance, estaban ya los señores listos para partir y ocupar su cometido en la corte, cuando llegó la tremenda noticia.

—¡La muerte de la princesa de España doña María Manuela!

—Así es. ¡Cómo impresionó en Gandía! Como sabéis, murió el 12 de julio, después de haber dado a luz cuatro días antes al príncipe don Carlos. Una hemorragia acabó con ella. A vuestro padre se le demudó el rostro.

—Le impactó mucho. Tengo aquí la carta que escribió al príncipe y que también conservo como oro en paño. Verás, Jerónimo, cómo el duque reflexionaba por entonces; es, sin duda, la carta de un hombre de Dios:

> *«Muy alto y muy poderoso señor: en este punto he sabido el fallecimiento de la princesa nuestra señora. En la pena que a todos igualmente ha dado, se podría ver la que la duquesa y yo habemos recibido, pues nos teníamos por más verdaderos vasallos y criados. Yo me partiera luego a besar los pies de vuestra alteza si mi salud diera lugar; porque, cierto, una de las cosas que nos acrecienta el sentimiento es el que vuestra alteza debe tener, aunque estoy muy confiado que su católico ánimo estará tan conforme con la voluntad de nuestro Señor, que delante su acatamiento merecerá mucho aumento de gracia. Porque en verdad, éstas son unas ocasiones que no deben de perderse, pues cuando nuestro Señor visita, y con humildad y conformidad se recibe lo que envía de su mano piadosa, en cierta manera le obligamos a que con mayor amor y gracia nos tenga siempre de su mano; y esto es cuando nos prueba, y nos halla dignos de sí. Y pues a vuestra alteza le sobrarán otras consideraciones de mayor importancia, nuestro Señor, por su misericordia, dé lo demás, que es el verdadero consuelo, y guarde y ensalce la muy alta y muy poderosa persona de vuestra alteza, como sus vasallos y criados deseamos.»*

Jerónimo quedó pensativo. Un sol en despedida alargaba las sombras y acariciaba con tonos de miel la redondez sazonada de las uvas. Luego se limpió una lágrima furtiva.

—¡Qué hermosa carta, don Juan! ¡Y qué bien retrata al duque!

—Es curioso cómo para él la muerte, por entonces, ya arrojaba luz sobre la verdadera índole de la vida. «Éstas son unas ocasiones que no deben perderse.» No había olvidado el vuelco interior que sintió a raíz del fallecimiento de la emperatriz. Eso, Jerónimo, no lo olvidaría nunca.

Pues bien, la muerte estaba a punto a llamar de nuevo a sus puertas. Pero antes recibiría aún una nueva prueba de amistad de la Casa de Aus-

tria. Como el emperador pensaba casar al joven príncipe viudo con la hija de su hermana Leonor, por entonces reina de Francia, contaba de nuevo con darle la mayordomía al duque.

Mi madre iba de mal en peor. Todo el mundo se movía de puntillas en casa para no molestarla. Para su forma de entender las cosas, la muerte de la princesa fue otro duro golpe que acrecentaba sus serias crisis de angustia y ansiedad. El duque hacía por ella todo lo que estaba en su mano. Le preocupaba sobre todo el futuro sus hijos, puesto que aún éramos jóvenes. Una madre, por propia experiencia, es muy importante para que un corazón no crezca solitario. Cada vez más cerca de los jesuitas, le escribió al padre Fabro, poniéndole al día de la situación y contándole cuánto sufría la duquesa, para la que le suplicaba oraciones. También multiplicó rogativas por todos los templos del ducado y repartió más limosnas que nunca. Aquel mismo año había fundado un convento de dominicos en Llombay, destinado a evangelizar moriscos, donde conoció al santo fray Luis Bertrán, y con este mismo fin había creado una escuela en Gandía. Todo su esfuerzo y devoción no lograron parar lo imparable.

Lo veía muchas veces con la cabeza entre las manos ante el crucifijo que amarilleaba bajo un dosel rojo en las sombras de su alcoba, a la luz tenue de una simple bujía. Entrábamos de puntillas y sabíamos que no podíamos interrumpirle.

—¡Señor, Señor, no os llevéis aún a mi esposa!

De pronto dicen que escuchó en su interior: «Si quieres que siga viviendo, sea. Su salud, Francisco, está en tus manos. Te concederé lo que me pides. Pero no es eso lo que en realidad te conviene».

Borja volvió a inclinar la cabeza.

—¡No se haga mi voluntad, Señor, sino lo que vos queráis!

Una extraña e inconmensurable paz inundó la habitación.

—No sé si sabréis, Jerónimo, que ese crucifijo está en mi poder. Mi padre se lo dio a mi tía, su cuñada Juana de Meneses, que me lo regaló y aún lo conservo como una reliquia.[12]

12. Francisca de Jesús, clarisa en el convento de las Descalzas Reales de Madrid declaró el proceso de Borja: «Fue cosa muy pública que un crucifijo habló al dicho siervo de Dios, y esta testigo le vio el crucifijo, porque el señor don Juan de Borja que lo tenía lo trajo

Entre tanto nuestra madre ya había hecho testamento. El duque llamó al jesuita Andrés de Oviedo, al capellán Nofre Martíns, a Melchor Ruiz. Acudieron otros testigos: Pérez Chinchón, el canónigo Bestrernes; don Alonso, su mayordomo, además de Morella y Ávila. Doña Leonor nombró herederos a sus hijos y le pedía al duque que no abandonara nunca a Isabel de Meneses, su querida hermana, que, como he dicho, siempre nos había acompañado en todos nuestros desplazamientos. En sus últimas voluntades se acordaba además de los pobres y pedía que la villa no le rindiera honras póstumas.

De pie, junto al lecho de Leonor, después que el padre Oviedo la hubiera confesado, dado el viático y ungido manos y pies con los santos óleos, Francisco de Borja se enfrentaba de nuevo al misterio de la vida y la muerte. De marfil parecía el rostro de Leonor, que asomaba entre las sábanas, débil hálito en despedida, mientras un sacerdote amigo le leía la Pasión. Era el 27 de marzo de 1546. Un mudo temblor de ángeles, ya conocido al corazón de Borja, inundó de silencio la casa ducal.

Tengo grabado en la piel su último beso de madre y el momento en que, tras ser amortajada con el hábito de las clarisas, su ataúd hizo entrada bajo la insultante luz levantina por la portada gótica de la histórica colegiata de Gandía, una iglesia tan querida de nuestra familia y que parecía más catedral que colegial, rango que le concedió el famoso don Rodrigo Borja, el papa Alejandro VI. El deán, Francisco Roca, un hombre de confianza al que mi padre solía encomendar delicadas misiones en el Vaticano, esperaba revestido de pontifical por especial privilegio y rodeado de catorce canónigos y treinta y siete beneficiados, que mi padre procuraba que fueran gente de bien.

Borja nunca podría escribir ya, como hacía siempre: «La duquesa y yo». Nosotros nos quedábamos sin madre. Pero lo más increíble, lo que no podíamos ni siquiera imaginar en aquellos tristes momentos es que, por bien distintas razones, muy pronto nos íbamos a quedar también sin padre.

El duque volvió a su despacho y, abrumado, le escribió a Paulo III comunicándole la noticia: «Bien pienso que la duquesa por su parte podrá

---

a esta casa para que lo viesen». La testigo, clarisa Francisca era hija de Juan de Borja, en quien este libro pone el relato de los hechos en primera persona.

mejor ayudar ahora, en cuanto está fundada en perfecta caridad». De su tránsito y sufrimiento le contó en otras misivas a Ignacio de Loyola y al padre Araoz. Todo podía resumirse en una palabra, su último viaje había sido muy duro.

Se había hecho de noche y una brisa fresca que venía del norte vibraba juguetona en las hojas de parra, mientras el castillo y la montaña, al fondo, parecían ya un gigante dormido. Jerónimo y yo habíamos quedado silenciosos y pensativos, como atrapados por ese sentimiento de orfandad que habían dejado en nuestra alma aquellos redivivos recuerdos.

De improviso, y sin más rodeos, como a un viejo amigo al que tenía confianza, se me ocurrió preguntarle:

—Jerónimo, ¿tú crees que don Francisco y doña Leonor estaban enamorados?

Jerónimo dejó sobre la mesa un cuchillo con el que estaba afilando una rama y, levantándose, miró hacia el castillo sobre el que punteaban el cielo madrugadoras estrellas.

—Difícil pregunta y más difícil respuesta. Yo asistí, como sabéis, a numerosas discusiones entre los duques. Vuestra madre era muy buena, muy cristiana y generosa con los pobres. Pero tenía tales aires de grandeza y ambiciones que nunca estaba contenta con los favores que recibía del emperador. Era muy distinta del duque, que cada día miraba más por encima las glorias y poderes de este mundo. Tengo para mí que vuestros padres se querían mucho, pero no se amaban. No hay que confundir el cariño con el amor. Sabéis mejor que yo hasta qué punto se dan en nuestros tiempos las bodas de conveniencia entre los nobles. Y todo el mundo sabe que su matrimonio fue impuesto por la emperatriz.

—Eso creo yo también. De hecho, en el diario espiritual de mi padre el recuerdo de la «muerte» que reaparece una y otra vez no es la de mi madre, sino la de doña Isabel.

Jerónimo sonrió, se volvió a sentar y me miró fijo a los ojos.

—Os voy a contar algo que posiblemente desconocéis. Un día, el conde de Lerma, yerno del duque, cuando vuestro padre ya era jesuita, con no poca picardía hizo poner en el altar en el que iba a celebrar misa un retrato de doña Leonor, donde ella aparecía pintada como santa Catalina. Cuando don Francisco volvió a la sacristía, parecía no haberse ni enterado.

El ayudante, impaciente, le preguntó si había reconocido la pintura. «Sí —respondió—. Advertí enseguida que era Leonor. El Señor me ayudó para que no me conmoviera y para que su recuerdo me ayudara a pedir por ella como hago siempre». Una respuesta curiosa, un tanto evasiva, pero no es la respuesta ni la reacción de un hombre que hubiera estado enamorado. ¿No os parece?

Asentí. Creo que Francisco de Borja sublimó espiritualmente ese cariño de su esposa. Le escribió a Loyola que «por ella se me ha doblado el amor, en cuanto es más amada del Creador», y pensaba que ahora podía echarnos una mano desde el cielo, pues «por su parte podrá mejor ayudar ahora, en cuanto está más fundada en perfecta caridad; y si en esta vida lo deseó y lo trabajó, creo que en la vida de los que viven hará muy bien su oficio».

Abracé a Jerónimo, pasé la noche como huésped del alcaide de Xàtiva, y me dirigí al día siguiente a Gandía a saludar a mi hermano Carlos. Tras departir en familia, sentí necesidad, en aquel momento crítico en que me encontraba en mis investigaciones, de sentarme a solas en el oratorio predilecto de Francisco de Borja situado dentro del palacio ducal.

Ya había experimentado otras veces un escalofrío en este curioso recinto, al que se entra desde el despacho de mi padre tras atravesar el salón de Coronas, ornamentado con la doble corona unida por su base del papa Borja. Con sus siete metros de largo, tres de ancho, algo más de dos de alto y el techo biselado, el duque ordenó construir el oratorio en forma de ataúd. ¡De ataúd! Las grisallas representan, a dos colores, los misterios del Rosario, y el pavimento que es de azulejo policromado se deben a un pintor italiano, Felipe Pablo, quien también pintó el hermoso retablo de la Colegiata[13].

El silencio del oratorio me sobrecogió. ¿Puede uno levantar el corazón a la alegría de la fe desde una capilla con forma de ataúd? Morir para vivir. La muerte como despertar, pensé. Y fijé mis ojos sobre la palmatoria que pendía parpadeante del techo. Un nuevo pensamiento para comentar en mi

13. Desaparecido junto a otros tesoros artísticos de la Colegiata durante la quema de conventos de la guerra civil española de 1936. El oratorio del duque fue posteriormente ornamentado y cubierto de mármoles y maderas preciosas.

libro vino a mi mente: *Donec dies illucescat,* que quiere decir «hasta tanto amanezca». Es menester arder y dar luz hasta que, acabada la noche de esta vida, nos amanezca el día sin noche de la otra, pues así como no es necesaria la luz de la lámpara después que viene la claridad del sol, de la misma manera no es menester la fe, sino para pasar las tinieblas de esta vida, porque en la eterna no hay que creer, sino conocer y gozar directamente.

Dicen que mi padre fue un necrófilo que se obsesionó con la muerte. No lo creo así, pues hasta en textos de filósofos profanos he leído que la conciencia de morir arroja luz sobre la naturaleza de la vida. Más, si en sus escritos se pueden saborear los deliquios del místico.

Aquí, en este oratorio, a sus treinta y seis años, se preguntaba el cuarto duque de Gandía qué es esto de vivir. Las intrigas de la corte, los festines y bailes de los príncipes, los intereses de los poderosos, sus desvelos de virrey, las grandes empresas del emperador, las instancias para conseguir favores que tanto habían ocupado a su padre y a su esposa e incluso a él mismo. ¿Era eso la vida? Y luego, comer, beber, cazar, cabalgar... ¿Debería, después de enviudar, volver a casarse como hizo su padre? La más dulce, inteligente y bella mujer que conocerse pudiera ya había muerto. La otra, la compañera fiel y madre de sus hijos, también. ¿Qué hacer mientras amanece?

No acababa de ver claro. ¿No decían que Ignacio de Loyola había inventado un método muy eficaz para elegir bien en la vida, sin determinarse por afecciones desordenadas? Se encontraba en un momento especial. Al día siguiente llamó con premura al padre Andrés de Oviedo, rector del colegio que habían creado con su ayuda los jesuitas en Gandía. El bueno de Fabro había incluso venido a bendecir la primera piedra para fallecer poco después de su regreso a Roma.

No se anduvo con rodeos.

—Padre, quisiera hacer los ejercicios espirituales, según ese método que está haciendo famoso al padre maestro Ignacio.

Oviedo, recogiendo el manteo, levantó su mirada al techo y se mesó la barba. Tras unos segundos de reflexión, respondió:

—Habéis de saber, señor, que eso no es compatible con vuestras importantes ocupaciones de duque y grande de España; supone alejaros de todo y todos para dedicar más de cuatro horas al día y al menos una por

la noche a la meditación, y que habéis de examinar vuestra conciencia y gustar de las Sagradas Escrituras para hallar la voluntad de Dios sin determinarse por afección que desordenada sea.

Borja no tenía miedo al silencio. Es más, hacía años que lo anhelaba desde el fondo de su ser.

Ordenó que nadie le interrumpiera y, entre su alcoba y su oratorio, meditaba los puntos que cada día venía a exponerle el padre Oviedo, con quien luego confrontaba sus luces y oscuridades, consolaciones y desolaciones. Vio en su contemplación el plan de Dios sobre el mundo, un plan ordenado al amor, donde las cosas, encuentros, situaciones sólo son peldaños para alcanzar este fin y que hay que usar de ellos tanto cuanto ayudan para alcanzarlo, y dejarlos tanto cuanto nos entorpecen para ese fin.

Hizo ayunos para que Dios le iluminara y pasó largas horas ante el pálido Cristo, que le habló con locución interior. Tras saborear su débil pequeñez y verle así en la cruz, se preguntó con las mismas palabras de Ignacio: «¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?». Se proyectó espiritualmente a la cueva de Belén y al taller del carpintero de Nazaret; estuvo con el Maestro en medio de la fiesta de Caná y le siguió paso a paso por las landas y los caminos polvorientos de Galilea, «como si presente estuviera», saboreando sus palabras, dejándose empapar de sus gestos, enamorándose de su figura. Y, como los caballeros andantes que a lo divino replicó el fundador, escuchó la llamada al seguimiento radical y evangélico.

No era un muchacho con el pergamino en blanco en que pudiera escribir un proyecto de vida recién encontrado. No era tampoco viejo. Pero había vivido intensamente. A sus espaldas cargaba mucho peso de experiencias en la corte, toda una dinastía al mismo tiempo gloriosa y bastarda, sus vínculos con el emperador, un virreinato, un ducado, batallas, riquezas, soldados, siervos, una mujer que le había dado ocho hijos, el ducado de Gandía y su entorno, que era tanto como decir cuanto se puede contemplar desde lo más alto del Mondúber, la inmensa huerta de Alhuir, Almiserat, Almoines, Beniarjó, Beniflá, Benirredrá, Bellreguart, Castellonet, Daimuz, Guardamar, Jaraco, Jersa, Lugar Nuevo de San Jerónimo, Miramar, Palma, Palmera, Piles, Real, Rótova, Villalonga, Castelló de Rugart, Ayelo, Pobla del Duch, Tabernes, Simat, Benifairó,

todo un señorío que mediaba entre el mar y la montaña. Y más lejos, entre posesiones de otros nobles, el marquesado de Llombay, la baronía de Corbera, Albalt, Fotanley, Riola, Sinet, y más y más tierras que estaban bajo su mando.

Era dejar el dinero, el poder, el amor, la caza, los palacios, quizás la música y la cultura. Pero sobre todo, los amores hechos carne con nombres y apellidos, sus hijos. Y a su gran amigo: el emperador, y al príncipe don Felipe, a los que siempre había servido con tanta entrega y amor. Demasiada carga, y también demasiada responsabilidad.

Pero volvía a mirar la dulce cabeza tronchada del Cristo moribundo y una sola palabra emergía dentro de su ser: «Confusión»; sentía una confusión que se le quedó clavada en el alma y que emergería siempre en el futuro en sus escritos y exposiciones. Confusión no sólo por sus pecados y debilidad, sino por el contraste con el amor de Cristo. Una confusión que desembocaba en llanto. En su diario pedirá una y otra vez «ojos para llorar».

Todo eso se transformó en una necesidad excesiva de hacer penitencia. Dicen que se disciplinaba el cuerpo hasta salpicar de sangre las paredes y el suelo de la capilla. Loyola, que había pasado por esa tentación en sus primeros pasos de peregrino, no estaba de acuerdo con tales excesos. Le escribía desde Roma:

> *«Debemos amar el cuerpo cuando éste obedece y ayuda al alma. El alma, así ayudada y obedecida, está mejor dispuesta para servir y alabar a nuestro criador y Señor. En cuanto a maceraciones, soy de parecer de renunciar a cuanto pueda sacar una gota de sangre. Es mejor buscar al Señor y sus santos dones y derramar lágrimas pensando en sus pecados, en la Pasión de nuestro Señor y en la Santa Trinidad.»*

La primera semana, la vía purgativa, es sólo un paso en el camino espiritual y en los ejercicios espirituales. Lo central de éstos es el amor, el seguimiento a Jesús. Borja quiso ser de «los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio del Rey eterno y Señor universal», para no ser tenido como «perverso caballero». Las resonancias caballerescas del gentilhombre de Loyola no podían menos que encontrar eco en el caballero, amigo y «primo» del emperador.

A la luz de la muerte y la vida, Francisco de Borja entró en «elecciones», ese momento cumbre de los ejercicios en donde el ejercitante se plantea qué hacer con su vida a la luz «de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar» debajo de una bandera tan distinta que se recorta sobre un campo verde, sencillo y gracioso de paz y justicia.

Las reglas de Ignacio para bien elegir son un prodigio de psicología. Por ejemplo, ayuda verlo todo desde una tercera persona: «Mirar a un hombre que nunca he visto ni conocido, y deseando yo toda su perfección, considerar lo que yo le diría que hiciese y eligiese para mayor gloria de Dios nuestro Señor y mayor perfección de su ánima, y haciendo yo asimismo, guardar la regla que para el otro pongo». O «considerar como si estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido en el modo de la presente elección, y reglándome por aquélla, haga en todo mi determinación». Sin duda, esta última regla marcaría el paso que iba a dar mi padre.

Del diminuto oratorio al Cristo de su cuarto oraba, reflexionaba, escribía. Consiguió abismarse en el silencio, examinando el oleaje interior, los distintos momentos de consolación o desolación, las luces y las sombras, que anotaba cuidadosamente en un cuaderno: «El día que Dios me llamó a su servicio y me pidió el corazón se lo deseé entregar tan enteramente, que ninguna criatura le pudiera turbar, ni viva y muerta». Curiosa consideración, ¿acaso también le turbaban las criaturas muertas?

«Deseo vivo de seguir desnudo a Cristo desnudo» y «voluntad de seguir tan buen capitán y Señor con la imitación más conforme que se pueda».

La decisión era tremenda. No sólo era dejar el ducado, la nobleza y los hijos, si optaba por hacerse jesuita. Era, además, entrar en una orden nueva, sin tradición, mal vista por los poderosos e incluso por un notable sector de la Iglesia. Carlos V en Yuste le llegaría a preguntar años después que cómo se había decidido por una orden sin historia ni tradición, que no permitía escalar en la Iglesia ni acceder a dignidades eclesiásticas. Podía suponer que Ignacio lo hubiera podido destinar a cocinero o portero de cualquier casa perdida. Era renunciar a todo y optar por la suma pobreza y pasar por humillaciones y vituperios como Cristo. Pero con los «deseos de sufrir por Cristo se enardecía más y más, y todos los sacrificios le parecían pequeños, considerando cuánto mayores se merecen y cuán excesivos los pasó el Señor».

Ahora su escuálido crucifijo no habló; guardaba silencio ante su decisión libre. Borja tenía la palabra. Y, tras consultarlo con personas competentes, decidió «ser todo de Cristo en la tierra y todo de Cristo en el cielo». Y estampó su firma: «Francisco, para siempre del Señor».

El 2 de junio de 1546, víspera de la Ascensión, el duque de Gandía se arrodilló ante el padre Andrés de Oviedo y, tras confesar y comulgar, hizo voto de hacerse jesuita con una fórmula redactada por él mismo:

> *«En el nombre de nuestro señor Jesucristo, yo Francisco de Borja, duque de Gandía, hice voto de castidad y de obediencia al superior de la Compañía de Jesús, queriéndome recibir en cualquier oficio de portero o cocinero, etcétera, acabados que tenga de expedir los negocios que por conciencia soy obligado: y este voto de ser de la Compañía, si me recibieren.»*

Es de notar que mi padre no hizo voto de pobreza porque tenía que conservar la propiedad de sus bienes mientras arreglaba sus asuntos. Cada vez que en su diario evoca esta fecha, siente «júbilo, dolor y lágrimas de la pasión de Cristo». Puedo afirmar que a partir de entonces, y pese a las dificultades y problemas que le trajo la vida, siempre conservó en lo hondo de su ser una alegría inefable.

Emocionado, dejé el oratorio en el que mi padre había tomado tan radical decisión y me encaminé al patio de armas, donde Carlos, mi hermano, acababa de llegar de revisar el estado en que se encontraban las cuatro puertas de las murallas y los trabajos de la industria de seda del ducado. Sentados en el jardín, dio orden de que nos sirvieran unas copas de vino.

—Os veo muy serio, Juan. ¿Cómo van vuestras pesquisas?

Carlos no parecía muy feliz con su esposa, María Magdalena Centelles y Folch, hija de los condes de Oliva, y con sus obligaciones de quinto conde de Gandía. Después de brindar y beber un sorbo, le respondí:

—Mis trabajos van bien, aunque me urge regresar a Lisboa. He estado meditando sobre el momento en que nuestro padre decidió hacerse jesuita. Cada vez que lo recuerdo la situación me parece más extraña.

—Sí, sin duda lo fue. Su decisión estaba por encima de los códigos y las normas al uso. Votos en secreto, sin dejar las obligaciones del ducado y sin romper todavía, si es que alguna vez rompió, con la corte. Aunque

en su corazón renunció a todo, de eso estoy convencido, nunca en realidad dejó de ser un hombre de confianza de los gobernantes y un grande de España. Lo prueba la misión del último año de su vida.

Doña Magdalena se acercó desde el fondo del jardín y nos saludó, afectuosa, a mi hermano y a mí.

—¿De qué habláis?

—De lo de siempre —respondí—, del duque, nuestro padre.

Magdalena era de la opinión de que fue un místico plenamente entregado a Dios y que Ignacio de Loyola le mantuvo en un estatus especial, pues, como afirmó por entonces, estaba convencido de que «el mundo no tiene orejas para oír tal estampido».

—Creo que hizo bien en mantener por el momento en secreto tan sorprendente noticia y en darle tiempo para que el duque arreglara sus cosas. Es muy interesante la correspondencia entre Ignacio y Francisco de aquella época.

Saqué de mi carpeta la carta que recibió Borja de Ignacio a raíz de su decisión:

> *«Y así, en el nombre del Señor, yo acepto y recibo desde ahora a vuestra señoría por nuestro hermano y como tal le tendrá siempre mi alma aquel amor que de se debe a quien con tanta liberalidad se entrega en la casa de Dios para en ella perfectamente servirle.»*

—Conozco esa carta —dijo con una sonrisa Carlos—, y recuerdo que el duque me la dio a leer, pues Ignacio le aconsejaba que procurara el casamiento de sus hijas que tuvieran edad y que me confiara a mí, como hermano mayor, el cuidado de los demás. Debía, además, dejar encaminadas las obras de Gandía y estudiar teología en la Universidad que estaba fundando en esta ciudad.

Magdalena indicó a los criados que sirvieran más vino y trajeran de aperitivo unas perdices que había cazado Carlos el día anterior. La sombra de un templete del jardín, cubierto de hiedra, nos protegía del sol que jugaba en los brillantes azulejos de los balcones.

Añadí, entusiasmado con una conversación que tanto nos unía:

—Lo más extraño de todo es que el padre Ignacio le concediera la profesión solemne en menos de un año, cuando ésta la hacen los jesuitas

después de mucho tiempo y largos estudios y probaciones, y todo sin moverse de aquí.

—Algo muy grande debió ver el de Loyola en vuestro padre —terció Magdalena.

—Hay otras y muy poderosas razones —añadí.

Mi hermano y mi cuñada me miraron con no disimulada curiosidad.

—Muy sencillo. La razón más poderosa es que nuestro señor el rey don Felipe llamó al duque a las Cortes de Monzón sin admitir excusas. En aquellas Cortes estuvo presente también el padre Araoz, que ya sabéis que era medio pariente de Ignacio y que acudió a pedir remedios para la reforma de los monasterios femeninos. Polanco me contó en Roma que Araoz se dio cuenta de que Felipe II quería nombrar a nuestro padre mayordomo suyo.

—¿Mayordomo?

—Sí, habéis de saber que por entonces don Felipe se había quedado en la práctica sin consejeros. No sólo había muerto al parir su esposa, María Manuela, sino que en poco tiempo fueron desapareciendo personajes tan importantes como el cardenal Tavera, su ayo y mayordomo Juan de Zúñiga y el secretario Francisco de los Cobos; en una palabra, casi todos los hombres de confianza que había puesto a su lado el emperador. No era raro, por consiguiente, que volviera a pensar en el duque, sobre todo cuando se proyectaba el matrimonio del príncipe con «María la abandonada».

—¿Doña María, la portuguesa? ¿La hija de Manuel el Afortunado, casado en terceras nupcias con doña Leonor, hija del emperador? Ésa no quería ni oír hablar de boda —puntualizó Magdalena.

—Sí, es verdad que ese matrimonio nunca se realizó. Pienso que, de haberse llevado a cabo, nuestro padre no hubiera tenido más remedio que haber sido su mayordomo. Por eso Ignacio vio claro que debía asegurar la vocación de Francisco haciéndole pronunciar su profesión solemne antes que se lo arrebatara la corte.

—Pero ¡era una medida excepcional! —interrumpió Carlos—. Ignacio se saltó sus propias reglas y constituciones.

—Claro, ¿quién sino un fundador puede hacer tal? Pero, para llevarlo a cabo, hacía falta una dispensa pontificia. Ignacio la consiguió de Paulo III, sin darle al papa el nombre, para que nuestro padre hiciese profe-

sión solemne con la facultad de seguir ocupándose durante tres años de los asuntos que le retenían aquí en Gandía.

—¡Todo en el más absoluto de los secretos! —comentó Magdalena.

—Así es, hermana. Si hasta le pusieron un nombre en clave, «Rafael». Andrés de Oviedo lo usa continuamente para escribir a Roma, contándole que el duque está de acuerdo y «con mucha consolación». La dispensa del Papa se estaba negociando antes de que comenzaran las Cortes de Monzón, que, como sabéis, se iniciaron el 5 de julio del cuarenta y cinco.

—Lo que no acabo de entender —apuntó Carlos, mientras daba cuenta de un bien sazonado muslo de perdiz— es cómo el duque soportó tratar en Monzón asuntos de gobierno en la situación anímica en que se encontraba.

—Lo pasó mal —respondí. Imaginaos lo que debía estar pensando cuando los diputados y la propia Corona designaron en Monzón a dieciocho habilitadores encargados de nombrar dos o tres tratadores.

—¿Que misión tienen los tratadores? Perdonad mi ignorancia —inquirió Magdalena, cada vez más interesada en la historia de su peculiar suegro.

—Son intermediarios entre el rey y las Cortes —explicó Carlos—. Presentan a las Cortes la voluntad del soberano, y a su vez transmiten a éste los deseos de las Cortes. Nuestro padre fue elegido tratador, lo que muestra la gran confianza que tenían en él los diputados.

—Y supuso un ingente trabajo —añadí.

Otro de los nombrados para este cargo fue Fernando de Loaces, obispo de Lérida, que colaboró con el duque cuando era virrey de Barcelona. ¿Recordáis? No era de extrañar que el jesuita Araoz escribiera al padre Ignacio: «El duque es, en esta corte, espejo, y admira a todos y es muy amado y estimado del príncipe». ¡Acabó agotado! «Nuestro Señor ha sido servido de sacarme de la Babilonia de Monzón», le escribió a Ignacio. Y en otra carta al deán de Gandía he encontrado estas frases: «Aquí estamos ya de camino para nuestras casas. Yo lo he mucho menester para descansar de los muchos trabajos que aquí he padecido de muchas maneras». Tan brillante fue su actuación que el príncipe don Felipe le encareció mucho al emperador los servicios prestados por Borja en dichas Cortes. En fin, qué voy a contaros que no sepáis.

La conversación y los recuerdos nos atraparon de tal manera que ni siquiera entramos al comedor. Allí, en el jardín, seguimos picando diversos manjares mientras Carlos recordaba cómo transcurrieron aquellos tres años, entre el cuarenta y siete y el cincuenta, que nuestro padre pasó aquí al mismo tiempo como jesuita y como duque de Gandía. Los testamentos que escribió para dejar todo arreglado, nombrando albacea a la tía Juana y al padre Oviedo, las misas que debían celebrarse por la emperatriz, por el bisabuelo Rodrigo, el famoso papa Borja —a pesar de los años, no debía tener muy claro lo de la salvación de su alma—, en fin, por su esposa, Leonor. También nombró a Carlos defensor y procurador del colegio de la Compañía. La mitad de su herencia se repartiría por partes iguales entre las hijas, y la otra mitad, entre sus hijos. Nuestra educación la encargó al jesuita padre Francisco de Saboya. Se ocupó además de la inauguración de la iglesia de los dominicos, en la que predicó su antiguo confesor de Barcelona, el padre Juan Micó.

Antes de despedirnos, Carlos sugirió:

—¿Has tenido ocasión de hablar con Melchor Marcos? Él debe tener mucho que contar. Aunque no sé, es tan reservado...

Aquella noche dormí apaciblemente y contento, pues en un par de jornadas en Xàtiva y Gandía había dado nuevos y eficaces pasos en la redacción de mi informe. Una luna de cara ancha, lozana como una campesina gandiense, me miraba desde la ventana, quizás riéndose impertérrita del paso del tiempo y de los hombres.

11

Pájaro solitario

Al día siguiente muy de mañana me dirigí al enorme caserón de la universidad, uno de los empeños en que el duque de Gandía puso sus energías e ilusiones antes de dejar el ducado. Bajo la incipiente arboleda de la entrada, clérigos y laicos charlaban animadamente sobre sus enseñanzas de lógica, dialéctica y teología escolástica y positiva.

En la puerta me saludó risueño un hermano jesuita.

—Le esperábamos, don Juan. Según nuestras noticias, Melchor Marcos está a punto de llegar. Desembarcó en el puerto de Denia anoche, después de un viaje con viento favorable desde Roma y Valencia, por lo que creemos que acudirá pronto a la cita.

Aproveché para ordenar mis apuntes, sentado en el patio donde ahora florecían las adelfas. Me parecía estar viendo cuando aquel edificio no era más que un gran solar junto a la iglesia de San Sebastián cubierto de hierbas. «Mi colegio y universidad de Gandía», lo llamaba orgulloso mi padre. ¡Qué contento estaba cuando pusimos la primera piedra! Porque la pusimos entre todos.

Al principio sólo pensaba en un colegio para educación de los moriscos. Pero luego se fue ampliando a todo tipo de alumnos, llegando a ser el primer colegio en que los jesuitas impartieron en el reino clases a personas no pertenecientes a la orden. Con este fin escribió a Ignacio rogándole que enviara a un maestro en artes y un par de estudiantes. Loyola destinó a esta fundación en ciernes a Andrés de Oviedo, que llegó con cinco jóvenes. Sería por noviembre del cuarenta y cinco y al duque le sonreía el alma.

Lo que menos podré olvidar fue la ceremonia de colocación de la primera piedra a primeros de mayo. Hacía un sol espléndido, aliviado por una ligera

brisa que venía del mar. Todos nos vestimos de fiesta y Borja iba con sus galas de caballero de Santiago. Fue la última vez que vimos vivo al amable Pedro Fabro, que estuvo dos días con nosotros. De esos dos, uno se lo pasó entero charlando con el duque. Me figuro cuántas cosas le preguntaría sobre Ignacio, de sus tiempos de París, de aquellos primeros compañeros y de sus votos en aquel amanecer inolvidable en Montmartre.

Fue él quien depositó la primera piedra; el duque, la segunda; Oviedo, la tercera, y luego fuimos desfilando todos sus hijos a poner cada uno la nuestra. Fabro estaba también feliz. En una carta a Araoz le decía: «La mañana que yo partí en Gandía, muy contento y dejando a todos contentos, dije misa primero en San Sebastián, que es donde se hace el colegio, y después de misa, en la cual estuvieron el duque y sus hijos, fuimos a poner las primeras piedras en el colegio, con cierta bendición que yo solemnicé con siete salmos». No faltaron piedras depositadas en nombre de otros compañeros y una especialmente en nombre de Ignacio.

Luego se empeñó mi padre en convertir al colegio en universidad. Quizás demasiado para Gandía. Se lo pidió especialmente a Paulo III, y como ni el papa ni el emperador podían negarle nada, firmó su santidad una bula de erección de la que sería la primera universidad de la historia de los jesuitas, con los mismos privilegios que las universidades de Valencia, Salamanca y Alcalá. No se imaginaba lo que con el tiempo tuvo que reconocer, que Gandía era muy pequeña para surtirla de suficientes alumnos.

Pero entonces estaba muy preocupado de buscar doctores para las ocho cátedras y de facilitar habitación para los estudiantes forasteros. «Faltarán huéspedes, pero alojamiento no les faltará en Gandía», decía. Barcos enteros llenos de libros vinieron de Argel, Flandes y París para llenar sus estanterías. ¡Qué amor han tenido siempre los jesuitas a los libros! Tres años después terminaron las obras y también, cuando la brisa perfumaba el aire con sensuales aromas de mayo, asistimos a la inauguración, que presidió el padre Oviedo, y defendieron tesis un francés, Francisco Onfroy, de teología, y Pedro Canal, que disertó sobre filosofía. Por aquellas fechas eran trece los jesuitas; y los moriscos estudiantes, en lugar apartado, eso sí, hasta diez.

Era un prodigio ver cómo mi padre se las industrió para reunir dinero con que pagar aquella ambiciosa fundación. De quinientos ducados pasó

pronto a ochocientos y hasta mil de renta. Pero lo más curioso es que uno de los primeros estudiantes fue él mismo, hasta doctorarse en ella. Encontraba tiempo para estudiar a la luz de parpadeantes candiles a Agustín y al Aquinate.

Pero no me conducía aquella soleada mañana a sus aulas el puro remover la nostalgia de días pasados. En la Universidad de Gandía sucedió por aquellos años un conflicto que puede arrojar luz para mi investigación. Por eso había escrito a Roma solicitando una cita con Melchor Marcos, una de las personas más cercanas y que mejor conocieron a mi padre.

El hermano Melchor, que había obtenido los debidos permisos para venir a verme desde la Ciudad Eterna, apareció después de un par de horas sudando bajo un sombrero largo y negro, que más parecía gris del polvo del camino.

Me abrazó efusivamente y, exhausto, se secó la frente con un pañuelo sucio. He de advertir que Melchor no era un desconocido para nosotros. Catalán, nacido en Valls, de la provincia de Tarragona, entró a servir en nuestra casa en los tiempos del virreinato. Hizo un poco de todo, desde instructor de música a ayuda de cámara del duque. Mi padre, siendo virrey, se lo envió como músico a la duquesa de Medinasidonia y llegó a desempeñar el cargo de maestro de capilla en Sevilla. Era como su sombra. Sabía estar justo en el sito debido y en el momento oportuno. También se le ocurrió hacerse jesuita y llegaría a pronunciar los votos como hermano coadjutor el día de Santa María Magdalena de manos de mi padre. A partir de entonces no se separó de Borja, ni a sol ni a sombra, convirtiéndose en su verdadero hombre de confianza. Parecía su perro guardián, y he de añadir que le daba mucha tranquilidad y sosiego.

Pronto pude comprobar lo que ya sabía: que Melchor, como todo buen ayuda de cámara, no era muy locuaz. Tenía, eso sí, una mezcla de payés catalán con un brillo de inteligencia en los ojos, pero solía permanecer con la mirada baja llevando al extremo las normas ignacianas sobre la «modestia religiosa». En una palabra, el hermano Marcos era otro de los enigmáticos grandes amigos de mi padre.

—Melchor, os he hecho venir aquí porque en Roma no tuve tiempo de conversar ampliamente con vos, como hubiera querido, tras la muerte del duque. Os supongo al corriente de mi cometido y de la importancia del encargo en que me ocupo.

El hermano jesuita asintió con media sonrisa.

—Estoy a vuestra disposición, don Juan.

—Hay un episodio confuso en la vida de mi padre que necesito aclarar. No sé...

—¿Os referís a la crisis espiritual de este colegio y universidad? —interrumpió al instante mirándome por el rabillo del ojo.

—Exactamente. La correspondencia entre el duque y el padre Ignacio, que he revisado detalladamente, muestra que en aquel período hubo sus más y sus menos. ¿No es así?

Melchor frunció el ceño y respondió con dificultad. Su rostro taciturno contrastaba con el gorjeo de los gorriones y las risas lejanas de alumnos que departían por el patio.

—Sabéis que son cuestiones internas de la Compañía. No obstante, vos sois de confianza y os relataré lo que sé. Supongo que recordaréis a fray Juan de Tejeda, el lego franciscano extremeño a quien se aficionó tanto el duque y que se trajo consigo de Barcelona. Como sabéis, era un hombre extraño y visionario que parecía recortado de un viejo códice medieval. Dicen que profetizó al señor duque que enviudaría y llegaría a ser religioso. Lo cierto es que, mientras se preparaba para ser sacerdote, enredó bastante este buen fraile dentro esta universidad con sus ideas de «profetismo reformista».

—¿Profetismo reformista? ¿No es la tesis de los llamados *espirituales* que soñaban con un papa angélico, que, mediante la pobreza extrema y la oración, debería reformar la Iglesia?

Melchor carraspeó. Le salían con dificultad las palabras.

—Sí, sí, eso es. Pues bien, fray Juan trataba con los jesuitas de Gandía como si fuera uno de ellos. Estaba obsesionado con la piedad, la oración, las mortificaciones, el retiro. Y tiraba a cada momento del *Directorium aureum contemplativorum* y de otro famoso libro, la *Via espiritus o la perfección del ánima.* Como supongo sabéis, ambos son libros escritos por franciscanos. El último es de un lego andaluz originario de Sicilia. Bernabé de Palma se llama.

—Lo que me extraña es que los jesuitas de Gandía se dejaran influir tanto por un simple lego como fray Juan.

—¡Uff! ¿Acaso ignoráis que el padre Oviedo decía que «oír hablar de propósito al Tejeda es oír hablar de Dios»?

—¡Todo un rector arrastrado por ese visionario! —comenté intrigado por el relato, pues yo no conocía el asunto sino desde fuera.

Melchor, que se movió en su asiento para protegerse mejor bajo la sombra de un roble, comenzó a entusiasmarse e incluso a levantar la mirada de soslayo mientras hablaba.

—¡No, no sólo eso, don Juan! El padre Oviedo escribió a Ignacio de Loyola diciéndole que nuestro Señor le había dado grandes deseos de recogimiento. «Porque la candela que ha de iluminar a otros es menester que se encienda primero», decía. Hasta aquí, todo muy bien. Pero a continuación le decía que le habían venido tales deseos de soledad y de un lugar apartado que le pedía marcharse a un desierto con su compañero el padre Francisco Onfroy —al que llamábamos *el gallo*, por ser francés—, nada menos que durante siete años. Eso sí, para decirlo todo, se lo escribía de una forma muy humilde y sujetándose a la obediencia.

—¿Y qué contestó el padre maestro Ignacio?

—No quiso hacerlo directamente, sino a través de su secretario, su mano derecha, Polanco. La respuesta fue suave, porque sabía que Oviedo era una buena persona, dispuesta a obedecer. Que, como lo de los siete años era cosa «ardua y de peligroso ejemplo para el modo de proceder de la Compañía», le decía que el asunto «requiere mayor provisión». Oviedo obedeció como un santo, incluso pidiendo perdón por su osadía.

Melchor respiró hondamente como si se hubiera liberado de un fardo.

—Bien, pero lo que realmente me interesa es hasta qué punto el duque se dejó influir por estas personas —insistí.

Melchor tragó saliva. Los estudiantes salían alegremente de las aulas, tras finalizar las clases, al gran patio, agradable a la sombra gracias a una brisa fresca de primera tarde.

—Vuestro padre era distinto y dotado de una rara inteligencia. Pero no debemos olvidar que estaba comenzando su vida espiritual y que desde hacía años le atraía el retiro y el silencio. Supongo que conocéis la larga carta que nuestro santo padre Ignacio le escribió para poner límite a sus ayunos y flagelaciones.

—Conozco esa carta y ese estilo equilibrado con que le exhorta Ignacio. Sobre todo me hizo gracia cuando, recordando que él mismo se pasó en penitencias al principio, hace referencia al estómago, que «con los tales ayunos

y abstinencias no puede naturalmente hacer sus operaciones, ni aún digerir algunas de las carnes comunes». No deja de ser curioso que estos dos grandes hombres de Dios y amigos entre sí padecieran ambos del estómago. En una palabra, que los dones místicos no vienen a fuerza de penitencias, porque son un regalo de Dios. Pero decidme, el más peligroso ¿no era Onfroy?

—¿Onfroy? Por culpa de Onfroy maestro Ignacio hizo escribir a Polanco un pequeño tratado *Sobre las ilusiones*, en el que ataca la historia del «papa angélico» y al propio Onfroy indirectamente, porque la gran prueba para que se vea que estas revelaciones vienen de Dios es que la persona se hace más humilde y no soberbia.

Me entusiasmaba al comprobar que poco a poco iba sacando información del hermano Marcos, que ya me miraba directamente a la cara.

—¿Es verdad que Onfroy pensaba que mi padre sería el «papa angélico» y llegaría a reformar la Iglesia en el futuro?

—Lo es, y está escrito de la mano del propio Ignacio con el nombre en clave que se usaba en la Compañía para referirse a don Francisco de Borja: «R» (Rafael). No olvide, don Juan, que entonces el fundador quería evitar por todos los medios que alguien conociera el gran secreto de que el duque iba a hacerse jesuita. Viene a sugerir que sería muy bueno que Borja fuera papa como cualquier otra cosa que Dios quisiera servirse de él, pero que, respecto a tan alta dignidad, «es mejor hallarnos fuera de tales pensamientos».

El hecho es que Ignacio cortó de raíz aquel brote de desviación dentro de la Compañía de Jesús, y para ello se sirvió de mi padre. Sin la más mínima duda le decía que había visto claro delante de Dios que iban errados y fuera del camino. A los cuatro meses el duque podía cantar victoria al menos sobre uno de los tres fanáticos. Oviedo, al que tanto quería mi padre, se quitó de la cabeza la obsesión de ser «pájaro solitario en el techo», o sea, eremita, y se dedicó a estudiar qué era lo propio de la Compañía. ¿Quién le iba a decir que Ignacio le nombraría con los años primer rector del colegio de Nápoles para luego embarcarse en Lisboa rumbo a las Indias y morir entre mil privaciones como patriarca de las tierras del Preste Juan[14]? Y el francés, Onfroy, no tuvo tiempo de dialogar con Borja

14. Etiopía.

porque, atacado con una fuerte tuberculosis, tuvo que partir apresuradamente a Valencia, donde murió tísico.

—¿Y fray Juan? ¿Cómo encajó el golpe Tejeda?

Melchor sonrió, rascándose la nariz.

—¡Uff! Ya sabéis, el lego visionario se moría de ganas de ordenarse sacerdote. Una vez logrado su sueño, siguió al servicio del duque a su modo.

—Sí, ya recuerdo, mi padre le encomendó que fuera a avisar a mis hermanas, las duquesas de Lerma y Alcañices, de su viaje a Roma. Por eso viajó a Tordesillas y a Toro, donde vivían Isabel y Juana.

—También debía avisar a vuestra tía, doña Luisa, condesa de Ribagorza, en Pedrola de Aragón. Pero Dios no le concedió vida para llevarlo a cabo, pues en Valladolid le dio un ataque repentino. ¡Dios mío, doña Luisa cómo se enfadó! ¡Creía que el duque había partido para siempre sin avisarla! Ignoraba que había muerto el mensajero —subrayó Melchor con aire circunspecto y apartando de forma drástica una mosca pertinaz.

—Pero, decidme, Melchor, vos que habéis servido tan de cerca y tantos años a mi padre, estos personajes, ¿influyeron directamente en el duque, o es que mi padre los atraía por su modo de pensar?

Melchor osó levantar la mirada hacia la espadaña de la iglesia cercana, donde una tímida campana llamaba limpiamente a vísperas, mientras las sombras se desperezaban y el aire se hacía tibio, melancólico.

—Vos lo sabéis mejor que yo, hijo. Vuestro padre, desde la muerte de la emperatriz, tendía al retiro y amaba refugiarse en las verdades eternas. Diríamos que era un alma franciscana metida en el fragor de la actividad del ducado y la corte, que se debatía entre el retiro y la «contemplación en la acción» de los jesuitas. Al final pudo más el maestro Ignacio. No olvidéis que, todavía duque de Gandía, ayudaría a Ignacio de Loyola a realizar uno de sus grandes sueños.

—¿Os referís la aprobación de su obra más querida, el librito de los *Ejercicios Espirituales*?

—Vuestro padre estaba muy preocupado de que en estos tiempos de errores e Inquisición cayera la sospecha de herejía sobre el método de Ignacio y mandó a un canónigo de Gandía, que logró de Roma una aprobación verbal. Pero, como en la Universidad de Alcalá se empezó a decir otra vez que era cosa de alumbrados y hubo allí junta de teólogos para

examinarlos, el duque presentó al papa una traducción latina y, ya sabéis, consiguió la aprobación oficial en la que Paulo III nombra tres veces a vuestro padre. ¡Lo que no consiguiera él del papa Farnese!

—¡El libro de los *Ejercicios*! Recuerdo la ilusión con que él mismo costeó los veintidós ducados de la primera edición de quinientos ejemplares en una imprenta de Roma.

Nos levantamos antes de que se hiciera de noche, e invité a Melchor a entrar en la biblioteca. El olor a libros y la luz amarilla que los iluminaba desde las celosías me sobrecogió. Rodeado de tapices y revestido de la muceta doctoral, me pareció ver a mi padre arrodillado ante el claustro, recibiendo el bonete de manos del rector, y el grado. Yo mismo, que tenía a la sazón dieciséis años, con ayuda de los padres Sa y Cordeses me ocupé de ornamentar la sala adecuadamente. A la derecha se distinguía el hábito blanco del mercedario Jerónimo Pérez, que con tanta hondura conocía la *Suma* de santo Tomás y las *Sentencias* de Pedro Lombardo y que le dio clases durante año y medio. No, no fue un doctorado *honoris causa*. Yo mismo vi cómo pasaba las noches en claro estudiando y escribiendo sus primeros libros.

Aún resonaba en mis oídos la bien timbrada voz del rector:

> *«Habiendo pasado el debido y suficiente examen sobre la primera y cuarta de las sentencias, al que respondió* cum laude, *y habiendo respondido ingeniosamente a los argumentos, hecho el voto de seguir siempre a la Santa Sede y de no contradecir la santa opinión de la Inmaculada Concepción, al dicho nobilísimo príncipe admitimos al grado de doctor en sagrada teología y le entregamos la insignia...»*

La capa blanca, la espada, la cruz de Santiago, el cántico del coro...

La universidad fue como su segunda casa mientras estuvo en Gandía.

—¿Subimos a su cuarto? —sugerí a Melchor.

La puerta chirrió de no ser usada. Sus apuntes, a la sombra de un crucifijo, se amontonaban sobre la mesa de trabajo como si aún estuviera vivo, como si aún fuera a preguntarnos, levantando la cabeza, a Carlos y a mí: «¿Habéis cabalgado a Llombay? ¿Cómo van las cosas por allí, hijos míos? Quiero que veáis estas cartas de Valencia, Alcalá y el Colegio Romano.

Hemos creado nuevas becas, están al llegar nuevos libros de la imprenta...» Era incansable.

Para entonces ya había casado a Carlos con María Magdalena de Centelles, hija del conde de Oliva. Con ocasión de esta boda, ornó la sala de honor de nuestro palacio con las coronas radiadas de los Borgia, como las del Vaticano. En el friso hizo grabar aquella sentencia que sigue intrigándome:

> *Sic currite ut comprehendatis, quia non coronabitur nisi qui legitime certaverit.*[15]

No sólo Carlos quedó bien casado entre los años cuarenta y ocho y cincuenta. Mi hermana mayor, Isabel, lo hizo con el conde de Lerma, Francisco Rojas de Sandoval, hijo del marqués de Denia, a quien Borja conoció en Tordesillas. Y Juana contraía matrimonio con el tercer marqués de Alcañices, Juan Enrique de Almansa y Rojas.

Otro día nos llamó de nuevo a Carlos y a mí.

—Hijos míos, deseo haceros algunas recomendaciones. Tú, Carlos, con ayuda de vuestra tía doña Juana de Meneses, cuidarás de vuestros hermanos pequeños Álvaro, Fernando y Alfonso. Álvaro me preocupa menos, pues ya tiene dieciséis años. Dorotea es monja clarisa. Pero Fernando y Alfonso sólo han cumplido trece y doce años, respectivamente. Debéis hacer de padres con ellos, pues Dios me llama lejos de aquí.

Y luego, poniéndome su mano sobre el hombro y mirándome a los ojos, me dijo:

—Y a ti te transfiero la encomienda de la reina.

Melchor me sacó de mis pensamientos. Acariciando con su mano huesuda la mesa de roble, dijo visiblemente conmovido:

—Aquí escribió su testamento. Aquí firmó su definitivo adiós al mundo.

—¿Creéis de veras que mi padre dejó del todo el mundo?

Un silencio ungido embargaba la habitación en la que Francisco de Borja, ya flaco después de haber sido uno de los hombres más gruesos del

15. Corred de modo tal que comprendáis que no será coronado sino quien legítimamente sepa competir.

reino de Valencia, se hacía servir una escudilla de acelgas por toda comida. Allí el duque había firmado la renuncia a todos sus títulos, sus ayudas y pensiones destinadas a los colegios de Alcalá, Oñate y Roma, sus cartas secretas de despedida.

Melchor no contestó. Se volvió a mirar por la ventana a una Gandía rosácea, casi oscura, como en despedida. Cuando se volvió, advertí que una lágrima fugaz rodaba por su mejilla.

Entonces de pronto me vino a la memoria el día que mi padre dijo emocionado: «¡Ah, Melchor! He visto a Melchor feliz, sentado entre los bienaventurados». Puse mi mano sobre el hombro del enjuto hermano y ambos escuchamos el silencio. En el viejo despacho hacía frío.

12

La despedida

Hacía un calor pegajoso típicamente levantino aquel día de agosto que aún llevo clavado en mi alma con fuego hasta el punto que puedo revivirlo ahora mismo. Por mucho que marque simbólicamente el paso crucial de la vida de mi padre, para mí tiene el agrio sabor del adiós, pues ninguna despedida es fácil. Y eso que, en esta ocasión, para mí no lo era, pues yo, por deseo suyo, me disponía a partir con él. Además, ésta no iba a ser una despedida más, sino su despedida para siempre.

El patio de armas bullía con un multicolor hormiguear de preparativos. Los acemileros cargaban de bultos las mulas y los soldados de la guardia enjaezaban sus caballos al alborear las primeras luces.

—¡El duque se va a Roma a ganar el Jubileo! —comentaban los curiosos gandienses que cuchicheaban en el zaguán. Ésa era al menos la versión oficial para conservar el secreto de la verdadera razón de la partida, tras el fallecimiento en Roma del papa Paulo III, que había proclamado el Año Santo para el año siguiente.

Carlos, el primogénito, nos iba a acompañar sólo hasta las puertas de la ciudad. Mis tres hermanos pequeños miraban todo desde sus encandilados ojos abiertos; no entendían nada cuando mi padre los abrazó. La tía Juana Meneses no quiso bajar. Contemplaba esta escena, reprimiendo torpemente las lágrimas con un pañuelo de encaje, desde el ventanal gótico del salón de las coronas.

Francisco de Borja se contenía, pero su palidez aumentada por la acritud de sus penitencias, revelaba la tensión del momento. Montó su caballo blanco revestido aún con sus galas de duque, su capa blanca de caballero de Santiago y su mejor sombrero emplumado, y echó la última

ojeada de su vida al palacio que le vio nacer. Creyó ver a su madre joven bordando con mimo sus camisas; a don Juan, su padre, enseñándole a montar y a maestrar los halcones; los días inquietos de las germanías, los primeros besos de Leonor, los sueños de grandeza al servicio de Carlos V. Todo parecía junto y vivido en un instante.

¿Qué pasa con el tiempo, que engulle la vida como si ya no existiera y a la vez lo acumula en un presente que es y no parece? Quería dejarlo todo, pero en cierta manera era inútil, porque todo se iba con él, como la responsabilidad de sus ocho hijos, que en el fondo no podía abandonar del todo, cual hiciera con sus queridas partituras junto al jarrón y sobre el clavicordio. También se quedaban las cosas, las amadas cosas: los halcones por él amaestrados, los briosos alazanes en las caballerizas, las armas, los brillantes arneses y armaduras, el ropero repleto de sedas, brocados y vellorí, los muebles impregnados de olores íntimos y viejos recuerdos, las obras de arte, el crucifijo amarillento que él oyó hablar. Se quedaban los paseos a la luz de la luna, el perfume de los naranjos, el sabor prieto de las langostas y las rocas vecinas, imperturbables desde las que había escuchado tantas veces la mejor música, la del mar.

El duque dio orden de partir. Miré el patio de armas que, tras alejarse, parecía iba a quedarse definitivamente solo. Carlos y yo encabezábamos la comitiva, que cruzó Gandía como una gran parada, devorados por miradas de todo un pueblo curioso. Atravesamos la plaza, frente a la Colegiata, donde esperaban la resurrección los abuelos y los padres del duque, junto a mi madre doña Leonor. Desde las ventanas, los gandienses decían alegremente adiós a una comitiva que creían con retorno. Nos detuvimos delante de la universidad, donde se incorporaron a la expedición los padres Araoz, Estrada, Oviedo, Miró, Tablares, De Rojas, Bucceri y los escolares Del Sá y Verástigui. Además, venía el canónigo de Gandía Joan Villalón. Éramos una comitiva de más de treinta personas. La escolta se componía de un mayordomo, un camarero, un escudero, un furriel y varios pajes y criados.

El sol ardía en las piedras y en lo más íntimo de mi corazón, cuando salimos de la villa amurallada por la puerta de Valencia. Sentía dentro de mí la ambigua sensación de un padre que se desgajaba de su cuerpo como un muñón sangrante y el orgullo de haberme elegido para acompañarle en este su primer viaje de secreto caballero de Cristo.

Junto a la cruz de término, Carlos descabalgó y se arrodilló delante de él, pidiendo su bendición. Los caballos, inquietos, piafaban rompiendo el contenido silencio. Una marea de lágrimas ardiente inundó mis jóvenes ojos cuando el duque ordenó a Carlos que se alzara y ambos se fundieron en un abrazo en el que él le entregaba todo: el marquesado, el ducado, los honores de un grande de España, todas sus tierras y posesiones. Gandía brillaba como la vela blanca de un navío tendida al sol sobre el casco ocre de las murallas o, mejor, como un pañuelo que se resistía a dar un adiós para siempre.

«Voy gustando de cómo el Señor me lleva arrastrando», leí más tarde en una carta que el duque escribiera a Ignacio de Loyola. Y así era. Sólo una fuerza superior podía explicar aquel despropósito, sólo una contemplación de la fugacidad de todo podía arrastrar a este menosprecio del poder y la gloria y a tamaño salto en el vacío de un hombre en la madurez de su vida. Tenía exactamente cuarenta años.

—¡Carlos: ordenad que tapien esa puerta! —dijo por último el duque antes de dar la definitiva orden de marcha.

Era un símbolo de un camino sin retorno aquel día inolvidable, el 31 de agosto de 1550, que no se me borra del alma.

Con el paso del tiempo, menos me explico una vocación que rompía todos los parámetros hasta ahora establecidos para la vida religiosa. Una profesión solemne en secreto, que suprimía el voto de pobreza, con autorización especial del Papa. Una ruptura con el mundo, acompañado de un séquito de treinta personas. Un padre que aún dejaba hijos pequeños en su casa para abrazar una orden nueva sin prestigio, incluso discutida. Un servidor cercano, «primo» del emperador con posibilidades de ostentar cargos de confianza, al parecer, mayordomo del nuevo rey Felipe, que se quita de en medio sin solicitar licencia previa. Un duque que en realidad nunca dejará de serlo en cuanto prestigio, influjo e incluso manejo de dinero.

En este punto de mi relato he de reafirmar que no me extraña que vuestra santidad me haya solicitado este informe y que la vida de mi padre resulte para vos, como para mí, tan apasionante como enigmática.

Para mayor abundamiento, he de añadir un recuerdo muy revelador. En mi casa existía la piadosa costumbre de elegir un santo como protector del mes. Tres meses antes de partir procedimos a revolver el saco de

terciopelo rojo que contenía las papeletas. Mi padre introdujo su mano y sacó un billete con esta sentencia:

Tu pasces populum meum Israel et tu eris dux super Israël[16].

Leído este texto, tiró el papel y quiso sacar otro. Pero por dos veces volvió a sacar el mismo, de modo que se dio por vencido. Sin embargo, yo noté que esto le provocó gran ansiedad. De hecho, en Gandía corrían diferentes comentarios, como escribiera el padre Saboya a Roma: «Desde los que se enternecieron con la partida del duque, hasta los ruines, que dicen que va a Roma para hacerse nombrar cardenal o para que lo hagan general de la Compañía de Jesús».

Aunque ésa nunca fue la auténtica intención de mi padre —puedo jurarlo—, la historia probaría que no iba tan descaminada la intuición del pueblo ni la del padre Saboya, que pedía en su carta «constancia para rechazar los honores que parecen amenazarle, a fin de que este santo duque permanezca en su humildad y sujeción, pues edifica más de esta suerte que no de cualquier otra manera». En cualquier caso, todos eran conscientes de las cualidades y relaciones de Borja como para pensar que iba a quedarse en un humilde religioso más.

Pues Francisco, la verdad, en cierta manera siguió siendo duque y padre y viudo toda su vida. ¿O se puede renunciar a haber amado? ¿O puede uno olvidarse de sus hijos? No se borra el pasado de un plumazo. Ni la cultura o la experiencia pueden arrinconarse en un arca del desván como un vestido viejo. Ni en estos tiempos se puede renunciar al linaje así como así.

De hecho, cuando desde Roma presentó al emperador la renuncia de su señorío, Carlos V le llamó «ilustre duque primo», como acostumbraba. Mi padre envió, como diré enseguida, al emperador, mediante su pariente y amigo el portugués Ruy Gómez de Silva, el documento en que dejaba claro que se determinaba por ingresar en la Compañía de Jesús para servir a Dios. No le pedía permiso, se limitaba a informarle, porque la deci-

16. Apacentarás mi pueblo de Israel y lo gobernarás.

sión estaba tomada. Pero había más. Borja tenía una renta de juro que le proporcionaban cuatrocientos mil maravedíes. Pese a su voto de pobreza, mi padre pidió al emperador que le mantuviera esta renta por razones de conciencia. Se trataba de un dinero que procedía de los impuestos de los diezmos, aduanas y otros derechos de la villa de Requena. Gran parte de esta suma, así como de otras cantidades que procedían de las rentas de mi hermano Carlos como actual marqués de Llombay, las usó mi padre para obras buenas, como la construcción del Colegio Romano. Aún en esto mi padre no dejó nunca de ser el duque. En realidad, así lo llamarían en Roma y el resto de su vida.

Sin embargo, todo en la vida es relativo, y el tremendo paso estaba dado; para un señor de sus tierras, ex virrey, ex caballerizo de la emperatriz y grande de España, las apetencias y glorias de este mundo quedaban detrás como un fardo que seguía pesando, como un pasado que le acompañaba como su sombra.

Habíamos caminado como dos tiros de piedra, cuando Francisco de Borja dio orden de que se detuviera la comitiva y, contemplando la ciudad, exclamó, repitiendo el salmo:

«Mis ligaduras están rotas y yo estoy libre en el nombre del Señor.»

El viaje iba a ser largo y debía ser aprovechado para realizar contactos que interesaban a Ignacio de Loyola, desde su puesto de gran estratega de la nueva orden en Roma. Éste quería, además, reunir en la capital de la cristiandad con motivo del Jubileo a los jesuitas de la primera hora.

Pronto divisamos en lontananza las murallas de Valencia, donde el duque había ido días antes a saludar a su viejo amigo el santo arzobispo Tomás de Villanueva. Entramos en Cataluña por Tortosa y Tarragona. La breve visita a Montserrat, tan ligada a los primeros pasos de Ignacio, y los recuerdos de los tiempos de ex virrey de Cataluña, le emocionaron. ¡Cuán diferente cabalgaba ahora por aquellas tierras que había gobernado!

Fue un viaje de contrastes. Por un lado, las autoridades salían a nuestro encuentro al llegar a las ciudades para agasajarnos. Por otro, a la luz de la luna y bajo el fulgor de las estrellas, orábamos al Dios de todas las cosas, y Araoz se encargaba de programar el viaje del día siguiente y considerar las

leguas que habíamos de recorrer durante la jornada. Atravesamos a buen paso los verdes parajes del Rosellón y la Cerdeña, y cruzamos las aguas del Ródano por Aviñón. De pronto, unas fuertes calenturas se apoderaron de un jesuita de la comitiva, el padre Miró, que tuvo que quedarse enfermo en Aviñón, acompañado por el padre Oviedo.

Finalmente, penetramos en la dulce Italia y, vía Génova, cuyo puerto alegrado por las jarcias y blancas velas de las galeras que vimos desde arriba, nos dirigimos a Parma. Al aproximarnos a sus murallas, incendiadas por la luz del crepúsculo, vimos salir de la ciudad mucha gente a caballo, precedidos por el duque Octavio Farnese, que nos condujo con gran boato hasta palacio. Allí esperaba a Borja *madama* Margarita de Parma, hija natural del emperador, que nos ofreció aquella misma noche una opípara cena.

Toda la velada estuvo Margarita departiendo amigablemente con el duque.

—Ya conocéis mi gran admiración por el padre Ignacio y su Compañía. ¡Cuánto echo de menos al que considero mi padre espiritual! Llevadle, si os place, mis más afectuosos parabienes a Roma.

—Sé que influisteis eficazmente en la aprobación de la Compañía. Sabéis que lo que más desea el maestro Ignacio es que en vuestra ciudad se cree un colegio.

—Dadlo por hecho, don Francisco —concluyó la princesa, mientras los músicos ilustraban los postres con música de cuerda.

Salimos para Bolonia y, desde allí, hacia Ferrara, donde llegamos a finales de octubre, después de casi dos meses de viaje. Mi padre, que había recibido un correo invitándole a visitar esta ciudad, se detuvo pensativo ante sus doradas murallas e imponente fortaleza.

—Aquí hemos de sufrir más fiestas y agasajos que en ningún lugar.

En efecto, el colorido de esta corte italiana estalló ante nuestros ojos precedida por el duque Hércules II de Este, hijo de la hermosa y discutida Lucrecia Borja, hermana del abuelo de mi padre, cuya figura evoqué al comienzo de este relato. Él fue el segundo duque de Gandía, el famoso Juan, cuyo cadáver flotó en las aguas del Tíber. Los frescos astronómicos de Dosso Dossi atrapaban mis juveniles ojos al cruzar los pasillos cubiertos por dioses y diosas desnudos que jugaban a taparse con ricos brocados. No podíamos sustraernos a los agasajos de nuestros familiares ni escapar

de tres días de lujosas fiestas en los que los salones del palacio de Ferrara resplandecían con las arañas venecianas y el baile de las sutiles y pálidas doncellas que me evocaban cómo debieron de ser los fastos de la corte de aquellos papas que fueron nuestros antepasados y de exquisito ambiente que creó la rubia Lucrecia. Aún conservaba aquella familia el alto nivel de patronazgo de la música y la poesía con que ella quiso rodearse. Para mí, acostumbrado a la sobriedad castellana, fue un deslumbramiento, como las altas lámparas exquisitamente labradas por Benvenuto Cellini o los pálidos colores de las sedas con que apenas tapaban sus escotes las elegantes damas. Pero mi padre estaba por encima de todo eso y, como buen político, consiguió, una vez más, lo que quería, un nuevo colegio para los jesuitas en aquella ciudad.

El duque evitó enfrentamientos en aquella ocasión con Renata de Francia, hija de Luis XII y mujer de Hércules, que era protectora declarada de Marot y Calvino, entre otros partidarios del libre examen. Su señoría salió a despedirnos con su guardia casi dos leguas. Por Florencia, la rival de Roma, pasamos como un suspiro, pero lo suficiente como para que los duques, también parientes nuestros, prometieran favorecer a la Compañía.

Ya estábamos a tres millas de Roma, el 23 de octubre, cuando se detuvo nuestra expedición, teóricamente de incógnito, pues mi padre pretendía entrar en la ciudad de noche y a pie, con un simple bordón de peregrino en la mano. Sin embargo, cerca de Viterbo, en las postas, un gentilhombre del cardenal de la Cueva nos recomendó:

—Señor, habéis de permitir que se os haga el recibimiento que corresponde a vuestra honorable persona.

Pocas leguas después, nuestra comitiva fue sorprendida por un agasajo en el que no faltaban muchos españoles presentes en Roma, entre eclesiásticos, nobles y encumbrados caballeros, que en la Piazza del Populo nos ofrecían sus mansiones por hospedaje. Entre ellos, el bien plantado príncipe Colonna; el embajador de España, Diego Hurtado de Mendoza, junto a diversos representantes de los cardenales y el patriarcado. Se diría una comitiva llena de color arrancada de un cuadro de Tiziano, desde el rojo cardenalicio hasta el blanco y pardo de los hábitos, pasando por las armaduras del gran condestable de Nápoles y los ricos brocados del embajador español.

Un enviado del papa Julio III se adelantó a saludarnos:

—Señor duque: el Santo Padre os ofrece los departamentos Borgia en el Vaticano para vuestro hospedaje.

Estaba claro. En Roma no podíamos sustraernos de la estela legendaria de nuestros antepasados.

—Gracias, monseñor, pero ya tenemos posada. Transmitid a su santidad mi gratitud y más rendida devoción —contestó el duque con una cortesana sonrisa.

Un aire entre señorial y provinciano parecía impregnar las callejuelas misteriosas y las cúpulas de la noche romana que, desde lejos, nos habían dado su bienvenida de siglos, desde un atardecer otoñal silueteado por cipreses. Como un sueño, empecé a descubrir el rumor de sus sorprendentes fontanas y el misterio sepultado en sus añosas ruinas junto a palacios que habían sido de nuestros ancestros. ¡Pensar que mi familia había llegado a ser la más poderosa durante años en aquella maravillosa ciudad! Finalmente, por la vía Flaminia y la Piazza Venezia, nos dirigimos a la sencilla casa de Santa María della Strada, donde vivía el padre Ignacio.

No olvidaré el momento en que mi padre se encontró con Loyola, que había bajado a recibirle. Ya atardecía y la brisa movía los manteos de los jesuitas que esperaban en la puerta. De seguida distinguí la reluciente calva y el perfil acusado de Íñigo, como seguían llamándole sus amigos más cercanos. Destacaba su calva con sienes escarpadas y rectas. Un pequeño bigote se unía a una barba escasa, que sombreaban la boca y el mentón. En sus labios se adivinaba finura y una rara mezcla de carnalidad y espíritu, de fuego y palabra. Pero lo que más me impresionaron fueron sus ojos grandes, llenos de párpado, profundos, extenuados, y a la vez luminosos, como si la vida capitaneara sobre el dolor. Parecía estar y no estar.

Un magnetismo muy especial emanaba del rostro de aquel gentilhombre de baja estatura, que otrora rubio, melenudo y apuesto caballero educado en el palacio de Arévalo, había dejado también las armas y sus sueños de gloria por convertirse en humilde peregrino por los caminos de Europa y Jerusalén con el deseo de seguir a Cristo debajo de su bandera, y con un grupo de universitarios de París fundar una «caballería ligera» para «mejor amar y servir». Ahora tendría unos cincuenta y ocho años, y una ligera cojera del pie derecho recordaba la providencial herida de Pamplona que le hizo despertar a otra manera de ver el mundo.

Mi padre se arrojó a los pies de Ignacio. Éste quería impedírselo y se arrodilló a su vez ante el duque y besó su mano. Ignacio levantó a mi padre y ambos se fundieron en un abrazo. Una estampa que parecía arrancada de un viejo libro de vidas de santos. El jesuita humanista Andrés de Freux leyó unos versos latinos:

Cristo pobre buscó una morada pobre.
Otro duque se ruborizaría en esta pobre casa.
Pero para ti la pobreza de Cristo es un honor precioso.

En aquel momento pensé que aquellos dos hombres habían nacido para encontrarse. Eran muy distintos, desde luego. De manera muy diferente habían entrado ambos en Roma. Ignacio, como un peregrino anónimo y mendicante que soñaba con embarcarse sin falta hacia Jerusalén para repetir paso a paso la aventura de los primeros apóstoles de Jesús. El duque, como un grande de España, con honores de tal y como quien llevaba el apellido de dos papas recientes. Pero en el fondo ambos eran dos místicos que vivían más allá de los intereses del poder y riquezas de este mundo, y que se alimentaban del silencio y de una profunda oración. Quizás Ignacio más atado al primitivo modo evangélico, y Francisco más influido por una tradición monástica, con la que en cierto modo Loyola quería romper.

Nos enseñaron las dependencias en que habíamos de habitar. Unas encaladas habitaciones que daban al patio, al otro lado de las de Ignacio y la curia de los jesuitas. Cuando años después encontré en Portugal al padre Gonçalves de Cámara, que en aquel lugar había recibido al dictado la autobiografía de Ignacio, me dijo sonriendo:

—Todavía las llaman «las habitaciones del duque».

Pese a ello, mi padre intentó portarse como uno más. Con frecuencia le vi sirviendo a la mesa o fregando platos en la cocina. Siempre aquellos contrastes que me turbaban tanto. Un día, creo que fue el de la Purificación, dos horas antes de nuestra partida, el duque quiso ofrecer una comida a toda la comunidad, que servimos él y yo. Luego fregamos los platos, pero, con tan mala fortuna que rompí una escudilla. ¡Total, que mi padre me hizo, siguiendo la costumbre de los jesuitas, confesar mi

falta en público! ¡Qué frío hizo aquellos días! Como nevaba intensamente sobre Roma y nosotros estamos habituados al clima cálido, Ignacio nos ordenó que lleváramos guantes.

Por entonces mi padre pensó en algún momento arrastrarme con su ejemplo. Ignacio debió ilusionarse también con la idea, pues veía en mí condiciones para la vocación. En un principio reconozco que estuve fascinado con esta posibilidad, pues me encontraba en esa edad en que uno se siente tan identificado con su padre que desearía imitarle en todo. Pero en mí luchaban dos sentimientos encontrados: el idealismo que despertaba aquella forma de vida de unos clérigos que derrochaban autenticidad en medio de un mundo de pasiones e intrigas, y la belleza de una ciudad mórbida tan dada al arte y la molicie.

Roma estaba repleta de peregrinos con motivo del Año Santo. Visitamos a altos dignatarios civiles y eclesiásticos. Pocos días después se presentó un legado pontificio. El papa Julio III, que había sucedido a Paulo III en febrero de aquel mismo año, nos recibía en audiencia. Antes estuvimos con el cardenal Alejandro Farnese, nieto de Paulo III, en el gran palacio de la cancillería proyectado por Miguel Ángel y en el palacio Chigi, debido a Rafael y que el papa regaló a Margarita de Austria, la hija natural del emperador casada con Octavio Farnese, que nos había recibido en Parma. Yo iba de asombro en asombro ante tanto arte y refinamiento. Era el dominio de las curvas y la sutilidad de los colores frente a la sobriedad más rectilínea del arte castellano. Intentaba comunicárselo a mi padre, artista y sensible. Pero él tenía su mente muy ocupada con su recién estrenada vocación, sus ardores místicos, y sólo pensaba entonces en sus gestiones para ayudar a Ignacio.

Cuando besé la zapatilla roja de Julio III no pude contener un estremecimiento. Nunca había estado cerca de un papa, que era decir no sólo estar junto a la cabeza de la cristiandad, sino del más prestigioso príncipe del momento, que reinaba en medio de una corte de ensueño y arte.

—Es mi hijo Juan, santidad, que me ha acompañado en este viaje.

El Papa me sonrió y me dio a besar su anillo. Luego se ofreció de nuevo a hospedarnos y a obsequiar a mi padre con cuantas gracias y privilegios deseara. Sólo en ese momento pude advertir hasta qué punto nuestra familia tenía entrada en Roma y el Vaticano.

Al salir, dije a mi padre:

—Padre, me ha impresionado mucho conocer a su santidad.

—Claro, hijo, por lo que representa. Pero, en cambio, yo he de confesarte que lo que me ha impresionado de veras es la persona de Ignacio, que sólo conocía por carta. Hasta ahora veía a Pedro Fabro como un gigante y a mí mismo como un niño. Desde que conozco a Ignacio, a su lado el mismo Fabro no es más que un niño.

Me gustaba verlos pasear a ambos por la huerta desde la ventana de mi cuarto. Mi padre era más alto, pero parecía empequeñecerse al lado del fundador, con quien mantenía largas charlas. Creo que estas catorce semanas que pasó el duque en Roma le sirvieron para toda la vida. Diría que sólo después de este encuentro se hizo de veras jesuita por dentro y comenzó a armonizar su mística con la vida práctica, esa «contemplación en la acción» que Ignacio quería para los suyos.

Pese al pretendido sigilo, la noticia sobre las verdaderas intenciones del duque de Gandía corrió como la pólvora. Su hospedaje, talante e intereses intrigaron a toda Roma, siempre dada a los secretos a voces.

—¡Dicen que el duque se ha hecho en secreto jesuita! —comentaba una dama mientras aspiraba el perfume de un bordado pañuelo en el velador de su jardín.

—¡Dios mío! ¡Qué locura! ¡A dónde han ido a parar los Borgia!

Se cumplía el dicho de Ignacio de que «el mundo no tenía orejas para oír tal estampido», pues el estruendo escaló a los palacios de los cardenales, corrió por los salones de baile y se comentaba a media voz en la semioscuridad de las sacristías. Para determinada aristocracia romana era más comprensible la dialéctica de los placeres y el veneno de los viejos Borgia que la mística de su nuevo representante.

—Nuestra pequeña iglesia de Santa María de la Strada es insuficiente para administrar los sacramentos a tanta gente como quiere recibirlos —le confió un día en una de sus largas conversaciones Ignacio.

—No conviene demorarse en comenzar la fábrica de una nueva iglesia —respondió mi padre, que presionó al santo para que se pusiera manos a la obra.

Durante nuestra estancia en Roma colocamos la primera piedra de lo que llegaría a ser el hermoso templo del *Gesù*. Y con los 14.000 ducados que vinieron de Gandía por orden del duque y con otras importantes

sumas que consiguió de sus amigos, se dio el primer impulso a la obra del Colegio Romano, que se convertiría, con los años, en el gran centro cultural y universitario con proyección y fama en toda la Iglesia.

Por aquellos días tuve ocasión de pasear por la ciudad, absorber los olores de la Piazza dei Fiori, donde fue quemado Giordano Bruno, y admirarme de las estatuas del Capitolio. Recorrimos las basílicas romanas para ganar el Jubileo. Todo un bautismo de arte e historia. Borja cerraba los ojos al tocar los sepulcros de los mártires y, desde su fina sensibilidad estética y religiosa, se arrobaba ante pinturas, aras e imágenes.

Otro día lo vi salir de su habitación sonriente.

—Hoy he escrito una carta al emperador, hijo. Aunque hubiera deseado que viniera a Italia para decírselo de viva voz, ha tenido mi pluma que expresar lo que había de decir la lengua. Le cuento cómo desde que murió la duquesa ha crecido mi deseo y se han ido desvaneciendo las tinieblas de mi corazón, por ser la divina bondad sin medida y su clemencia un piélago sin suelo. Le digo que Dios se ha servido a mover a estos siervos suyos de la Compañía de Jesús a que me admitiesen en su religión.

—¿Y le demandáis licencia al emperador? —pregunté, porque sabía que en realidad le daba hechos consumados.

—Sí —contestó, y me leyó un párrafo de su carta:

> *«Por lo cual suplico a Vuestra Majestad, como vasallo y criado, y comendador de la Orden de Santiago, sea servido de darme su imperial, graciosa y agradable licencia para que en estos pocos días que me quedan de vida pueda, de alguna manera, acordarme del tiempo perdido.»*

Después, le prometía

> *«...rogar a su divina bondad acreciente en Vuestra Majestad la salud espiritual, para que así, como le ha dado victoria contra los infieles y herejes, la dé también para las guerras y pasiones del hombre viejo, si algunas quedan por mortificar y vencer, y abrace y encienda en su alma el amor y la memoria de la pasión de Cristo.»*

Luego espolvoreó arena para secar la tinta y me dijo:

—Dadle esta carta al canónigo Villalón y que la lleve personalmente a Germania.

Ya he dicho que el emperador compartía muchas inquietudes con Borja desde los tiempos de las Cortes de Monzón. Por otra parte, Carlos V, gracias a sus espías, debía estar al cabo de la calle de los pasos de mi padre. No tardó, pues, en contestar a su viejo amigo, aunque la respuesta no nos llegaría hasta mayo, cuando ya estábamos de regreso en España:

> *«He entendido la determinación que tenéis de entrar en la religión de Jesús, y las causas que a ello os mueven, que son fundadas en el celo de servir a Dios nuestro Señor, porque le debéis dar muchas gracias, como lo hacéis, de que he holgado particularmente por la afición que os tengo, y así os agradezco la cuenta que de esto me habéis querido dar.»*

Terminaba el emperador diciéndole que seguiría favoreciéndole para sus intenciones «de acuerdo con su voluntad».

Carlos V escribió esta carta desde Augusta, donde se encontraba con su familia para tratar de encontrar una fórmula de sucesión alternativa en el imperio. Estaba cediendo cada día más responsabilidad a su hijo Felipe, obsesionado con su retiro. Aunque en el fondo no compartía el tipo de orden religiosa que el duque había elegido, pocas personas podían comprenderle mejor en sus inquietudes espirituales.

Mientras, Borja continuaba sus reuniones con Ignacio, que por aquellos días se extendieron a otros. Yo veía a aquellos hombres que, a diferencia de otros religiosos, vestían sin hábito, como simples curas, en frecuentes asambleas. Ignacio había convocado a los primeros padres para que revisaran con él las constituciones de la orden, que había concluido a finales de 1550. Hubiera deseado que hubiera estado presente también el fogoso navarro Francisco de Javier, pero pronto se dio cuenta de que su gran amigo no podía abandonar las Indias, donde sus brazos se cansaban de bautizar en solitario.

Entre las sotanas negras contrastaba mi padre, aún vestido con los ricos ropajes de duque. Él me presentó a algunos de aquellos legendarios personajes de la primera hora de la Compañía: Laínez, Salmerón, Polanco, Miona, Frusio. El portugués Simón Rodrigues y Bobadilla estuvieron

menos tiempo. También participaron en aquellos encuentros los jesuitas que habían venido con nosotros de España. Ellos me contaron que Ignacio no quería que le nombrasen superior general. Ya lo había rechazado diez años antes. Pero ahora se negaba con más razón, pues comenzaban a faltarle las fuerzas físicas. Su vieja dolencia de estómago le impedía a veces levantarse de la cama.

—Es como si le quemase todo el cuerpo. El padre maestro Ignacio intenta disimularlo, pero lleva una hoguera dentro —comentaba su secretario, Polanco—. Los médicos no aciertan con su dolencia. A pesar de ello, ha escrito de su propia mano un documento en el que delante de Dios dice que por sus muchos pecados y enfermedades no se encuentra con «las partes convenientes» para ostentar este cargo en la Compañía y añade: «Yo deseo en el Señor nuestro que mucho se mirase, y se eligiese otro que mejor, o no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la Compañía».

—¿Y han aceptado su renuncia? —pregunté.

Me contestaron que ninguno, excepto el padre Oviedo, que con gran simplicidad dijo que había que aceptar su renuncia porque era santo y la santidad era incompatible con ser general.

De nuevo me sorprendió que mi padre, al fin y al cabo un recién llegado, fuera contado en el estado mayor de la orden ignaciana. Pero ello indica algo indiscutible: el aprecio extraordinario que Ignacio tenía por Francisco de Borja. Se diría que aquellos tres meses en Roma el duque vivió al mismo tiempo su noviciado y su participación en una de las decisiones más importantes de la Compañía en la que acababa de ingresar.

Pero en realidad Borja estaba deseando partir. Así se lo comunicó al padre maestro Ignacio:

—Creo que he terminado mi misión aquí. Ya están en marcha las obras. Ya he escrito al emperador, a los obispos de Clermont y al cardenal de Lorena sobre mi decisión. Ardo en deseos de comenzar mis trabajos apostólicos. Padre Ignacio, ¿me dais licencia, para partir?

Yo notaba que el hervidero de intrigas y la vida cortesana de Roma turbaban su espíritu, siempre en busca de cambiar de vida, de retiro y silencio. Pero Ignacio le retuvo todavía algún tiempo.

Si algo tengo claro es que huía de honores como de la quema. Un día que dejábamos a nuestras espaldas la imponente cúpula de Bernini y

acababan de rendirnos honores las milicias del papa, le pregunté que por qué había elegido ser jesuita.

—No ciertamente para recibir honores, hijo, porque si buscara honras no habría escogido esta religión tan perseguida y abatida.

—¿Son acaso malos glorias y honores, padre?

—Bien sé que no son grandes sino los que se conocen por pequeños; ni son ricos los que tienen, sino los que no desean tener; ni son honrados sino los que trabajan para que Dios sea honrado y glorificado. Prefiero al Señor de los príncipes que se contenta con menos y paga más largo. Estoy cansado de disimular. Sólo quiero ser un simple jesuita, me basta con ser el padre Francisco.

La verdad era que en Roma no podíamos pasar inadvertidos. Éramos continuo objeto de comidillas. Que si el duque lo que quiere es que le hagan cardenal. Que si ha hecho ricos a los jesuitas. Que si éstos cada vez tenían más entrada en el Vaticano. De hecho, Ignacio tuvo que cortar por lo sano, y nombrar tres personas ajenas a la comunidad para que administraran los dineros que había dejado el duque.

—Que pasen los dineros por manos de otros y vean a favor de quién se gastan —dijo Ignacio, que sabía mejor que nadie los apuros económicos por los que pasaba su propia casa.

De atardecida llegamos a Roma, y de atardecida la dejamos a comienzos de febrero de 1551. Sus cúpulas y callejuelas se quedaron atrás envueltas en el oro enrojecido del poniente, mientras en mi alma se habían mezclado aromas y sentimientos de voluptuosidad y misterio; de mucetas rojas y hábitos pardos; del perfume del lujo y el acre olor a la pudibunda pobreza de ciegos y mendigos que vivían en las calles romanas; de cardenales entregados al placer y santos anónimos; de un papa rey poderoso y de un pueblo dicharachero y tramposo que se alimentaba de las limosnas que caían de los carruajes principescos. Su clima invitaba más al placer que a la mística. Su lengua, que parecía creada para hablar con Dios, se derrochaba en palabras de intriga y maledicencia o para susurrar la seducción junto al marfileño cuello de damas que parecían esculpidas por Miguel Ángel o pintadas por Rafael. Mis ojos habían descubierto a la vez el ideal de la entrega y los encantos de la mujer italiana, que allí depositaba en ti la mirada sin el disimulo de las españolas, con un desparpajo turbador.

Aquella tarde, mi buen padre cabalgaba en silencio, como en oración, rumiando sus nuevas vivencias y rodeado del mismo séquito que vino de España. Pero mis pupilas juveniles, que estaban descubriendo el mundo, se volvían hacia atrás como para recuperar aquella mitad de Roma que se me había escapado de las manos, o la sonrisa de una florentina que casi me declaró su amor en la antesala de un cardenal.

Hoy, al cabo de los años, sobrenada en mi recuerdo, muy viva, la imagen de Ignacio un día en que, asomado a la ventana que daba al huerto, le vi extasiado e inmóvil sumido en la contemplación de las estrellas.

—¿Qué hace? —pregunté al padre Polanco.

—Un día se lo comenté y, señalando al firmamento nuestro padre me dijo: «¡Qué poca cosa me parece el mundo cuando contemplo el cielo!».

13

Tierra de Ignacio

Los verdes valles guipuzcoanos, empapados de una fina lluvia y un ensueño de alcornoques, hayas y castaños, forman parte esencial de mi despertar a la independencia y a mi primer amor. Hoy he sentido la necesidad de saltar a mi caballo y, desde Gandía, retornar a la tierra vasca con la disculpa de este informe que llevo entre manos sobre mi padre. Volver a perder la mirada en aquellos extensos prados de húmedo verdor, pasear por sus pueblos dormidos entre montañas, entrar en esos íntimos caseríos de piedra que se asoman al río y la labranza, departir con aquellos campesinos de entrecortada gramática y ancho corazón, me iba a devolver un momento crucial en mi vida, que se identifica con un nombre: Lorenza.

Tan embebido por los deliquios místicos de mi padre y mi deseo de agradarle, casi estaba negándome a mí mismo que la sangre iba despertando en mí naturales instintos dormidos. Roma había abierto definitivamente los pomos más secretos de mi adolescencia, cerrados por tanto olor del incienso y devociones, por lo que para mí el viaje de regreso fue una lucha turbadora entre una incipiente y poco firme vocación a jesuita, casi impuesta por el ambiente, y los deseos de mi carne junto a los sueños de mi corazón.

Así, enfrascado en estos pensamientos, crucé con la comitiva, al compás del trote del caballo andaluz del duque, los blancos Apeninos, a través del valle de Arno hasta descubrir el encaje marmóreo de la catedral de Pisa. Nos detuvimos ensimismados ante tanta belleza. También lo hicieron los jesuitas Antonio Araoz y Diego Laínez, que cabalgaban detrás.

Laínez, el intelectual más brillante que tenía por entonces la Compañía, sonrió. Soriano natural de Almazán, dos años más joven que mi

padre, pálido y frágil, ya entonces estaba muy prestigiado como teólogo. Dirigió sus luminosos ojos negros, que despuntaban como tizones sobre su blanca tez y nariz aguileña, al etéreo edificio, e interrumpió el silencio en el que solíamos cabalgar.

—Dicen que el Duomo fue construido en el siglo XIII sobre tierra que los barcos pisanos transportaron desde el mismo Calvario en Jerusalén. A partir de entonces el campanil comenzó a inclinarse por haberse hundido los cimientos cuando se construía.

Cuando conversaba con este teólogo, que nos acompañó hasta Pisa, mi padre no saciaba nunca su curiosidad de saber sobre los tiempos de París y Venecia, cuando Laínez se adhirió al proyecto de Ignacio. A Araoz ya lo conocíamos de Barcelona. Era otra cosa. Había llegado a Roma vestido de seda como un petimetre, y lleno de sueños de grandeza.

—¡Me quería comer el mundo, hasta que el padre maestro Ignacio me conquistó para la Compañía!

Araoz era muy especial. A su modo, no había renunciado del todo a la grandeza, como se vería en su enorme influjo posterior en la corte de España, lo que no dejaría de ocasionar conflictos y también satisfacciones a mi padre.

Borja continuaba vestido como duque, pues aún no había recibido la respuesta del emperador. Iba a depender directamente de Ignacio, sin otros superiores intermediarios. Ya le había dado permiso para ser ordenado sacerdote al llegar a España.

En Pisa no tuvimos más remedio que sufrir el agasajo de otra corte, la del duque Cósimo, pues mi padre debía presentarle a Laínez.

—Aceptad, señor, una de mis galeras. Por mar arribaríais presto a España —dijo con atildado refinamiento y un pañuelo de encaje en la mano.

Pero el mal tiempo y el dato de que el navío en que Laínez se embarcó se estrellara contra las rocas, sin que, afortunadamente, a él le pasara nada, nos decidió a regresar por tierra. En marzo Borja escribió a Roma desde Aviñón que íbamos a entrar en España por Perpiñán en vez de por el camino previsto de San Sebastián, porque el rey francés Enrique III andaba en guerras con el emperador. Como era de suponer, el duque quiso que sorteáramos Barcelona y Zaragoza, para evitar encuentros y agasajos, e incluso rehusó visitar a la tía Luisa en Pedrola, que, como recordará el lector, estaba fuera de sí porque no había sabido nada por mi padre, pues-

to que, como tengo dicho, fray Tejeda falleció antes de poder cumplir su misión de informarla.

Atravesamos las provincias de Lérida, Huesca, Zaragoza y Navarra, hasta que el 5 de abril entramos en tierra de Ignacio. Manuel de Sa escribió a Roma en plena Semana Santa desde Segura: «Gracias a Dios estamos bien. El duque y todos nosotros estamos encantados con este país y su buena gente. Parece un pueblo feliz y religioso. Mañana, 4 de abril, dormiremos en Azpeitia, y desde allí iremos a Oñate por Vergara».

Azpeitia, su villa natal, era como me la había imaginado, tan misteriosa como el alma de Ignacio, y recogida entre montañas como un claustro verde ungido por la bruma y el balido de lejanas ovejas. Nos dirigimos a la vieja casa solariega y cruzamos bajo el escudo que había polarizado durante su juventud los sueños de grandezas del antiguo gentilhombre.

Ya no vivía el sobrino de Ignacio y señor de Loyola, don Beltrán de Oñaz. Pero en la puerta aparecieron su viuda y sus dos hijas, Lorenza y Magdalena, muy contentas de vernos. Por la sutil forma de sonreírme, fresca y natural como las fuentes que alegran aquel valle, la joven Lorenza parecía abrazarme ya con la sola mirada de sus grandes ojos negros y alimentar mis sueños desde su frente despejada y serena. Un hechizo secreto se apoderó de aquel cruce de nuestros ojos desde el primer momento, de tal manera que mi corazón comenzó a latir de forma inédita para mí.

Tras unas horas de descanso, la familia de Ignacio nos mostró sus recuerdos: la capilla donde rezaba ante la imagen que Isabel la Católica regaló a doña Magdalena, la misma donde Javier había celebrado misa a su paso hacia Lisboa antes de embarcarse hacia Oriente; la habitación de arriba, en la que, desprovisto de libros de caballerías, se convirtió al leer las grandes hazañas de Jesús y los santos y donde comenzó a distinguir las mociones interiores del espíritu, y las caballerizas, en las que seguían piafando algunos de sus viejos caballos.

Aquellos dos días me supieron a poco. No sé si es cierto eso de que algunos seres tienen su amor predestinado, pero era como si hubiera conocido a Lorenza de toda la vida. Sin el más mínimo rubor, me cogió de la mano para mostrarme la casa correteando como una gacela.

—Venid, os enseñaré la armería —me dijo como si me fuera a mostrar el paraíso.

Y allí me contó en dos palabras las hazañas de los Loyola, aunque yo, la verdad, no era capaz de seguir el relato, extasiado por el movimiento de sus carnosos labios rojos que dibujaban secretos escondidos sobre sus dientes de leche. Me hacía gracia aquel dulce acento vasco, que acariciaba de un agudo tono cariñoso sus terminaciones y su manera casi continua de reír.

Muchas veces me he preguntado por qué eligió mi padre para los primeros pasos de su vida religiosa aquel valle perdido en tierra vasca, si ya la Compañía poseía casas en Alcalá, Valladolid, Valencia, Barcelona, Gandía y Burgos. Y no encuentro otra respuesta que éste era el sitio más apartado de los centros de poder y de la corte, además de una ocasión para profundizar en las raíces natales de su amigo Ignacio. Buscaba silencio; eso, desde luego; y anonimato, y todo ello, por caprichos del azar, también determinó el rumbo de mi vida.

Pero nuestra estancia no fue tan fácil. Pese a que Araoz, como provincial, se pasó quince días buscando sitio adecuado para don Francisco, y encontró la ermita de Santa Magdalena, a una milla de Oñate, al socaire de la noticia de que por allí andaba el duque de Gandía en carne y hueso, la gente se aglomeraba en los caminos y en las plazas de las ciudades o aldeas sólo para vernos pasar.

—¡El duque! ¡Que viene el duque! —decían en euskera con los ojos muy abiertos aquellos graves aldeanos de nariz roja y negro blusón.

En Oñate se quitó con gran respeto su bonete don Íñigo Vélez de Guevara, que era hijo del conde Oñate y párroco local, con casi un ejército de autoridades de la zona. Parecía que las palmas y *hosannas* del Domingo de Ramos estuvieran destinadas nosotros. Habilitamos una casa pequeña junto a la ermita para una comunidad de media docena de jesuitas.

Andábamos todavía en aquellas fechas a la espera de la respuesta del emperador. A pesar de que mis pensamientos seguían capturados por la mirada y los airosos andares de Lorenza de Oñaz, por entonces me hallaba muy preocupado por la salud de mi padre. No sabía qué hacer. Cada día comía menos y eso no es lo que le había recomendado el padre Ignacio. De modo que me decidí a escribir a Roma, advirtiendo que apenas probaba bocado y yo había oído de propia boca del fundador que quería que sus súbitos cuidaran de su cuerpo para poder servir mejor a Dios. Pedí que seis compañeros atestiguaran con su firma que yo no mentía, para que se

supiera que no eran celo desmedido o inventos de hijo. Además, no había manera de decirle nada en lo que se refería a comer, dormir y orar. Araoz llegó a caer enfermo, pues había una especie de competencia entre el provincial y el duque a ver quién comía menos.

Ignacio respondió enseguida exigiendo a ambos moderación y ordenando al duque que se sometiera a la vigilancia de un médico. Pero antes, por mayo, llegó la ansiada respuesta del emperador, en los términos que ya he relatado. Y, nunca mejor dicho, fue como agua de mayo para mi padre, que se puso como unas pascuas y quiso hacer solemne dejamiento de sus ropas y atributos.

—¡Que llamen a un notario! —urgió mi padre.

Ante testigos con gesto caballeresco comenzó a quitarse solemnemente sus ropajes de duque, sus emblemas y vestidos, que repartió entre sus criados. Luego pidió delante de todos que un barbero recortara su barba, que nunca había llevado demasiado larga, y sus cabellos, y, humildemente, pidió la sotana a los jesuitas que allí estaban, como si fuera una limosna inmerecida. Luego despidió a los criados y siervos que nos habían acompañado desde Gandía.

—Retiraros a descansar los más viejos. Y a los más jóvenes, mi hijo Juan —añadió señalándome— os dará dinero para que volváis a Gandía, donde podréis entrar, si así lo deseáis, en servicio del nuevo duque, don Carlos.

Algunos no pudieron evitar derramar lágrimas al ver a su otrora opulento duque y amigo del emperador convertido en un escuálido religioso vestido de negro.

Sólo le quedaba recibir las órdenes sagradas. Fui con dicho motivo a Calahorra a buscar al obispo don Juan Bernal Díaz de Luco, que era muy amigo de los jesuitas. Pero, como estaba en el Concilio de Trento, vino su auxiliar, don Juan de Gaona, quien, gracias a las dispensas que traíamos de Roma, en tres días le confirió todas las órdenes.

Pocas veces he visto tan radiante a un hombre. Mi padre veía cumplido plenamente su sueño. Reía en la comida como un niño y al día siguiente salió por primera vez a la calle con su sotanilla y sus zapatos, como un jesuita más, a predicar un sermón. A veces la gente del pueblo nos acompañaba todo el camino, fascinada con esta historia del grande de España trocado en religioso.

Ya antes de ser ordenado fue a predicar a Azpeitia, San Sebastián, Villafranca, Rentería, Hernani, Tolosa. Las iglesias rebosaban de fieles y los pueblos se quedaban vacíos y en silencio cuando mi padre predicaba. Algunos iban desde las dos de la mañana a coger sitio.

Pese a haber sido ordenado, no celebró inmediatamente su primera misa, pues Ignacio quería impetrar al Papa una indulgencia especial para cuantos asistieran a la celebración. Por fin, dos meses después llegó el correo de Oñate con la concesión del Jubileo. A pesar de esta espera, su primera misa fue íntima y casi secreta. No olvidaré que la víspera me dijo:

—No quiero que venga mucha gente. Tú me ayudarás a la misa.

Fue en el oratorio de Loyola, el 1 de agosto. Francisco de Borja se revistió con una hermosa casulla, bordada en oro por su hermana, la tía Luisa, condesa de Ribagorza y duquesa de Villahermosa, la que llamaban la «santa duquesa», un ornamento que se conserva con gran mimo en Loyola. Le vi inclinarse sobre la sagrada forma y pronunciar las palabras de la consagración. No era un neosacerdote común, un joven con toda la vida por delante. Sus manos habían firmado leyes, ordenado ejecuciones, acariciado a una esposa, cuidado de ocho hijos, gobernado un virreinato y un ducado. Sobre sus hombros pesaban vivencias y responsabilidades, muertes y frustraciones, guerras y decretos. También amores y alegrías: la sonrisa de la emperatriz, la amistad de Carlos V, los besos de Leonor, los sucesivos nacimientos de cada uno de nosotros. Pero yo sabía que lo más importante es que su corazón volaba al encuentro con Dios en esa fusión de la que sólo gozan los místicos.

—*Hoc est enim corpus meum.*

El cuerpo de Jesús estaba en sus manos, más pequeño que cuando me recibió a mí en brazos y recién nacido. En el diminuto oratorio de Loyola parecían resonar las palabras de Ignacio sobre «los que más se quisieran afectar» en seguir bajo la bandera de Jesús, una bandera de sencillez, paz y justicia. Las nubes de incienso casi me impedían vislumbrar el resplandor de los cirios. Pero cerca de mí, a un lado de su madre, Lorenza, la sobrina nieta de Ignacio, estaba llorando.

Después de la misa me llamó Araoz.

—¿Os habéis dado cuenta del paso que ha dado vuestro padre?

Asentí sin dudarlo.

—Pues bien, don Juan, a partir de ahora no debéis llamar ya a vuestro padre ni «señor», ni «duque».

Asentí casi asustado con la cabeza.

Así que, cuando no lo llamara «padre», debía decirle «vuestra reverencia».

Su ejemplo cundió por toda la región y algunos jóvenes venían a verle y se quedaban con intención de ingresar en la Compañía. Recuerdo algunos nombres, como Bustamente, Gaspar Loarte, Antonio de Córdoba y Diego Ponce de León. Tampoco olvido que la primera persona que confesó Borja, tras su recién estrenado sacerdocio, fue un convicto que llegó herido a la iglesia.

A partir de entonces no paró de predicar de un sitio a otro. Un día se presentaron unos correos del virrey de Navarra, don Bernardino de Cárdenas y Pacheco, duque de Maqueda. Le invitaban a pronunciar sermones en Pamplona. En esta ciudad pasó lo de siempre. Mi padre se fue a hospedar a un mesón, pero el virrey no lo consintió y nos acomodamos en su casa. Iba para ocho días, pero tuvimos que quedarnos tres semanas. La iglesia mayor, Santo Domingo y otros monasterios, todos requerían escuchar los sermones del duque. Pero no dejó también de conversar con el virrey y los principales del lugar. Hasta les enseñó el famoso juego que hacíamos en el palacio de Gandía de «sacar el santo del mes», para que cada uno se encomendase al mismo durante el mes siguiente. Total, que al final consiguió lo de siempre, que el duque de Maqueda se interesase por fundar un colegio de la Compañía en Torrijos, villa populosa de su ducado, a cinco leguas de Toledo.

Mi padre no hablaba euskera, como los aldeanos de aquí, pero se defendía bastante bien en un castellano sencillo y pedagógico para que le entendiera todo el mundo. No predicaba, desde luego, como Araoz o como el padre Estrada, el más famoso orador que tenía a la sazón la Compañía, pero sus sermones movían a la gente, que yo creo acudían en gran parte por la curiosidad de ver a un hombre grande y famoso dando gloria a Dios.

Estaba pendiente, además, la celebración de su misa pública destinada a que la gente ganara el Jubileo que había concedido el Papa. Tuvo lugar ésta en Vergara, el 15 de noviembre de aquel memorable 1551. Vinieron gentes desde más de diez leguas y, a pesar de que la iglesia era muy grande, tuvo que celebrar la misa en el campo frente a la ermita de Santa Ana de Rotalde. Calculé que había más de diez mil almas allí reunidas y

que se distribuyeron unas mil quinientas comuniones. Previamente habíamos trasladado en procesión las reliquias que yo me encargué de traer de Roma y por las que durante día y noche cientos de fieles, enfermos y mendigos pasaron sus rosarios, sombreros y bordones.

Parecía que entrábamos en la rutina de todos los días. El viernes siguiente vi asombrado salir al duque con un saco junto al padre Miguel Ochoa.

—¿Dónde va vuestra reverencia? —le pregunté asombrado.

—A mendigar *ostiatim*.

Que era tanto como decir «de puerta en puerta».

Movido por la curiosidad, les seguí de lejos. Primero fue a las casas de los notables. Y luego, al pueblo. Los aldeanos le recibían entusiasmados. Las mujeres, vestidas de negro, salían a la puerta antes de que llegaran y, con dos panes en las manos, se ponían de rodillas para dárselos a Borja.

A finales de noviembre tuvimos una grata sorpresa. Estaba en mi cuarto cuando escuché el trote de próximos caballos. Un grupo de jinetes se dirigía a la ermita de Oñate. Advertí enseguida rostros conocidos: ¡eran mis hermanos Carlos y Álvaro! Habían venido desde Gandía a visitarnos. Les acompañaban mis tíos Felipe de Borja y el conde de Ribagorza. Mi padre celebró para ellos una misa y les dio a todos la comunión. Pero a la despedida se puso serio y les rogó que no volvieran, que lo más importante para él era el silencio de su retiro.

Yo le veía cada vez más flaco y peor de salud, sin que dejara de trabajar y escribir docenas de cartas, pues no había abandonado sus contactos sociales, posiblemente por indicación de Ignacio, que le insistía en su correspondencia que cuidara su estómago. Pero no hay que olvidar que los Borja tenemos sangre aragonesa.

Un día en que estaba escribiendo le pregunté:

—Padre, ¿a quién escribís hoy?

—A nuestro padre maestro Ignacio.

—¿Le contáis algo sobre vuestra salud?

—¡Ah, siempre la salud! Sí, hijo, sí, le hablo de mi salud.

Y me leyó un párrafo:

> *«Cuanto a lo que vuestra paternidad me mandó en lo de la salud corporal, aquí vino el médico de Azpeitia, y me dio el regimiento (régimen) que le*

parece que debo tener: ése pienso de guardar, pues vuestra paternidad me lo manda, aunque tengo de mi estómago experiencia, que cuando más le honran, más le fatigan y para menos se halla.»

Luego le contaba sus predicaciones por Vergara, Azpeitia, San Sebastián. Y acababa firmándose, como siempre hacía últimamente, «Francisco, pecador». Desde Bilbao y Vitoria también le solicitaban y él procuraba alojarse en el hospital de los pobres. Pero, a decir verdad, el pueblo vivía un gran acontecimiento por donde pasaba; se anunciaba su sermón a toque de trompeta por el pregonero público. Un día en Vitoria, el domingo de Sexagesíma, había tal multitud en la iglesia que apenas pudo subir al púlpito.

—A vuestro padre, don Juan —me decía un notable—, le reciben como a «cuerpo santo».

Yo no le acompañaba siempre. Aprovechaba muchas de sus ausencias para cabalgar campo a través, hasta Azpeitia, y verme con Lorenza. A hurtadillas de su madre triscábamos verdes laderas o riscos escarpados para descubrir nuevos paisajes, comer nueces y castañas y, sobre todo, hablar de nosotros.

Sudábamos una tarde cuando de pronto se puso a llover a cántaros. Lorenza conocía una cueva donde se escondía en sus juegos infantiles hasta que escampara. El paisaje de un arroyo lamía el prado como arrancado de otro mundo tras la cortina gris de la lluvia. Sentí que el tiempo se paraba y que yo no era Juan de Borja, hijo de un duque y grande de España, a la sazón jesuita, sino un joven campesino más, alguien sin nombre ni hacienda, que tenía junto a sí a la más bella muchacha del mundo.

Sólo oía la lluvia y el latir apresurado de mi corazón cuando me fundí en el primer beso con Lorenza. Me pareció perderme por un instante en sus labios, en armonía con toda la naturaleza, y que mi propio yo se había disuelto en aquella tromba de agua o que quizás yo era agua, el agua que bañaba nuestras frentes encendidas. Luego sólo sonaban nuestros corazones y el silencio.

—¿Qué dirán nuestros padres? —susurró ella a mi oído.

—Nada, pues no lo sabrán —contesté.

—¿No lo sabrán? ¿No lo sabrán nunca? ¿Vamos a ocultar por siempre nuestro amor?

—Mi padre está muy ilusionado en que, como él, me haga jesuita.

—¿Y vos? ¿Vos queréis haceros jesuita?

Una larga pausa dejó que el sonido de la lluvia comentara blandamente nuestras palabras. El fuego de mi cuerpo era más poderoso que la umbría humedad de la cueva.

—Adoro a mi padre. En un primer momento quise seguirle donde quisiera que fuera. Le admiro desde niño y desde entonces sólo he pretendido una cosa, llegar a ser como él. Primero, un buen jinete y mejor caballero. Luego, cuando decidió seguir a Cristo pobre, me dije: haré lo que él, conquistaré almas para Cristo. Pero me he ido haciendo mayor. A la vuelta de Roma me pregunté a mí mismo si mi vocación no era fruto de las circunstancias más que de un auténtico impulso interior.

—¿Y ahora qué pensáis hacer? —me inquirió inclinando su leve cabeza sobre mi hombro.

—¿Qué hacer? No sé. Creo que debo decírselo a mi padre. Pero no veo el momento. Temo que le provoque una gran desilusión. También vuestro tío Íñigo está en la idea de que voy a segur los pasos de mi padre.

Cuando escampó, comprendí que el mero acto de confesar a Lorenza mi lucha interior ya me había en gran parte liberado. Ella me dedicó una fresca, frutal sonrisa, sólo comparable a la alegría con que corrimos juntos de la mano ladera abajo, donde, como un mastín dormido, nos esperaba al fondo del valle la casa solariega de los Loyola.

A partir de entonces no veía el momento de hablar con el duque. A veces íbamos juntos a Loyola, pues a él le gustaba retirarse en la cámara de la conversión de Ignacio. Un día de aquellos ocurrió algo sorprendente.

—Venid a verme dentro de dos horas —me dijo.

Yo aproveché para encontrarme con Lorenza. A las dos horas acudí a ver a mi padre. Lo encontré arrodillado frente al antiguo lecho de Ignacio, que parecía mojado por sus lágrimas. Se levantó y me pidió que me sentara.

—Don Juan, hijo mío. Quiero confesaros algo. Mientras estaba en oración he tenido tentaciones de vanagloria, pero luego sentí una gran paz interior, como si Dios me diera certeza de salvación. Pero hay más. Tengo un recado muy especial para vos.

—¿Un recado? —pregunté con mis ojos muy abiertos.

La palidez encendida del rostro de mi padre se recortaba sobre las sombras de aquella estancia íntima, bajo cuyas vigas de madera Loyola

había recibido la visita de nuestra Señora, la Virgen María, y encontrado la luz para dar el paso más importante de su vida y aprender a distinguir espíritus.

—Sí, un recado. Pero no os turbéis, hijo mío —me dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Juan: Leonor, vuestra madre, ha estado aquí conmigo y me ha encargado deciros que os quiere y que os envía su bendición[17].

Quedé conmocionado. Mi madre, desde el más allá, se acordaba de mí. Pero este episodio me retrajo aún más de contar a mi padre mis verdaderas intenciones, pues a veces le gustaba que le acompañara a mendigar de puerta en puerta y que comiera con él el pan de la limosna. Aquellos días no consintió en dormir en la casa solariega, sino en el mismo hospital en que había descansado Ignacio cuando vino desde París, pero estuvo muy cordial con Lorenza, con su hermana Magdalena, y su madre, doña Juana. Vimos también a otro sobrino de Ignacio, Martín García, que andaba siempre enfermo. Ochoa escribió a Roma diciendo que «quiso comer en la misma mesilla donde vuestra paternidad solía comer y dormir, en la misma cámara donde solía dormir».

Por cierto, ocurrió algo muy divertido. Cuando visitábamos las caballerizas, doña Juana le dijo a Borja, señalando un cuartago blanco que levantó su cabeza nada más entrar.

—¿Sabéis que ese mismo caballo fue el que trajo de París a Íñigo cuando sus compañeros obligaron al peregrino a cabalgar por razón de salud?

—¡Pues se conserva gordo y bueno! —comentó sonriendo el duque, tan amante de los caballos.

—¡Y eso que han pasado dieciséis años!

Todo continuó del mismo modo hasta que al año siguiente un acontecimiento desencadenó el ansiado cambio en mi vida. Ignacio había cedido muy inteligentemente a que Borja se retirara por un tiempo del mundanal ruido. Desde el principio había tenido claro, por intuición o por esa iluminación que tienen los hombres santos, que la vocación del duque era un caso aparte. No dudó ni un momento de su autenticidad y le dio plena autonomía, aunque su visión de los caminos para conseguirla

17. Testimonio de la viuda de Juan Borja en el proceso de canonización de Francisco.

diferían algo, y en esto Loyola supo conducirle con tacto al estilo propio de la Compañía. En realidad, pese a sus intenciones de retiro, en Oñate el duque vivió más como jesuita que como eremita, pues no paraba de trabajar como «operario» apostólico, que así llaman los sacerdotes de esta orden a los que se dedican al trabajo pastoral, de aquí para allá.

Sin embargo, desde el primer momento Ignacio quería algo más de Borja. Lo veía, dadas sus cualidades y contactos, como una pieza clave para la extensión de la naciente Compañía. Por eso, a principios 1552, el domingo de Quincuagésima, de vuelta de Vergara estaba mi padre preparando un comentario del *Miserere,* cuando llegó un correo del padre maestro Ignacio.

Nos llamó a todos y nos dijo:

—La Compañía atraviesa en Portugal momentos delicados. Nuestro padre me sugiere que parta cuanto antes a Lisboa.

El duque iba a marcharse y yo no le había dicho nada. Nervioso, no esperé más. Al día siguiente le solté de sopetón que no pensaba ser religioso. Para mi sorpresa, casi no se inmutó, levantó su faz alargada del libro que leía y me dijo.

—Pero, ¿no habíais pensado en haceros jesuita?

—Sí, pero he visto que no es lo mío. Hoy entiendo que era por deseo de agradaros más que por otra razón.

El hecho es que me envió a estudiar a Alcalá con mi hermano menor, Álvaro.

La vida universitaria me liberó de las austeridades de Oñate, conocí el mundo de la corte y establecí mis primeras relaciones con el poderoso Ruy Gómez y el príncipe Carlos, que me abrirían las puertas a mis futuros cargos. Reconozco que contraje una deuda de diez mil ducados, por mis gastos, quizás excesivos, en vestidos, criados y caballos, probablemente por reacción de quien se siente por primera vez libre. Aunque mi corazón se había quedado prendido de Lorenza y de las verdes tierras vascas. A ellas regresé y finalmente conseguí que nos casara el padre Araoz en agosto, pues mi padre había partido ya. Temía, además, que no me diera su consentimiento. De hecho, me consta que al padre Ignacio no le hizo ninguna gracia la boda, pues estaba convencido de que yo iba a seguir los pasos de mi padre, aunque, tratándose de su familia, no quiso entrometerse. Pero mi padre tenía debilidad por mí, su hijo

predilecto, y yo sabía que iba a darnos su bendición. Prueba de ello es que en la primera ocasión que tuvo, regresó a Loyola a celebrarnos otra misa.

Ahora estoy sentado sobre una roca, mientras mi caballo mordisquea la hierba fresca, recién acariciada por la lluvia. El sol despunta brillante tras una nube blanca y este valle en el que nació Ignacio permanece igual y callado, quieto y perdido en el espacio y el tiempo. Con nostalgia creí oír el cascabeleo de las risas de Lorenza mientras correteaba y recogía flores del campo para tendérmelas en ramillete. A la vez, mi padre predicaba por alguno de estos recónditos pueblos ante los rostros atónitos de serios y sencillos aldeanos.

Saco de mi morral el cuaderno y escribo: *Solo nomine amicus.* No hay cosa más de estimar que un buen amigo, pues de quien es tal se dice que es «otro yo» y que es salsa para poder tragar todos los disgustos y desabrimientos de la vida, y que es más necesario que el fuego y el agua para vivir.

Eso ha sido toda su vida para mí la dulce Lorenza, que no puedo separar de este paisaje.

Que la amistad es un alma en dos cuerpos.

Desde que la conocí supe que no hay amor de hombre y mujer sin amistad. ¿Quién me iba a decir a mí que iba así a fundirme carnalmente con la sangre de los Loyola, mientras mi padre pasaba a pertenecer a su familia religiosa? Hoy, añorándola, no he podido dejar de gritar el nombre, el nombre amado, violando el verde silencio del valle:

—¡Lorenza! ¡Lorenza!

Sólo los pájaros y las lejanas esquilas me respondieron, otra nube ocultó al sol, y la vieja casa solariega de los Loyola permanecía allá abajo, quieta, inmutable, acariciada de nuevo por esta pausada lluvia que parece empapar este paisaje de un permanente y armonioso retiro.

14

La princesa

La villa y corte de Madrid conserva rincones que el ruido apenas puede alcanzar. La recoleta e íntima plaza donde se alza el monasterio conocido como de las Descalzas Reales, pese a no encontrarse lejos del Alcázar real[18], guarda el aroma de un mundo aparte, como preservado del ajetreo y las intrigas de palacio. Tampoco el convento y su sencilla fachada de ladrillo rojo guardan apenas recuerdos, si no es el frontispicio de vuelta redonda, del antiguo palacio plateresco de don Alonso Gutiérrez, que fuera tesorero del emperador.

Allí dentro, encerrada por propia voluntad, mitad monja mitad princesa, vive la hermana de Felipe II, la distinguida y hermosa doña Juana de Austria, a la que había pedido previamente audiencia, pues, como pronto apreciará el lector, se trata de un personaje clave en la azarosa vida de mi padre.

En mi viaje desde Azpeitia había venido recordando cuanto ocurrió a partir de febrero de 1552, cuando Borja recibió orden del padre Ignacio de dirigir sus pasos hacia Portugal. El problema se llamaba allí Simón Rodrigues de Acebedo, quien, además de acompañar a Javier en su viaje y estancia en Lisboa antes de zarpar a las Indias, sería superior de Portugal, la primera provincia y más numerosa que creó la Compañía.

Había nacido en Voucella, diócesis de Viseu, y conoció a Ignacio y sus primeros compañeros en París. Parece que Rodrigues tenía muchos pájaros en la cabeza, era propenso a la melancolía y con fama de cierto desequilibrio de ánimo. De hecho, su volubilidad y necesidad de protago-

18. El viejo Alcázar se hallaba ubicado en el lugar donde hoy se alza el actual Palacio Real.

nismo le hicieron pasar malos momentos al padre Ignacio en Roma. Ojear las cartas y el tiento y dulzura con que el primer superior general de los jesuitas trataría luego a Rodrigues bastan para rebatir la imagen de un Loyola inflexible e inhumano. ¡Hasta le llegó a ofrecer la casa con mejores vistas al mar de la Compañía en la isla de Sicilia! La misión de Borja era pacificar los ánimos en la recién nacida provincia de Portugal.

Con esta intención salió en marzo de Oñate, acompañado de los jesuitas Bartolomé Bustamante y Pedro Domenech. Hizo escala en un pequeño pueblo de La Rioja, llamado Casa de la Reina, donde la duquesa de Frías, esposa del condestable de Castilla, trató con Borja la posibilidad de fundar un convento de clarisas. La idea era de la tía de mi padre, sor Francisca de Jesús, que deseaba dejar el monasterio de Gandía por estar «rodeada de sangre por dentro y por fuera» —demasiada parentela, diríamos—, un traslado que al final no pudo llevarse a efecto. Allí recibió mi padre la triste noticia de la muerte de su hija Dorotea, mi hermana, clarisa de Santa Clara en Gandía. Tras pasar un par de días en Burgos, el domingo de Pasión estaba Borja en Valladolid, donde se encontró con su yerno, mi cuñado el duque de Lerma. Con él fue a Tordesillas a saludar a doña Juana la Loca, la madre del emperador, y fue por aquellos días cuando recibió desde Toro el aviso de la princesa.

Llamé a la pesada puerta tachonada de clavos de las Descalzas Reales. Un sol espléndido acariciaba los árboles de la plaza. La recadera de las religiosas de clausura que me abrió me condujo a las solemnes escaleras que dan acceso a las estancias, en la práctica, palacio de la princesa. Aquello parecía más un museo que un convento. Las pingües dotes de las monjas, todas pertenecientes a la nobleza, se habían traducido en obras arte, vistosas capillas y hermosas imágenes y cortinajes. La hermana del rey había comprado aquel palacio, donde habían nacido tanto ella como su hermana María, a la sazón emperatriz de Alemania[19], y adonde mi padre le había aconsejado traerse a

19. Más tarde, la emperatriz María, al enviudar del emperador Maximiliano II en 1576, decidió volver a España y vivir en este monasterio de las Descalzas Reales, donde está enterrada junto a su hermana Juana. En la comitiva de vuelta desde Praga venía también Juan Borja, que este libro convierte en relator de la vida de Francisco de Borja y que por entonces era embajador de España en Praga.

fundar a las clarisas de Gandía. Sor Juana de la Cruz y las primeras religiosas tuvieron que acomodarse al principio en la capilla del obispo, situada en la plaza de la Paja. Doña Juana de Austria se había habilitado su vivienda justo enfrente de la huerta, al otro lado del patio renacentista.

La infanta apenas me hizo esperar. Su entrada en el salón, decorado con cuadros de la familia, fue como una aparición. Alta y delgada, conservaba, a pesar de su reciente enfermedad, una sutil belleza. Su palidez nórdica, su cabello de oro oscuro y sus ojos claros, que emergían de su sobrio traje negro y una fina golilla blanca, recordaban a su madre, Isabel, la inolvidable emperatriz. Su nariz, ligeramente aguileña, acusaba fuerte personalidad y dotes de mando. La blanca toquilla, ribeteada de perlas, arrancaba de la mitad del pelo, dividido en dos por una raya perfecta, y desembocaba en forma de sutil pañuelo sobre su pecho, cuyos picos terminaban en un camafeo con la efigie del rey, su hermano don Felipe.

Caminaba erguida y esbelta como una reina. Desde el primer momento advertí que era una mujer que sabía cuidar su imagen, inmortalizada por los cuadros de Tomás Moro y Sánchez Coello. Algunos colegas embajadores la califican de la mujer más bella de todas las cortes y le encuentran cierto parecido con su hermano bastardo don Juan de Austria. Me dedicó una contenida sonrisa en sus pequeños rojos labios carnosos como respuesta a mi reverencia.

—¡Sed bienvenido, don Juan! Ya me han anunciado el objeto de vuestra grata visita. Tras el dolor que me causó el fallecimiento de vuestro padre, es para mí un honor volver a ver a su hijo.

Concluido el intercambio de saludos y primeras preguntas, se mostró dispuesta a exhumar recuerdos muy queridos para ella. Yo, al verla, casi no podía creer que aquella distinguida dama fuera «una jesuita», la primera y la única que Ignacio de Loyola había admitido en secreto en la Compañía.

Nos remontamos sin dilación al primer encuentro con Borja.

—Sí, en efecto, yo le llamé desde Toro, a su paso por Valladolid. Lo recuerdo muy bien, como si lo estuviera viendo. Era un brillante domingo de Ramos y me impresionó ver al duque tan distinto, convertido en flaco y humilde religioso. Yo apenas lo recordaba de niña, cuando servía como caballerizo a mi madre, la emperatriz. Luego lo había visto de paso en la corte.

Pensé al instante lo que habría supuesto para Borja este reencuentro con una joven que tanto recordaba físicamente a la emperatriz y a quien ésta había dejado huérfana con cuatro años de edad. Doña Leonor de Mascarenhas, a quien Borja llamaba «mi señora carísima, hermana en Cristo», recibió a la niña en sus brazos por voluntad del emperador y le enseñó a dar los primeros pasos en la piedad y en las letras. A los ocho años ya entendía latín y tocaba con gracia la vihuela.

—¿Es cierto, señora, que el duque os dio los *Ejercicios* de Ignacio?

—Así es, don Juan. Durante aquella inolvidable Semana Santa viví una experiencia única. No los hice completos; no me retiré un mes entero, pues el padre Francisco me dio una versión más breve del método de Loyola. Me hablaba dos horas en la mañana y dos horas por la tarde. Sumida en aquel íntimo silencio, comprendí que iba a cambiar mi vida, y así fue. Como símbolo, le hice entrega de mis barajas de naipes y de mis libros de amores. Pero lo importante fue mi encuentro personal con nuestro Señor.

—¿Cuándo volvió vuestra alteza a encontrarse con mi padre?

—Como sabéis, todo cambió después de mi matrimonio con el príncipe de Brasil, don Juan Manuel, hijo que fue de don Juan III y mi tía-abuela doña Catalina, y que sólo contaba quince años y medio. Las portuguesas, según vieja costumbre —no lo olvidaré—, habían regado para la noche nupcial nuestro tálamo de pétalos de rosas, una alegría que duró poco. Embarazada de don Sebastián, mis damas quisieron ocultarme la muerte de mi joven esposo, que me dejó cuando sólo tenía diecisiete años, y yo, diecinueve. Yo sabía que estaba enfermo de azúcar en la sangre y que derrochaba con exceso sus energías en el amor. Mis suegros, los reyes, se quedaron perplejos cuando, al enterarme de su muerte, les dije: «Nunca dejé de entenderlo en mis sospechas». Me vestí de negro, repartí mis joyas entre los pobres y desde entonces me entregué al silencio y al recogimiento. Las campanas de Lisboa tocaron a gloria el 20 de enero, fiesta de San Sebastián. Los portugueses estaban contentos porque pensaban que con el nacimiento de don Sebastián se evitaba que el reino cayera en manos españolas. No olvidaré cuando el cardenal infante don Enrique vertió sobre su rubia cabecita las aguas bautismales. Mis suegros, los reyes, actuaron de padrinos. Al padre Francisco lo volví a ver antes, en su primer viaje a Lisboa.

La luz limpia de la mañana madrileña entraba a raudales desde el huerto del monasterio por la ventana de la estancia, sobre el exquisito perfil nórdico de doña Juana, que me hablaba con ática serenidad. Comprendí que aquella mujer tenía demasiada personalidad para permanecer en Portugal mano sobre mano. Quizás por eso había quedado reflejado en las cláusulas de las capitulaciones de su boda la posibilidad de regresar a Castilla.

—Fue entonces cuando el emperador y el rey don Felipe os requirieron para regentar el Reino —apunté.

—A los cuatro meses me separaron de mi hijo. Sus abuelos, los reyes de Portugal, no podían entenderlo. Quizás por eso salí de Lisboa medio en secreto, por lugares solitarios y despoblados. Deseaba partir sin ser vista y me gastaba las horas muertas delante de mi oratorio preguntándole a Dios por mi vida. Me condujeron hasta la frontera. No me extraña que en aquellas circunstancias los reyes se negaran a costear el viaje. ¡Apartar a una madre de su hijo recién nacido! En Alcántara salió a mi encuentro don Felipe, que se sorprendió ante mi lamentable estado. Tanto, que me llevó a descansar a la famosa finca del duque de Alba, llamada La Abadía.

—¿Os reveló entonces el rey sus intenciones?

—Sí, me dijo que debía embarcarse hacia Inglaterra para celebrar la boda con María Tudor, pues había rechazado a María de Portugal, «la abandonada», por razones de Estado. Un matrimonio condenado al fracaso, pues mi hermano nunca se enamoró de la fea hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, que tenía once años más que él y que fallecería pocos años después. El emperador me había concedido poderes de gobernadora durante la ausencia del rey, ayudada por un Consejo de Estado. Me trasladé a Valladolid y residí en las casas del conde Benavente. Mi vida había dado un giro tan radical como misterioso.

Yo sabía más, lo que la infanta callaba: la dura muerte de su abuela en su reclusión de Tordesillas, que, como contaré, fue atendida en sus últimos momentos por mi padre. Su gestión, como recluida, sin mostrar su rostro en los actos públicos hasta levantar la protesta de los embajadores, que dudaban de si estaban hablando con la gobernadora; sus comidas a solas en mesa baja y sentada en una almohada; su negativa a tocar de nuevo la viola y la vihuela, a las que era tan aficionada. No era extraño que doña Juana de Austria, que había visitado el convento de la Madre

de Dios en Lisboa, se decidiera a comprar el palacio en que nació para convertirlo en convento. En la corte se comentaba que parecía varón por la firmeza y energía con que gobernaba. Dicen también que con su dote atendía necesidades públicas.

Doña Juana alzó su blanca y larga mano del regazo y acarició el camafeo que colgaba de su pañuelo con estudiada elegancia.

—Por entonces ya os dirigíais espiritualmente con mi padre, ¿no es cierto, alteza?

—En realidad, lo hacía desde que nos vimos en Toro. Él inventó para mi corte un divertido juego de cartas. Veréis, conservo uno.

La princesa se levantó y, recogiéndose el vestido con encantadora coquetería, se dirigió a un pequeño escritorio de caoba, abrió un cajón con incrustaciones de marfil y sacó la baraja. Eran cuarenta y ocho cartas, de las cuales veinticuatro contenían nombres de virtudes y otras tantas de vicios. Las cartas dedicadas a virtudes contenían versos alusivos a ellas más una «confusión» por no haberlas practicado. Me mostró la dedicada al «Amor al prójimo».

Decía:

En este mundo al roto y desechado
estima y ama, por ser Dios amado.
Confusión
Al rico abrí mis puertas favorido,
al pobre las cerré y al abatido.

—Mirad ésta, dedicada al vicio de la murmuración —sonrió doña Juana.

Más mata la lengua que el cuchillo.

Luego las extendió sobre una mesa.

—Repartíamos las cartas entre jugadores de siete en siete. Perdía aquel a quien tocasen más cartas con vicios y, por ello, había de pagar con una mortificación. En cambio, aquel a quien tocaba una carta de virtud decía su «confusión» por no haberla practicado. Reconozco que quizás era un juego inocente y hasta ingenuo. Pero entonces hizo furor entre mis damas y yo decía a todo el mundo que no había visto cosa más gustosa.

—Tengo entendido que el siguiente encuentro fue en Tordesillas.

—Sí, antes de salir de Lisboa le escribí citándole en Tordesillas, pues quería pasar por el castillo a visitar a mi pobre abuela. Creo que fue el 9 de julio de 1544. Nada más llegar estuve conversando con él una hora y media. Al día siguiente volvimos a vernos durante un par de horas. Yo andaba muy preocupada con mi nuevo cargo. Temía que con tantas y graves ocupaciones me olvidara del Señor. Y le pedía consejo para todo, pues vuestro padre tuvo siempre muy buen criterio,

Yo recordé que había leído en el diario espiritual de Borja una frase que escribió diez años más tarde: «El mismo día que se cumplieron los diez años de la cruz que me dieron en Tordesillas». Lo llamaba su «huida a Egipto». Pero Ignacio había visto claro que esta dirección espiritual era importante y, ante las dudas de Borja, le escribió una carta en la que le decía que, «en virtud de santa obediencia, os encargo aceptéis este cuidado, porque sé lo haréis tanto con más devoción siendoos ordenado». Añadía que el Señor le inspiraría cómo llevar a cabo tan delicado ministerio espiritual. Evidentemente, callé estos datos delante de doña Juana y los informes que ya conocía de jesuitas sobre la princesa, que calificaban su casa más de convento que de palacio.

—Vuestro gobierno, alteza, sorprendió a todo el mundo. Nadie pensaba que una dama pudiera hacerlo con tanto valor y firmeza.

—Eso decían. Me daba cierta tranquilidad pensar que mi padre vivía ya relativamente cerca, aunque recluido en Yuste y sufriendo mucho por los ataques a la fe de los herejes y los problemas de Flandes y con Francia, que crecieron con el casamiento de mi hermano Felipe con María Tudor. Francia se sentía rodeada después de perder la batalla de San Quintín. Por otra parte, la elección de Juan Pedro Caraffa como papa Paulo IV, que sentía profunda animadversión contra España y contra los jesuitas, complicaba las cosas. El padre Francisco me contó que, cuando lo eligieron, el padre maestro Ignacio comentó que sintió «como si le hubieran descoyuntado todos los huesos». Luego, él mismo me pidió que escribiera algunas cartas al santo padre. A esto había que añadir los problemas de las Indias, los nidos de luteranismo de Valladolid, la debilidad y carácter del príncipe Carlos, siempre a la greña con su padre y tan querido por mí. ¡Pobre Carlos! Para mí fue una dura prueba y un yunque para endu-

recerme ante los sufrimientos de la vida, que culminaron con la muerte del emperador.

—¿Y vuestro hijo, don Sebastián?

Una sombra de tristeza mezclada de rubor atravesó su rostro pálido.

—Podéis imaginar mi dolor. Desde que nació no lo he vuelto a ver, aunque tengo diaria información desde Portugal, y personalmente he seguido desde aquí su educación. Tras la muerte del buen rey Juan III, mi suegra y tía doña Catalina, una gran mujer, que vivió, como sabéis, una dura infancia recluida junto a su demente madre doña Juana en el castillo de Tordesillas, asumió la regencia y la educación de don Sebastián. Yo pude ser regente de Portugal, tenía derecho a ello; pero el emperador y el rey me preferían aquí. Por entonces fue cuando don Francisco de Borja fue llamado por el emperador para ejercer una misión en Lisboa. Pero de eso sabéis vos más que yo. El caso es que al principio mi hijo no me producía mayor inquietud. Era un niño encantador, rubio, lindísimo, que crecía fuerte y robusto. Luego me alegró que su educación cayera en manos de los jesuitas, sobre todo del padre Gonçalves de Cámara, que tanta espiritualidad y virtudes cristianas ha infundido en don Sebastián. ¡Lo recuerdo tanto! Cada 20 de enero celebramos por todo lo alto aquí en la corte su cumpleaños, en uno de los cuales predicó el padre Araoz.

Recordé cuánto se había comentado en Madrid aquella fiesta. Hasta treinta y seis platos fueron servidos.

Pero de don Sebastián yo sabía más. Me tocaba como embajador en Portugal dar cumplida información al rey don Felipe. No sé si fue tanta educación religiosa o el carácter enfermizo del joven príncipe, que recuerda peligrosamente al malogrado don Carlos, lo que ha desatado el caos que hoy hay en torno a su persona. Loco por la caza y enamorado del peligro, lo mismo se embarca cuando hay tempestad que ayuna y acude con frecuencia a misa. Quiere disimular su debilidad sexual, esa pérdida involuntaria de esperma cuando hace ejercicio físico. Un profesor de Coimbra me dijo, y así se lo comuniqué al rey Felipe, que dudaba que don Sebastián sanase, y mucho más que pudiera llegar a tener hijos. Rodeado de aduladores, este hijo único, que no puede negar físicamente ser hijo de la mujer que tengo delante, puede poner en riesgo la sucesión de Portugal con sus excentricidades y locura. Ahora está empeñado en conquistar

Berbería para la cristiandad y embarcar a su reino en la más descabellada guerra que pueda pensarse, sin medios ni dinero.

Me quedaba abordar otro tema delicado. Entre tantas actividades, entre las que no faltaba cuidar de las esposas e hijas de su hermano el rey, doña Juana seguía hallando tiempo para su vida espiritual de jesuita. Pues doña Juana era una jesuita, la única admitida por Ignacio de Loyola en su orden. Traté de preguntar con la máxima discreción:

—Perdonad, alteza, si soy indiscreto, pero la misión que aquí me trae me obliga a preguntaros sobre algo que hasta ahora se ha mantenido en secreto. En fin, señora, que vos sois jesuita.

Un ligero rubor embelleció aún más, si cabe, el rostro casi imperturbable de la princesa. Tras unos segundos de silencio, se levantó de la butaca y se dirigió hacia una de las ventanas que daban a la huerta. La luz lechosa que filtraba el visillo prestaba a su rostro un aire sobrenatural.

—Me enamoré de la Compañía de Jesús, he de reconocerlo. Primero, vuestro padre; luego, el padre Araoz. Una orden tan cercana a los problemas del mundo y tan austera al mismo tiempo, que pedía a sus miembros unir virtud con letras y ser contemplativos en la acción. ¿Por qué no podía ser yo también jesuita? ¿Qué lo impedía? Sabía que los informes que mandaban tanto Borja como su compañero Bustamante a Roma sobre mí tenían muy contento al padre maestro Ignacio. Pero vuestro padre me había advertido que era un asunto muy delicado y difícil.

—Tengo entendido que Ignacio negó ese deseo a otras mujeres.

—Sí, a una catalana llamada Isabel Roser, que le ayudó en sus tiempos de peregrino. Quería ser admitida con otras dos amigas. Consiguieron arrancar al Papa el permiso de hacer la profesión solemne en la Compañía. Pero la experiencia fracasó. Ignacio obtuvo un breve pontificio por el cual la Compañía quedaba libre de mujeres sujetas a obediencia.

—Pero, además, vos teníais otro impedimento. Creo que habíais hecho los votos de la orden de San Francisco tras la muerte de vuestro marido.

Doña Juana asintió. Luego volvió a sentarse y ladeó con gracia su hermosa cabeza, lo que me permitía gozar de nuevo de su perfil troquelado entre las sombras.

—Creo que Ignacio dudó seriamente si debía pedir la licencia. Reunió cinco expertos que debieron preguntarse cómo se podía negar tal privile-

gio a la gobernadora de España, aunque consideraban que en el negocio había dificultad no pequeña.

—He visto cartas de mi padre en las que aparecéis con un nombre en clave, un seudónimo.

—A veces me llamaban Mateo Sánchez, y otras, Montoya. Me concedieron los votos propios de los escolares jesuitas, perpetuos por parte del que los hace y dispensables por el superior. Querían prevenir así la posibilidad de si, por razones de Estado, tuviese que contraer nuevas nupcias. Lo que puedo aseguraros es que desde entonces considero las cosas de esta bendita orden como mías.

—¿Es cierto que cuando pasasteis por Simancas, tras las muerte de vuestra abuela doña Juana, no quisisteis hospedaros en el castillo, sino en la casa de los jesuitas?

—Sí, es cierto. Y quise visitar el aposento que ocupó vuestro padre. Ya sabéis, no hay obra ni colegio de la Compañía que me sea indiferente. Recuerdo que, después que el padre Francisco atendiera en el lecho de muerte a mi abuela doña Juana, me trajo de regalo un pedazo de pan y un filete de cerdo que había obtenido de limosna, que me produjeron más alegría que la conquista de una ciudad. Ayudé a la fundación de Valladolid y ahora busco dineros para el Colegio Romano. Está mal que hable de mí misma, pero quiero que sepáis hasta qué punto me he sentido jesuita. Incluso he ayudado a Ignacio en minucias de herencias y otras cuestiones materiales. Y ya sabéis que también auxilié al padre Francisco para evitar que lo elevaran al cardenalato. Por no hablar de mi intervención en Zaragoza, cuando la persecución de los jesuitas con aquellas pancartas que los pintaba como demonios y fueron a romper los cristales de sus casas. Pocas cartas he escrito en mi vida tan severas como las que dirigí entonces al arzobispo y al virrey de Aragón. Tampoco me arredré contra las injurias de Alonso Cano, el teólogo dominico que, como sabéis, odia a los de la Compañía. Le dije al padre Francisco, cuando regresaron a España mi padre y mi hermano, que me quería convertir en predicadora de la Compañía para conseguir algunas cosas, como ayudar a Ignacio a que los jesuitas aterrizaran en Flandes. La Compañía, a cambio, me ha hecho partícipe de sus bienes espirituales y me ha conseguido permiso para leer la Biblia en lengua romance.

Doña Juana de Austria, sin embargo, me ocultaba algo. Que en algunas cartas a Ignacio no se mostraba a veces como la religiosa obediente de una orden religiosa, sino, al contrario, como la hija de un emperador y la hermana de un rey. La regente exigía al padre general que no apartara de sí a los jesuitas Borja y Araoz.

Todo ello me daba pie a entrar en una cuestión aún más delicada.

En cierto modo me daban miedo aquellos ojos claros de color indefinible y aquel porte impasible, aristocrático. Después de ofrecerme a llevarle saludos a su hijo, en cuanto regresara a Portugal, y de comentar con ella el tan traído y llevado matrimonio de don Sebastián, que ocuparía la última misión diplomática de mi padre, me atreví a mencionar el tema tabú.

—Sé mejor que nadie que se trata de una patraña, pues conozco muy bien a mi padre y creo conoceros a vos. Pero no tengo más remedio que interrogaros sobre los infundios que corrieron en la corte sobre vuestra relación.

Fue el único momento de toda la entrevista en que percibí un ligero temblor de manos de doña Juana, que hizo un rictus de disgusto en sus pequeños labios carnosos.

—Veréis, veréis, don Juan. Es un tema del que preferiría no hablar. Pero, puesto que insistís, os diré lo que sé. Fue cuando el medio hermano de vuestro padre, mi querido don Pedro Luis Galcerán de Borja, maestre de Montesa, se casó con doña Leonor Manuel, tercera nieta, como sabéis, de don Fernando, duque de Braganza, y la duquesa doña Juana de Castro. Se habían conocido en mi palacio. La portuguesa doña Leonor era primera dama de mi corte y había gustado de los cambios piadosos que yo introduje en Valladolid bajo la dirección del padre Francisco de Borja. Don Pedro había hecho también los *Ejercicios* de Ignacio. Un gran amor nació entre ellos. Pero había un gran impedimento. Como gran maestre de la orden de Montesa, don Pedro había hecho voto de celibato, que sólo podía ser dispensado por el Papa. Se hizo la petición vía nunciatura, pero pensábamos que el papeleo iba a eternizar los trámites. Envié un correo a Roma con dos cartas a Ignacio. Una, muy humilde, de don Pedro de Borja. Otra mía, en la que yo le pedía su intervención para obtener la dispensa actuando en mi nombre. Le decía textualmente que lo deseaba «terriblemente». Don Pedro encontró una escapatoria, una dispensa concedida a la Orden de Calatrava. Esta boda

indignó al rey don Felipe. Mi hermano estaba convencido de que la había arreglado vuestro padre, don Francisco, en contra de su voluntad.

Yo pendía de los labios de doña Juana, que advirtió la atención con que seguía el relato. Ella, empuñando el camafeo, recuperaba cada vez más su dominio y compostura.

—Pues bien, por aquellos días, el padre Francisco de Borja hizo una visita a Su Majestad aquí, en Madrid, y, después de cumplimentarle, le informó de las cosas de la Compañía y le pidió su favor. Mi hermano lo recibió bien, le escuchó y le dio buenas palabras, sin hablarle de la razón de su resentimiento. Lo que ocurrió después ya lo conocéis, cuando fue acusado por la Inquisición y su posterior viaje a Portugal.

—Sí, sobre ese tema ya he recabado numerosos datos y documentos —puntualicé.

—Vengamos, pues —carraspeó— a lo que os interesa. Mientras estaba vuestro padre en Portugal, adonde había ido para dejar libres a sus enemigos, para que intrigaran y se convencieran de que era muy ajeno a toda ambición, éstos aprovecharon la oportunidad y lanzaron la calumnia. Cinco hombres, cuyos nombres prefiero olvidar, urdieron la patraña de que vuestro padre y yo estábamos amancebados. Acto seguido corrió el rumor por la corte de que el padre Francisco estaba destinado a ser víctima secreta de la venganza real y que cualquier día amanecería muerto por algún esbirro secreto del monarca.

Doña Juana respiró como si se hubiera quitado un fardo de encima, y con gran discreción no quiso hacer más comentario. Se alzó e hizo ademán de querer concluir la entrevista con una inclinación de cabeza y una leve sonrisa.

—Permitidme que insista, señora. ¿Creyó vuestro egregio hermano la calumnia?

—Por lo menos no la rechazó, ni castigó a los culpables. Actuó como acostumbra él en estos negocios. No dio crédito a los difamadores, pero tampoco se lo quitó del todo. Esperó a verlas venir para que los sucesos hablaran por sí mismos. La persecución inquisitorial y estos rumores fueron un calvario de infamias para vuestro padre, lo que le hizo crecer en virtud y santidad.

—Mi padre escribió una larga carta a Su majestad sobre estas calumnias, una carta que ha desaparecido. ¿Quedó contento el rey?

—Sé que mi hermano la leyó con atención. Pero no quiso intervenir ni a favor ni en contra. No en vano Ruy Gómez le llama «gran encubridor y disimulador de disgustos». Creo que aquel año fue un cúmulo de cosas las que le restaron confianza en el padre Francisco de Borja.

No quise insistir más, aunque me quedaban muchas preguntas en el tintero sobre Araoz y sus conflictos con mi padre, sobre los matrimonios frustrados que se planearon con la princesa. Ni el rey de Francia, Carlos IX, ni el duque de Florencia, ni, a pesar de la diferencia de edad, sus primos Fernando y Carlos o su joven sobrino Rodolfo, al que cuidó maternalmente. El colmo de esta política matrimonial enloquecida fue cuando pensaron incluso en casarla con su sobrino don Carlos, el hijo descerebrado de Felipe II. Se decía en la corte que había que dar a esta criatura enfermiza una esposa que supliera la inteligencia que le faltaba. Doña Juana prefirió mantenerse como estaba, mitad monja mitad cortesana, lo que a veces ocasionó a la abadesa algunos conflictos con el rey, pues quería mayor rigor y pobreza religiosa para su monasterio.

Agradecí a la princesa su audiencia y gentileza y le prometí de nuevo llevar hasta su hijo las cartas y obsequios que ella me entregara. Pensé de nuevo: ¿por qué no va ella misma a verlo a Lisboa? Y me respondí a mí mismo: quizás ambos temen reencontrarse después de tantos años. Al fin y al cabo, lo dejó como un recién nacido.

La blanca tez de la princesa, su mirada penetrante, se quedaron clavadas en mi alma durante mucho tiempo. Me imagino que en las relaciones estrictamente espirituales con mi padre ambos debieron sentir una mezcla de fascinación y respeto. Borja sabía tratar a una princesa. Pero es que doña Juana, que recordaba tanto a la bella desaparecida emperatriz, era mucha princesa.

Al salir, un frío aire serrano me invitó a subirme el capote. Mi criado, en la puerta, me dijo:

—Largo habéis conversado con la princesa, señor.

—Como si no hubiera pasado el tiempo, Mateo.

Soldados del rey bebían vino y reían en los figones de la calle Mayor. En San Ginés, una limpia campana taladraba llamando a Completas el aire tranquilo del anochecer.

15

Egipto

Poco a poco, como un rompecabezas, las piezas iban encajando en mi mente y en mi corazón. Creía haber conocido a mi padre en vida, pues sin duda he sido entre sus hijos quien más le ha acompañado y también el que más le ha seguido de cerca. Pero, si toda vida es un misterio intransferible, llena de secretos que sólo el interesado conoce, es muy difícil para un hijo abarcar la manera de ser de un padre, y más en el caso de Francisco de Borja, con una personalidad tan honda y polifacética.

Aquella noche no pude dormir. A la luz de un quinqué en la casa de mi primo Pedro, que me hospedaba en Madrid, ordenaba mis papeles y daba vueltas una y otra vez a ese doble y difícil juego del duque-jesuita, que rompe con el mundo en busca de silencio y, paradójicamente, sus obligaciones en la vida religiosa le devuelven al mundo de las intrigas y la corte por pura obediencia. Era la estrategia sutil de Ignacio, que confiaba tanto en la profundidad espiritual de Borja como para encargarle cometidos tan delicados y comprometidos como dirigir espiritualmente a la gobernadora y regente de España, Juana de Austria. ¡Qué mujer! Después de conversar con ella entendí que no volviera a casarse e incluso lo más difícil, que no quisiera regresar a Portugal a ver a su hijo, que ahora mismo sigue siendo brasa ardiente en brazos de su dolorida abuela Catalina.

Puse en orden mis papeles. El hilo de nuestra narración se interrumpió en el momento en que Borja, tras dirigir sus primeros ejercicios espirituales a Juana de Austria, se disponía a entrar en Portugal. El Sábado Santo del año cincuenta y dos partió para Salamanca, donde el obispo, el cabildo, el rector y los profesores de la Universidad asistieron con sumo interés a sus sermones. Cuando se disponía a encaminarse al

país vecino, recibió aviso de que no era necesaria su presencia en Portugal. Parece que ésta producía desconfianza y en cierto modo era allí temida. También estaban detrás las intrigas de Ruy Gómez y del padre Araoz. En una carta que escribió más tarde a Ignacio vemos que su instinto de buen gobernante era contrario al traslado del padre Simón Rodrigues a Aragón, pese a haberse convertido en una especie de cacique en la corte. Borja no iría a Portugal hasta el año siguiente, requerido personalmente por el rey Juan III.

Pero antes, por aquellas mismas fechas, recibió un correo de Felipe II. A punto de embarcarse para Inglaterra, el rey estaba muy preocupado por su abuela doña Juana. Y era para estarlo. Ya hacía tiempo que la «loca de amor», en una de sus expresiones de rebeldía contra su obligada reclusión, la había tomado con la religión, negándose a toda práctica, e incluso estampando contra la pared el misal y los vasos sagrados. A Felipe, obsesionado por entonces con la herejía, le preocupaba mucho esa actitud en la vieja reina de Castilla. Antes de casarse con María Tudor, persuadido de que con esa boda iba a lograr la conversión de Inglaterra, había pasado por Tordesillas y se había quedado sorprendido de que su abuela viviera «sin misas y sin imágenes y sin sacramentos».

Por eso Borja, en el mes de abril, volvió a divisar el oscuro castillo a orillas del Duero donde pasó parte de su infancia. Entre hachones parpadeantes, el rostro de la obsesionada viuda de Felipe el Hermoso le pareció más desencajado que nunca. A pesar de todo, doña Juana le recibió con una sonrisa, quizás porque le recordaba tiempos mejores.

Las entrevistas entre doña Juana y el duque fueron un duelo de astucias. En la primera ella accedió a hacer una confesión general, pero, una vez vuelta la espalda el padre Francisco, reemprendió su actitud hostil hacia todo lo relacionado con las creencias religiosas. La segunda vez se mostró dispuesta a oír misa y recibir la comunión. Receloso, Borja le preguntó si creía en los artículos de la fe. Ella respondió con viveza:

—¿Cómo no voy a creer en ellos? Naturalmente que creo.

La reina le recordó cómo en tiempo de sus padres confesaba y comulgaba regularmente, oía misa todos los días, tenía imágenes de santos y recitaba las oraciones que le había recomendado un fraile dominico que era confesor de los Reyes Católicos.

—¿Y cuál es la causa de vuestro abandono de esa práctica, señora? —inquirió Borja.

Doña Juana respondió que eran las mujeres que estaban a su servicio, que eran unas brujas empedernidas, estorbaban sus oraciones y mancillaban el agua bendita. Francisco de Borja atendió a sus quejas, hizo alejar a aquellas mujeres y le dijo a doña Juana que habían sido entregadas a la Inquisición. Con eso se quedó tranquila y volvió a sus prácticas religiosas, aunque algunos frailes dudaban de si debía recibir la comunión en aquel estado.

Borja llegó a la conclusión de que no se había tratado a la reina como se debía para aliviar de alguna manera su enfermedad depresiva y que necesitaba más dulzura que otra cosa. Algunos aseguraron que fue un milagro del antiguo menino de la reina y gran amigo de Ignacio, y que parecía haber recobrado finalmente la razón. Yo aseguraría que lo que mejoró a doña Juana fue el cariño, del que la pobre mujer había estado tan ayuna. Borja estuvo dos meses con doña Juana la Loca. No olvidemos que allí también vivía la hija de Francisco, mi hermana Isabel, casada con el duque de Lerma, que también servía en palacio con un sueldo de setenta mil maravedíes. Pero poco le duró la conversión, pues apenas Francisco de Borja salió por la puerta, volvió a las andadas.

Por aquella época, en Salamanca se encontró con un joven estudiante llamado Antonio de Córdoba, a quien el papa quería nombrar cardenal en el próximo consistorio. Antonio dudaba de si debía aceptar esta dignidad o ingresar en la vida religiosa. Había escrito al padre maestro Ignacio, pero fue Borja quien le ayudó a poner término a sus vacilaciones y elegir el camino más evangélico. Con este fin, Antonio se encaminó a Oñate, acompañado por el mismo padre Francisco. Allí volví a ver a mi padre, que celebró, como dije, una misa para mí y para Lorenza, mi esposa.

Al año siguiente continuó sus viajes por Calahorra, Burgos, Medina del Campo, Salamanca y Ciudad Rodrigo, dedicado a la predicación y a gestionar nuevas fundaciones de casas de la Compañía. Finalmente, respondiendo a los deseos de Juan III, «por la necesidad que su alteza tiene de comunicarle, así negocios suyos como de la Compañía», y los del propio Ignacio —es curioso que, en la carta donde le comunica su misión, hasta el fundador le llama «duque Francisco»—, Borja entra en Portugal y, tras predicar en la Universidad de Coimbra, es recibido en la corte el último día de agosto de 1553.

Su viaje tenía un trasfondo político. Por un lado, el emperador estaba preparando el matrimonio de su hijo Felipe con María de Portugal, la culta hija de la reina Leonor y de Manuel el Afortunado. Pero, al subir al trono María de Inglaterra, se prefirió la boda con la Tudor, pese a la espléndida dote que aportaba la portuguesa. Detrás andaban, como he dicho, las manos intrigantes de Ruy Gómez y del padre Araoz, que retrasaron el viaje de Borja a Portugal. Luego fue el propio Juan III quien llamó a Borja de forma apremiante a través del influyente Luis Gonçalves de Cámara.

De mediana estatura, aunque corto de cuello, sobre el blanco rostro bien proporcionado y enmarcado en una cuidada y corta barba castaña asomaban unos ojos entre verdes y azules, que transmitían inteligencia y una serena bondad. Por entonces, el rey de Portugal ya se encontraba muy enfermo. A la reina la conocía bien de sus tiempos de paje en Tordesillas. ¡Cómo había cambiado aquella rubia jovencita que, aburrida, pobremente vestida y encerrada con su enajenada madre, se asomaba a las ventanas del castillo para hablar con los niños del pueblo y aliviar así su soledad! ¿No había sido ella la señora de los pensamientos del gentilhombre Íñigo de Loyola antes que trocara su espada por el bordón de peregrino? Ahora, treinta años después, los ojos de doña Catalina de Austria acusaban, subrayados por oscuras ojeras, los sufrimientos y la edad, mientras una ligera sotobarba redondeaba aún más su rostro austero y bondadoso. Para entonces ya había perdido ocho hijos y estaba a punto de perder a Juan, el último. Como todos los Austrias, vestía de negro, un vestido de amplio vuelo, apenas aligerado por su diadema de reina y collares de varias vueltas sobre su opulento pecho.

Cuando Francisco entró en el deslumbrante salón del trono, los reyes se levantaron. Contra su costumbre, se descubrió Juan III ante el recién llegado. Toda la corte, vestida con sus mejores galas, seguía con atención sus movimientos. Borja rehusó el asiento que le ofrecían y permaneció de rodillas durante toda la audiencia.

—¡Alzaos, duque! —dijo doña Catalina.

—No, majestad. Permitidme que siga así. Estoy algo sordo de este oído y de esta manera oiré mejor a vuestra majestad.

Aunque nadie osó mencionarlo, en este reencuentro flotaría el viejo conflicto con la corte portuguesa, cuando él y Leonor fueron rechazados como mayordomos de su hija. ¿Era aquél el famoso duque de Gandía y

grande de España, amigo del emperador? Ante sí sólo veían a un flaco y pálido religioso arrodillado y vestido de negro.

—¡No puedo sufrir veros de esta manera, arrodillado! Conducid a don Francisco a casa de mi nuera doña Juana —ordenó a unos criados el rey.

Fue entonces cuando mi padre se hospedó en el palacio de doña Juana de Austria. Todavía vivía su esposo, el heredero don Juan Manuel, pero, como he relatado, ya estaba enfermo. Y también conoció al infante don Luis y a las infantas María e Isabel. La reina, la princesa y las infantas le enviaban todos los días, cada una de ellas, un exquisito plato especialmente preparado para el ilustre invitado. El primer médico de la corte recibió la orden de visitarle, y los tapiceros de palacio se presentaron otro día con el encargo de colgar ricas cortinas como dosel de su cama. Incluso una noche en que la reina se enteró de que Francisco se había dado un golpe en la frente al tropezar con una puerta, le envió a su propio médico y un gorro de lino.

—¡Me tratan como a un hijo! —comentó Borja a sus compañeros, que escribieron enseguida a Ignacio fascinados de los detalles del regio recibimiento.

Mucha molicie y regalo para un recién ingresado en la vida religiosa. No es de extrañar que pidiera a Ignacio que «rogara para que no conserve nada del polvo de Egipto». Quizás por eso mi padre no se prodigaba por palacio, un mastodóntico edificio frente al Tajo, en el llamado Terreiro do Paço[20].

Juan III había heredado de su padre un verdadero imperio ultramarino, mientras las piedras de sus edificios florecían en forma de caprichosas jarcias, cuerdas, sextantes, algas y aparejos en los monasterios de Belem, Batalha o Tomar. El lujo del palacio ribereño, pesado, pero cuajado de riquezas, me dejó aturdido cuando fui nombrado embajador de España. Los cortesanos de la que se llamaría en todo el continente «escuela de fina galantería» hollaban alfombras y admiraban porcelanas y relucientes arañas, mientras un enjambre de músicos, literatos, cómicos y bufones colmaban el despilfarro de aquellas veladas repletas de múltiples formas de entretenimiento. Hasta tres mil cortesanos vegetaban cerca de palacio por entonces.

20. Actual plaza del Comercio.

Francisco iba siempre a pie por Lisboa y a veces el rey tenía que buscarle en las cocinas o entre los criados, con quienes gustaba conversar. No era nuevo para mi padre la vida muelle de los palacios y sabía sobrenadar hábilmente por encima del lujo y las honras de este mundo. Tenía también clara la misión que le había llevado a Portugal, y el padre Jerónimo Nadal, comisario entonces de la Compañía, se desharía más tarde en elogios de Borja: «una cosa bendita, bendito de Dios, la bondad, humildad y edificación y eficacia en todo negocio de este buen padre». Lástima que Nadal no se portara tan bien con él en peores circunstancias. Simón Rodrigues abandonó por fin Portugal y Nadal fue a promulgar en Lisboa las flamantes Constituciones de la orden.

El primer domingo de octubre, la iglesia de la Compañía resplandecía con flores, cirios y solemne música de órgano. Varios jesuitas pronunciaban sus votos. Entre ellos, Gonzalo de Silveira, que moriría mártir en Monomatapa; y el que llegaría a ser famoso apóstol de Brasil, gloria de la lengua lusitana, Francisco Vieira.

En fin, tras un mes de estancia en Lisboa, el duque se despidió de los reyes y se encaminó al Alentejo. Évora, blanca, recoleta y señorial, le recibió destellante de sol con su exótico aire entre cristiano y moro. Allí pasó cinco días, acogido con idéntico mimo por el cardenal infante de Portugal. Luego viajó a Andalucía, donde trató con el santo Juan de Ávila, y se empeñó, en Córdoba, en enseñar el catecismo a los niños. Costó trabajo persuadirle que no era aquélla su misión. Proyectaba pasar en la Bética el invierno y no volver a Oñate, pero Ignacio le dijo que debía visitar a su hermana en Zaragoza. Las cosas estaban muy revueltas en el Reino de Aragón a raíz del asesinato del duque de Segorbe, perpetrado, como conté, en otro lugar por dos Borja, Diego y Felipe. Allí, unos enmascarados llegaron a pararle en la calle.

—¿Cómo andáis así, sin armas ni defensa, señor duque? ¿Acaso ignoráis que no faltan los enemigos que buscan a un Borja para matarlo?

—Os agradezco el aviso. Pero yo a nadie he hecho mal, no temo sino a Dios y, en cualquier caso, no me defendería. ¿Osarían deshonrarse asesinando a un religioso desarmado?

Pero su mayor amenaza por entonces era la púrpura. A toda costa y una y otra vez venían rumores de Roma.

—¿No sabéis? ¡Al duque lo hacen cardenal!

No hay que olvidar que dos tíos míos habían sido nombrados cardenales por Paulo III, aunque, por desgracia, ambos murieron prematuramente. Los clérigos bisbiseaban en las sacristías:

—Si hubiera vivido más años el papa Farnese, a fe que hubiera hecho cardenal a don Francisco de Borja.

—De sangre le viene al duque. ¿No es biznieto de un papa?

Lo cierto es que también el nuevo papa, si no por voluntad propia, por presiones del emperador y del rey de romanos, pretendió incluir a mi padre en el colegio cardenalicio. Ya, cuando salimos de Roma el año del Jubileo bajo la nieve invernal, se dijo que el duque partía con tan mal tiempo porque huía del capelo. Al año siguiente, Carlos V envió al Papa, a través su embajador en Roma, Diego Hurtado de Mendoza, cuatro nombres de candidatos a cardenales. El primero era Francisco de Borja. Julio III vio con buenos los ojos la idea y le encargó a su nuncio Poggio que se lo comunicara a mi padre, que estaba por entonces en Casa de la Reina. El nuncio le citó en Santo Domingo de la Calzada y allí le transmitió el ofrecimiento del papa.

Ignacio, en un primer momento, dudó cuál sería la voluntad de Dios. Pidió a sus compañeros, para ver más claro, que orasen y celebrasen misas con esta intención. Estuvo tres días reflexionando sobre el asunto. Sus sentimientos se alternaban. ¿Qué sería mejor? «¿Qué sé yo lo que Dios nuestro Señor quiere hacer?», decía. Hasta que al tercer día, estando en oración, vio claro: «con un juicio tan pleno y con una voluntad tan suave», decía, que «había que estorbar», es decir, oponerse al cardenalato de Borja. Ignacio pidió inmediatamente audiencia al Papa y le mostró los motivos por los que la Compañía rechazaba dignidades eclesiásticas. El Papa estuvo de acuerdo con Ignacio en que el estado actual en que vivía era más eficaz que si lo hiciera cardenal. Y, poniendo su mano en el pecho, añadió:

—Os confieso, padre Ignacio, que os tengo cierta envidia, pues no tenéis, por vuestra vocación, responsabilidades de gobierno en la Iglesia.

No contento con esto, Ignacio fue a visitar a varios cardenales en Roma, pues muchos querían que mi padre aceptara la púrpura. De esta manera hizo desaparecer los rumores. Por su parte, Polanco, el secretario de Ignacio, cuenta que le oyó decir a Borja:

—Prefiero ir con la cabeza desnuda al sol y a la lluvia que aceptar ese capelo para cubrirme.

Hoy me pregunto si él dudó en algún momento en aceptarlo. Hay cartas de Araoz que afirman que en un momento creyó que debía admitirlo. Es posible que vacilara en el sentido de Ignacio y que, si era la voluntad del papa, estuviera dispuesto a aceptarlo. Lo cierto es que Julio III nunca se lo impuso.

A los dos años se repitió la operación, aunque esta vez era el príncipe Felipe el que tomó la iniciativa. En Roma volvió la preocupación y no sería la última vez. Sólo puedo añadir que yo oí decir a mi padre lo mismo que dijo a su confesor, Gaspar Hernández:

—Hace muchos años que suplico a nuestro Señor, de todo corazón, que sea servido llevarme de esta vida antes que permitir tal cosa.

Como es sabido, los jesuitas profesos añaden un voto simple a los solemnes, y es el de rechazar las dignidades eclesiásticas. Mi padre no había pronunciado estos votos, pues estaban las constituciones en vías de publicación. Ignacio le ordenó que los hiciera en agosto de aquel año de 1554. Debo añadir que la púrpura le persiguió siempre, y Gregorio XIII lo hubiera nombrado cardenal, si no le librara de tal dignidad la inevitable muerte.

Mientras tanto, el padre Francisco no paraba. No sabría resumir su itinerario por toda España fundando colegios, creando noviciados, tratando con los notables del lugar para buscar recursos económicos. Su eficacia era tal, que el padre Nadal, que ya había admirado en Lisboa su manera de trabajar, le impuso en junio de aquel año el cargo de comisario general de las provincias de España, cargo cuya jurisdicción extendería dos años después a todas las Indias, occidentales y orientales. Su autoridad estaba por encima de los provinciales, que a la sazón eran los padres Estrada, para Aragón; Araoz para Castilla; Torres, para Andalucía, y Diego Miró, para Portugal. Borja estaría «sobre todos».

¿Era prudente la decisión de Loyola? ¿Cómo Ignacio arrojaba en manos de un recién llegado el porvenir de su orden en la Península?, se preguntaban ya entonces en tono crítico algunos jesuitas.

Mi respuesta es siempre la misma. A mi padre no le apetecía mandar. Incluso pidió que no se le llamara «comisario»; lo que quería era retirarse a alguna ermita, pero Ignacio no quiso. Lo hacía pues por pura obediencia. Por otra parte, Ignacio, que era muy inteligente, sabía que su súbdito no era un

recién llegado, sino un hombre de oración que además había sido virrey. Y en cierto modo virrey, o lugarteniente de Ignacio, pasaba a serlo en la Compañía.

Pero me quedaban curiosidades por despejar. Dado que el hermano Melchor Marcos seguía en España a mi disposición, quedé con él en la cercana Alcalá, bajo los soportales de la calle Mayor, donde Borja vio por primera vez a Ignacio, cerca del recoleto hospital Antezana, cuando iba preso. Se veía que aquellas semanas de descanso le habían sentado bien. Se atrevió a mirarme a los ojos cuando le dije:

—Tengo pendientes algunas preguntas que haceros, hermano Marcos, que nadie mejor que vos puede responder. A medida que avanzo en mis investigaciones más me intrigan.

Marcos asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Ando ahora por el año 1554, cuando el duque es nombrado comisario de la Compañía.

—¡Ah, precisamente el año en que yo me hice jesuita!

—Y desde entonces no os apartasteis de su lado. ¿Cómo fueron aquellos años, Melchor?

—De no parar. Vuestro padre era incansable. Nos recorrimos España entera de punta a punta, y varias veces.

—¿No se resentía su salud?

—No, me hacía bastante caso. El padre maestro Ignacio ordenó al padre Francisco que me obedeciera a mí en todo lo tocante a la salud, aunque casi era inútil, pues tendía mucho a la austeridad y al sacrificio.

—¿Y ese trabajo, esa mortificación, no le agriaron el carácter? —pregunté, aunque sabía por adelantado la respuesta.

Marcos miró a la fachada de la capilla del Oidor, hasta la que habíamos llegado paseando.

—Don Juan, vos lo sabéis mejor que yo. Vuestro padre nunca perdió la alegría y el sentido del humor. Tenía una bondad y una humildad conquistadas paso a paso.

—¿Qué queréis decir?

—Que el duque, ¿qué voy a deciros yo?, era un valenciano con mezcla de aragonés de mucho carácter. Una vez que tuvo un encontronazo con el padre Nadal, le dijo: «Me miran como una bestia curiosa. Tienen razón. Si Dios no me hubiera encadenado con las ligaduras de la religión, sería

una bestia feroz». Don Francisco exageraba, pero tenía su parte de verdad, su temperamento heredado. Yo creo que por eso se mortificaba tanto. Sobre todo porque todo el mundo le alababa.

—Menos el cardenal Silíceo.

Marcos se rascó sus relucientes entradas y arrugó la nariz.

—Bueno, bueno. Eso fue al principio. Ya sabéis que el arzobispo de Toledo fue siempre hostil a los jesuitas y nos acusaba de pasear por todas partes a nuestros «santos»; decía que los enseñábamos como se hace en los campos con las cabezas de los lobos que se han muerto. Pero él, que había conocido al santo Francisco de Paula, llegó a decir un día: «Me falta haber visto a Francisco de Asís; hubiera conocido tres santos Franciscos».

Llegamos a la plateresca fachada del Colegio San Ildefonso. Nos quedamos un instante mudos contemplándola. La refinada piedra labrada por Gil de Ontañón transmite belleza, equilibrio y serenidad al mismo tiempo. Un sol cenital la bañaba de pureza y se abría ante nuestros ojos como las páginas de un libro de poemas. El hermano Marcos rompió su habitual modestia con una exclamación:

—¡San Ildefonso! No puedo olvidar cuando vinimos a visitar este colegio universitario. Fue todo un acontecimiento, pues recibieron al duque como a un príncipe. Me acuerdo que un día me dijo: «Mañana quiero asistir de incógnito a una clase en la universidad». Fue inútil. Le reconocieron y avisaron al rector, que, rodeado de estudiantes, irrumpió en la clase: «¡Es él, es él!», gritaba todo el mundo. El rector trató en vano de sentar al duque en un sitio de honor, que no se concedía ni a los infantes ni al obispo. Entonces, el profesor que daba la clase, creo que era el dominico Pascual Mancio, cambió su discurso teológico y emprendió el elogio de la vocación del duque de Gandía. Todos tornaron sus cabezas hacia el padre Francisco, que no salía de su asombro.

—Algunos le acusaban de tratar sólo con los grandes.

—¡Quiá! Grandes y pequeños. Su ejemplo arrastraba. ¿Os acordáis de don Gutierre Vargas de Carvajal?

—Sí, el que fue obispo de Plasencia, muy mundano y batallador. ¿No decían que capitaneaba el bando de los Carvajales?

—En efecto. Siempre iba armado y organizando grescas por las calles. El padre Francisco oró durante un mes entero por él, y Carvajal acabó

haciendo los *Ejercicios* y cambió de vida. ¡Llegó a promulgar un pregón público en Plasencia! Pidió perdón a sus enemigos, se ofreció a reparar sus yerros y fundó en su pueblo natal una casa de la Compañía. Desde entonces sería siempre un entusiasta de las empresas del duque.

Nos sentamos entre los árboles de la recoleta plaza. Un airecillo fresco jugaba entre las hojas mientras los jóvenes comentaban al salir de la última clase.

—Tanta actividad debía desagradar a mi padre. ¿Y sus sueños de retiro?

—Por entonces el emperador ya se había retirado a Yuste. El conde de Oropesa le ofreció cerca, a dos leguas, en Jarandilla, una nueva ermita dedicada a Santa María Magdalena, donde poder encerrarse y descansar de sus fatigas gracias a la contemplación. Pero sus muchos trabajos no le permitieron nunca aceptar tal ofrecimiento.

—En Simancas, en cambio, pudo retirarse...

—Sí, fue muy curioso cómo llegó a hacerlo. Por entonces, don Juan Molina de Mosquera, comendador de Santiago y regidor de Valladolid, detestaba de tal manera a los jesuitas que, si sabía que en alguna iglesia iban a estar por acaso, salía corriendo y huía de ella. Por otra parte tenía tantos enemigos y le odiaba tanta gente, que siempre andaba escoltado de guardias y arcabuceros. Pero el día que se encontró con el padre Francisco empalideció. Le impresionó tanto que lo invitó a su casa de Simancas. Por entonces acompañaba al duque otro hermano coadjutor, que le llamaba a secas «padre Francisco» y comía con él. Cierto día, al llegar el hermano a caballo, sin bajar de la silla, le gritó a Borja: «¡Eh, traedme ese cabestrillo!». El padre, ni corto ni perezoso fue a buscarlo.

—¿Delante del mismo comendador Mosquera?

—Claro, claro. Imaginad: ¡Mosquera había conocido en la corte al marqués de Llombay! El comendador quedó de una pieza y cambió por completo. Se convirtió en un amigo. Tanto, que le cedió su gran casa de Simancas y se la dotó lo mejor que pudo. «¡Lamento no ser tan rico como el emperador para daros más!», decía. En Valladolid, la gente comentaba que lo de Mosquera había sido un milagro, pues ahora salía a la calle sin espada y pedía perdón a todo el mundo. Dio casi todo a los pobres, se quedó con una pequeña renta y pocas habitaciones de su casa de Simancas, y, a veces, hasta servía a la mesa y fregaba la vajilla. Precisamente esta casa

le sirvió a Borja para reunir a los novicios, que a finales de año llegaron a ser treinta.

—Entonces Simancas se convirtió en la ermita de mi padre, ¿no es así? ¿Cómo veía eso el padre maestro Ignacio? ¿Qué hacía en el noviciado?

—El padre Ignacio le dio permiso para retirarse de cuando en cuando. Aunque Nadal decía que no se le pusiese nombre de «ermita», pues lo de eremitorio no era propio de nuestra orden. Se desprendió de su compañero y amigo el padre Bustamente, el que había sido arquitecto, que nombró maestro de novicios. Borja dedicaba tiempo a la formación de los jóvenes y sobre todo a la oración. Una vez le escribió a Pedro de Alcántara que él tendría por un paraíso en la tierra una casa como la de El Pedroso, donde el santo franciscano vivía retirado.

—¿Cómo era el noviciado?

—Construido de adobes, y recordaba mucho al de Oñate, muy austero. Los novicios dormían en esterillas, y el recibidor tenía unas toscas sillas de pueblo. Pero en la huerta había flores. Al padre Francisco le encantaban las flores, la música y mirar el paisaje con los viñedos, el río y el castillo de Simancas al fondo. Amaba el silencio. «¡Cuán pocos de quienes nos buscan vienen de Jerusalén y cuántos de Egipto!» Ya sabéis, Egipto era para él símbolo de la corte, los intereses del poder y el dinero, aludiendo al eremita Antonio Abad, que cuando terminaba su oración preguntaba si le había buscado alguien y añadía: «¿Ésos, venían de Egipto o de Jerusalén?».

Entusiasmado con la inusitada locuacidad de Melchor Marcos, continué exprimiéndole.

—¿Cuánto tiempo dedicaba a la oración?

—Nunca tenía bastante. Hasta cinco y seis horas. Luego celebraba la misa en una capilla solitaria. ¿Queréis creer que permanecía hasta una hora sin moverse con la eucaristía en la mano? Entonces su rostro se mudaba, quedaba en éxtasis y derramaba muchas lágrimas. Para mí, que le ayudaba a misa, era algo embarazoso, pues se olvidaba de todo. A veces tenía que tirarle de la casulla para que continuara, pues, si no, nos daban las tantas.

Melchor puso los ojos en blanco.

—Me han dicho que en una ocasión se pasó todo el día celebrando.

—¡Y cómo! Yo estaba allí, ayudándole. Empezó su misa a las diez de la mañana y a la hora de vísperas no había terminado. Otro día fuimos

a comer. Le serví el primer plato y, ¡zas!, quedó inmóvil, en éxtasis. Yo, como tenía órdenes muy claras del padre maestro Ignacio, le dije: «Salid de vos, señor duque, que habéis de seguir comiendo». Y así lo hizo. Por las noches entraba en su aposento porque no había manera de que se acostara. Me decía de rodillas: «¡Un poco más de tiempo, hermano Marcos, un poco más, por el amor de Dios!».

Marcos se emocionaba con estos relatos y los contaba como si los estuviera viviendo. Yo no acababa de ver claro que a Ignacio de Loyola, tan partidario de que los jesuitas fueran contemplativos en la acción, viera con buenos ojos lo de la ermita.

—Bueno, un día el duque me leyó un fragmento de una carta que le escribió Ignacio. Decía algo así: «Hemos gustado cómo el gusto de la ermita se resuelve en vuestra reverencia en ejercicio de la caridad con los prójimos. Plega al que le da, de comunicar, entre las ocupaciones exteriores, el fruto de la ermita y aún el sabor, a vuestra reverencia». El duque amaba el retiro, pero creo que lo sacrificó por obediencia a Ignacio y a su Compañía.

Marcos estaba radiante. Siguió relatándome docenas de anécdotas:

—No soportaba que hablaran de su pasado, ni que le llamáramos duque, aunque lo hacía todo el mundo. A veces, como estaba tan cambiado, la gente no le reconocía y en algún pueblo donde quería celebrar la iglesia estaba cerrada. Entonces, para que se la abrieran, sí decía a todo el mundo que era el duque de Gandía. De broma llamaba a esta concesión «un recurso al brazo secular».

Luego hablamos de los tiempos en que al pasar por Madrid visitaba el Hospital de Antón Martín y ponía monedas debajo de las almohadas de los enfermos, los lavaba y cuidaba aunque fueran repugnantes. La gente dice que curó a un enfermo una pierna carcomida por la gangrena y que varios habían visto su rostro transfigurado durante la misa al volverse a pronunciar el *Dominus vobiscum.*

También seguía escribiendo incansablemente. Por entonces andaba con el *Comentario a los Trenos, de Jeremías*. Ignacio consiguió lo que quería, que Borja contribuyera de modo admirable a la expansión de su Compañía. Loyola pretendía que los colegios que se fundasen tuvieran como mínimo casa, iglesia y sitio como para quince sujetos. Había, pues, que andar con tiento, pues los donantes querían que se abrieran cuanto antes. Por enton-

ces fundó Sevilla, Granada, Sanlúcar, Montilla, Almagro, Cuenca, Murcia, Ávila, Plasencia, Simancas, y muchos más. Poco a poco, estos centros, que eran al principio para jesuitas, se abrieron también a alumnos seglares.

Le pregunté a Marcos sobre la revuelta de Zaragoza:

—Eso fue al año siguiente, sí, en el cincuenta y cinco. Otros religiosos y frailes se opusieron completamente a que fundáramos. Decían que no se observaba la distancia suficiente entre las calles donde había casas religiosas. ¡Madre, la que se armó! El obispo, Hernando de Aragón, estaba también en contra, y su vicario, que era abad de Veruela. ¡Bandadas de niños llevaban pendones por las calles de Zaragoza con demonios pintados que nos representaban! Apedrearon nuestra casa y nos llamaban «infieles» y «anticristos». Tuvimos que cerrar la iglesia y salir corriendo de la ciudad a refugiarnos en Pedrola, con doña Luisa Borja, condesa de Ribagorza, que se portó como lo que era, una señora, lo que incluso le valió la excomunión de su tío.

—Me contó la princesa doña Juana cómo ella tuvo que intervenir.

—Y con órdenes terminantes, conminando a las autoridades que, si no las cumplían, las llamaría a palacio. Volvimos triunfantes a Zaragoza. Borja podía haber intervenido en persona, pero el duque de Segorbe tenía sus tierras en Aragón y vuestro padre prefirió, como es lógico, no encontrarse con aquel cuyo hijo había sido asesinado por Diego de Borja.

—¿Sufría mi padre con tales contradicciones?

Melchor espantó una mosca que había aterrizado en su grasienta nariz. Luego se puso serio.

—Fueron tiempos recios, don Juan. No olvidad que por entonces el teólogo dominico Melchor Cano, feroz enemigo de los jesuitas, predicaba contra el padre Francisco: «Apartaos de ese hombre, que ayer era soldado y hoy se hace un santo».

—¿Y cómo se consolaba?

—Con la oración. Y cuando no podía más, con la música. «Tocad, tocadme algo, Melchor», me decía. Y yo sacaba de mi faltriquera la flauta y le interpretaba alguna suave melodía. Otras veces acompañaba sus cantos a María, la Virgen. ¡Qué hermosa voz tenía don Francisco!

Aquella soleada jornada con el hermano Marcos me aclaró muchas cosas. Los excesos ascéticos de mi padre, ¿no respondían a una necesidad de ir más allá para vencer su carácter y luchar con una vida de honras y prepotencia

humanas? La enorme actividad desplegada a las órdenes directas de Ignacio en aquellos años de «comisario», ¿no desmentía la leyenda de que Borja en realidad llevaba un alma de franciscano bajo su negra sotana de jesuita? Le atraía el retiro, pero se embadurnó bien los zapatos con los polvos de Egipto.

Al regresar a caballo a Madrid aquella tarde, empezaban a encajarme algunas piezas. Ignacio vio en Borja a un hombre de Dios, un santo con ilustraciones directas del Espíritu, pero también a una personalidad acusada que había que tratar con tiento y especial consideración. Desde su óptica tan sabia de utilización de los medios humanos, Borja era una enorme palanca para lanzar y propagar en el mundo la fuerza espiritual de la naciente Compañía. Desde Roma, el antiguo peregrino se había convertido en todo un estratega.

Las torres del Alcázar y las iglesias de Madrid se recortaban en negro sobre un crepúsculo sangrante. Al ritmo monótono del cansino trotar de mi caballo volví a acordarme de doña Juana la Loca. ¿No fue por entonces cuando se agravó su enfermedad? Su nieta, la princesa Juana, llamó asustada a mi padre por marzo del cincuenta y cinco. La reina cautiva sufría intensos dolores y sus gritos hacían estremecer las paredes del castillo. Parecía que se acercaba su fin. Iba a morir cubierta de úlceras purulentas, porque no permitía que le cambiaran la ropa, perdida entre las sombras del lúgubre castillo de Tordesillas, del que nunca más salió.

La paciencia y astucia de Borja triunfó también en el último momento sobre la repugnancia que, como he dicho, llegó a tener la pobre doña Juana a la religión. El duque, tras administrarle el sacramento de la extremaunción, se inclinó hacia ella y, mostrándole el crucifijo, le dijo que se aproximaba el postrer instante de su vida y que era tiempo de reconciliarse, perdonar y ser perdonado. Ella lloraba y se daba golpes de pecho. Pobre reina. ¿Quiénes eran los primeros que allí deberían haber suplicado perdón? Doña Juana quería hablar, pero la lengua se le trababa, por lo que el padre Francisco le preguntó si quería que le rezase el Credo. Sus ojos sólo desprendían dulzura. «Empezad vos a decirlo, que yo lo repetiré», balbuceó. Su amén final tenía, según escribiría el propio Borja a la hija de la moribunda, la reina doña Catalina, un insólito brío. El padre Francisco le acercó de nuevo el crucifijo. Ella puso cuantas energías le quedaban en el beso, al punto que decía: «Jesucristo crucificado, ayudadme».

Con estas palabras dejó Juana la Loca este valle de lágrimas el día de Viernes Santo, 12 de abril de 1555. Día idóneo para dejar un mundo que la había maltratado. Contaba setenta y cinco años, cinco meses y seis días, y había pasado medio siglo enterrada viva en Tordesillas. Borja envió cartas también al emperador, a su hijo Felipe y a Ignacio. El marqués de Denia, en su carta a don Carlos, que estaba en Bruselas, daba cuenta de la muerte «verdaderamente católica» de su madre. Toda su vida fue un calvario, sobre todo los últimos tiempos, hecha una llaga y paralizada de medio cuerpo para abajo. Ahorro detalles íntimos y repugnantes de las circunstancias de su muerte que muestran cuán poco somos por muchos títulos y realeza que nos ornamenten en esta vida. ¡Y qué extraños caminos tiene! ¿Quién le iba a decir que aquel adolescente paje, que recreaba con el laúd los oídos de su pequeña hija rubia, iba a traer paz al último aliento de la reina? Era como si un círculo misterioso se cerrara aquel triste Viernes Santo entre los oscuros muros del castillo de Tordesillas.

Cuando llegué a Madrid ya era de noche.

16

Desde Yuste

A cuarto de legua, más o menos, de la villa de Cuacos y a siete leguas de Plasencia, en un lugar recóndito situado en las estribaciones de Gredos y al abrigo de la sierra de Tormentos, un pequeño paraíso perdido surgió de pronto ante mis ojos. Entre desfiladeros y chancales había dejado detrás frescas cascadas que saltaban sobre riscos y matojos, umbríos robledales y un perfume que me perseguía a jara y tomillo, mezclado con el de espliego, orégano, íntimo breo y florecido majuelo.

Mis pulmones se llenaban de aire sano y mis pupilas se regocijaban con el descubrimiento de una gama variada de verdes salpicada de cerezos, castaños, olivos y nogales, que flanqueaban el vericueto, al trote de mi caballo, el mismo que había recorrido algunos años antes, después de abdicar, Carlos I de España y V de Alemania. Abajo, un arroyo o garganta que baja de la sierra da nombre al monasterio, Yuste, que, cobijado por un circo natural de montañas y amenizado por una increíble vegetación, siempre parece estar llamando a los caminantes a solazarse en este mundo de silencio y paz.

Cada día que avanzo en mi búsqueda, que va convirtiéndose poco a poco en una meditación, me apetece más y más saborear mis conclusiones en silencio. Y al llegar a unos años difíciles en la vida de mi padre, ningún lugar me pareció mejor que éste para ordenar descubrimientos e ideas. ¿Acaso Borja y el emperador no se prometieron uno al otro en las Cortes de Monzón lo mismo: retirarse del mundanal ruido? Mi padre lo había hecho antes, aunque en realidad Ignacio y la Compañía, al no ser una orden contemplativa, no acababan de dejarle del todo. El emperador lo tenía pendiente.

Antes que le bajaran en una silla de manos por estos riscos al monasterio de Yuste, después que falleciera doña Juana la Loca en Tordesillas en brazos de mi padre, otra muerte iba a afectar hondamente la vida de Francisco de Borja, la de Ignacio de Loyola, ocurrida en Roma el 31de julio de 1556. Murió a los sesenta y cinco años de edad, como lo que había sido, un santo, dejando tras sí una orden que ya contaba con mil miembros, doce provincias y un centenar de casas. Hasta el final había escrito cartas a corazón abierto con Francisco de Borja, quien perdía con este trance no sólo al superior y fundador de su orden, sino al gran amigo, del que dependía para casi todo; aunque la noticia, por la lentitud de los correos, no le llegó hasta mediados de septiembre.

> *«Sentí tanta soledad y desconsuelo,* secundum hominen dico *(humanamente hablando), cuanto se puede pensar, viendo que los hijos quedamos en este destierro y nuestro padre es ido a gozar y coger el fruto con gozo, que había sembrado con lágrimas tan continuas y perseverantes... Más ahora que nunca seremos de él ayudados.»*

Nunca olvidaría a Ignacio. Su recuerdo aparece una y otra vez en su diario, como una señal de esperanza y de consuelo junto a la certeza de que «la Compañía ahora empezará a dilatarse». «Pido el espíritu de Ignacio», escribiría años después.

Tras la muerte del fundador, la Compañía entró en crisis. No era tarea fácil buscar un sucesor, a un santo genial. Había que convocar el máximo órgano de decisión de la orden, la llamada congregación general. Pero las distancias entre los jesuitas eran demasiado largas, muchos de los más veteranos estaban enfermos y hacía falta tiempo para llegar a Roma por mar o por tierra.

Diego Laínez, vicario general, quería reunirla enseguida, en diciembre de aquel año. Los jesuitas españoles y portugueses se opusieron. Además de las muchas leguas que los separaban, la guerra entre Paulo IV y Felipe II ponía más difíciles las comunicaciones. Borja proponía que se celebrase en un lugar intermedio, por ejemplo Aviñón, Perpiñán o Barcelona. En todo caso, y dada la situación, el padre Nadal propuso atrasar la asamblea al mes de abril. Pero las cosas se complicaban. Desde Valladolid, las autoridades —informaba Borja por un correo personal— ordenaron que

ningún español se trasladase a Roma y que los que vivían en la Ciudad Eterna se desplazasen de ella durante tres meses como mínimo.

Como he dicho, el papa a la sazón reinante, Paulo IV, no podía ver a España ni en pintura. Cuando el vicario Laínez se presentó en el Vaticano con intención de pedir audiencia, le dieron con la puerta en las narices. El Papa no sólo no le recibía, sino que le envió al cardenal Scotti pidiéndole todos los papeles de la Compañía: constituciones, bulas y una lista de los jesuitas residentes en Roma, prohibiéndoles taxativamente salir de la urbe.

Para mayor tragedia, detrás de aquella medida, que suponía que el Papa quería revisar el instituto de la Compañía para ver si revocaba las decisiones de su antecesor, había un jesuita, uno de los primeros compañeros de Ignacio. Parece que a Nicolás Bobadilla no le había gustado el nombramiento de Laínez para vicario general y debía estar enfadado porque nadie le consultaba, además de convencido de que había que revisarlo todo. Laínez encontró como salida la calle de en medio. Propuso al Papa que un cardenal sometiese el asunto a juicio. Fue elegido Miguel Ghislieri, que con los años llegaría a papa con fama de santo y con el nombre de Pío V y además apreciaría mucho a Francisco de Borja. El resultado fue que el Papa devolvió los documentos a la Compañía y Bobadilla se quitó de en medio.

Por otra parte, al Papa le falló el apoyo de los franceses y no tuvo más remedio que negociar con Felipe II. Aunque mi padre no se encontraba nada bien de salud, escribió a Laínez: «Por donde, haciendo sacrificio de mí, digo, padre mío, que estoy aparejado para ir de mi parte, aunque fuera mucho más larga la jornada que Roma».

Sumido en estos pensamientos, descabalgué a las puertas del monasterio. Una algarabía de pájaros me envolvió con sus gorjeos bajo un sol extremeño que acariciaba piedras ya históricas.

Imaginé aquel día de febrero en que el emperador, tras desembarcar en Laredo y pasar algún tiempo en Jarandilla, fue recibido por la comunidad con un arrebato de campanas desde las espadañas de la iglesia gótica junto a una puerta con rampa para que el nuevo inquilino pudiera entrar y salir con silla o parihuelas. Observé con atención el pequeño palacio de dos plantas que Carlos V se construyó junto al monasterio. De su séquito de ciento cincuenta, sólo cincuenta le acompañaban hasta su retiro. Llegó exhausto tras atravesar el puerto. Pero aquel vergel, el dulce clima, sus

huertos y jardines, y sobre todo la tranquilidad del retiro, le proporcionaron el reposo que buscaba junto a los monjes —no todos desinteresados, por cierto—, su fiel Quijada, sus secretarios Gaztelu y Van Mel, su médico, y el famoso ingeniero y relojero Giovanni Torriano, que dicen que fabricó un «robot» que podía andar por las calles de Toledo.

Los jerónimos me mostraron su enlutado dormitorio, desde donde el emperador podía seguir la misa que se oficiaba en el altar mayor de la iglesia y donde leía a la luz íntima de la ventana sus libros preferidos. Comprobé que en el palacio no faltaba de nada: tapices de Flandes, alfombras de Turquía, un sofá y sillones de nogal tallado, rica vajilla, relicarios y más de setecientos cuadros. Admiré el *Ecce Homo* de Tiziano y su *Mater Dolorosa.* Aunque el preferido del emperador era la *Gloria*, en el que aparece con la emperatriz Isabel, sostenido por los ángeles, y que luego Felipe II se llevó a El Escorial, dejando una copia.

Uno de los monjes más ancianos, Fray Antonio, arrugado como una pasa, me comentó, mientras me mostraba las dependencias:

—¡Que honor, para mí, mostrar el monasterio a un hijo de don Francisco de Borja! Pues sí, como os digo, el emperador no hacía caso de los médicos. A pesar de la gota y las hemorroides, comía y bebía de todo, incluidas salsas picantes, volatería y grandes jarras de cerveza, que tenía especialmente prohibidas. Pero la mayor parte del tiempo se la pasaba absorto en sus relojes, paseando o escuchando música. Aunque hay que reconocer que al final tuvo mucho contento con su hijo Jeromín, ya sabéis, don Juan de Austria, que se instaló en Cuacos al cuidado de doña Magdalena de Ulloa, esposa de Quijada. Al que nunca quiso ver fue a su nieto, el desdichado príncipe Carlos, que Dios guarde en su seno. Sus razones tendría.

El buen monje se acordaba también de cuando le visitó mi padre:

—Ya en Jarandilla el emperador le preguntó en octubre al conde de Oropesa: «¿Y el padre Francisco de Borja, cómo no me visita?». Faltó poco para que el conde mandara aviso a vuestro padre.

En diciembre se puso en camino desde Alcalá. Borja había consultado con los superiores esta visita, porque se decía que Carlos V no era muy devoto de la Compañía. Pero sus compañeros vieron claro que no se podía negar nada al emperador. Por lo visto habían llegado a sus oídos las graves acusaciones de Silíceo y Melchor Cano contra los jesuitas; que en Córdoba

había faltado poco para quemarlos; que en Toledo se les prohibió decir misa, y la que se armó en Zaragoza. En Madrid, Borja oyó un día decir a la princesa Juana que sabía de buena tinta que el emperador quería aconsejarle que se hiciera jerónimo o cartujo y que se fuera a vivir junto a él.

Pedí que me dejaran solo en el gabinete donde trabajaba el emperador. Una luz apacible arrojaba su haz sobre el gran sillón rojo y vacío. Aunque aquella primera entrevista había ocurrido antes de llegar a Yuste, en Jarandilla, de pronto los personajes volvieron a la vida. Un criado anuncia al padre Francisco de Borja, de la Compañía de Jesús. El emperador se levanta con dificultad y abraza a su viejo amigo, aquel grande de España irreconocible, ensotanado y flaco.

—Permaneced cubierto —le indicó.

Hablaron un poco de todo. De la abdicación, de cómo hacía mucho tiempo que había comentado con él renunciar en su hijo Felipe.

—Algo no acabo de comprender, duque. ¿Cómo, queriéndoos hacer religioso, no preferisteis una antigua y probada orden y no esta tan nueva y discutida?

—Alteza, si os parece, dejemos esta conversación para mañana, que cae el día y es un tema delicado.

Al día siguiente, después de comer, Borja le contó su vocación y por qué había elegido la Compañía. Entre otras razones, precisamente por ser una orden nueva, había menos peligro de alcanzar honras, que es de lo que estaba huyendo. Y que no había religión tan antigua y probada que algún tiempo no fuera nueva.

Sonrió don Carlos:

—Bien, bien. Pero, ¿qué me respondéis a esto? Se dice que todos son mozos en vuestra Compañía y que no se ven canas en ella.

—Si la madre es moza, ¿cómo quiere que sean viejos los hijos? Esto lo curará el tiempo. Pues de aquí a veinte años tendrán hartas canas los que ahora son mozos. Y no es tanto como se dice, que yo cuarenta y seis años he vivido. También hay canas en la Compañía, que viene conmigo el padre Bustamente, que con cerca de sesenta años se nos vino a hacer novicio.

—Yo le conozco. ¿No es aquel Bustamente con quien traté negocios de mucha importancia en Nápoles, enviado del cardenal Tavera tras la jornada de Túnez?

Borja asintió y el emperador lo mandó llamar después y lo reconoció. Aclaró durante tres horas lo que había de verdad o infundio en los rumores sobre los jesuitas y explicó al emperador los rasgos más señalados del instituto fundado por Loyola. Al final, Carlos se acarició la barba y exclamó:

—¡Cómo me han engañado, querido Francisco!

Luego abrió su corazón a su amigo de otros tiempos.

—¿Os acordáis de lo que hablamos en las Cortes de Monzón?

—Muy bien me acuerdo, señor.

—Pues sabed que nunca se lo he dicho a nadie, sino a vos y otra persona.

—Siempre guardé el secreto. Ahora me dará licencia vuestra majestad para que lo diga.

—Ahora yo lo he hecho. Bien lo podéis decir vos.

Repasó los últimos acontecimientos, sus parientes, su situación actual, sus ganas de paz y retiro, aunque reconoció que por un momento llegó a arrepentirse de abdicar. Se encontraba con Borja como en casa.

—Con mi salud no puedo hacer mucha penitencia. ¡Sólo deseo hallar paz en el Señor, Francisco!

Y, con una amplia sonrisa, volvió a abrazar a su viejo camarada de banquetes, guerras, sueños y cacerías.

—¡Volved pronto, duque! ¡Y escribidme a menudo!

—Siempre que lo deseéis, alteza.

¡Qué diferente era aquel hombre del apuesto y grueso caballerizo levantino que servía a su bella esposa, la emperatriz! Cuando el emperador se quedó de nuevo en el silencio de la estancia vacía sólo se oían los gorriones de la huerta y un perseverante chorro de agua que llegaba del cercano estanque. Como una sucesión de imágenes neblinosas, pasaron por su mente días de bailes, justas y torneos, deliquios en Sevilla y Granada, besos ardientes, centenares de empresas, viajes, decisiones, guerras, amores pasajeros que se habían esfumado como por encanto entre los pliegues de un tiempo que parecía irreal, irrecuperable. Llamó a Quijada, que se presentó al instante.

—¿Cómo habéis encontrado al padre Francisco de Borja? —preguntó el secretario.

—¡Oh! ¡Bien diferente de cuando estaba a mi servicio! ¿Sabéis que os digo, Quijada?, que poca cosa es nuestra retirada del mundo si la comparamos con la del duque de Gandía.

Luego quedó pensativo, mientras Torriano entraba a mostrarle un extraño pájaro mecánico volador que acababa de pergeñar en su taller. Quijada comentaría más tarde que el emperador había quedado «muy trocado» con aquella visita.

La siguiente entrevista ocurrió al año siguiente. El rey de Portugal, Juan III, había muerto de una fuerte apoplejía. Como ya he referido, su hijo y heredero, Juan Manuel, le había precedido en el sepulcro, dejando preñada a la princesa Juana de Austria, la dirigida de Borja, del futuro rey don Sebastián.

El tiempo andaba despacio entre el canto de las horas de los monjes y los paseos por el claustro. Carlos ya no podía montar a caballo, ni cazar, y menos aún alancear toros o celebrar justas. Sólo le quedaba reflexionar y contemplar el cambio de las estaciones entre los algarrobos y cerezos. Pero no se renuncia a toda una vida de estadista de un día para otro. El tema de Portugal le inquietaba. ¿Qué hacer? ¿Qué debía aconsejar a su hermana Catalina? ¿Quién se encargaría de la regencia durante la minoría de edad del niño? Y esa criatura, ¿sobreviviría? ¿Quién se haría con el trono portugués si muriera? ¿Acaso su nieto Carlos no era hijo también de una portuguesa, la infeliz María de Portugal, y nieto a la vez de Juan III y de Catalina? ¿Qué pensaría su hermana, la reina de Portugal, de todo esto? ¿No sería conveniente consultarla? Pero el tema era tan delicado, tendría que resolverlo con mucho secreto. ¿A quién confiar tan delicada misión?

Estuvo todo el día dándole vueltas y, al atardecer, se le encendió una chispa: «¡Ya está! ¿Quién mejor que Francisco de Borja?». Casado como él con una portuguesa, paje y amigo de Catalina desde la infancia, excelente diplomático y negociador, y, sobre todo, hombre santo, además de fiel a la Corona como un perro.

Llamó a Quijada:

—Quiero que enviéis enseguida un correo al padre Borja. ¡Que venga a verme cuanto antes!

Mi padre, que vino esta segunda vez desde el noviciado de Simancas, acompañado de los padres Dionisio Vázquez y Francisco Bustamente, encontró en esta visita al emperador más alicaído, pues apenas se cuidaba, y su mesa seguía repleta de abundantes manjares y espumosas jarras de cerveza.

—Os he llamado, primero, para consultaros una duda de conciencia.

—¿Una duda? Decidme, alteza. Intentaré ayudaros, si ello está en mi mano.

—¿Creéis que hay algún rastro de vanidad en escribir el hombre sus propias hazañas? Porque he de haceros saber que he escrito todas las jornadas que he emprendido y las causas y motivos que he tenido para emprenderlas. Os puedo asegurar que a ello no me ha movido apetito de gloria ni de vanidad, sino de que se sepa toda la verdad. ¡He leído tal sarta de mentiras en algunos cronistas! No sé si escriben así porque ignoran los hechos o porque los deforman por sus particulares aficiones o pasiones.[21]

—Me parece, señor, que no sólo os es lícito escribirlas, sino es vuestra obligación dar a conocer a las generaciones venideras la verdad.

Carlos V se puso serio y, jugando con sus dedos hinchados por la gota con una hermosa pluma de ave, hizo una larga pausa.

—Pero en realidad no es por esta razón, don Francisco, por la que os he hecho llamar.

Y le relató punto por punto sus cavilaciones e inquietudes sobre el futuro de la corona portuguesa.

—Estoy disgustado con mi hija doña Juana, que por cierto he oído os tiene mucha afición y confianza. Es más, le encargué a don Fadrique Enríquez, que pasó por aquí, camino a Lisboa, con la misión de llevar el pésame de mi hijo don Felipe, que no me gustó su precipitada e imprudente intervención, reclamando derechos al reino de Portugal. Su actitud puede provocar desavenencias y sembrar más cizaña entre las dos casas reinantes. Para mí, lo mejor es que don Sebastián se case en el futuro con una princesa de Francia. Le pedí que indagara además sobre cómo estaba el tema de la sucesión.

El emperador hizo una pausa y respiró hondo.

—Ahora necesito encargaros una delicada misión altamente secreta en Portugal.

---

21. Este relato de Francisco de Borja fue el único indicio durante años de que Carlos V había escrito sus memorias. Dadas por perdidas, se había supuesto, incluso, que su hijo Felipe II pudo haberlas mandado destruir. Pero fueron felizmente encontradas en 1862 en una traducción portuguesa, dando lugar a numerosas ediciones y comentarios.

A Borja se le demudó la cara. No sólo sus sueños de retiro se habían ido al traste con tanta actividad apostólica. Ahora volvían una y otra vez a meterle en el polvo de Egipto. El emperador tomó ese tono grave de intimidad y de gran estadista que solía antes de las grandes decisiones y que le recordó viejos tiempos. Desde el cercano coro del monasterio venía a oleadas el canto de vísperas, que rechinaba con aquellas palabras imperiales mitad intrigas palaciegas mitad decisiones de Estado.

—Primero os diré —dijo en voz baja— que es tan secreta y delicada vuestra misión que usaremos nombres cifrados en nuestra correspondencia. A Portugal lo llamaremos *Perpiñán*; a Castilla, *Milán*. Yo seré *Micer Agustino*; mi hijo Felipe, *Santiago de Madrid*; la reina Catalina, *Catalina Díez*. Al rey don Sebastián le denominaremos *Sebastián Díez*; al fallecido rey don Juan III, *Juan Díez*, y a vuestra devota, la princesa doña Juana, *Juana Díez*. Al cardenal don Enrique lo llamaremos *Carrillo Sánchez*, si os place, y *María Sánchez* a la infanta doña María. ¿Qué os parece, duque? Y lo mismo haremos con los embajadores. El de España en Lisboa será *Juan Álvarez*, y *Francisco Álvarez* el embajador de Francia.

—¿Y yo, alteza? ¿Cómo he de llamarme?

—Vos seréis *Pedro Sánchez*.

Borja, cada vez más intrigado, miraba al emperador como a un ser extraño y desde su actual sensibilidad se preguntaba qué hacía él enredado en aquellos negocios seculares.

—Pero, decidme, señor, aún no habéis dicho en qué consistirá mi misión.

Carlos V alzó la barbilla como en sus mejores momentos e hizo un gesto con sus manos como pidiendo paciencia. Su perfil, coronado por la típica media gorra, se recortaba solemne y caduco en la media luz de la estancia. Fuera, había atardecido y un monje pidió ampulosamente permiso para entrar, cerrar la ventana y encender los hachones que flanqueaban la estancia. Hundido en su sillón, el gotoso estadista parecía rejuvenecer con sus maquinaciones. Entonces comenzó a revelar a Borja su misión diplomática, que tenía cuatro cometidos. El primero, la sucesión del príncipe Carlos como posible claro candidato al reino de Portugal. El segundo, era informarse de un rumor que corría por la corte portuguesa: si la bula de dispensa de parentesco entre el rey don Manuel y su segunda esposa, según había dicho con el mayor sigilo el cardenal de Viseu, don Miguel da Silva, podía ser

deficiente. En este caso, por impedimento eclesiástico, ¡los descendientes de don Juan III estarían inhabilitados para la Corona! Es más, en tal hipótesis doña María, hija de la última esposa del rey Afortunado y de Leonor de Austria, hermana de Carlos V, podía ser llamada al trono.

El tercer punto de esta complicada misión consistía en averiguar del embajador de Francia si había intención de casar a don Sebastián con una hija del rey cristianísimo. Al mismo tiempo debía recordar a doña Catalina que lo más conveniente sería un matrimonio de su nieto con una hija de los reyes de Bohemia, que podía ser conducida de la corte gala a Portugal para educarla por ella misma, pues, tanto por parte de madre como por parte de padre, era tía abuela de la princesa.

Por último, encargaba a Borja que convenciera a la infanta María para que fuera a Castilla, donde su madre, doña Leonor, la esperaba con impaciencia y así cortar en seco las ilusiones que podían despertar en ella las citadas revelaciones de posible sucesión lanzadas por el cardenal de Viseu. Recordemos que María estaba muy incómoda por el despecho de Felipe II, que había preferido a María Tudor. Luego hizo una pausa, e introduciendo como un paréntesis en todo este embrollo, añadió:

—Ahora recreemos nuestros oídos.

Y juntos, los dos amigos y amantes de la música se fueron a escuchar el canto de las horas enriquecido por la presencia de músicos flamencos que se había traído el emperador. Los salmos, con su flujo y reflujo, le recordaban el mar de Gandía. «Como mi propia vida», pensaría mi padre. De la corte al silencio, del silencio a la diplomacia y la cosa pública.

Me imagino el abatimiento interior que debió sobrecogerle en aquel momento. ¿Era su sino no librarse de las intrigas de la corte ni del polvo de Egipto? Pero no le quedaba más remedio que sonreír y aceptar por el bien de la Compañía. No perdió un minuto. Al día siguiente, con el alba y sus dos acompañantes jesuitas, además del insustituible hermano Marcos, se puso en camino de Portugal.

Llegado que hubo a Evoramonte, cerca de Évora, tuvo un molesto percance. El padre Bustamente, que era un santo, veterano y arquitecto, pero regaba con frecuencia fuera del tiesto, cometió una fatal imprudencia. Quedó solo en la posada en que se hospedaba y empezó a exhortar al posadero a ser un buen cristiano.

—Rogad por el rey don Sebastián, hijo, pues si éste muere, se logrará la unión entre Portugal y Castilla.

Era tanto como mentar la bicha. El portugués, herido en sus sentimientos nacionales, montó en cólera, y, garrote en mano, llamó a los vecinos, que se pusieron a injuriar a Bustamente. Afortunadamente, Borja llegó a tiempo desde una cercana iglesia donde había ido a predicar y calmó a los alborotados campesinos. ¿Quién le había dado vela en este entierro a Bustamante, que además ignoraba la secretísima misión confiada a Borja? Lo mejor era mandarlo de vuelta a España; y así lo hizo.

Cuando Vázquez y Borja llegaron a Évora, estaban agotados. Sobre todo mi padre no se encontraba bien, aquejado por fuertes fiebres que deberían ser palúdicas.

—¡El duque se muere! —se decía en los soportales de la despejada plaza mayor de Évora.

Parecía que no había remedio y le fue llevado el viático. Al entrar el sacerdote con la eucaristía en la mano, Borja se sentó en la cama y dijo:

—*¡Ave, verum corpus!*

Aquella actitud le hizo recobrar al médico las esperanzas. Luego volvió a abrir los ojos cuando entraron Vázquez y otros jesuitas que rodearon su cama con los cirios en las manos.

—¿Para qué sirven esos cirios? ¿Anuncian mi muerte y que Dios quiere liberarme de este exilio?

Luego añadió con media sonrisa:

—¡Ay, todavía no ha llegado mi día! Me queda un largo camino y mucho trabajo por hacer. Me parece que este fruto no está aún maduro para el cielo. En cuatro días estaremos en Lisboa.

Uno de los jesuitas del colegio murmuró al oído a otro:

—El padre delira.

Tan a pique estuvo de irse al otro mundo que, para notificarle de su estado, fue enviado a uña de caballo un correo a la reina doña Catalina. Ésta ordenó que le condujeran a Lisboa en litera. Se pusieron en camino y, para cruzar el río Tajo, se depositó al enfermo en una barcaza. En esto se desató tal ventolera que la barca era arrastrada como una cáscara de nuez por la corriente del desbocado río.

—¡Que nos hundimos! —gritaban los marineros sin lograr hacerse con el gobernalle.

—Tranquilizaos, muchachos, que no pasará nada —dijo Borja.

El fenómeno atmosférico convirtió el viaje en un vuelo. Aquella misma noche de septiembre divisaban ya en lontananza las titilantes luces serenas de Lisboa y las linternas de los galeones de ultramar meciéndose en el puerto.

Con el fin de que convaleciera de su enfermedad, doña Catalina le hizo conducir a su ribereño palacio de Xábregas, situado junto a un convento. Estuvo tres días en reposo, pero al tercero se levantó y visitó el cercano monasterio de franciscanos que miraba al mar de la Paja.

—Padre, yo les recomiendo que abandonen hoy el ala del convento que mira al mar —le dijo al prior.

Éste se quedó sorprendido por la salida del duque, mientas ambos contemplaban las tranquilas aguas y el faenar de los marineros en una galeras que atracaban envueltas de la dulce transparencia lisboeta en un típico y tranquilo día soleado. De vuelta a Xábregas, ordenó a sus compañeros que le siguieran de inmediato a la casa profesa de los jesuitas en Lisboa. Sorprendidos también, obedecieron. ¿Qué mosca le había picado al santo duque? Necesitaba más días para recuperarse.

A la noche siguiente un ciclón destruyó la parte habitada del palacio y causó grandes daños en el convento. Las galeras que, venidas de la India, flotaban tranquilas en el puerto se destrozaban al chocar entre sí. Pedro Ribadeneira cree que ese ciclón fue el que trajo el catarro pestilente que asoló media Europa. Lo que parece cierto es que Borja había hecho una útil predicción atmosférica. Como le pasó una vez en Andalucía, que echó la gente de una posada antes de que las paredes se cayeran como un castillo de naipes.

Doña Catalina, como siempre, le abrió de par en par las puertas de su palacio y colmó de atenciones a Borja. Estuvo receptiva a la embajada de su hermano.

—El asunto es muy delicado, padre Francisco. Os ruego que no confiéis a una carta mi respuesta, sino que la llevéis personalmente.

A pesar de ello, para evitar sospechas, pues ya se murmuraba en la corte portuguesa acerca de su embajada, mi padre optó por contestar en

clave al emperador con los seudónimos convenidos. Le decía a *Micer Agostino* que todo iba bien, que *Catalina Díez* estuvo muy receptiva. En pocas palabras, la reina estaba de acuerdo en lo de la pragmática relativa a la sucesión del príncipe don Carlos y pedía consejo al emperador, «pues estaba tan cerca de Dios que se lo encomendase, pues lo que en ello mandase se obedecería y lo podría hacer *Santiago de Madrid* (su hijo Felipe II)». Que no tenía mucho trato con el embajador de Francia, pues este señor no le caía simpático. Respecto a la infanta doña María, prometió su apoyo al viaje, pero pedía que se condescendiese con ella. Desvanecía además toda duda sobre la legitimidad del matrimonio de Manuel el Afortunado. En resumen, Borja tuvo éxito en su embajada, y así se lo contará el emperador a su hijo Felipe II en una carta, aunque prudentemente le indicaba en la misma que en lo de Portugal no había que forzar las cosas.

María sólo consintió en hacer una corta visita a su madre en Talavera y regresó enseguida a Portugal. Doña Leonor moriría poco tiempo después, dicen que de pena.

Borja aprovechó su viaje para visitar colegios y residencias en Portugal, como comisario general, y no regresó a Yuste hasta diciembre de aquel mismo año. Pasó aquí un par de días, sorprendido de las atenciones que le dispensaba Carlos V. El emperador le llamó y, tendiéndole una bolsa de terciopelo azul, le dijo:

—Tomad esta limosna para vuestras obras, padre Francisco. Si hubiera tenido más, más hubiera dado. Pero ahora soy pobre y, como pobre, doy a otro pobre. Que el que tiene amor desea mostrarlo con obras y claras señales exteriores.

Cuando Borja contaba estos pormenores a Laínez, añadía que encomendase a Dios al emperador para que pudiese llevar a efecto deseos tan vivos de buscar recogimiento y ayudarse en el espíritu con edificación de todos.

Todos estos datos probaban que la amistad de Carlos V con mi padre no se había enfriado con los años.

Repasé estos apuntes paseando bajo las armoniosas arcadas del claustro plateresco. ¿Para esto había dejado todo Francisco de Borja y se había hecho jesuita? Aquel viaje hubo de ser una dura prueba para él; tanta, que quizás por esta razón cayó enfermo. Después sus achaques se agravaron más con unas hemorragias que le hicieron perder cuatro libras de sangre,

«ventosidades gruesas que provienen de humores áridos y viscosos en el estómago, que llegaban incluso a dificultarle la respiración y una nueva enfermedad en la vía de la orina». Tenía, además, gota, estaba algo sordo, y le quedaban pocos dientes. Entonces los médicos, doctor Santa Clara y el licenciado Gálvez, hombres de confianza al servicio directo del emperador, se opusieron terminantemente a que acudiera a la convocada congregación general de los jesuitas en Roma.

Finalmente, y después de tantas complicaciones, esta asamblea reunió en junio de 1558 a los jesuitas que pudieron acudir —a algunos hubo que hacerlos profesos con este fin—, una veintena, que eligieron al primer sucesor de Ignacio. El cargo recayó en Diego Laínez con trece votos; un voto fue para el ausente Francisco de Borja, que había enviado dos documentos a la congregación, en los que pedía que no se cambiara nada de las constituciones de Ignacio, «un instrumento tan dotado de prudencia y ciencia tan santa y católica».

El segundo documento, que debería haber llevado a Roma el complejo padre Araoz, se quedó a medio camino, porque, en lugar de embarcarse en el puerto de Rosas con sus demás compañeros, quiso hacer el viaje por tierra y contó que en la frontera francesa no le dejaron pasar. Releo aquellas recomendaciones que llegaron a Laínez después de terminada la congregación general y no salgo de mi asombro ante un párrafo en que pide que los jesuitas eviten los negocios seculares. También pedía, entre otras cosas, que se aumentase el tiempo de oración, «como casa de refugio que conserva el espíritu de la Compañía», y se impusiesen por regla algunas penitencias. ¡De nuevo su veta eremítica!

En la respuesta, Roma le dijo que la congregación no había querido cambiar nada respecto a la oración ni las penitencias por regla. Prevaleció el criterio ignaciano de no imponer a los jesuitas formados límites rígidos en materia de oración y sacrificio. La Compañía sufrió, además, por aquel tiempo imposiciones para obligarla a cambiar algunas de sus innovaciones, como la obligación del coro y la perpetuidad de los votos de sus escolares, que, afortunadamente para la orden, duraron poco.

Pocos meses después, a finales de septiembre, el emperador empeoró.

Pedí a fray Antonio, que había vivido todo tan de cerca, que me narrara sus últimos momentos. Me condujo con este fin a su dormitorio y

me mostró el lecho de muerte del dueño del mundo bajo un dosel rojo. El arrugado rostro del jerónimo a la media luz de la habitación prestaba un tono patético a su voz.

—A finales de agosto se encontraba tan mal que pidió a los monjes que oficiaran una misa de *Réquiem* por él. ¡Lo nunca visto, un funeral antes de morir! ¡Tan consciente estaba de su muerte! Las artes del doctor Mathys, que llamó a otro médico a consulta, no pudieron con las intensas fiebres que quemaban su frente. Pidió que le trajeran junto al lecho el retrato de su esposa y *El juicio final* de Tiziano. Al día siguiente tuvo una leve mejoría, como para despachar con Quijada. Al poco rato llegó el discutido arzobispo de Toledo.

—¿Bartolomé Carranza? —pregunté intrigado, porque, además de ser gran amigo de mi padre, hombre sin tacha y gran teólogo, la Inquisición le seguía de cerca por celos del inquisidor Valdés y acabaría, como es sabido, en las mazmorras de Valladolid y Roma.

—Sí, entró en esta cámara regia acompañado de su amigo don Francisco de Toledo. Allí estaba al lado del lecho el confesor del emperador, Juan de Regla, un esquelético y taimado fraile jerónimo que tenía mucha entrada con Carlos V. El emperador preguntó a Carranza desde el hilo de su voz quebrada cómo estaba su hijo, el rey, y por la situación de los herejes de Valladolid. El arzobispo le dijo que ahora de lo que tenía que preocuparse era de su salud. A la hora de comer, el ilustre enfermo empeoró. Regla se negó a que Carranza volviera a entrar, pero el arzobispo de Toledo lo consiguió. Los monjes estaban leyéndole pasajes de la Pasión y recitaban continuamente salmos. En la cabecera del lecho se arremolinaban expectantes frailes y médicos.

—¿Fue entonces cuando Carranza le habló de misericordia?

—Sí, le comentó el salmo *De profundis*. Le vino a decir que Cristo ya había pagado por nuestros pecados. «Señor, Vuestra Majestad tenga toda la esperanza en la pasión de Cristo, nuestro redentor, que todo lo demás es burla», dijo. Algunos frailes cuchicheaban por los rincones que lo que había dicho Carranza era pura herejía. Por la noche empeoró. Nueve cirios reservados para este momento flameaban junto a un crucifijo y el mismo cuadro de Nuestra Señora ante el que había muerto la emperatriz. El emperador pidió a Carranza aquel entrañable crucifijo y lo estrechó contra

su pecho. «Cuando no pudiera oír Vuestra Majestad lo que os leen, ponga aquí sus ojos, y cuando esto no pudiere hacer, póngalo en su corazón y su memoria, y sobre todo ponga toda su confianza en el Señor y su misericordia», dijo con su bien timbrada voz el arzobispo.

Miré en torno a mí la cámara vacía. Imaginé el silencio y ese temblor que llena una estancia a la hora de muerte. Entre aquellos cortinajes y tapices se esfumaba un pasado fausto que iba a borrar para siempre la llegada de la muerte. Se iba a disolver en un suspiro la vida del hombre que había sostenido la historia con su brazo.

Fray Antonio continuó su relato.

—Regla afinaba su nariz inquisitorial a ver si cogía a Carranza en un renuncio. El emperador cambió de cara. Su rostro estaba sereno. El arzobispo fue apartado, y otro predicador de su majestad, fray Francisco de Villalba, le echó otra plática sobre el santo del día en que moría, San Matías. El emperador dijo: «¡Ay!». Entonces Carranza se acercó y exclamó: *«Iam moritur»*. Luego comenzó a leerle la recomendación del alma y le dio la absolución general. El moribundo dijo: «Ya es tiempo», y, pronunciado el nombre de Jesús y alzando la mirada al cielo, expiró.

Carranza se acercó y trazó por última vez la señal de la cruz sobre su amarillo y exhausto cuerpo. Eran las dos de la madrugada. Una gran paz, hecha de un contenido e invisible recogimiento, llenó la habitación.

La voz del viejo monje enmudeció como para indicar la mudez de la muerte. Permanecimos un momento en silencio.

Desde fuera, por la abierta ventana, entraba la vida, la brisa de la tarde, el verdor lujuriante de la huerta.

—¿Qué había hecho mal el arzobispo Carranza en ese trance? —pregunté.

—Nada. A juicio de Regla, darle la absolución sin confesión previa, pero esto está permitido a los moribundos que ya no pueden hablar, amén de que el emperador había confesado antes varias veces. El pobre arzobispo dominico acababa de pronunciar su sentencia. Tan convencido estaba de su cristiana muerte, que luego le diría a la hija del emperador, la princesa Juana, que debía templar su pena «con saber que murió tan cristianamente y con tanta esperanza de su salvación como él la llevaba y dejó a los que estábamos presentes».

Aquel relato de la muerte del emperador me impactó doblemente, pues no sólo era la muerte del gran amigo de mi padre y porque en cierta manera vivió una vida paralela a la suya, salvando las distancias. Es que, además, por entonces ya se urdían en Madrid intrigas para acusar ante la Inquisición a Francisco de Borja.

Mi padre no estaba allí, pues se enteró tarde, pero fue informado de todo, también de que Carlos le había llamado antes de su agonía. Predicó con gran entusiasmo sobre su amigo en Valladolid. En una carta contaba a Laínez cómo murió su amigo: «Abrazado a un crucifijo y siempre hablando de Dios y oyendo cosas del Señor con gran gusto expiró». Le daba cuenta también de una última voluntad de Carlos V: que le había dejado a él como testamentario, cargo que pensó que no podía rehusar, «siendo tanto lo que siempre me quiso y las mercedes que me hizo», y que lo había consultado con seis padres doctores y experimentados, pensando que el padre general no tendría inconveniente en ello.

Con este sabor en los labios abandoné el retiro de Yuste. Desde un altozano eché una última mirada a aquel paraíso perdido, donde, rodeado de paz, pero también de intrigas e intereses, como dijo Quijada,«acabó el hombre más principal que ha habido ni habrá. Póngalo Dios en el cielo». Una frase parecida oí yo decir a mi padre de su amigo por más de treinta años. Es curioso, Borja había sido amigo a la vez de los dos caballeros andantes más señalados de su siglo, en lo divino y lo humano. Ignacio y Carlos habían sido dos soñadores con muchos puntos en común.

Entre los altos árboles del camino, que, ajenos a todo, filtraban la limpia luz del amanecer, sin preocupaciones jugaban los pájaros a saltar en las ramas, y el agua fresca seguía murmurando secretas frases de libertad entre los peñascos. Pensé: sin la del emperador es imposible entender la figura de mi padre.

17

La Inquisición

Si es ciudad, plaza fuerte o monasterio, no lo sabría decir. Ante mis ojos, tras dos días de cabalgada, la recia y a la vez familiar muralla conserva todo el sabor medieval, tan austera como la roca viva en que está edificada. Se diría que todo el paisaje es granítico y hasta el ganado pastorea bajo las almenas entre piedras rumiando un trasunto ocre de tierra ungida y belleza gris. Desde dentro del cerco perfecto de las murallas, que la rodean como un cilicio, nuevas espadañas despuntan cada vez que vuelvo, nuevos campanarios de iglesias y conventos troquelados en el azul. Había dejado atrás rastreros vuelos de perdices rojas sobre trigos amarillos, álamos plateados, chopos y encinas, y ahora, como por encanto, Ávila me recibía en su seno místico y fortificado como una anciana madre. Una ciudad que se parece a un alma.

Me daba la sensación, debo confesarlo, de que, durante las últimas semanas, alguien conducía la brida de mi caballo por estos caminos desde la feraz Extremadura a esta Castilla desnuda y clara, como si eso requiriera el período de la vida de mi padre que ocupaba mis pesquisas. Sabía que iba a entrar en los años más difíciles de su vida y tenía que prepararme para afrontar nuevas incógnitas y contradicciones. Con este fin me proponía visitar, si me fuera posible y estuviera dispuesta a recibirme, a una de las mujeres más grandes de estos tiempos y posiblemente de los pasados y venideros.

Pero antes debía organizar mis ideas, que se habían quedado detenidas en el momento de la muerte del emperador. Aquel mismo mes de septiembre de 1559 Felipe II había regresado de Inglaterra a empuñar de nuevo el timón del Reino. La princesa Juana se recluyó con este motivo,

como relaté en su momento, en las clarisas que había fundado en Madrid con mi tía, la abadesa.

Muerto el emperador y cesada en sus funciones la regente, quedaba expedito el camino a los enemigos de Borja, que sólo estaban esperando una ocasión. Porque, todo hay que decirlo, mi padre tenía no pocos adversarios más o menos ocultos, como suele suceder a todo personaje famoso, influyente y capaz.

Los enemigos estaban dentro y fuera. ¿También dentro de la Compañía de Jesús? También. ¿Recuerdan al padre Araoz? El astuto vergarés había puesto algo más que su residencia en la corte. El mundo áulico le quitaba el sueño y no soportaba la sombra brillante de Borja, como nunca digirió que Francisco dependiera directamente de Ignacio sin pasar por su autoridad de provincial. Le molestaba que el comisario general le arrebatara sujetos de su provincia de Castilla para enviarlos sin más consulta a Portugal; que fundara colegios sin cuento, y sobre todo que no cesara de enviar dinero y más dinero con destino al Colegio Romano.

La muerte de Ignacio agravó esa rivalidad hasta preocupar al superior general, padre Laínez, que llegó a pedir a Pedro Ribadeneira, gran amigo y biógrafo de Ignacio, que terciara entre ambos jesuitas. Es más, he visto cartas del general exhortando a mi padre a que hiciera esfuerzos para entenderse con Araoz como con los otros superiores provinciales. De algo no dudo, y es que mi padre fue siempre obediente. Con el tiempo, Araoz llegó a confesar que su conducta con Borja no había sido la correcta. Lo cierto es que el influyente jesuita era buen amigo de Ruy Gómez, el eficaz secretario de Felipe II, casado con la hermosa e intrigante Ana Mendoza, princesa de Évoli, y que estaba, como dije, emparentado también con mi padre por la boda de mi primo con su hija y porque le conocía desde niño, puesto que vino, como mi madre, con la corte portuguesa de la emperatriz. Ninguno de los dos defendió a mi padre en aquellos borrascosos años, si es que no echaron más leña al fuego.

Muerto Ignacio, los descontentos se sintieron libres para lanzar sus venablos y llovieron las críticas sobre el gobierno de mi padre. Un tal Miguel Torres, que era superior provincial de Portugal, se quejaba de que Borja destinaba a la provincia lusa sujetos «inútiles e intolerables». Antonio de Córdoba, que también se decía su amigo, protestaba de que

sus talentos y vocación no eran los más indicados para el cargo de comisario, por ser su «proceder tan diferente de las Constituciones», o porque dilataba demasiado la solución de los problemas. El informante le decía a Laínez que «el padre Francisco era más para ayudar desde el monte, levantando las manos, que poniéndolas en los negocios», y que «había creído siempre que todo estuviera mejor parado si el padre Francisco se hubiera estado en Oñate o en otro lugar semejante». En una palabra, que se hubiera enterrado en su añorada ermita. Otros escribieron en el mismo sentido, pidiendo al padre general que relevara de su cargo al comisario, porque estorbaba o se inmiscuía en el gobierno de los provinciales.

A Laínez no se le pasó nunca por la imaginación relevar a mi padre de su cargo, aunque sí avisó a su obediente súbdito sobre todos estos problemas. Por lo demás, ¿qué superior no recibe críticas en su difícil trabajo, máxime si dispone del futuro de personas e instituciones?

Pero la verdad es que los problemas más serios vinieron sobre todo de fuera. En un primer momento, Felipe II quiso recibir informes de las personas de confianza y más influyentes, y, entre ellas, llamó a Borja. Araoz me contó que aquella entrevista transcurrió bien, que «le mostró mucho amor y se holgó con él con demostraciones aún mayores que antes y le habló de diversas cosas».

Mi padre entregó al rey dos listas. La primera, con candidatos para cargos civiles de nobles y de letras. La segunda contenía nombres de posibles futuros obispos. Cometió una ingenuidad, pues, junto a los nombres incluía las objeciones hacia alguno, aunque pedía al rey que mantuviera el memorial en secreto, no por él, sino por las posibles reacciones contra la Compañía. No voy a cansar al lector con la larga lista de estas personalidades. Sólo añadir que por entonces Laínez, general de los jesuitas, se sirvió de Borja, quizás demasiado, para influir en algunos nombramientos de amigos de la Compañía.

Las tensiones con Felipe II no se hicieron esperar. El nombre de los Borja se había convertido en una brasa ardiente en las manos del rey tras el asesinato de don Diego de Aragón, mientras el padre de la víctima pedía venganza. El asunto de la dispensa del celibato del caballero de Montesa Pedro Galcerón de Borja para casarse con la dama predilecta de su hermana, la princesa Juana, también disgustó seriamente a Felipe.

Para colmo, Araoz, lejos de calmar al rey, parecía que atizaba estos fuegos, complicados con los rumores calumniosos de amores ilícitos, urdidos por la maledicencia, entre Borja y doña Juana. Pero había una razón más grave que todas éstas.

El golpe seco de los martillos claveteaba los cadalsos para el Auto de Fe en la noche oscura de Valladolid. Habían pasado los tiempos de cierta tolerancia en el Reino, con erasmistas y alumbrados en materia religiosa, que le tocó vivir a Ignacio. Ahora se había levantado la veda terminante del hereje. El disoluto arzobispo de Sevilla Alonso Valdés, que había caído en desgracia por prestar dinero a la Corona en momentos difíciles y que tenía celos de Carranza por su arzobispado de Toledo, afilaba ya sus garras como inquisidor general en busca de luteranos y de convertirse así en un personaje imprescindible.

—¡Ahora, limpieza de sangre! Ninguno que huela a judío va a librarse.

—¿Ése? Es cristiano nuevo. No puede alcanzar tal dignidad.

—¿Sabéis lo que le ocurrió a Carranza? El arzobispo de Toledo ha sido preso por la Inquisición en Torrelaguna.

—¿Y qué me decís del *Índice* de libros prohibidos? Dicen que el rey detiene en las fronteras la entrada al Reino de las obras de luteranos impresas en Alemania y los Países Bajos. La Inquisición incautó el año pasado dos toneles que venían de Ginebra llenos de estos libros, que dicen que envía un converso calvinista, un tal Pérez de Pineda.

—Pues por Cazalla no doy un maravedí. Al predicador real lo quemarán vivo.

—Cuentan que el emperador murió con la pena de no poner remedio a tanta herejía. ¡Que después de haber batallado tanto en Alemania, ahora los luteranos se estén colando en el Reino no se ha de sufrir!

Ésos y parecidos comentarios corrían por plazas, mercados, claustros y sacristías. El mismo Borja hablaba de «esta lepra que por acá se ha descubierto de Lutero». Sin duda debían tener la culpa los «teatinos», como llamaba la gente a los jesuitas. Lo que más asombro me causó de toda esta refriega fue la detención del primado de España y arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza. ¿Cómo habían conseguido atraparle? ¿Cómo se había atrevido el inquisidor Valdés a meter en la cárcel nada menos que al arzobispo de Toledo? El sermón de san Pablo en Valladolid, donde predicó misericordia con

los presos, y la relatada absolución al emperador en Yuste no podían haber sido suficientes razones para dar este tremendo paso. Durante un alto que hizo en Oropesa, el conde le dijo que era más o menos público que se quería condenar su Catecismo. El mutismo de Melchor Cano le supo a traición. Lo sospechaba al lado del inquisidor general.

Valdés llevaba tiempo trabajando en las mazmorras de Valladolid. Había puesto a prueba las plumas de sus escribanos robando testimonios de sus sospechosos de herejía, que por entonces infectaban la ciudad, antes del solemne Auto de Fe del 21 de mayo, al que asistió la gobernadora doña Juana con toda la nobleza, y que supuso una terrible purga en el ambiente religiosamente exaltado de Valladolid.

Allí, entre otros, se vieron relajados al brazo secular al doctor Cazalla; varios miembros de la familia de los Vivero; Padilla, los licenciados Herrera y Herrezuelo, Catalina Román e Isabel de Estrada. Entre los penitenciados aparecieron la joven doña Ana Enríquez, doña Francisca de Zúñiga, don Luis y doña María Rojas. En los interrogatorios a que fueron sometidos estos pobres sujetos aparece con frecuencia el nombre de fray Bartolomé de Carranza. Los dedos señalaban, por una u otra razón, al arzobispo como sospechoso de la gran herejía, que ponía en tensión a las masas y afilaba los cálamos de teólogos e inquisidores: el luteranismo. El mero hecho de poseer unos papeles, de haberse entrevistado con alguien, de haber acentuado la importancia de la fe sobre las obras en la vida cristiana, se convertía enseguida en grave delito.

¡Qué diferente le debió parecer la ciudad de Valladolid a Carranza del día no lejano en que llegara de Flandes con cartas secretas de Felipe II para su padre! Ahora, al gran amigo de Borja le esperaban los calabozos de la Inquisición y uno de los más largos procesos con los que se enfrentó ese tribunal[22]. En las cárceles de Valladolid, antes de ser trasladado al castel Sant'Angelo, su prisión romana, llegaría a pasar más de siete años sin tener el menor contacto con el mundo exterior. Mientras duró su confinamiento, no se le permitió recibir los sacramentos. «Desaparecido de la vista de los humanos como si hubiera sido tragado por la tierra», decía de sí mismo.

22. Duraría diecisiete años y ocuparía cuarenta mil páginas.

Pues bien, a mi padre se le ocurrió defender a Carranza.

Sostenía que el sermón que pronunció en Valladolid «fue de la manera que yo para estos tiempos siempre he deseado».

> *«Habló con mucha libertad y autoridad, como convenía a la cualidad de la materia y a la dignidad que tiene, lo cual ha sido no poco escuela para el gran fruto que de él se ha de sacar y ánimo que los acobardados y acorralados por la diferente doctrina han de tomar para sus ejercicios. Gran esperanza ha dado este sermón de que ha de servir mucho su divina majestad del ministerio de este prelado: y ha puesto no poca carga y obligación en hacer lo que se ha predicado.»*

Mi padre conservaba, además, algunos papeles «sospechosos» de Carranza que le había dado Diego de Córdoba, consejero de la Inquisición, de los cuales se ignoraba el paradero. Esto se consideró un escollo en el proceso, pues Bartolomé Carranza recusó a Valdés por enemistad personal y puso como testigo a Borja.

En mala hora aparecieron ambos juntos y relacionados. No se imaginaba entonces mi padre que ya la Inquisición andaba también tras él. ¿Qué había pasado cuando el día mismo de la ejecución de Valladolid mi padre fue invitado a predicar?

En efecto, la víspera del Auto de Fe, el 20 de mayo de 1559, los inquisidores se presentaron a las cuatro de la tarde en la casa de la Compañía.

—Venimos por el padre Francisco y otros religiosos para que asistan a los condenados.

Envueltos en sus manteos y custodiados por corchetes de la Inquisición, Borja y un par de compañeros jesuitas se dirigieron a la cárcel. Chirriaron las gruesas cerraduras y penetraron en las mazmorras. Dos pálidos y flacos clérigos le estaban esperando encadenados, en la oscuridad. A Borja le tocaba intentar reconciliarlos. Los dos sacerdotes estaban acusados de herejía e iban a ser degradados y condenados al fuego.

Apenas iba a entablar conversación con ellos, cuando se presentó un oficial de la Inquisición que en voz alta les leyó la sentencia. Los acusados miraban temblorosos como ovejas conducidas sin remedio el matadero.

—¿Aceptáis vuestra condena? —preguntó el inquisidor.

Los pobres curas asintieron y aceptaron ser confesados por Borja. Luego el padre Francisco regresó a casa a eso de las diez. Pero las campanas de la catedral tocaban las once de la noche, cuando dos familiares de los inquisidores volvieron a buscarle.

—Padre, os rogamos que converséis con el licenciado Herrezuelo, que es calvinista y hereje muy contumaz.

Mi padre se volvió a poner el bonete y regresó a las mazmorras por las estrechas callejuelas de la ciudad ajedrezadas por la pálida luna y a la luz fantasmagórica de una antorcha. Víspera era de dolor y de muerte.

La conversación con Herrezuelo se prolongó hasta las dos de la madrugada. No hubo modo de doblegarle.

—Pedid al menos, si os place, luz a nuestro Señor y disposición para recibirla.

El condenado respondió:

—Eso sí acepto, padre, eso pediré.

Despuntaba la aurora y la ciudad se desperezaba con aire de fiesta, de gran espectáculo de masas. Un revuelo de curiosos, clérigos y soldados habían llegado de villas y ciudades al olor de la chamusquina. Doña Juana, más altiva y bella que nunca, presidía el acto del tribunal bajo un limpio sol de Castilla, no las ejecuciones, que siempre se encargaban al brazo secular, pues aún no había regresado el rey. Las corazas, el raso, los estandartes y gallardetes hacían estallar de color los estrados de la plaza Mayor.

A Borja le encargaron otra misión delicada:

—Habéis de notificar a doña Ana Enríquez que ha de salir al cadalso con el sambenito.

Ana era hija de los marqueses de Alcañices y cuñada de mi hermana Juana de Borja. El sambenito, vestidura de tela que colgaba por pecho y espalda, era de paño negro, con llamas, dragones y demonios estampados, como símbolo de que el condenado iba a ser arrojado directamente al infierno.

Cuando la hermosa y joven Ana fue vestida con el sambenito, roja de vergüenza, temblaba como un pollo. Sobre la cabeza la encasquetaron una coroza con llamas pintadas. Al salir camino del cadalso, la vela que sostenía en una mano enfatizaba la palidez de su rostro; iba más muerta que viva, pese a las palabras de consuelo que Borja murmuraba a su lado.

A Cazalla, uno de los predicadores favoritos del rey, le hicieron la víspera una oferta: morir al garrote y no ser quemado vivo si delataba a otros

luteranos y declaraba públicamente a favor de la Inquisición. Con los ojos desorbitados, el otrora influyente personaje no se lo podía creer. Pensaba que no era real, sino un sueño.

—Pero, ¿es cierto que voy a morir sin remedio? —tragó saliva con dificultad.

—Aparejaos para bien morir —sentenció el oficial de la Inquisición.

Toda la noche se la pasó el hombre llorando. Al día siguiente, muerto de miedo, cuando llegó al tablado, pidió licencia para hablar y para maldecir de toda herética doctrina. Añadió:

—Muero contento en la verdad de la Iglesia romana.

Entonces Herrezuelo, el que había atendido mi padre, le increpó:

—Habéis cambiado consejo, señor Cazalla. La muerte, que se pasa en un punto, os espanta.

En vano exhortó Cazalla a Herrezuelo que muriera en la fe católica.

Leídas las sentencias, catorce fueron condenados al fuego junto a la estatua de la madre de Cazalla. A Cazalla le dieron primero garrote y luego le quemaron. Herrezuelo fue quemado vivo por no haberse querido convertir. Otros, como don Luis de Rojas, Juan de Ulloa y Pedro Sarmiento, se libraron y fueron conducidos a las cárceles reales.

La mujer de Sarmiento lloraba a su lado como una Magdalena.

—No lloréis, que es muy justo que me quiten la cruz y la encomienda y todo cuanto tengo. Con sólo dejarme cristiano en un rincón quedo contento.

En medio de la comitiva, Borja acompañaba a doña Ana Enríquez. No cesaba de susurrarle palabras de consuelo al oído.

—Gracias a vuestro arrepentimiento hoy mismo os quitarán el sambenito. Toda la condena que os queda es ayunar tres días.

«Conseguí ayudarla, gracias a Dios», escribió a Laínez. «Prefería la muerte a la infamia de la cárcel». Y añadía que se comportó como una cristiana para quien el conocimiento de la verdad y la obtención del perdón están por encima del honor y la dignidad personal.

Con ella estuvo hasta la cuatro de la tarde, hora en que entraba en las casas de la Inquisición. Mi padre estaba exhausto; había pasado veinticuatro horas en pie sin parar, asistiendo a los ajusticiados.

Paradojas de la vida. Dos meses justo después de este triste episodio de Valladolid corrió un incesante rumor en las retorcidas calles de Segovia.

—¿Acaso ignoráis que han prohibido predicar al padre Francisco de Borja?

Bustamante llamó a la puerta. Venía acalorado, rojo hasta las orejas.

—¿Me habéis traído esos opúsculos, Bustamente? —preguntó el duque.

—Aquí los tenéis, padre. Como nos temíamos, son del impresor de Alcalá Joan de Brocar.

Borja revisó detalladamente la edición.

—¡Dios santo! Pero ¿qué ha hecho este hombre?

Las obras de Borja se vendían bien. Ya hacía años que en Baeza otro impresor había lanzado una edición clandestina con los escritos del duque. Brocar, visto que crecía su bolsa con la venta de unos folletos breves de algunos tratados espirituales de Borja, había fatigado sus prensas en Alcalá para sacar a la calle seis juntos, más tres que no eran suyos. Luego había lanzado una *Segunda parte de las obras del Duque de Gandía. con otras muy devotas.* A decir verdad, sólo tenían de Borja un tratado sobre la «confusión». En el índice constaba la autoría de cada tratado. Pero otro dueño de una imprenta de Medina del Campo había hecho imprimir en los tórculos un verdadero desastre. Con el título general de *Las obras del cristiano*, incluía, además de los escritos del duque, unos trabajos debidos a la pluma de un agustino, un dominico y otra obra latina llamada *Viola animae.*

—Ya veis, padre, impresores desaprensivos que, apoyados en vuestra fama, sólo piensan en hacer más y más dineros.

—Hay que poner algún remedio. Avisad cuanto antes al padre Diego Carrillo, que está en Alcalá, para evitar que se repita tal atrevimiento. Hay que parar esa edición, que ya son dos veces que está en imprenta.

Se había encendido la chispa que incendiaría la pólvora. Siempre hay una mano «caritativa» dispuesta a «servir a la Iglesia» en estas ocasiones y de paso dar salida a su envidia o aversión. El libro ya estaba en la mesa de Valdés, que odiaba a Borja, por su poder en la corte, tanto como a Carranza. Sus sabuesos ya habían hallado rastros de herejías en sus páginas y los inquisidores se apresuraron a incluirlo en el temido *Índice*.

El escándalo estaba servido. Un grande de España, el duque de Gandía, el converso ejemplar, «el santo», no era más que un despreciable hereje. El pueblo, que disfruta con la fama de los grandes, gozaría ahora igual rompiendo a pedazos su ídolo. Laínez, importante teólogo de Trento, se

bebió el primer ejemplar que llegó a Roma. El general de la Compañía comentó:

—¿Herejía? ¡No tanto! Hay algunas cosas menos convenientes, pero en los opúsculos no escritos por el padre Francisco.

—¿No será por haberlos escrito en romance? También han incluido obras de Fray Luis de Granada y Juan de Ávila —comentó Polanco.

Ambos autores eran excelentes amigos de mi padre. El gran Fray Luis lo cita en una de sus obras como modelo de oración, y el santo Juan de Ávila le quería tanto que estuvo a punto de hacerse jesuita. Ahora les unía también la prohibición inquisitorial. El general replicó:

—Me ha escrito Araoz que «son tiempos tales que se debe mirar mucho en hacer libros». Y, mirad, mirad esta carta del padre Pedro Navarro desde Granada. Dice textualmente: «Estamos en tiempos en que se predica que las mujeres tomen su rueca y su rosario y no curen de más devociones».

Por otra parte, el dominico Melchor Cano agitaba su hábito blanquinegro desde los púlpitos y le escribía al padre Regla, el jerónimo confesor del emperador, que los jesuitas «a los caballeros que toman entre manos, en vez de hacerlos leones, los hacen gallinas, y si los hallan gallinas, los hacen pollos; y si el turco hubiera enviado a España hombres aposta para quitarle los nervios y hacernos los soldados mujeres y los caballeros mercaderes, no enviaría otros más a propósito, que como vuestra paternidad dice ésta es orden de negocios».

¿Qué hacer? La condena, como decía Araoz, se había hecho «a bulto». Los jesuitas hicieron gestiones cerca de la Inquisición para que se distinguieran los escritos de Borja de los otros. La Inquisición no solía dar marcha atrás jamás. La respuesta del Tribunal no podía ser más seca y tajante: «Lo provisto está bien provisto». Al Santo Oficio no le tocaba averiguar los autores de los escritos.

Tocó a mi padre, pues, hacer las pesquisas en Alcalá mediante el padre Saavedra, que se dirigió a su vez al alcalde, Antonio de Daga. Éste citó a cuatro libreros de la ciudad para que testimoniaran cuáles eran de veras las obras debidas a la pluma de mi padre y cuáles no. Pero aquella «probanza» no sirvió de nada.

El miedo, mal consejero en estos asuntos, cundió también en Roma. Las cartas de Araoz no podían ser más inquietantes: «El escándalo que

ha habido es grande y perjudica harto a la Compañía». Ribadeneira exclamaba desde la Ciudad Eterna: «Aquí ciertas personas del Santo Oficio dan por amancillado al padre Francisco, y no por libre a nuestro padre general, de la pestilencia que ahora corre por el mundo».

A mi padre se le ocurrió como solución pedir que se imprimieran sus obras en Roma, traducidas al latín y con autorización pontificia. Pero Laínez le contestó que, aunque se estaban estampando ya algunos que había traducido Ribadeneira, «parece mejor esperar al nuevo pontífice». El general llevó todo este candente asunto, en el que la joven orden se jugaba su prestigio, con mesura, y exhortó a Borja a llevar esta cruz con paz y con respeto al Santo Oficio. Araoz hizo más o menos lo que pudo; fue a ver al inquisidor Valdés. Éste le dio buenas palabras, le dijo que tenía a Borja por el que le decían, pero no cambió nada. Cundió tanto el pánico, que en Sevilla el provincial entregó a la Inquisición los ejemplares que tenía en romance del libro de los *Ejercicios* de Ignacio, que, como es sabido, ya contaban con aprobación pontificia.

En medio de esta tempestad ya arreciaban los fríos de noviembre y Borja estaba en Montilla, cuando se presentó Melchor Marcos con un correo.

—Carta del cardenal infante don Enrique de Portugal.

Mi padre abrió aquel pliego ansioso de conocer las nuevas de su amigo, el hermano del fallecido rey Juan III.

—Me pide que vaya a Évora, a visitar nuestro colegio del Espíritu Santo. El papa Paulo IV le ha otorgado la facultad de conceder grados, elevándolo así al rango de universidad. Me dice que, sabiendo que no ando muy lejos, piensa que puedo hacer sin gran fatiga esta visita, de la que él y los profesores recibirían mucho contento.

—A fe que debéis aceptar, padre. Y por muchas razones —dijo Marcos.

¿Era una huida? Era una excelente oportunidad para quitarse de en medio. Además, Carranza y Ruy Gómez le aconsejaron que lo hiciera, porque «no había más que hacer» en Castilla. Los aires más tranquilos y la *saudade* portuguesa le traerían paz por dentro y por fuera.

Évora, tan cerca y tan lejos, le recibió con el cariño de siempre entre sus callejas blancas y sus graciosos parteluces de sabor moruno. Paseó orgulloso por el claustro renacentista de la flamante universidad de la que él

había puesto la simiente, departiendo con el cardenal infante, que, como buen portugués, se tomaba las cosas con mucha tranquilidad. Aunque enfermo, Francisco predicó la cuaresma. A lomos de un mulo le subían por la empinada cuesta que lleva a la catedral, donde, entre las severas torres cuadradas, podía ver los sonrientes apóstoles del pórtico ojival. A veces tenían que subirle hasta el púlpito mismo.

—No pido que predique, padre Francisco, basta que se presente —le decía el cardenal infante, que tenía una rara sabiduría popular.

Otro día le anunció:

—Doña Catalina quiere que vayáis a Lisboa y con este fin os envía una litera.

—¡Siempre tan obsequiosa la reina! Iré, pero volveré a Évora lo antes posible para librarme de los embarazos de la corte.

No fue así. En España la partida del duque se interpretó como una fuga en toda regla. Hoy puedo decir que mi padre consiguió liberarse así de la cárcel, a diferencia del pobre Carranza. En Valladolid se había llegado a hablar de hacerle preso. Ribadeneira oyó esos rumores y añadía que «la tempestad que la partida de Borja ha levantado en España impide el progreso de la Compañía en ella». Por su parte, el impresionable Araoz aseguraba que «la ida del padre Francisco había producido una terrible sensación».

Para Borja, conociéndolo, su huida tenía algo de «salida de Egipto», como recordaría con los años. Necesitaba también espiritualmente quitarse de en medio. Durante un tiempo se sumió en un espeso y enigmático silencio. Tanto, que el padre general se alarmó en Roma.

—¿Qué pretende el padre Francisco? ¿Dar una ojeada a esa provincia? ¿O arrinconarse del todo y olvidarse del oficio que tiene? Su obligación es la superintendencia de los provinciales como superior de ellos. No sé; suspenderemos el juicio a ver si el duque da señales de vida. La princesa Juana y Ruy Gómez piensan que debe presentarse cuanto antes en Castilla. Pero le escribiré insistiéndole en que no hay que detenerse hasta el fin —dijo Laínez a sus colaboradores, inquietos por el futuro de la Compañía.

De hecho Borja ya había escrito a Araoz desde Évora varias misivas pidiéndole ayuda. Pero nunca llegó contestación. ¿Habrían sido interceptadas? ¿O Araoz prefería no dar señales de vida? Mi padre volvió a empuñar la pluma, mientras la sosegada luz de la tarde que, reflejada por

el Tajo, dejaba la ciudad de Porto más soñadora si cabe, una bujía arrojaba su vacilante luz sobre el escueto escritorio.

—¡Esta vez llegará la carta! Me serviré de la ayuda del obispo de Badajoz, don Cristóbal de Rojas y Sandoval. Dádsela antes que parta —le ijo espolvoreando el escrito al hermano Marcos.

Araoz reconoció la clara caligrafía del duque. Le decía que estaba dispuesto a ir a cualquier parte, incluso a América, para salvar su reputación y la de la Compañía. Es más, añadía: «Tengo un único deseo: derramar mi sangre por Cristo». Con mayor motivo regresaría a Castilla como, al parecer, le estaban exigiendo. Pero antes quería que Araoz usara de sus argumentos para explicar en la corte por qué se quedaba en Portugal.

El padre Francisco fue a visitar a la reina Catalina y luego a Coimbra. Cerca de Lisboa se sintió muy maltrecho. Le dolían terriblemente los dedos de la mano derecha, hasta el extremo de llegar a pensar que pudiera quedarse sin poder escribir, lo que le evitaría mucho trabajo. «Si todo el hombre viejo quedara paralizado, mucho mejor», añadía con humor. Y pensó en los tiempos felices del ducado en Gandía.

—¿No sería posible que me atendiera el doctor Cosme López, gran cirujano y amigo, que vive en Coimbra? Recuerdo cierta pomada que me producía mucho consuelo al dolor por aquellos tiempos.

¿Eran caprichos del antiguo duque o desvalimiento de enfermo huido y solo? Algunos jesuitas murmuraron de lo que consideraban «manías del duque». Pero la noticia llegó a palacio. La gran señora que era doña Catalina de Austria mandó sin más contemplaciones, en un gran detalle hacia su amigo, un correo ex profeso a Gandía para traer la eficaz pomada.

Pero sus sueños de soledad, su medio ser eremítico le llamaban a las brumosas riveras del Miño, en la raya con Galicia, a San Fins, un viejo monasterio benedictino que hacía algunos años había sido unido al colegio de Coimbra. Paseaba entre la niebla, que se recuesta húmeda en las altas copas de los árboles, y se decía a sí mismo: «*Videbit Deum deorum in Sion, id est in San Fins iuxta illud avolabunt sicut avis de Aegipto*[23].» Sí, para

23. Vería al Dios de los dioses en Sión, es decir, en San Fins, junto al que volaría como ave de Egipto.

él aquel monasterio perdido era como Sión, un sitio para encontrar a Dios y refugiarse de Egipto.

El general Laínez no acababa de ver claro que fuera bueno «retirarse tanto» y montarse otra especie de «Magdalena», como la de Oñate. Por su parte, Borja contestaba que no iba a estarse quieto, que visitaría las casas de Portugal y si fuera necesario cruzaría la frontera para ir a Castilla y Andalucía. Pero que prefería a la contemplativa María sobre la laboriosa Marta y proponía crear una casa en Oporto, «para morir en casa pobre, no colegio, ya que Roma y Lisboa es corte». Allí podría además juntar Marta y María, la contemplación y la acción.

En Roma no sabían qué hacer con esta patata caliente que quitaba el sueño al preocupado padre general, quien, como es natural, veía las cosas a distancia. Reunió a sus consejeros.

—¿Qué debemos hacer? En España, la princesa Juana, Ruy Gómez de Silva y nuestro amigo y presidente del Consejo, el marqués de Mondéjar, lo tienen claro. Creen que el padre Francisco debe retornar a Castilla.

—¿Y el padre Araoz qué piensa? —preguntó Polanco.

—Araoz está dudoso. Me ha escrito que «el no venir es infamia, y el venir, peligroso».

—Este negocio es tan importante que dispuesto estoy a ir España, si fuera necesario —dijo juntando sus dedos Laínez.

—Basta con que enviemos al padre Nadal —sugirió uno de los consejeros.

El jesuita mallorquín llegó con los vientos fríos de enero al puerto de Rosas, en Barcelona. Atravesó la piel de toro y, a principios de abril, se entrevistó con Borja en Oporto. Además, mi padre había escrito a Felipe II asegurándole su buena voluntad y que él se escondía en Sans Fins, interesándose por Carranza y la princesa Juana, pues «cuanto más se conocen los peligros, más duele ver a los amigos en ellos».

Nadal traía un mensaje de Roma. Desde la ventana se divisaba desparramarse como una cascada de melancolía hacia el río la sin par ciudad de Oporto.

—Padre Francisco, os traigo un mensaje del padre general. Como sabéis, Gonçalvez de Cámara será sustituido y ha sido designado para ocuparse de la educación de don Sebastián, futuro rey de Portugal. Deja en Roma vacante el cargo de asistente general. Piensa que podríais ocupar

ese puesto y así solucionar el problema. Pero la decisión es sólo vuestra. Si vos no aceptáis, sería nombrado en vuestro lugar el padre Broet.

Borja miró con preocupación hacia el Duero, donde las barcazas ligeras y los pequeños veleros que embarcaban las barricas del afamado vino en el puerto, que bullía de vida. Ir a Roma era tanto como retornar a otro Egipto de intrigas, decisiones, quebraderos de cabeza. Ya había propuesto al general tres soluciones. Una, quedarse en Oporto y que le sustituyesen en el cargo. Era la que más le atraía. Dos, que le trasladasen a Lisboa. Y tres, la que menos le agradaba, marcharse a Roma.

—¿Cómo haremos para no despertar sospechas en España? El rey quiere que vuelva. Yo he argüido que no puedo caminar ciento setenta leguas en mi estado de salud. En España me tienen como un prófugo.

—Hemos pensado que el propio papa, Pío IV, sea el que os llame personalmente para asuntos de Iglesia. El padre Laínez ha conseguido el documento a través de vuestro pariente y amigo el cardenal de Ferrara, Hipólito d'Este.

Borja examinó el breve pontificio. Decía que la Iglesia tiene necesidad de sujetos con integridad de vida, doctrina y otras cualidades, y que exhortaba a Borja a ponerse en camino a Roma, donde se serviría de él «para el concilio o para otras cosas». Aquello era más que una orden, era una voluntad pontificia que afectaba al cuarto voto de los jesuitas de obediencia al papa para misiones o destinos. Pero, a pesar de todo, se le dejaba libre para que él tomara la decisión. Le costaba dejar la tranquila Portugal, tan ligada a su vida, a la emperatriz, a su esposa. Y ahora, su amigo Enrique de Gobea, que lo había dado todo a la Compañía, sus tres hijos, su casa, su persona. Acababa de fundar casa y la reina le había escrito tan contenta, «porque siempre deseé que la Compañía asentase en esa ciudad». En cierto modo allí se había sentido nuevo, volviendo a subir al púlpito sin levantar sospechas y hasta llamar a golpe de campanilla por las calles a los niños a la doctrina.

—De acuerdo, iré. Pero he de escribir al rey mostrando mis razones.

Antes, ya en Coimbra, decidió redactar la nota siguiente:

«Yo, Francisco de Borja, digo que, en vista del voto que tengo hecho en mi profesión al soberano pontífice de ir en misión a cualquiera parte adonde su santidad me envíe; en vista de que en nuestras constituciones se dice que de-

bemos, con todas nuestras fuerzas y en primer término, obedecer al soberano pontífice; viendo, además, que el padre Nadal me dice que, con motivo del breve de su santidad, que me ordena ir a Roma, la determinación queda en mis manos; que no estoy obligado a seguir ni su aviso ni el de nuestro padre general sobre este punto, y que mi decisión personal la tendrá por la buena y mejor; aunque mi mal estado de salud no me permite tales fatigas, gracias a la facilidad que se me ha dado de ir por mar —ya que un viaje por tierra sería penoso, a causa de mis padecimientos— espero, gracias al Señor, quod obsequium hoc erit rationabile[24]*, que me dará fuerzas para obedecer, como hasta aquí he podido hacerlo, a pesar de mis enfermedades. Aunque debiese morir obedeciendo, no sería mala campaña.*
En Coimbra, a 7 de junio de 1561.

Francisco.»

Estampó su firma sin dudarlo sobre el documento. Nadal firmó a su lado, aunque al principio era partidario de que Borja regresara a Castilla.

Pero quedaba otra carta importante que escribir. Sentado en su escritorio, sentía que los molestos gases de su maltrecho estómago apenas le permitían respirar. ¿Quién le iba a decir que un día iba a escribir al rey y más defendiéndose de heterodoxia, lo que más aborrecía en la vida, él, que había sido íntimo de su padre, de su hermana Juana, de doña Catalina, de toda la Casa de Austria?

Por un instante tembló al sumergir en tinta la pluma de ave. Sobre el papel blanco las imágenes de Toledo y Madrid se agolpaban en su imaginación y las palabras se daban codazos por salir. Se gloriaba, sí, se gloriaba porque desde su niñez había servido a sus padres, Carlos V e Isabel. ¿Acaso no fue su fiel y leal vasallo y criado sin haber faltado un punto? Siempre había ocupado un alto cargo dentro de la corte y ahora le querían derribar.

Pero bastaba recordar sus antiguos servicios, su vida gastada con tanta voluntad y entrega en el palacio de Tordesillas, y las muchas horas que a él, al rey, «en su tierna edad le traje en estos brazos y se adormeció en ellos». Y, sobre todo, el amor y lealtad que siempre había tenido a

24. «Entendiendo este don como razonable».

sus príncipes. En fin, quedaba muy apenado por las acusaciones, estaba triste y lloraba «sangrientas lágrimas», al ver que había gente capaz de semejantes infundios con tal de subir ellos un escalón. Él podía hacer mucho daño a sus acusadores, «lastimar y aún sacar sangre», pero no, eso no sería digno ni de su hábito ni de sus inclinaciones. Nunca creyó que semejantes hombres, a quienes nunca ofendió, antes ayudó, quisieran apartarle del favor real, y sabía las causas, pero no las diría nunca a nadie. A él, Francisco de Borja, que no tenía ningún apego a la corte, le querían quitar de en medio con malas artes; a él, que hacía muchos años había renunciado voluntariamente a lo que ellos ahora andaban mendigando.

Sus enemigos, el confesor del rey, Bernardo de Fresneda, y el inquisidor, Fernando de Valdés, que, a juicio de Araoz, «son una misma cosa», fueron los autores de toda la siniestra maquinación. Estaban asustados de ver a Borja pulular por la corte, con su sotana de «teatino,» jesuita metido en asuntos de Estado. Es más, por orden de Juana de Austria, que era la que lo deseaba, se inmiscuía en el gobierno —según él mismo reconocía—, pero siempre había sido leal.

Ruy Gómez y el marqués de Mondéjar entregaron esta carta al rey. El monarca, recién casado con la joven pero no demasiado bella Isabel de Valois, tenía otras preocupaciones. Por ejemplo, acabar con la tradición de una corte itinerante como la de su padre, establecerse de una vez en Madrid y cambiar aquellos adornos mudéjares del alcázar madrileño, que le horrorizaban. Él era un rey sedentario, de gabinete.

Felipe II miró impasible a ambos consejeros desde sus fríos ojos azules, que no prometían demasiado entusiasmo sobre ningún tema y que presidían una impasible tez blanca, ribeteada por las gargantillas de encaje. Leyó la carta sin parpadear. Luego se ajustó maquinalmente el bonetillo negro y, tras una de sus prudentes pausas, se limitó a decir:

—Lo único que sé es que Francisco de Borja es autor de libros prohibidos.

Mondéjar no se atrevió a abrir los labios. Sólo osó carraspear y pensar: «Tenían razón los que opinaban que el monarca era un gran encubridor y disimulador de disgustos, que no quiso nunca enfrentarse a la Inquisición, ni siquiera por un amigo intachable como Borja». Ambos ministros comprendieron que en realidad el rey estaba mal informado, tal como en Roma los jesuitas temían.

¿Y Araoz qué hacia? Todavía tenía mucho poder en la corte. ¿No podía mover una ficha en aquel complicado tablero? Laínez le había pedido que obtuviera cartas en favor de la Compañía para el embajador Vargas, para el papa, algunos cardenales y para el duque de Saboya y los reyes de Francia. Algunas había obtenido.

Todo esto lo sabía de antemano mi padre y explicaba que, conociendo muy bien a Felipe II, no debía ni por asomo volver a España y por la misma razón la había abandonado sin ni siquiera despedirse del rey. La suerte estaba echada. Sólo le quedaba abandonar la quieta Portugal y partir de nuevo hacia Egipto, la otra Babilonia, en medio de la noche oscura y el total desvalimiento.

Debía partir pues, comenzar de nuevo, y reconquistar la honra perdida.

Al evocar estos años difíciles aquella noche en Ávila dibujé un sol y una luna en mi cuaderno con la siguiente sentencia: *Adversa magis lucet*. «Cuanto más contraria, más reluce». Igual que la Luna, cuanto más se opone al Sol más brilla y más claridad recibe, enfrentar las adversidades hace crecer el resplandor y la calidad de un hombre.

Pero aquella noche la Luna apenas permitía ver las oscuras calles de la adusta ciudad, mientras, muy debilitada, copiaba su melancolía en aguas del Adaja. Me dormí con una ilusión. Había recibido aviso de la afamada y andariega madre Teresa de Jesús. Accediendo a mis deseos, me recibiría al día siguiente en el monasterio de San José, por ella misma fundado. Siempre había tenido deseos de conocerla, pero nunca como en aquel momento necesitaba hablar con ella y escuchar su sabio consejo.

18

Nada te turbe

Deslumbrado por el sol de la mañana, apenas pude apreciar sus rasgos en la oscuridad del recibidor, cuando apareció sonriendo tras las rejas de clausura. Más gruesa que delgada, era de mediana estatura y con esa gracia sutil que no se borra del rostro de aquellas mujeres que de jóvenes fueron guapas. Sobre un rostro ni redondo ni aguileño, su ancha frente reflejaba un secreto interior lleno de paz. A los cincuenta y siete años de edad parecía mucho más joven. Sus brillantes ojos negros, bajo unas cejas anchas de rubio oscuro, irradiaban ese raro resplandor que he visto sólo en personas santas que viven en el otro lado, en otra dimensión de la vida. Tenía tres lunares en la mejilla izquierda, a medio camino entre la nariz y la boca. Apenas comenzó a hablar, me sentí como en casa, junto a una entrañable amiga, que, sentada en la mesa camilla, te conoce y te quiere.

—¿De modo que sois hijo del padre Francisco de Borja? ¡Ay, Señor! ¡Cuánto ha obrado Dios a través de vuestro padre! ¡Y cuánto ayudó a esta pobre alma en tiempos difíciles! ¿Qué os trae por aquí, don Juan? Sé, pues me lo han dicho, que sois embajador de nuestro señor, el rey don Felipe, en Portugal.

—Es precisamente la memoria de mi padre la que me hace robar vuestro tiempo, madre Teresa. El sumo pontífice me ha dado el encargo, no fácil para mí como hijo, de presentarle una relación completa de su misteriosa y azarosa vida.

Mis ojos se iban acostumbrando a la sombra. Aquella mujer se movía y hablaba como si su cuerpo no pesase, con gracia y armonía. La escasa luz blanca que entraba por un ventanuco sobre la impoluta cal de la pared la nimbaba de una apariencia casi irreal. Le dije que admiraba mucho su obra y también aquel monasterio de acogida.

—A pesar de que me vi mujer y ruin, tan imposibilitada de aprovechar en lo que quisiera en el servicio del Señor, determiné hacer eso poquito que hay en mí. Fue en el año que vuestro padre, según creo, se encontraba en Portugal, cuando era perseguido por el Santo Oficio.

—Pero vos os encontrasteis antes.

La madre Teresa se quedó pensativa. Sus ojos brillaban como ascuas en la oscuridad. Observé que ocultaba unas bellas y menudas manos entre los pliegues de su hábito pardo y blanco.

—Sí, sí, el padre Francisco de Borja. Yo era muy aficionada a los padres de la Compañía de Jesús, santos varones y muy letrados, lo cual para mí siempre ha sido muy importante para prestar consejo a las almas. La primera vez vino a verme en el año 1555. Trataba yo por entonces las cosas de conciencia con el joven padre jesuita Diego de Cetina. Después volvimos a encontrarnos pasados dos años, durante una Semana Santa que él estuvo en Ávila. Venía vuestro padre de Yuste, de hablar con Su Majestad.

—¡Ah, sí, justamente entre las dos visitas que hizo al emperador!

La madre Teresa de Jesús entornó los ojos como si estuviera trasladándose mentalmente a la escena.

—Andaba yo entonces con las experiencias de arrobo que tenía en la oración. Yo le pregunté al padre Francisco si aquello era engaño, porque me traía como boba. Él me respondió que lo que me ocurría era muy posible, porque a él mismo muchas veces le acaecía también. Díjome luego que era espíritu de Dios y que le parecía que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho.

Me estremecía oír a aquella mujer santa hablar así de mi padre. ¡Pensar que ambos habían tenido experiencias místicas comparables, de éxtasis y arrobo! Teresa de Jesús hablaba con gran sencillez y un aire natural de estos temas tan subidos, fuera de todo rebozo o timidez, igual que si estuviera comentando cómo aderezar la casa o poner en orden la despensa.

Luego juntó sus manos, aquellas manos de escritora que derrochaban simpatía.

—¡Ah, sí, lo recuerdo muy bien! El padre Francisco me aconsejó que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que, si después el

Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle a Su Majestad, no lo procurando yo.

Hablaba de tal manera, que por un momento pensé que también allí podía arrebatarse en una de esas pérdidas del sentido. Con cierto pavor sacro, pregunté:

—¿Y vos quedasteis contenta?

—¡Cómo no estarlo! Vuestro padre hablaba como quien iba bien adelante, dándome la medicina y el consejo, que ha mucho en esto la experiencia. Dijo que era yerro resistir ya más. Yo me quedé muy consolada y el caballero que nos acompañaba, que era don Juan de Salcedo, también. Holgábase mucho que dijese que todo aquello era de Dios.

Sentí que me alimentaban sus palabras claras y sencillas, que caían como bálsamo curativo sobre mi alma y me reponían de los recuerdos turbulentos y de los datos barajados de aquellos tiempos en que mi padre se encontró en tanta desazón y vacío. Le dije con entusiasmo:

—Yo también he oído mucho hablar a mi padre de vos, madre Teresa de Jesús, de vuestra santa vida y fundaciones. ¡De cuántos pequeños conventos no habréis vos sembrado las anchas tierras de Castilla!

—¡Mis palomarcicos! Todo lo obra el Señor en mí. Que Dios, don Juan, se comunica al alma por muchos caminos y a veces la misma enfermedad es la verdadera oración cuando es al que ama. ¡Hasta entre los pucheros anda el Señor! Todo cuanto he bregado por esos senderos de polvo, encaramada en una pobre carreta y con muchos dolores, como lo queráis mirar, todo sólo es obra suya, sólo suya. Dios no se espanta de las flaquezas de los hombres y pude tratarlos como amigos, pues es Señor.

Me dijo que había que poner toda la confianza en Su Majestad y perderla en mí y hacer mi morada en quien me ama sin límites. Le pregunté por los momentos difíciles. ¿Acaso no había pasado ella también por aprietos de la Inquisición? La madre recordó entonces los tiempos en que el inquisidor Valdés prohibió los libros espirituales en romance, que eran su regalo y le habían acompañado tanto desde niña.

—Me hallé desolada; pero pronto sentí que el Señor me decía: «No tengas pena, hija mía, que yo te daré libro vivo». Y él ha sido mi mejor libro. Dios siempre es consuelo para el alma. El mismo Señor me repetía:

«No hayas miedo, hija, que yo soy, y no desampararé». Él me dio y me da siempre en cualquier aprieto libertad, alegría y fuerza.

Recordé las dificultades que tuvo con el libro de su vida, que le mandaron escribir por obediencia sus confesores, y más tarde con la escisión del Carmelo y cómo el propio rey Felipe en persona quiso ayudarle. Me encontraba tan bien que le abrí mi alma de para en par, le conté mis problemas personales, mis dudas y trabajos en la embajada y lo que más me dolía, que mi esposa Lorenza estaba a la sazón en Portugal y muy enferma. Entonces, con la sonrisa en los labios, me dijo:

—Si tenéis a Dios con vos, nada está contra vos. Recordad, hijo, estos versos que guardo para los malos momentos:

Nada te turbe, nada te espante.
Todo se pasa, Dios no se muda.
La paciencia todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene, nada le falta.
Sólo Dios basta.

Cuando salí, la piedra dorada de las murallas me pareció menos recia y la vida más ligera. Creía flotar en una zona ajena al tiempo y al espacio, como si una verdad profunda e indefinible iluminara mi vida más allá de los acontecimientos. ¡Mi padre había vivido sumergido en ese mar y yo casi no lo sabía!

Sentado junto a una almena y la mirada perdida en el horizonte, seguí recordando. Lo habíamos dejado camino de Roma, en compañía de los padres Pedro Saavedra y Gaspar Hernández, junto al inseparable hermano Marcos. Salieron embarcados de Portugal el 12 de julio de 1561 rumbo al puerto pontevedrés de Bayona. A poco de entrar en mar abierto, una tempestad les obligó a regresar. Volvió momentáneamente a San Fins y escribió a Nadal comunicándole que, pese al incidente, no había cambiado sus planes. Nadal vio el cielo abierto y envió un correo para volverle a aconsejar que pasase por Castilla. Pero el mensajero no llegó a tiempo. Borja ya había partido por tierra sin dejar rastro de dónde estaba.

Hasta agosto no dio de nuevo señales de vida. Se encontraba en Aviñón, a punto de embarcarse para Génova. Nadal supo entonces que había pasado

por Zamora, donde unas fiebres le obligaron a detenerse y lamentaba que, estando tan cerca, no se hubiera acercado a la corte. Desde el puerto de Génova, vía Bolonia y Loreto, ciudad cuyo recogimiento le atraía siempre, llegó a Roma en septiembre, la víspera de la Natividad de María. Llevaba en el bolsillo mil quinientos ducados que le había dado mi hermano Carlos para sufragar gastos. En carta a su amigo y pariente el duque de Ferrara le dijo que se sentía mejor de salud que cuando salió de Portugal y que se encontraba en Roma por obediencia al Papa. También escribió a Lisboa, a doña Catalina, para que supiera lo ocurrido de primera mano.

Fue entonces cuando de nuevo se hizo la luz y se dispersaron los nubarrones. Las puertas de la Ciudad Eterna, llena de vida y belleza, se le abrieron de par en par como en los mejores tiempos. En diez años había cambiado mucho en pleno espíritu de la Contrarreforma y del Concilio de Trento. Nada más llegar, un hombre preguntó por él. Era un camarero secreto del papa Pío IV, que le daba la bienvenida. A los tres días el Papa en persona le recibía. Entró en los palacios vaticanos acompañado de Pedro Ribadeneira.

Como un niño grande, Pío IV, corpulento, con cara apacible y ojos despiertos, era un advenedizo milanés, unido a la casa de Austria a través de su hermano y de unos parientes alemanes, además de jurista amante de la vida y los pequeños placeres de este mundo. Pero sobre todo era un hombre afable. Con frecuencia se le veía en la calle a pie o a caballo sin escolta, y personalmente no le hacía demasiada gracia la Inquisición, a la que reprochaba la dureza de su procedimiento. Le dedicó a Borja su mejor sonrisa.

—Sed bienvenido, padre. ¿Dónde estáis hospedado? ¿Por qué no aceptáis mi invitación y venís a mi palacio?

Mi padre rehusó cortésmente. El Papa le dijo:

—Nosotros tendremos cuenta con vuestra persona y con vuestras cosas, como somos obligados por el raro ejemplo que habéis dado al mundo en nuestros días.

¿Era real o sueño? Parecía que el mundo se había movido bajo sus pies. Mientras, en España, cuando se enteraron de que mi padre se había quitado de en medio sin avisar, las afiladas malas lenguas se desataron. «Castilla entera está alarmada por esta partida», decía una carta. Encima, les echaron las culpas a Laínez y a Nadal, que tuvieron que explicar que el viaje había sido así por deseos de Borja y en contra de la voluntad de éstos. Araoz esta-

ba en ascuas porque pensaba que todo eso iba a perjudicar a la Compañía. Todos se sacudían el polvo de este escándalo: Araoz, Laínez, Nadal.

Mi padre debió sentirse muy solo. Pero las expresiones más duras fueron las del padre Nadal, seguramente para quedar bien con el inquisidor Valdés. Se liberaba de responsabilidades y le decía que, «sin ningún respeto al padre Francisco», sí era culpable, «le echaremos de la Compañía». Nadal estaba tan alarmado que añadía que «la tempestad que acá se ha levantado por ocasión de la ida del padre Francisco es grande, y el mar va tan alto, que no será poco defendernos de este frío».

El general Laínez, que estaba en Saint-Germain enviado por el Papa, se portó mejor. Le escribió una carta al embajador de España en Roma defendiendo a Borja, quien, «en cuanto la fe, además de otras buenas costumbres, es tan limpio como el más puro oro y que fue de los primeros que ayudaron al Santo Oficio a descubrir los errores que en España pululaban».

En fin, el tiempo fue poco a poco serenando estas aguas turbulentas. Para Borja todo este asunto fue una cruz que abrazó con amor, aunque yo añadiría también que con astucia e inteligencia. Cualquier otro «santo» bobo se hubiera metido entre las fauces del lobo. El día de San Juan, el evangelista que apoyó su cabeza en el pecho de Jesús, escribía mi padre a Ribadeneria: «Ya que no merecemos ser de los regalados en el pecho, seamos compañeros en la cruz. ¡Oh! ¡Cuán bien se escribe y dice esto, y cuán temerosa se muestra la cruz cuando entra por nuestras puertas, siendo ella la que nos libra de otras cruces más duras cuanto menos conocidas!».

Al final, todos tuvieron que reconocer que lo que había hecho era lo mejor. Respecto al famoso libro, los de la Inquisición no dieron un paso atrás y mi padre moriría incluido en ese catálogo maldito[25].

Pero no se apacigua el alma en un suspiro. Aunque el Papa le confió que se ocupara de asuntos del concilio y de la reforma de tribunales y oficios, mi padre se refugió en el silencio y la soledad de la casa profesa de los jesuitas durante casi medio año. Tampoco le daban el cargo prometido de asistente. El embajador Vargas Mejía llegó a comentar en voz alta:

25. Sólo fue rehabilitado en el *Índice* publicado por el cardenal Quiroga en 1583. Luego, con el proceso de canonización sus obras fueron sometidas a examen y aprobadas por la Congregación de Ritos en 1648.

—El padre Francisco está tan mal, que no me extrañaría muera pronto.

Hasta Laínez estaba convencido de que Borja se hallaba en el umbral de una vida mejor, esperando la voz de Dios. Lo que sufría era la lógica depresión del que humanamente ha dado el salto desde la cumbre a la oscuridad del abismo. Aquel año se reanudaron las sesiones del Concilio de Trento. Laínez y Salmerón, que estaba de vicario de la Compañía, fueron llamados de nuevo como teólogos y acompañados del secretario Polanco. Antes de partir, Laínez llamó al padre Francisco.

—Vos quedaréis como mi vicario durante mi ausencia en Trento —le anunció el padre general.

Esto le dio la vida. Mi padre volvió de nuevo a aquella actividad desbordante que le caracterizaba. Se le veía departiendo con cardenales, como Alejandro Farnesio e Hipólito d'Este; dictando cartas a María de Austria, reina de Bohemia, o a doña Juana, la jesuita secreta, su dirigida de Madrid, o a obispos españoles y portugueses. También seguía de cerca los asuntos de nuestra familia y las noticias que venían de Gandía.

Un día llegó la tremenda novedad. Felipe II, posiblemente contenido hasta entonces por la amistad de Borja, había tomado la decisión de buscar a los asesinos de Diego de Aragón. Diego Borja intentó huir y se encerró en las clarisas de Madrid. Los guardias reales lo descubrieron, lo sacaron de allí y lo condujeron al castillo de Xàtiva. Su cabeza colgó del patio de armas para escarmiento de todos. Su hermano Felipe corrió mejor suerte. A pesar de estar condenado por contumacia, pudo huir a África.

También llegaban problemas del actual duque de Gandía, Carlos, enemistado con su tío Pedro Galcerán por cuestiones de herencia; desavenencias de mi otro hermano, Álvaro, con su esposa y problemas cuando éste estuvo encarcelado en Simancas por deudas: dispensas matrimoniales para otros familiares, peticiones de favores cerca de Ruy Gómez. En fin, siempre la hacienda, el cochino dinero, que mi hermano Carlos, el actual duque, no sabía administrar, la verdad, con demasiada pericia.

Una enorme lista que indicaba mucho trabajo, pero también cierta reanimación, como si volviera a estar en su salsa. Pero no era todo oro lo que relucía; la procesión iba por dentro. Un día, mientras atardecía tras los pinos de Roma, su buen amigo el padre Antonio de Córdoba, que había venido de España, lo vio taciturno.

—¿Cómo estáis, padre Francisco?

—¿Cómo puedo estar? El mundo se va acabando. Los herejes de un lado y los pecadores de este rastrero mundo de otro parecen que se dan prisa por poblar el infierno.

—¿Y cómo va vuestra salud?

—Yo ando como suelo, padre Antonio. Crecen las ocupaciones, eso sí, pero a la vez crecen los achaques y falta la salud.

—Y de Pedro de Soto, ¿qué sabéis?

Pedro vestía el hábito blanco de los frailes de Santo Domingo. Era un personaje curioso. Había sido confesor del emperador y se presentó en el Concilio de Trento sin el permiso real, lo que despertó las iras de muchos legalistas. Mi padre le quería mucho desde que este fraile asistió a mi hermana Isabel en el lecho de muerte. Soto se llevaba muy bien, además, con el conde de Oropesa, otro amigo común. Borja le guardaba afecto y le estuvo muy cercano en Roma.

—¿Pero no lo sabéis? Pedro de Soto ha muerto —respondió Antonio.

En la estrechez de su celda conventual, el dominico se había atrevido ya muy enfermo a escribir una valiente carta al Papa. Toda su vida había luchado por decir la verdad, sin cambiar ni por influjo de algunos ni por la oferta de las prebendas o el acicate de las intrigas política. Pedía al Papa que los obispos residieran en sus diócesis, porque era un escándalo corriente que gozaran de los títulos y con frecuencia no llegaran ni a poner un pie en sus sedes. Denunciaba, además, el absentismo, el favoritismo, ya fuera con sobrinos o amigos, puesto que los obispos eran elegidos no por sus cualidades, sino como promoción y por puros intereses económicos.

Otro de los buenos amigos de esta época romana era Carlos Borromeo, sobrino del Papa. Enseguida lo hizo cardenal y lo cargó de honores, aunque quería que dejara la carrera eclesiástica cuando al morir su hermano quedó heredero. Pero Carlos vio claro que la felicidad estaba en Dios mismo y se entregó a los ideales cristianos bajo la dirección del jesuita Juan Bautista de Ribera, que era el procurador de la Compañía. El joven Borromeo quiso celebrar su segunda misa en el altar donde Borja la decía cada día e Ignacio había llorado de consolación. Borromeo sería, cosa rara en aquellos tiempos, no sólo un buen amigo de los jesuitas, sino un cardenal verdaderamente santo. Aunque, la verdad, al Papa no le gustó la radical conversión de su sobrino a la austeridad, y por ello se puso contra

los jesuitas, hasta llegar a rechazar más tarde la visita de Laínez y sus explicaciones. Gracias a que el padre Ribera, muy jesuísticamente, pidió ser enviado a las misiones de la India, fue por lo que decidió el Papa visitar las casas de los jesuitas renovándole sus encargos.

Él era uno de los que acudían a Piazza Navona, donde se juntaba lo más granado de Roma para oír predicar a Borja en la iglesia de Santiago de los Españoles. El pueblo se arremolinaba en la puerta del templo a ver bajar de los carruajes hasta siete u ocho cardenales y otros nobles ricamente ataviados. En Cuaresma predicó dos veces por semana en esta iglesia. También lo hizo en San Antonio de los Portugueses.

Poco a poco comenzaba a familiarizarse, como vicario, con el puesto de mando de los jesuitas. Como en los tiempos de virrey, su mesa estaba llena de papeles. Era como un mar donde confluían los ríos de una orden que se iba extendiendo cual una mancha de aceite por todo el mundo.

—Carta de Milán. Ya han llegado los padres que van a fundar colegio en la capital lombarda. Las fundaciones de Chambery y Mantua llevan buen paso. ¿Tenéis noticia de las últimas decisiones de Su Santidad? —le preguntó uno de sus secretarios.

Borja estaba más delgado que nunca. Sus afecciones estomacales asomaban a sus mejillas con una palidez casi cetrina y, bajo el bonete, su rostro parecía aún más ascético.

—El santo padre me recibió ayer. Quiere que dirijamos el seminario romano.

—Pero, ¿le habéis advertido del revuelo que se ha organizado? El clero de Roma está muy en contra de esta decisión.

—Su Santidad insiste. Nos ha encargado además examinar a los candidatos al sacerdocio y visitar las parroquias de Roma.

Laínez regresó de Trento cansado y mal de salud. Dos serias razones para pedir ayuda al padre Francisco como asistente. Pasaron ambos juntos algunos días en la casa de campo de Frascati. Desde mayo a octubre de 1564, parecía que el padre general experimentaba cierta mejoría, por lo que al llegar el Adviento quiso encargarse personalmente de predicar los sermones en la iglesia de la Compañía. No pudo terminarlos. «Llevadme a mi habitación, padre Francisco, pues nunca más podré estar de pie junto al altar de Dios.» A mediados de enero, agravado su estado, Laínez pidió la bendición del Papa y la unción de los enfermos.

Allí, en la penumbra de un sobrio cuarto iluminada por el parpadeo de los cirios, los íntimos esperaban la muerte del segundo superior general. Apenas recibió los óleos, dirigió una mirada inteligente y muy especial a Francisco de Borja, como indicando a sus compañeros que se fuesen, pues ya él se iba. Con un rostro muy alegre y contento, volvía a mirar fijamente a Borja, alzaba los ojos y volvía a clavarlos en Francisco. Parecía que quería sugerir una señal, una clara indicación para el futuro.

Comenzaba el penúltimo tramo de la azarosa vida de mi padre.

Un cuerpo de guardia, lanza en ristre, pasó ante mis ojos haciendo su ronda de vigilancia en torno a la muralla abulense. Nubes blancas como rebaños animaba el impecable azul y yo repasaba todos estos pensamientos por mi corazón a la luz que había dejado en mí la madre Teresa de Jesús. Nunca olvidaría en mi vida ese encuentro.

Si la vida, como ella suele decir, es «una mala noche en una mala posada», la noche de Francisco de Borja fue larga. Aunque él estaba convencido de que una fuerza superior le arrastraba. Leo en una de sus meditaciones, que ya comenzó a escribir en sus tiempos de Gandía:

> *«Considerar cómo es menester subir al monte de la perfección, y si me mandan subir, no hallo fuerza, y si me mandan bajar, me agravo, de manera que en lo uno en lo otro me hallo tan pesado que tengo necesidad que el Señor me lleve arrastrando siquiera, y para esto diré: "Atráeme Tú mismo en pos de Ti, y correremos al olor de tus perfumes".»*

Sólo así, no con patrones y medidas de este mundo, podía entender cuanto le había ocurrido y cómo lo vivió. Aquel día, junto a Teresa y el recuerdo de los tiempos más duros de la vida de mi padre, sentí dentro de mí algo de ese perfume y comprender cómo puede arrastrar a un ser humano a subir y bajar montañas.

Pero de improviso lo inmediato y real se imponía en mi vida.

Ya había usado de demasiado tiempo en completar mis pesquisas. Debería regresar cuanto antes a Lisboa para delicados asuntos diplomáticos relacionados con el rey Sebastián, pero sobre todo para ocuparme de mi amada Lorenza, que tanto debería estar añorando mi regreso.

19

El General

Había ensillado mi caballo y estaba a punto de partir, cuando se presentó un jinete que, sudoroso, llegó a galope tendido desde Madrid con sobres lacrados en su aljaba y satisfecho de haber podido dar conmigo antes de mi partida. Los abrí allí mismo muy intrigado. Uno llevaba el sello del rey y era del inevitable Ruy Gómez. El correo, al tendérmelos, me indicó muy preocupado que le habían dicho en la corte que eran urgentes y los entregara en mano.

Mientras rasgaba el sobre, indiqué a mi criado que ofreciera un refrigerio al extenuado jinete y algo de pienso y agua al caballo, pues parecían a punto de reventar.

—Señor, he de añadir que en palacio esperan pronta contestación. Tengo órdenes de regresar esta misma noche a Madrid.

—Está bien, pero sosegaos, buen hombre, y descansad un poco mientras doy lectura a estos pliegos.

Ruy Gómez era muy explícito. Me ordenaba de parte del rey que abandonara todos mis trabajos y me presentara lo antes posible en Lisboa. La reina doña Catalina había hecho un tímido intento para que el excéntrico y joven rey don Sebastián, que se había pasado todo el año zascandileando por tierras del Alentejo y el Algarve, y gastando su tiempo en toradas, torneos, cacerías y hasta en la tarea de domesticar potros salvajes traídos de Abrantes, se entrevistara con su tío el rey de España. Pensaba que así podría conocer al menos a su madre, doña Juana, que seguía en las clarisas de Madrid. Doña Catalina debería estar un tanto asustada con las excentricidades de su nieto, que recordaba bastante al desgraciado don Carlos, al que, como dije, serví y conocí de cerca en Alcalá y Madrid. De

nuevo reaparecían las funestas consecuencias de la mezcla de sangres y la herencia loca de doña Juana. Ruy Gómez incluía una carta dirigida a mí por el propio Felipe II, que decía textualmente: «La venida del rey por acá será de tanto embarazo para mí y de tan poco provecho, por lo que me maravillo mucho de que su abuela se lo haya puesto en la cabeza».

Su Majestad usaba como excusa, para evitar el encuentro, que la princesa doña Juana padecía una grave enfermedad, lo cual era cierto, pero casi a favor de que su hijo viniera a Castilla a conocerla y consolarla. En una palabra, que mi misión estaba bien clara. Debería regresar cuanto antes a Portugal y hacer desistir por ahora a doña Catalina de sus razonables deseos.

El otro sobre, más abultado, llevaba remite de Roma y era de Pedro Ribadeneira. Sin abrirlo, me apresuré a contestar a Ruy Gómez, comunicándole que me ponía enseguida en marcha para ejecutar las órdenes del rey, pues ya tenía el trabajo sobre mi padre bastante avanzado, además de que los deseos de Su Majestad eran órdenes para mí. Y, dicho y hecho, sin más dilación atravesé la ciudad y, dejando a mis espaldas las añosas y recoletas murallas de Ávila con su perfume a santidad de Teresa, enfilé mi ligero alazán en dirección a la frontera.

Después de hacer un alto en Toro, donde tengo casa y encomienda, cabalgaba de día y continuaba elaborando mi informe durante la noche, en malas posadas y peores mesones, en los que me detenía para reponer mis fuerzas y dormir algo hasta llegar a Lisboa.

En dichos alojamientos rurales, a la luz parpadeante de tristes palmatorias, leí con atención la larga carta que me dirigía desde Roma el simpático Pedro Ribadeneira. En ella me hacía un sustancioso resumen de la etapa en la vida de mi padre de la que yo tenía menos datos, pues se había desenvuelto sobre todo resolviendo asuntos internos de la Compañía.

¡Qué jugosa pluma tiene el perspicaz toledano! Sostengo que es, sin duda, un brillante escritor, que acaba de publicar además su primera edición latina de la vida del maestro Ignacio, precisamente por encargo de mi inolvidable padre. Este hombre se convertirá en un clásico de nuestras letras, estoy seguro. Perico, como le llamaba el fundador, era un tipo curioso. Sólo un crío, cuando el cardenal Farnesio, en los tiempos en que éste se hallaba en la imperial Toledo, a raíz de la muerte de la emperatriz, lo empleó de paje para darle un futuro y se lo llevó consigo a Roma. Muy

extrovertido y vivo de carácter, desempeñó su oficio con garbo, aunque salpicándolo de no pocas travesuras y pendencias. Su madre, que le conocía bien, escribió al doctor Ortiz a Roma que echara un vistazo al niño y le regañara si viniera al caso. Un día paseaba Ortiz con Perico por las calles de Roma y le señaló la casa del padre Ignacio, recomendándole encarecidamente tratara con él. «No te arrepentirás, muchacho», le dijo.

Perico se olvidó de este detalle hasta que un día, acompañando al cardenal Farnesio, salió a pasear al campo. El paje vio la ocasión propicia de escabullirse del lucido cortejo y andar más libre a curiosear por cuenta propia las animadas calles de Roma repletas de mendigos, soldados y mercaderes. Todo un espectáculo para los ojos. Se lo pasó de lo lindo. Pero se hizo de noche y pensó: «¿Cómo me presento yo ahora delante del cardenal? ¡Menuda reprimenda!». Se acordó de la casa de Ignacio y, tras santiguarse, llamó a la puerta, con tan buena fortuna que fue el propio santo quien salió a abrirle.

—¿Qué se os ofrece, muchacho?

—Quisiera ver al padre Ignacio de Loyola.

—Con él estáis hablando.

Entonces Pedro le contó sus aventuras con encantadora espontaneidad adolescente. Ignacio se lo llevó al comedor a cenar y le permitió que durmiese allí aquella noche. Al día siguiente informó al cardenal Farnesio de lo sucedido y le devolvió el paje, hasta que éste, impresionado con la acogida del santo y la grata charla con sus compañeros, pensó en irse a vivir con ellos. Todo el mundo se lo quitaba de la cabeza. «Veleidades de muchacho», decían. Pero él, ni corto ni perezoso, se encaminó a casa de Ignacio y pidió ingresar en su Compañía. Parecía una locura, aún más entonces, cuando la orden andaba necesitada de hombres hechos y derechos, doctos y bien formados. Pero, gracias a esa chispa de intuición que caracterizaba al maestro Ignacio, adivinó que Ribadeneira no sólo iba cuajar entre ellos, sino que llegaría a hacer mucho bien. Y así fue.

¿Quién hubiera podido imaginar que aquel adolescente llegaría a ser su primer biógrafo, un enorme escritor y un excelente amigo? Con el tiempo realizó cometidos importantes, como asistir en su enfermedad a la reina María en Londres y trabajar en Padua, Palermo, Roma, Toscana, Sicilia y España con diversos y destacados cargos y responsabilidades.

Con avidez me envolví en una manta para protegerme de los recios fríos de la posada donde me hallaba, y devoré aquella cumplida relación que Ribadeneira me enviaba desde Roma sobre una etapa crucial en la vida de Borja.

Laínez, como hiciera Ignacio, no quiso dejar un sucesor ni un sustituto temporal después de su muerte. Los profesos reunidos en Roma eligieron a un vicario general, que naturalmente fue Francisco de Borja, quien se apresuró a reunir al máximo organismo de gobierno de los jesuitas: la congregación general. Esto ocurría a finales de enero de 1564 y la magna asamblea debía celebrarse en junio siguiente. Tendrían que acudir hasta cincuenta y dos representantes de las diversas provincias, que se sumarían a los trescientos jesuitas residentes en Roma. ¡Demasiada gente a los que pagar viajes y alimentar! Borja decidió escribir cartas para, literalmente, pedir limosna a sus amigos influyentes. Por ejemplo, al conde de Oropesa, que envió ciento cincuenta ducados con este fin.

El tiempo pasó volando, las provincias eligieron sus «procuradores», y esta vez sin retrasos, el 21 de junio Roma recibió a los electores del que vendría a ser el segundo sucesor de Ignacio de Loyola. Borja no podía ocultar su preocupación. No paraba de decirles a cuantos llegaban que votaran en conciencia, sin consideraciones terrenas. Llegó a pensar si no debía advertir, además, claramente que no le votaran a él. Pero Ribadeniera y Salmerón le aconsejaron que eso era peor, era como levantar la liebre.

Tras la bendición del Papa, los congregados recibieron la comunión de manos del padre Francisco el día de la Visitación de Nuestra Señora. ¡Cómo debió acariciar los oídos sensibles a la música de Borja el canto puro del *Veni Creator* en la voz juvenil de los colegiales que precedían la procesión de los jesuitas! Allí había rostros conocidos: Nadal, Polanco, Canisio, Auger. No faltaba el provincial de Portugal, Diego Miró; ni el de Germania, Everardo Mercuriano, y el sin par Bartolomé Bustamente, que venía de Andalucía junto a Juan Plaza. Todos dedicaron cuatro días a la oración tras los que debían depositar su voto. Antes de esto, Borja se limitó a glosar las cualidades del futuro general según las constituciones: hacía falta encontrar un hombre de virtud, buena doctrina y probada prudencia. Les advirtió, además, que debían votar en conciencia evitando el peligro de la ambición y el de guiarse por intereses personales o miras exclusivamente humanas.

Llegó, por fin, el día de la elección, un 2 de julio histórico, y, tras predicar en latín Benito Palmio, provincial de Lombardía, y la celebración de la misa, los electores depositaron su voto. Me imagino que mi padre debía estar temblando por dentro. Resultado: de treinta y nueve votos, treinta y uno para Francisco de Borja. Los ocho que no lo habían votado se adhirieron enseguida a la decisión de la mayoría. Mientras sonaba un *Te Deum* de acción de gracias en la iglesia de la Compañía, todos los jesuitas presentes en Roma besaron la mano de Francisco, que de virrey de Cataluña y duque de Gandía se había transformado en general de la Compañía de Jesús. Y, ¡qué coincidencia!, en el mismo día en que siete años antes había sido elegido Diego Laínez.

Borja tenía entonces cincuenta y cuatro años de edad, mucho vivido a las espaldas y escasa salud. En una palabra, estaba avejentado, aunque lleno de fuerza interior. Acto seguido, y después de comer, fueron al cercano convento de Aracoeli, donde se encontraba el Papa, para darle la noticia.

Pío IV no disimuló su júbilo.

—¡Os confieso que no se podía hacer elección en persona que para nos fuera más grata, ni de la que se pudiese seguir mayor servicio divino y exaltación de vuestra Compañía!

Uno a uno los electores fueron besando el pie al santo padre. Entre los asistentes había un laico, el embajador de Portugal. El papa, en un aparte, le dijo:

—Ésta es buena gente. Éstos son nuestros soldados.

Ribadeneria me recordaba, además, una curiosa anécdota. Hacia aquel mismo santuario de Aracoeli se dirigía un día Ignacio años antes, acompañado de un joven doctor español. Allí le entregaron una carta. Ignacio, tras leerla, le mostró la firma a su amigo y exclamó proféticamente:

—¡Quién diría que este señor, andando el tiempo ha de ser de nuestra Compañía y ha de venir a Roma a ser nuestra cabeza!

Firmaba «El Duque de Gandía».

Todo el mundo afecto a los jesuitas estaba contento en Roma y en todas partes. Pero donde la noticia cayó como un rayo, como era de esperar, fue en España, puesto que aquella elección era tanto como enmendar la plana a la Santa Inquisición y al orgulloso Felipe II. Pero, claro, cuando se encumbra a una persona las cosas acaban por cambiar y nadie dijo nada en contra. Al revés, todo el mundo estaba deseoso de verle. Hasta tal punto, que corrió el

rumor de que mi padre estaba en España, lo que aprovechó un desaprensivo que hasta intentó suplantarle diciendo: «Yo soy Francisco de Borja», y fue condenado a galeras por un juez eclesiástico. En Madrid, los jesuitas se regocijaron cuando el duque de Medinaceli se presentó con la nueva que le había hecho llegar Ribadeneira. «¡El santo duque, general!»

¿Y Borja? ¿Qué sentía por dentro mi padre, tan amante del retiro y el silencio? *«Dies mea crucis»*, escribió en su diario aquel mismo día. Sí, era el «día de su cruz». Y cuatro días después añadió una petición que repetiría muchas veces: «Que el Señor me lleve, o me quite el cargo, o me dé su gracia para el gobierno». Junto a un sentimiento de total y rendida entrega: «Me ofrezco por la Compañía, sangre y vida». Y más adelante: «Esperanza a que el Señor ayudará en las cosas de la Compañía, y a mí en ellas».

Quería ser un buen pastor y pedía sabiduría para tratar a sus nuevas ovejas, «ojos para mirarlas, para llorar por ellas, para advertir los lobos que las buscan; oídos para oírlas, manos para servirlas; olfato para rastrear el camino donde las tengo que guiar; lengua para consolar, enseñar; memoria que los tenga presentes; entendimiento para entenderlas; amor para amarlas y llevarlas con suavidad y para dar la vida por ellas». Un programa de sabor evangélico.

«Empecemos una nueva vida», escribió en su diario. Y se sumergió en su nuevo cargo con todo el alma. Ribadeneira me decía que, por su tendencia a pensar en la muerte y el más allá, algunos pueden imaginar que mi padre era un melancólico. Nada de eso: no era así, sino un hombre bondadoso y alegre en el trato, impresionable, artista, cuidadoso del detalle sin llegar a ser meticuloso, con un autoritarismo más flexible del que pueda creerse.

Yo creo que los palos que le había dado la vida le ayudaron a configurar este talante de gobierno. En Roma fue más amable que nunca. Decía que «la suavidad quiebra y ablanda las piedras de duras condiciones, más que la aspereza, en una religión a donde nuestro Señor nos ha llamado en espíritu de amor y no en espíritu de temor servil».

Pero la asamblea de los jesuitas no había terminado. Fueron elegidos los asistentes o consejeros del general. Por cierto, uno de ellos, como asistente para España, fue el inefable Araoz, que, como de costumbre, no se había presentado en Roma ni por asomo y que volvió a darle otro disgus-

to a mi padre no trasladándose a la Urbe para ocupar su cargo. La corte le seguía tirando más. Dijo que no lo hacía por razones de salud, pero la verdad es que Ruy Gómez, y hasta Felipe II, presionaron para que se quedara en España y él consiguió con el tiempo obtener incluso algunas exenciones de la vida comunitaria.

Un día de primavera, mientras estaban descansando de sus deliberaciones, los congregados recibieron una visita. Era un capitán de los Tercios de España que traía una noticia reciente.

—¡Los turcos han cercado la isla de Malta y los caballeros luchan como valientes!

En efecto, las naos de Solimán el Magnífico pretendían hacerse con Malta, lo mismo que el cercano islote de Gozo, que Carlos V había entregado a la Orden de San Juan de Jerusalén. Estos caballeros, que habían enriquecido la isla con hermosas iglesias y palacios, luchaban a brazo partido contra los invasores. En su ayuda había acudido con refuerzos el virrey de Sicilia, don García de Toledo. Pero la flota de Pialí Pachá, con más de ciento setenta galeras y doscientas naos pequeñas, cargadas de temibles jenízaros, parecía dispuesta a aplastar a las fuerzas cristianas.

Enterado el papa, llamó a Borja y pidió a los jesuitas que acudieran como capellanes. Así lo hicieron algunos padres de la Compañía congregados en Roma hasta que las galeras del gran marino don Álvaro Bazán, vencedor en tantas batallas, consiguieron liberar la isla. Un éxito de aquellos años todavía felices de Felipe II.

Mientras, los jesuitas seguían enfrascados en sus deliberaciones. Me decía Ribadeneira que pensaba que no serían de mi interés, por su carácter interno, muchos pormenores de los decretos y decisiones que emanó la congregación general. Que me daría somera cuenta sólo de ellos, sobre todo de los que ayudaban a completar el perfil de mi padre.

Dado el rápido crecimiento de la Compañía, había que pensar en consolidarla más que extenderla. Los colegios crecían por doquier, como por encanto, y lo más importante era reforzar su eficacia y no fundar a tontas y a locas. Por ejemplo, rechazaron por falta de medios y personas hacerse cargo de la Universidad de Valencia que ofrecían a los jesuitas. Trataron, además, de otros asuntos internos, como de las reglas, que debían traducir a la vida ordinaria las constituciones que escribió Ignacio, y cosas semejantes. De

esto, como de aumentar el tiempo de oración de los jesuitas, se dio el encargo al nuevo padre general. Él debería decidir luego, interpretando las orientaciones de la congregación. El encuentro terminó el 3 de septiembre.

Aquel día de despedidas Borja centró su alocución en los deberes de los jesuitas para con el prójimo, hacia ellos mismos y para con el general. Les pidió que fueran como samaritanos por el mundo y que no se dividieran con disensiones internas. El momento más emocionante fue cuando, levantándose en medio de la asamblea, habló de sí mismo.

El ex virrey, el ex duque, el ex esposo, ex padre de familia, el ex grande de España, flaco como un manojo de raíces, con los ojos rojos de llorar y no dormir, pero con una encantadora sonrisa en los labios, dijo a sus hermanos:

—Acordaos, padres, que el peso que habéis puesto sobre mis hombros es superior que mis fuerzas. Haré todo lo que esté de mi parte, pero os ruego me ayudéis no sólo con vuestros consejos y avisos, sino además con reprensiones y amonestaciones, como obliga la caridad. Haced conmigo, os ruego, como con un jumento que no puede ir adelante con su carga. Si se encorva, se le aligera el peso; si avanza fácilmente, se le estimula; si cae, le levantan; si se fatiga mucho, lo descargan. Yo soy vuestra bestia de carga. Me habéis cargado, tratadme como corresponde... Ayudadme, pues, con vuestras oraciones; aligeradme vosotros, sobre todo los que tenéis parte en el gobierno; estimuladme con vuestros ejemplos y advertencias; si me hallo cansado, descargadme. Si queréis consolarme, amadísimos padres míos, que os vea siempre unidos en sentimientos y en palabras. Tened un solo corazón, un solo espíritu; llevad mutuamente vuestra carga, a fin de que yo pueda llevar la de todos. Completad mi alegría, para que la nuestra sea completa, y nadie nos la arrebate.

Una corriente sobrecogida de miradas expectantes se extendió por la sala. Aquellos hombres eran conscientes de que escuchaban a un verdadero santo, que sentía y vivía cuanto acababa de decir. Sabían también que era cierto que a él le pesaban más que a otros las responsabilidades. Luego, en medio de un sagrado silencio, Francisco se levantó y añadió extendiendo sus manos:

—No os mováis. Quedaos todos quietos, sentados como estáis.

Entonces se arrodilló, e iba besando uno a uno los pies de sus compañeros. Los padres congregados, atónitos, se fueron marchando y mi padre

comenzaba siete años de generalato, o mejor, como él diría, siete años de cruz.

Hay cientos de datos y documentos sobre aquellos años de gobierno. Pero mi informe no pretendía recoger la historia de la Compañía, debía limitarse a narrar sólo el impulso y orientación que le dio en esos años Francisco de Borja.

Además de abreviar las reglas, como le encargaron, se ha discutido mucho de una cuestión importante: cuanto dispuso él en el tema de la oración de los jesuitas. Ignacio había hecho una distinción muy clara entre la oración a que estaban obligados los estudiantes y los jesuitas formados. Él veía claro que estos segundos no tenían que tener una norma concreta y taxativa. Se les suponía, como gente hecha y derecha, con discernimiento y criterio suficiente para decidir el tiempo que habían de dedicar al silencio y la contemplación, guiados por un único mandamiento: «el que el Espíritu Santo escribe en los corazones».

Decía que los jesuitas formados «no han menester espuelas» para orar, con tal, eso sí, de que estén atentos a que no se «resfríe su espíritu» con los quehaceres diarios. Además, el jesuita debía ser un «contemplativo en la acción», es decir, sobre todo un cristiano capaz de encontrar a Dios en sus ocupaciones habituales. Eso sí, los escolares tenían reglamentada una hora de oración y otras prescripciones. Ignacio, por propia experiencia, huía los dos extremos, del monje y del hiperactivo; de pasarse o no llegar, recordando quizás los tiempos en que tanta oración le impedía dedicarse a ayudar a los prójimos o a ahondar en los estudios.

Borja era otra cosa. Hemos visto su inclinación al retiro, la añoranza de su soñada ermita, sus primeras amistades franciscanas e incluso su petición formal sobre este tema a la primera congregación general, a la que Laínez no hizo caso. En una palabra, era firme partidario de alargar más la oración obligatoria. El asunto se discutió vivamente durante cuatro días y al final los congregados decidieron que el padre general introdujese la reforma necesaria según casos y regiones.

No esperó mucho. Entró en su cuarto de general. Allí estaba la mesa sobre la que Ignacio vertía lágrimas de consolación, la ventana por la que miraba la huerta, sus libros e imágenes. Y contigua, la entrañable capilla y el «gran amigo» siempre esperando. Un par de meses más tarde, Borja

aumentó por decreto el tiempo de oración. Eso sí, con cierta flexibilidad en la manera de aplicarlo. Mantuvo la costumbre de una hora matinal, que ya había en España, y señaló tres cuartos de hora en otras provincias, completada con otro rato por la tarde. Pero no quiso imponer un método concreto de meditación. Los que más dificultades pusieron a estas normas fueron los alemanes, que decían que llegaban muy cansados a casa por la noche para poder dedicar otra media hora a la oración. El hecho es que la costumbre o norma de «la hora» de oración quedaría vigente en adelante entre los jesuitas.

También se ocupó mucho de los noviciados, que quería se establecieran en casa aparte, y los reglamentó en sus actividades. Personalmente se interesó en algunos más queridos, como el de Villagarcía de Campos, sucesor del que fundó personalmente en Simancas; del romano en San Andrés del Quirinal —donde diera un ejemplo extraordinario el joven polaco Estanislao de Kostka—, y de otro de la provincia de Cuenca, en Villarejo de las Fuentes. Impulsó los colegios, apoyando el «modo parisiense», el magnífico método que experimentaron Ignacio y sus compañeros en la Universidad de París, y dictó las primeras normas para regular los estudios, semilla de lo que sería la *Ratio studiorum.*

Además, latín y teatro. En los centros de enseñanza de los jesuitas impulsó la lengua universal del momento, el latín, que con tanta donosura hablaba él mismo. No hay que olvidar que su tía era «muy latina» y que hasta en el convento de Santa Clara de Gandía se estudiaba a fondo. Encargó que se escribieran gramáticas y cursos de filosofía e impuso un día semanal de campo a los estudiantes, aunque algunos se escandalizaran por ello. Pues la falta de descanso lo paga siempre la salud. Puso de moda las representaciones dramáticas en los colegios, con brillantes decorados y vestuarios, lo que también organizó algún escándalo de pusilánimes. Como en Palermo, donde una vez que se representaba *El martirio de Santa Catalina* el portero confundió al inquisidor con uno que quería colarse en el teatro y no lo dejó pasar. Al día siguiente, éste encontraba graves errores teológicos en la representación, con gran risa de los jesuitas romanos.

Le seguía doliendo el estómago, le seguía faltando tiempo. La vida de mi padre dio un cambio importante aquellos años. Renunció a dos cosas que le encantaban: predicar y dirigir espiritualmente por carta. Encerra-

do en su gabinete, rodeado de papeles, sólo tenía tiempo para gobernar, como escribía a su hermana, mi tía sor María de la Cruz: «Lo que hago de día y de noche es leer y escribir cartas de reglas y constituciones y de lectores y clases. La cabeza, el tiempo que le queda, o lo toma para vivir descansada un poco, o para pedir socorro al Señor, como ola que navega y no sabe dónde se halla».

Hasta veinte cartas llegaba a escribir o dictar a Polanco o Fernández, su nuevo subsecretario, en un solo día. Sobre la mesa de su pequeño despacho confluían los hilos con que gobernaba una Compañía, que no sólo navegaba con las galeras del rey, sino que enviaba capellanes a Orán, asistía a las convulsiones de los hugonotes en Francia, los movimientos de protesta en Inglaterra, la lucha contra la herejía que impulsaba Canisio en Alemania o facilitaba misioneros a Felipe II para el Nuevo Mundo.

—¿Y este arquitrabe, señor arquitecto?

—El templo será de una sola nave, como vos queréis.

—Sí, como la Colegiata de Gandía.

Sacaba ratos libres para, recuperando sus actividades constructoras de virrey, echar un vistazo a los planos de la iglesia barroca del *Gesù*, que inauguró el llamado «estilo de los jesuitas» y, que con ayuda de amigos españoles, edificaba Vignola. «Será una de las mejores de Roma», le escribía entusiasmado a su amigo y también arquitecto Bustamante.

—¡Padre general, vienen de los túrculos con pruebas del libro de fray Luis!

Aún olían a tinta aquellos papeles de palabra vibrante. Dio trabajo a las imprentas de Roma, para que editaran nuevas ediciones del libro de los *Ejercicios*, catecismos y reimpresiones de la famosa *Guía de pecadores*, de su amigo y además confesor de doña Catalina en Portugal, fray Luis de Granada.

¿Problemas? No faltaban, claro. Sobre todo, y como casi siempre, venían de España. El cordobés padre Ramírez no tenía pelos en la lengua y vociferaba en el púlpito denunciando los pecados de nobles e influyentes, hasta que un día la emprendió, nada menos, que con el presidente del Consejo de Castilla, cardenal Espinosa. Le dijo que se iba a ir al infierno si no enviaba buenos predicadores y moderaba sus gastos. Borja le reprendió y Ramírez encajó el golpe y pudo seguir predicando.

Más gordo fue el caso de Diego Páez, que no sólo zahirió el pecado, sino que dio el nombre concreto del pecador desde el púlpito. Le ordenó que diera pública satisfacción y lo llamó a Roma.

Cuando un provincial era demasiado duro, como González, el de Andalucía, le pedía que «usase más caridad y blandura», y a otro jesuita, al que se sintió obligado a expulsar de la orden, le decía: «Yo siento pena en despedirle, porque he deseado su bien y consolación muchos años ha, y ha servido a la Compañía». En una palabra, deseba actuar, *fortiter y suaviter*, con fortaleza y bondad, ése al menos era su lema, como le escribió un día al provincial de Portugal.

Mientras tanto, los acontecimientos se precipitaron en la capital de la cristiandad.

Un día Pío IV iba en procesión con su séquito por las soleadas calles de Roma. Estaba orgulloso de habar concluido con éxito el Concilio de Trento. Con él, el dogma se había apartado por completo del sentir protestante y había orientado la reforma de la Iglesia. Por otro, en lo civil había descubierto que convenía más a la Iglesia llegar a un acuerdo y entendimiento con los príncipes católicos en vez de contraponerse a ellos.

La guardia pontificia lucía sus mejores galas y el blanco de la sotana papal sobre la silla gestatoria contrastaba entre el oro de los ricos bordados con las rojas capas de los cardenales. A pocos metros del papa caminaba también un extraño personaje, un tal Benedettto Accolti. Católico exaltado o loco visionario, decía que Dios le había comunicado un secreto y que, para demostrar que no mentía, caminaría sobre una hoguera ante el pueblo en la Piazza Navona. Su secreto preanunciaba la unión de las Iglesias católica y ortodoxa griega, y que ésta luego sometería a turcos y apóstatas. El futuro papa sería un hombre santo y un monarca universal.

Aquella mañana, con la ayuda de un amigo, se había propuesto acabar con el impedimento de su propósito: un jefe incapaz. Estaba decidido a matar al papa, y con esta intención se mezcló entre la gente. Pío IV, vestido de pontifical, avanzaba en medio de la procesión sin defensa alguna. Accolti estaba a unos pasos del papa. Pero nada más acercarse al cortejo le sobrevino un pavor sacro. Cuando iba a abalanzarse sobre el pontífice, empezó a temblar como un pollo y se le demudó la color. No ocurrió nada. El pobre Accolti se denunció a sí mismo, y él y su amigo fueron apresados y condenados a muerte.

Sin embargo, a los papas también les llega su hora, y Pío IV, a quien tanto le debía Borja, falleció en 1565. Carlos Borromeo, con el apoyo de Felipe II, consiguió que subiera al solio pontificio un dominico con fama de santo, que había entrado religioso a los cuarenta años, tan riguroso cumplidor de las reglas como ahorrador. Había sido además inquisidor en Como y Bérgamo. Se llamaba Michel Ghislierie y, elegido papa, tomó el nombre de Pío V. Rechazó las sedas y adornos en su vestimenta, se levantaba con el alba y ayunaba como en su convento.

Mi padre se llevó muy bien con él, pues el nuevo papa le ayudaba con largueza. A cambio, Borja le aconsejaba y le repetía algo que no cumplía consigo mismo, que cuidara de su salud.

Poco después de ser elegido, el nuevo papa se encaminó a tomar posesión de la basílica de Letrán. Para ello tenía que pasar por delante de la casa de los jesuitas. Entre la multitud de curiosos estaba Francisco de Borja, rodeado de su comunidad. El rostro de ermitaño de Pío V, lleno de párpado y con una prolongada nariz caída hacia abajo que invadía el terreno de la boca, culminaba en una deshilachada barba blanca, que se partía en dos. El nuevo papa detuvo el cortejo, le llamó, le abrazó y charló cordialmente con él. Fue el principio de una estrecha colaboración: envío de misioneros, capellanes militares, lingüistas para traducir el nuevo catecismo o revisar la *Vulgata,* edición latina de la Biblia. Nadal, Ledesma y Canisio fueron enviados, respondiendo a sus deseos, a la Dieta de Augsburgo. En Borja se inspiró, en fin, aquel papa dominico para imponer una profesión de fe en las universidades católicas o en la creación de una comisión de cardenales para promover la conversión de infieles y herejes y que fue germen de la congregación Propaganda Fide.

A pesar de todo, en España corrió el rumor que el nuevo pontífice no quería bien a la Compañía. Borja se apresuró a desmentirlo en una carta, pues «le hace tantos favores, mostrándolo no solamente en palabras, mas en obras de mucha importancia». Un jesuita alemán predicaba en su lengua a los guardias suizos; otro lo hacía en la basílica de San Pedro. Cada año daba a la Compañía mil doscientos ducados para sus obras y recibía con afecto a cualquier miembro de la orden que acudiera a besar su pie.

A muchas leguas de distancia, mientras tanto, aquel año de 1565, he de confesar que sufrí mucho. Como dije, Ruy Gómez me había puesto en la

corte del príncipe don Carlos. He de reconocer que por entonces el hijo del rey tenía un aspecto deplorable. Los cabellos castaños y lacios, el mentón pronunciado y la cara extremadamente pálida, parecía un habitante de otro mundo. Con un hombro algo más alto que el otro, con su pecho hundido, un bulto en la zona dorsal y su pierna izquierda mucho más larga que la derecha, se atrancaba y tartamudeaba penosamente nada más abrir la boca.

Pero no era tonto don Carlos, y a mí siempre me trató con amabilidad, rememorando quizás los tiempos en que estudiamos juntos y nos corrimos alguna juerga en Alcalá. Recuerdo que, ansioso de iniciarse en la vida amorosa, salió una noche con tal ímpetu de casa camino de una cita galante, que fue a caer de bruces escaleras abajo y se dio de cabeza con el quicio de una puerta entornada. No me quiero acodar de las pócimas que le dio un curandero morisco, ni de cuando metieron en la habitación del pobre príncipe la momia del santo fray Diego de Alcalá, y hasta de la trepanación que le hizo el famoso médico Vesalio.

Nunca mejor dicho: don Carlos, aunque pareció curarse, no volvió a levantar cabeza. Pronto toda la corte sabía de sus excentricidades. Criado en soledad, por la muerte de su madre —era biznieto de Juana la Loca por partida doble, a través de Carlos V y de doña Catalina—, y por las ocupaciones de su padre, hacía muchas cosas extrañas. Desahogaba su cólera con los criados y era especialmente cruel con los animales. No puedo olvidar aquel corcel arábigo-andaluz que Felipe II apreciaba particularmente. No cejó hasta que el caballerizo mayor le permitió cabalgarlo. Pero lo hizo con tal saña que se lo cargó en la monta y murió a consecuencia de las heridas.

Cuando el rey decidió enviar al duque de Alba a gobernar los Países Bajos, en lugar de a Carlos, como le había prometido, montó en cólera e irrumpió en el salón del palacio de Aranjuez con intención de matar al gran soldado. Yo sabía, por amigos comunes, que Carlos planeaba huir de la corte y embarcarse rumbo a Italia. No paraba de pedir a su tío don Juan de Austria que le ayudara en sus propósitos. El gentil don Juan intentó calmarle y, acto seguido, saltó a su caballo y corrió al galope a avisar a su padre en El Escorial. Felipe II reunió al Consejo de Estado y a sus ayudantes y, vestido de armadura de pies a cabeza, se presentó en la habitación de su hijo.

Carlos, medio dormido, preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—El Consejo de Estado.

El príncipe se incorporó sobre el lecho y, quitándose las legañas, vio a su padre emerger entre las sombras con los brillos del casco y la armadura.

—¿Vuestra Majestad ha venido a matarme?

—Tranquilizaos, don Carlos.

Los ayudantes se apresuraron a recoger todo objeto contundente que vieron en la habitación y clavetearon puertas y ventanas.

—¿Qué significa esto? —preguntó el príncipe.

—En adelante no os trataré como padre, sino como rey —dijo el monarca.

Así fue como don Carlos quedó recluido de por vida en una torre del Alcázar de Madrid, vigilado día y noche. Fue un momento realmente trágico. La reina y la princesa Juana, que le querían (la verdad es que se sugirieron en su momento como posibles esposas del príncipe) no terminaban de llorar, y don Juan de Austria, también afligido, se vistió de luto hasta los pies, actitud que molestó mucho al rey.

—¡Máteme Vuestra Majestad y no me prenda! ¡Y si no, yo me mataré! ¡No lo haré como loco, sino como desesperado! —gritaba Carlos fuera de sí entre las paredes de su encierro.

A mí se me partía el alma cuando me tocaba estar de guardia vigilándole.

Felipe escribió al papa Pío V, a su cuñado Maximiliano II y a su tía Catalina, la reina de Portugal, cartas para justificarse y adelantarse, además, a los rumores y la maledicencia. A la abuela de la criatura le hablaba de «dolor y lástima». Pero todo aquel asunto me pareció desmedido. Tampoco Felipe II se encontraba bien. La corte y los embajadores veían al rey muy triste y melancólico, sin querer apartarse de Madrid. Ruy Gómez me decía por los pasillos:

—¿Sabéis una cosa, don Juan? Don Carlos está peor del cerebro que del resto del cuerpo.

—Me han dicho que ya no quiere probar bocado.

—Ya comerá.

Pero no comió. Llegó el verano, y con él, el asfixiante calor que saca en Madrid humo de las piedras. Carlos, para aliviarse, se metía grandes pedazos de hielo en la cama. Las fiebres acabaron por cobrarse su presa y

el desdichado príncipe murió al amanecer del día 24 de julio de 1568, convirtiéndose en pábulo para la leyenda.

Cuento todo esto, no sólo porque este triste desenlace del príncipe al que yo serví marcó mi vida, sino por la reacción de mi padre. Nada más saber de su encarcelamiento, Borja escribió a los provinciales de España pidiendo oraciones y misas por esta intención. No hay que olvidar que mi padre sentía las cosas del rey como suyas y que don Carlos había honrado con su presencia la consagración de la iglesia de los jesuitas en Madrid.

El duque de Lerma, en una carta en la que contaba al general de los jesuitas, su suegro, cómo Felipe II me llamaba por aquel tiempo para enviarme como embajador a Lisboa —yo estaba en mi casa de Toro en la cama, creo que en parte por la impresión, con unas tercianas— le decía:

> *«De la muerte del príncipe tengo avisado a vuestra paternidad cómo fue gran misericordia de Dios dársela tan buena, habiéndola procurado él, con estar sin comer para matarse quince días, aunque al cabo de los once, persuadido de su confesor y del médico, quiso comer y deseó vivir, y no hubo lugar ni a lo uno ni a lo otro, porque se habían cerrado de tal manera las vías por donde comemos, que no podía pasar al menos un poco de caldo... En fin, le dijeron que no podía vivir: y entendido esto, se confesó y recibió todos los sacramentos.»*

He de añadir que Lerma era uno de los encargados de custodiar al príncipe mientras estuvo encerrado. Mi padre le había escrito aconsejándole que aprovechase este tiempo de soledad encerrado con el príncipe como retiro espiritual.

Pero Borja sabía que había una mujer que sufría especialmente en aquellos momentos, Doña Catalina, que había perdido hijo tras hijo, y ahora perdía también a uno de sus dos nietos. Mi padre le escribió una hermosa carta en la que le decía que:

> *«...Si tengo de dar a vuestra alteza el parabién del nuevo gobierno del serenísimo nieto (don Sebastián), luego tengo de decir el pésame del otro serenísimo nieto, nuestro príncipe y señor. ¡Oh, que contrapesos éstos, y qué señales de amor, y qué secretos tan admirables este igualar de la sangre y este andar mezclado lo dulce con lo amargo! Porque, si todo fuese dulce, ¿quién podría*

valerse con el hombre, y quién le sacaría de sus casillas y de sus gustos? Y, si todo fuese amargo, siendo él tan flaco, ¿cómo podría tragar?, y así se lo dan mezclado a los discípulos de Cristo, como se lo dieron a su Maestro.»

Intentaba consolarla diciéndole que «se ha de esperar en el Señor, que, si abrió la llaga, pondrá también el aceite para curarla», prometiéndole oraciones de toda la Compañía.

En fin, aquel año fue *horribilis* para el rey Felipe, porque además murió su esposa. Isabel, que no se había repuesto completamente del nacimiento de Catalina, volvió a quedar embarazada, pero cayó enferma y murió en octubre con sólo veintidós años, tras abortar.

Las historias más peregrinas corrieron por el reino, y sobre todo fuera de él, donde se llegó a acusar al rey de haber provocado ambas muertes violentamente, porque, decían, la reina y el príncipe se amaban entre sí. No hay que olvidar que el clima estaba muy caliente en los Países Bajos, donde la rebelión y la política de represión ya estaban en marcha y todo esto desataba las malas lenguas.

En este período he de añadir que hubo cierto acercamiento entre Felipe II y mi padre. Aquel mismo año le escribía a Araoz una carta en la que le manifestaba: «No querría yo que con verdad me atribuyese descuido en lo que toca al servicio de su majestad, pues ni lo tuvo con el padre ni espero tenerlo con el hijo». De hecho, fue el enigmático rey quien rompió el silencio, pidiéndole que no se llevara a Araoz de la corte y, con éste y otros motivos, ambos se cruzaron cartas sobre envíos de jesuitas, y mi padre le regaló una imagen de la Virgen y, como contaré, un *lignum crucis*.

En lo de Araoz hubo sus más y sus menos, porque al principio Borja sólo aprobó que éste se quedara temporalmente en España. Pero el rey insistió con el apoyo de Ruy Gómez y de doña Juana, «la jesuita». A Borja no le quedaba más remedio que aceptar humildemente los mandatos del monarca. A cambio, supo aprovecharse del influjo de Araoz en la corte para graves problemas, como el que se presentó en Cataluña sobre jurisdicción eclesiástica. Esto dio pie a que el rey le pidiera nuevos favores y a que le escribiera de puño y letra pidiéndole oraciones de toda la Compañía. Aquello emocionó a mi padre, pues él en realidad nunca dejó de sentirse parte de la Casa Real.

Me impresiona leer una y otra vez su respuesta a Felipe II:

> *«Quisiera tener las manos y fuerzas a medida de la voluntad que en mí hay para obedecer y servir a Vuestra Majestad, cuyos pies humildemente beso, por la memoria que he tenido de éste su mínimo siervo y criado, cuyo deseo es no olvidarse jamás de las mercedes recibidas de su real mano.*

¿No era demasiado para un rey temporal? Sólo se puede explicar tanto amor desde la importancia que estos tiempos damos a nuestro señor don Felipe y por la propia vida de mi padre, tan vinculada desde niño a la Casa de Augsburgo. De aquí que fueran para él muy difíciles los momentos en que se produjeron roces y conflictos entre el poder civil y el eclesiástico. El viejo Pío V plantó cara a los príncipes que ponían trabas en sus reinos a la publicación de bulas y documentos pontificios. Entre ellos, al propio Felipe II.

Un día el Papa llamó al embajador de España en Roma y, abriendo más de lo normal sus ojos de pez, le amenazó con su dedo huesudo:

—Escribid a Su Majestad que conserve su jurisdicción y deje la de la Iglesia, que yo no tendré por católico a príncipe que en ella se metiere.

Esto salpicó a Borja de forma especial, pues su corazón, por toda su vida y trayectoria, se dividía entre ambas fidelidades. Araoz me contó que aquel año le había escrito que este tema era para él «un cuchillo de dolor, el cual entra más cuanto es más tierno y más fiel y verdadero el amor que tengo a mis príncipes». Es más, le plantará también cara al mismo Ruy Gómez, su pariente, al que no había dejado de tratar con afecto, siempre interesado por su familia y por el nacimiento de su hijo, después de haber oído las quejas de Pío V sobre la jurisdicción:

> *«Yo suplico al señor Ruy Gómez haga en esta parte el oficio que, como hijo obediente de la Iglesia y fiel criado de la majestad católica, debe a la una y otra parte, aconsejando a Su Majestad que tome la jurisdicción de las cosas espirituales y eclesiásticas de mano de Cristo Nuestro Señor, por su vicario, para que entonces Su Santidad use de liberalidad de padre agradecido con un hijo, a quien Dios Nuestro Señor ha hecho defensor y protector de esta Santa Sede, y le comunique toda aquella jurisdicción que es menester para el buen gobierno de sus reinos.»*

La verdad es que por entonces el rey, Ruy Gómez, Feria, Araoz y mi padre hacían una piña, y por ellos imploraba a Dios con frecuencia, como confiesa en su diario: «porque el Señor los haga santos». El duque de Feria también estaba entre los íntimos, porque intervino en los asuntos de Portugal con los hermanos Gonçalves y con la misión de poner paz entre la reina y su cuñado, el cardenal Enrique. Fue un corresponsal precioso para Borja. En la correspondencia jesuítica aparece con el nombre en clave de «un correo» o «segunda clase», es decir, un informador de Borja para temas delicados, como todo lo referente al pobre arzobispo Carranza.

Debo añadir que aquellos años fueron también muy duros y tristes en la ciudad de Roma, tan bella como insalubre. Como es sabido, entre sus cúpulas y monumentos, sus numerosos lagos y pantanos propagan de tiempo en tiempo la temida peste, que tiene su peor foco no lejos de los jesuitas, en Trinita dei Monti. Los cadáveres yacían por las calles y más de cuatro mil casas estuvieron contaminadas y repletas de enfermos que temblaban bajo los cobertores con las fiebres palúdicas. Un tal Giovanni Paolo Bébalo se portó como un héroe y convirtió su propia casa en un hospital, a pesar de que la peste le había arrebatado ya a su mujer y a su hijo mayor. Sin apenas recursos, llamó acongojado a las puertas del cardenal Marco Antonio Amplio, suplicando ayuda, y éste acudió a su vez a Francisco de Borja. El general de los jesuitas se entrevistó con el Papa, quien le animó a organizar los servicios de socorro. Coordinó a los alcaldes de los diversos barrios y dividió la ciudad en quince zonas apestadas, con un carro ambulancia en cada una, al frente de los cuales nombró un padre y un hermano jesuitas. Desde el amanecer, los jóvenes alumnos de los colegios Romano y Germánico trabajaban como voluntarios entre los apestados.

—No es suficiente, padre. ¡No damos abasto!

—Alquilaremos una casa grande para que sirva de hospital central —decidió Borja.

Hasta cuarenta de sus religiosos se emplearon día noche en cortar la epidemia, y lo consiguieron. Con tanto éxito, que Pío V acudió enseguida a Borja cuando dos años más tarde otra peste volvió a asolar la ciudad.

Esta fama hizo de nuevo estallar la caja de los rumores.

—¡El Papa dará el capelo cardenalicio al santo duque! —se comenzó a murmurar en el mercado de Campo dei Fiori y en la penumbra de las sacristías de las basílicas.

Y doy fe de que este temor fue real, porque aparece en el diario de mi padre y en cartas que llegaron a España. «Nuestro padre ha puesto tal cara a los que han tratado este asunto, que nadie, a mi entender, se atreverá a volver hablarle del mismo.»

Lo que no pudo impedir es que el Papa siguiera pidiendo y pidiendo. Pío V pretendía que los jesuitas se convirtieran en visitadores de diócesis y mayordomos de los palacios apostólicos. Borja consiguió disuadirle, pero tuvo que aceptar algunos cargos, como la dirección espiritual de la obra de los catecúmenos y el de examinadores de los candidatos a beneficiados.

Otro día el Papa llamó a Borja.

—Quiero que nuestro predicador apostólico, padre Francisco Tolet, viva con nos, en el Vaticano.

Borja quedó consternado. Él era muy contrario a que los jesuitas habitaran en palacios de príncipes. Se lo había negado ya a personajes importantes; a su amigo el cardenal de Augsburgo, al duque de Saboya, al *podestá* de Venecia y a su propio hermano Galcerán de Borja. No, no veía con buenos ojos que teólogos, profesores y capellanes se contaminaran del lujo y la decadencia de los ambientes palaciegos, que conocía muy bien por dentro. Había sufrido por lo mismo fuertes tensiones con el archiduque de Austria, que pretendía manejar a su gusto a su equipo de confesores.

—Santidad, humildemente hemos de recordaros las prescripciones de nuestro instituto.

—Ya, padre Francisco. Pero yo no os lo ordeno, sólo os lo ruego —dijo el papa mesándose su larga y doble barba blanca.

A Borja no le quedó otro remedio que acceder, pero, para que el padre Tolet viviera en comunidad, aunque pequeña, le nombró dos compañeros en el Vaticano. También tuvo que aceptar ocuparse de la penitenciaría de San Pedro, que suponía destinar a doce jesuitas de diversas lenguas y nacionalidades. Detrás de esta iniciativa estaba la mano y la ayuda económica de Carlos Borromeo.

Pero, como suele suceder, no todo fue idilio con el santo papa dominico. A éste se le metió en la cabeza que había que «normalizar» a la Compañía, en una palabra, quitarle en parte sus elementos de originalidad.

Por ejemplo, en el tan traído y llevado tema del coro. Ignacio no quería imponer como obligación el canto del oficio divino en su orden para que los jesuitas tuvieran mayor movilidad apostólica. Pío V, fraile al fin y al cabo, obligó al coro a las casas profesas. Es más, entró a saco en otras peculiaridades del instituto, como en los votos simples de los estudiantes, e impidió que fueran ordenados religiosos que no fueran profesos. Eran cuestiones jurídicas, sí, pero muy queridas y vitales para la joven orden.

Borja tuvo que bajar la cabeza. En España, al llegar estas noticias, cundió el pánico. Tanto que un día el arzobispo de Burgos, cardenal Pacheco, le dijo al Papa:

—Santidad, en España se dice que aboliréis la Compañía de Jesús.

Pío V enrojeció hasta las orejas.

—¿Qué decís? ¡Lejos de nos semejante crimen!

A todo esto, me suelo preguntar: ¿de dónde sacaba tiempo mi padre para ocuparse de su familia? Porque, además de cartearse con sus súbditos, la corte, el duque de Ferrara y medio mundo más, seguía siendo nuestro padre y continuaba pendiente de todo.

Se escribía sobre todo con mi hermano Carlos, el duque. A través de él seguía la pista a toda la familia. A Carlos no le iba mal, si exceptuamos su matrimonio con la condesa de Oliva, con la que se casó demasiado joven, y sus problemas de dinero. No le hacía ninguna gracia tener la carga económica de ayudar al Colegio Romano. De sus siete vástagos, tres hijas se hicieron clarisas. Nuestro padre estaba al día de los mínimos detalles y de los conflictos que Carlos tuvo con la hermana del entonces embajador de Portugal, en los que medió el padre Dionisio Vázquez, que iba mucho por Gandía. O de la boda de su nieto Alonso, cuando cumplió los dieciocho años. O cuando le recomendó a Araoz, en una ocasión que fue a la corte.

Carlos le enviaba a Roma dulces y cajas de conserva, aunque nuestro padre insistía en que no lo hiciera. Él también tuvo detalles con él. Le expidió de Roma una esfera terráquea, un reloj, un cuadro de la Virgen de San Lucas, que puso en el oratorio de Gandía, y un libro de caza, a la que, como nuestro padre, era muy aficionado. A mi hermano le encantaron estos presentes:

> *«Sabía que el mundo es pequeño: ahora ya no me cabe duda de ello, por lo que lo estimaré como se merece. El reloj me ha entusiasmado: es bueno y*

elegante para una mano buena; me recordará que debo recuperar tantas horas perdidas. Las imágenes, maravillosas. En cuanto al libro de caza, añadido a vuestro permiso de antaño, me permitirá responder a los que me censuran por dedicar tiempo a un ejercicio tan necesario a mi salud y a mi justa distracción.»

Pero quizás el mejor regalo fue su *Instrucción para el buen gobierno de un señor en sus estados*, un buen resumen de consejos para gobernar. ¿Y cómo no mencionar aquella carta que le escribe a Carlos por haber despedido a un viejo criado de la casa por una sola falta? Le decía que era «el primer servidor» que recordaba haber tenido y que, después de sesenta años de buenos servicios, bien podía imitar, perdonándole, la misericordia de Dios.

También llegaban a Roma regalos que olían a flor de claustro y cocina de convento. Su hermana, la tía Sor María, le envió de la pobreza de Santa Clara dos urnas de conserva de flor de azahar picada y una cazuela de la misma flora en hojica, junto a unos corporales bordados por sor Juana Bautista. En sus cartas, mi padre se acordaba una por una de todas las monjas y, cuando fallecen dos de sus tres hermanas religiosas, exhorta a la sobreviviente «que no hay mayor felicidad que volar a Dios».

Le agradecía mucho a mi hermano Álvaro que le enviara dinero para el *Gesú*. De Fernando recibió una carta pidiéndole dispensa de un impedimento matrimonial a un amigo de Denia. También tenía noticias de Alfonso desde Valencia o de Luis Galcerán, que se llevó consigo a Orán a algunos jesuitas cuando fue nombrado gobernador.

¿Y qué diré de mí mismo? He de reconocer que, si el duque tuvo un preferido, ése fui yo. No sólo porque le acompañé en sus primeros pasos como jesuita, sino porque de alguna manera también le prolongué en cargos y misiones de la corte. Gracias a él recibí la encomienda de Toro, fui nombrado alcaide de la fortaleza de San Sebastián y teniente general de Guipúzcoa. Siguió paso a paso el nacimiento y las peripecias de mis cuatro hijas, Leonor, Margarita, Francisca y Juana. Estas dos últimas ingresaron en las descalzas reales de Madrid, donde tuvieron que esperar que viniera la princesa Juana, desde Aranjuez, pues a ella le hacía mucha ilusión asistir a la toma de hábito de dos nietas del padre Francisco. Se interesó por mis estudios en Alcalá, mis primeros viajes con Araoz hasta

Gandía y, sobre todo, por mi estancia en la corte como ayuda de cámara del príncipe Carlos, y, finalmente, por mi destino a Portugal.

En los momentos de tensión entre el cardenal Enrique y doña Catalina, Felipe II pensó que, en vez de quitar de en medio a los hermanos Gonçalves de Cámara, que tanto influían en su sobrino don Sebastián, era mejor no enemistarse con él. Al rey, con la anuencia de mi padre, se le ocurrió la idea de nombrarme embajador. De hecho, mi padre me decía que había sido «cosa suya» lo de servir a su alteza.

Mi primera misión era procurar hacer desaparecer los obstáculos que ponía don Sebastián para casarse, para lo cual debía influir en el padre Cámara. Yo le daba cuenta de todo a mi padre en mis cartas, de cómo al principio no me pude llevar conmigo a mi esposa, Lorenza, aunque nos encontramos luego en Évora; de cómo estaban mis hijas y de la enfermedad de la princesa Juana.

Me impresionó mucho una carta en la que me daba preciosos consejos. Me decía que:

> *«... Quien sabe aprovecharse de todo sabrá sacar fruto espiritual, aprovechándose a sí y a otros en las cosas y en los cargos de los príncipes; y tanto más será agradecido y meritorio el bien que se hiciere, cuanto más dificultad y resistencia hay de parte de la obra, pues el mismo amor, de quien decía al principio que no halla dificultad, hace también en esto su efecto.»*

De aquella hermosa carta se me quedó grabada para siempre una idea: que de lo poco se saca lo mucho.

> *«Y pues a vos también os espera ocupación no muy desemejante, según por acá entiendo, procurar sacar de lo poco lo mucho, de lo temporal lo eterno, y de las honras la verdad; porque parar en lo visible y momentáneo sería falta de buen conocimiento; mas tomarlo como escalón y asa, para de ahí subir a los palacios más soberanos, a tesoros más preciosos, y a gloria más verdadera, esto será obra perfecta.»*

Por Araoz supo lo bien que me recibieron en la corte portuguesa. Mi padre me contestaba muy contento de mi cargo: «Avisadme de vuestra

llegada y salud, que yo os escribiré de ordinario por vía del señor embajador, cómo va también ésta; y, por la misma, podréis también enderezar vuestras cartas».

En la misma carta me hablaba de su salud: «Yo ando de salud como suelo, que es a ratos achacosamente, con males viejos, y a ratos no tan mal, pero bien se siente la edad, y que se va la casa desmoronando poco a poco. Plega a la majestad divina de aparejar la morada eterna, en la cual habrá verdadera salud y vida».

Un año más tarde, en otra misiva, se quejaba mucho de que no le enviara información de Portugal, pero entonces faltaba poco para que volviéramos a vernos.

Cerré el cartapacio de Pedro Ribadeneira, cuya lectura había despertado en mí impresiones, recuerdos y experiencias dormidas que había ido coleccionando estos últimos años. Sólo me quedaba una jornada de viaje para llegar a Lisboa y amanecía sobre los dulces campos de Arraiolos como si el mundo no se moviera. Era domingo. Campesinos vestidos de negro se dirigían a misa mientras una campana perezosa doblaba su llamada hacia el horizonte. ¡Qué razón tenía mi padre cuando añoraba la paz del campo y la música del silencio! Mi destino en gran medida, entre las intrigas de la corte y las mentiras de la diplomacia, me lo confirmaba.

Fui a misa, mezclándome con los campesinos, que murmuraban entre sí al contemplar mis ricos ropajes. Alguien comentó: «¡Dicen que es el embajador del rey Felipe de España!». Cuando me arrodillé en la iglesia rural hundí mi cansada cabeza entre las manos. Pedí por Lorenza, por mis hijas, los reinos de España y Portugal, la Compañía. Todos ellos formaban parte de mi vida. Y también me encomendé a mi padre, pues si alguien ha de estar en el cielo, ha de ser él. Me pregunté a mí mismo: «¿Cuál es el recuerdo que emerge de todo ese mar removido de su período como general de la Compañía?». No podía responderme de otra manera que con una sola palabra: bondad.

Francisco de Borja en Roma era como esas piedras que el río ha redondeado hasta hacerlas suaves para las manos. Cuando se le quejaban de que los jesuitas habían perdido el fervor primero de los tiempos de Ignacio, respondía, ensanchando el corazón y con sentido común, que siempre hay faltas en cualquier actividad humana y que no había que desanimarse.

Si no se veía el fruto inmediato, evocaba la paciencia del buen labrador «que, viendo el grano debajo de la tierra, está consolado aguardando su agosto». Algunos dudan de que un hombre que viajaba con una calavera en su valija pudiera querer así a sus hermanos. Que les responda Gerardo Gerardino, a quien tenían como cautivo los turcos en Algeria y al que mi padre, por medio de un mercader de Marsella y un genovés, liberó pagando los trescientos ducados de su rescate. O los enfermos y ancianos, que saben bien cómo toleraba singularidades en la comida: «Padre, atienda su salud, y cuando se viere dudoso, interprete la obediencia a favor de la salud». Quizás Laínez fue quien mejor definió esta madurez cuando decía: «Todos quieren al padre Francisco y se sienten queridos por él».

La misa había terminado. Un día espléndido estallaba en la cal de las casas del pueblo. Monté una vez más mi cuadrúpedo. Emisarios de la reina me confirman que doña Catalina me espera con ansia. No puedo negar que me gustan los caballos, como a mi padre, aunque al final, cuando veía alguno de raza por las calles de Roma, tenían que hacerle caer en la cuenta de su belleza, y él se reía. «Si Dios no me hubiera encadenado con los lazos de la religión, yo sería una fiera.» Hasta en eso el grande de España, a fuerza de trabajo interior, se había hecho pequeño. Vuelo, más que cabalgo, por estos luminosos, quietos y anchos campos lusitanos.

20

La embajada

Cuando entré en la alcoba, Lorenza estaba dormida. Sobre su pálida frente brillaban perlas de sudor y agitaba su cabeza de un lado a otro sobre la almohada, presa de pesadillas. La dueña que la cuidaba se levantó y me dijo con voz muy queda:

—La señora no ha dormido nada en toda la noche, don Juan. Lleva varios días muy inquieta.

Desde la ventana —mi residencia no estaba lejos del Terreiro do Paço— entraba, con la brisa recién estrenada de la mañana, la pululante animación del puerto de Lisboa, el ir y venir de los estibadores, el calafateo de las naves y el fuerte olor a especias de los comerciantes de ultramar. No podía creerlo, finalmente me hallaba en casa.

Me senté junto al lecho y me quedé extasiado contemplando el rostro desparramado sobre la almohada de mi amada esposa, a la espera de que se despertara. ¿Quién iba a decirme a mí que, en vez de jesuita, como quería mi padre, me iba a emparentar con la Compañía de manera tan distinta, casándome con una sobrina de su fundador? Vueltas que da la vida. A diferencia de Ignacio, que dejó su señorío de Loyola para hacerse pobre peregrino de Cristo, yo me he convertido, por matrimonio, en el actual señor de su casa solariega en Loyola.

Así dormida, Lorenza me pareció más bella que nunca. Ella había compartido mis horas bajas de embajador, había soportado la soledad de mis continuos viajes, mis desvelos e inquietudes por los avatares de mi padre. No pude contenerme, aun a riesgo de despertarla, y estrechar sus largos y blancos dedos, que estaban sorprendentemente fríos.

De pronto entró Leonor, mi hija, dando gritos de alegría y se abalanzó a mis brazos. Con su vestido azul turquesa, que subrayaba el oro lívido de sus cabellos, me pareció una aparición.

—¡Padre! ¿Pero ya habéis llegado? ¡Qué sorpresa! Os esperábamos el domingo. ¿Cómo habéis hecho el viaje? ¿Qué hay de la corte?

No me daba tiempo a responder tantas preguntas. Con esos gritos Lorenza se despertó y abrió sus grandes ojos grises, entre sorprendida y asustada.

—¡Ay, Juan! ¡Estáis aquí! Gracias sean dadas al cielo.

La besé y le conté sucintamente mis últimas peripecias.

—El rey don Sebastián y doña Catalina han dejado recado de que tan pronto llegarais fuerais a visitarlos. Las cosas andan muy enredadas en el Reino. Dicen que don Sebastián está empecinado con su campaña en África, que parece locura.

Mis manos y mis ojos, ayunos de calor familiar, no daban abasto.

—Sí, sí, iré enseguida, amor mío. Pero ahora permitidme un respiro y que disfrute un poco de vosotras. Pero, decidme, Lorenza, ¿ha venido el médico?

Mi esposa me contó que la reina se había portado tan bien como siempre con nuestra familia y había enviado una vez más a su médico personal.

—Dice que cree que son tercianas. Pero yo, Juan, no salgo de mis calenturas, a pesar de que ya me ha hecho dos sangrías. Ya sabéis, los médicos nunca acaban de aclararse.

Al día siguiente, muy de mañana, dirigí mis pasos a Sintra, pues sabía hasta qué punto don Sebastián era impaciente y porque, además, el protocolo me obligaba a visitar primero al rey y luego a su madre.

A medida que me adentraba en la sierra, los bosques y umbrosos valles me transportaban a la magia de un lugar de cuento de hadas. Me gustaba respirar la húmeda bruma de la neblina que reposaba silenciosa sobre las colinas, mientras escuchaba el trote seco de mi caballo crujir sobre las hojas caídas del sendero. A don Sebastián, tan bizarro como soñador, le encantaba vivir en aquel legendario Paço Real. Sus cónicas chimeneas gemelas emergían de la niebla señalándome la proximidad del regio edificio, con ese aire tan peculiar, entre gótico, morisco y manuelino. Parecía un trasunto de su quimérico habitante. En cierto modo, recorriendo aquel legendario paisaje, no me extrañaba que al príncipe le fascinara

salir a altas horas de la noche, en compañía de su paje Álvaro Meneses, a pasear por las playas solitarias o a espiar desde el recoveco de algún árbol el paso de los jabalíes. Amaba el peligro. A veces cabalgaba durante horas por estos bosques hasta escuchar el resuello de su caballo exhausto, quizás para alejar los fantasmas de su falta de virilidad.

Iba a hacer casi dos años que, por los mismos senderos, acompañaba yo a mi padre en su misión diplomática a este país, su último viaje y su última aventura vital, enviado por el Papa. ¡Qué diferente me parecía todo ahora de cuando él estuvo junto al joven cardenal Alejandrino!

Parecía increíble que, consumido por el trabajo, la enfermedad, los cuidados y las penitencias, hubiera podido llevar con éxito aquella jornada. Durante el verano de 1568 fue atacado de fiebres violentas, complicadas con un tumor en la rodilla y graves crisis de gota. Algunos volvieron a pensar otra vez que se iba al otro mundo.

El secretario Polanco decía con tristeza:

—Tenemos mucha necesidad de él para que Dios se lo lleve ahora.

A principios de mayo quiso ir a su querido rincón de Loreto para dar gracias a Dios por los favores recibidos. El hecho es que los aires de la villa de Nuestra Señora le debieron sentar bien, pues regresó a Roma mucho mejor, siempre dispuesto a «enmendar su vida», como él decía, como si tuviera algo que enmendar. Escribió una carta a toda la Compañía, en la que exhortaba a sus hermanos a «seguir la vocación con más celo, amor y fuerza». Se ocupó de convocar la congregación trienal de procuradores que debería reunirse en Roma y, cuando más entusiasmado estaba en afrontar problemas y nuevas iniciativas, recibió un aviso urgente del Vaticano. Pío V le pasó recado de que quería verle cuanto antes.

Borja se hizo acompañar, como de costumbre, por su eficaz secretario. Era el 1 de junio de 1571. El pontífice, que no había perdido su empaque alto y majestuoso, tenía un plan bien trazado. Tronchó su ascética cabeza para tender una larga y huesuda mano al visitante. Borja besó el anillo, después de haberlo hecho en el pie.

—Chipre está a punto de rendirse a los turcos, padre Francisco. No nos basta la alianza defensiva con España y Venecia. El peligro se aproxima ya a nuestras costas. Hemos de coligar todas las fuerzas cristianas para emprender una gran cruzada contra los sarracenos.

Sin contar con nadie, ni siquiera con el consejo de los cardenales, había decidido enviar legados apostólicos a España, Portugal, Alemania y Polonia. El cardenal Comedón iba a ser legado a Polonia a la corte del emperador Maximiliano y a la de Segismundo, rey de Polonia. El Papa miró a Borja con aire seguro de sí, acariciando la doble barba blanca partida que le daba un cierto aire de mago medieval.

—A Comedón le acompañará el padre Tolet. Para la legación a las cortes de los reyes de España y Portugal he pensado en mi sobrino Miguel Bonelli, el cardenal Alejandrino. Pero, ya sabéis, es joven y aún inexperto. Necesito que vos le acompañéis para que siga vuestros consejos, puesto que nadie como el padre Francisco de Borja conoce esas cortes y el laberinto de intereses que las manejan.

Una misión que con el tiempo habría de extenderse, además, a Francia y Saboya, pues detrás estaba la dichosa política matrimonial, que también interesaba a la Iglesia. Había que casar como fuera a don Sebastián con Margarita de Valois, hermana del rey de Francia, Carlos IX. ¿La razón?, muy clara: de ese modo se evitaba que esta bella princesa contrajese matrimonio con el rey Enrique de Navarra, que se había hecho protestante. En una palabra, la boda serviría para parar el avance de los hugonotes en tierra gala.

La propuesta le cayó como un rayo. Mi padre inclinó la cabeza en señal de acatamiento, aunque por dentro quedó turbado y perplejo. Tenía sobre sus hombros la responsabilidad y la cruz de gobernar la Compañía como segundo sucesor de Ignacio. No tenía otro sueño que aprovechar su tiempo y sacar partido a cada instante en favor de la Iglesia y sus hermanos. Sentía que su corazón se había hecho del tamaño del mundo; pedía oraciones por las mayores necesidades y hacer lo más agradable a Dios, comenzando siempre de nuevo, seguro de que «estando con el Señor, se goza de todo», y pidiendo una y otra vez «el espíritu de Cristo para agradar al Padre eterno conforme a la Iglesia romana». Pero aquello era tanto como dejar todo de repente y ponerse en camino.

Polanco, el secretario burgalés de raíces judías, que había trabajado junto a Ignacio y Laínez, era entonces las manos y los pies de mi padre. De broma, Borja le llamaba «el padre Cobos», aludiendo al secretario de Carlos V. Quería mucho a toda nuestra familia y acompañaba siempre a mi padre en las audiencias del Papa. Se atrevió a intervenir.

—Santidad, permitidme que os represente una dificultad; lo que este largo viaje puede suponer no sólo para la Compañía, que se quedaría mucho tiempo sin cabeza, sino el peligro que puede acarrear al padre Francisco, pues sabéis hasta qué punto su salud es precaria. Además, nuestro padre general ha convocado la congregación de procuradores. Ya están llegando a Roma padres de diversas partes del mundo.

Pío V vaciló un instante. Pero, cuando se le metía una cosa en la cabeza, no dudaba. Lo exigía el bien de la Iglesia y ante eso había que sacrificarlo todo. No era algo en lo que Borja pudiera decidir. Es más, se le ordenaba en virtud de santa obediencia. También había que reconocer que para esta misión mi padre era el candidato perfecto, por sus excelentes relaciones con doña Catalina y Felipe II; por el hecho de que el confesor y valido de don Sebastián era un jesuita, y, para mayor abundancia, yo mismo, su propio hijo, el embajador de España en Portugal. Así lo describía pocos días después:

> *«Parecióme inaudito cuando Su Santidad me lo comunicó. Soy poco hábil para todo asunto importante, y creía hallar una excusa en mi edad y en mis enfermedades. Pero la obediencia debida al vicario de Jesucristo me impuso el silencio y aún me infundió el gusto por las fatigas. Jovial me llevará por mar y tierra. Nada se me ha ocurrido para evitar la obediencia tan pronto como he conocido la voluntad de Su Santidad; antes bien, he comprendido que por medio de ella se manifestaba la voluntad de Dios. Puesto que el Señor ha puesto este viaje en el espíritu de su vicario, él infundirá en mi cuerpo las fuerzas necesarias.»*

Polanco comentaba indignado por los pasillos que, con los achaques que tenía mi padre, hacerle emprender tamaño viaje era incomprensible. Pero Borja tenía muy claro su cuarto voto jesuítico de obediencia al Papa. Por obediencia vino de Portugal, por obediencia regresaría a este país.

Sólo le quedaba un mes para partir, el mes de junio, que fue de locura. Lo aprovechó para recibir a los jesuitas, que llegaban de todas las provincias; nombró a seis provinciales; destinó a Méjico a doce misioneros y designó vicario durante su ausencia al padre Nadal, reservándose los asuntos de España, que pensaba poder despachar sobre el terreno. Para preparar el viaje escribió a Felipe II, a doña Catalina, a la princesa Juana, a Ruy Gó-

mez, al cardenal Espinosa, al arzobispo de Sevilla, a la condesa de Niebla, al Marqués de Denia, al padre Araoz, a Carlos y a mí mismo.

En su carta del mes de abril estaba un poco enfadado conmigo porque yo no le enviaba noticias. Pero tenía mis razones, ya que aquí las cosas estaban muy revueltas. Hacía tiempo que había venido a Portugal un clérigo malagueño muy bien relacionado y enviado por el Papa, Luis de Torres, para acelerar lo de la Santa Liga contra el turco y la famosa boda de don Sebastián. El rey, que tenía sólo diecisiete años y que se creía otro Carlos V, lleno de fantasías de futuro paladín de la cristiandad, puso cara de pocos amigos cuando le dijeron que tenía que casarse con Margarita de Valois. No quería hacerlo con ella ni con ninguna otra, porque los médicos le habían dicho que si hacía vida marital, en cinco o seis años pondría en peligro no sólo su salud, sino incluso su vida. Felipe II, a través de mis cartas y de otros contactos, estaba al cabo de la calle de todo y le mandó un informe discreto al Papa. La verdad es que no quería el matrimonio de don Sebastián con Margarita ni en pintura, pues perdería sus pretensiones en Portugal. Incluso daba para evitarlo motivaciones piadosas. Decía que no estaba bien echar a don Sebastián en brazos de una joven que, sino, estaba dispuesta nada menos que a casarse con un hereje.

A todo esto, a doña Catalina, harta de intrigas, se le metió en la cabeza volverse a Castilla cuanto antes. Por medio andaba el intrigante padre Gonçalves de Cámara, confesor y maestro de Sabastián, un hombre listo y culto, aunque tuerto y rematadamente feo. Ignacio, que le dictó su autobiografía, le decía que se tranquilizara, porque hablaba a escopetazos. Éste envió a su sobrino, don Juan de Mascarenhas, a Francia para echar un vistazo a la posible novia y comprobar que, si además de guapa, era católica de veras. A todo esto, doña Catalina estaba muy tensa, discutía en público con su nieto y se llevaba muy mal con el cardenal Enrique, que acababa de asumir la regencia. Como es sabido, el rey de España envió al duque de Feria para mediar en la familia real portuguesa. Pero sólo el sabio y prudente Fray Luis de Granada consiguió poner algo de paz entre ellos. Fue en ese momento cuando se le ocurrió al rey la idea de nombrarme a mí embajador.

Cuando llegué a Lisboa me encontré a la reina marginada por el padre Cámara y el hermano de éste, que también tenía mucha mano, y con ga-

nas de largarse cuanto antes. Por otro lado, el Papa y, por tanto, mi propio padre, estaban empeñados en la boda. Felipe II, como he dicho, no era partidario por su propio interés, aunque disimulaba muy bien. Sebastián, por sus aires de grandeza, decía que quería casarse con una hija del emperador Maximiliano. Y el padre Cámara hacía oídos sordos a las peticiones de Roma y de mi padre, que le decía que todos le echarían las culpas de la negativa a casarse. Todo el mundo creía que los jesuitas estaban impidiendo el matrimonio. En parte era verdad, pero todo un proceloso mar de intereses, poder y dinero, las Molucas, los hugonotes que apoyaba Francia, y hasta posesiones en África y Filipinas, andaban por medio.

Doña Catalina estuvo a punto de ponerse en camino, añorando quizás, ante tanto follón y malandrín, la quietud de los campos de su encierro infantil en el medieval castillo de Tordesillas. Su sobrino Felipe II le dijo que esperara. Ella, entonces, le pidió al monarca que consiguiera del Papa o de mi padre que quitara a los perniciosos hermanos Cámara del lado de su nieto. Yo, por mi parte, respondí a consultas confidenciales sobre la princesa Margarita, confirmando que no había duda, que esta señora, amén de bonita, era muy católica y virtuosa. Así las cosas, antes de que mi padre viniera, Catalina escribió al Papa un borrador de carta que le pasó a Felipe II.

En la carta se arrepentía de sus errores en la educación de don Sebastián; de haberlo arrojado en manos del padre Cámara; de educarlo en demasiado amor a la naturaleza y a la caza, y lejos de su pueblo. Pedía, además, al Papa que ayudara a Sebastián, a la Compañía y a ella misma, y que quitara de en medio al funesto padre Cámara. Pero que todo esto se hiciera con sigilo y suavidad, para no hacer daño a la Compañía, a la que siempre había amado. ¿Recordaría los amores platónicos que el gentilhombre Íñigo de Loyola profesaba por ella cuando era una frágil y rubia princesa?

El Papa le contestó que ya había tomado la decisión de enviar a Borja junto a su legado para solucionar el problema. Mientras, el rey Felipe le pidió a su tía que aguantara en Portugal mientras venía Borja. La reina obedeció con la esperanza de que el legado acabaría por entender sus razones para marcharse. Yo, antes de saber que el Papa iba a enviar a mi padre, le escribí pidiendo que viniera, pues nunca lo había necesitado tanto. Luego, cuando conocí su misión, le volví a escribir para que el cardenal persuadiera a doña Catalina que se quedara en Portugal.

En mis cartas al rey le aclaré que el mal de don Sebastián era muy extraño, que le hacía perder el conocimiento y tirarse al suelo cuando le venían los ataques, pero que lo más grave es que no era capaz de engendrar. «Un gran físico que hay aquí, castellano —le escribí—, que se llama el doctor Guebara, catedrático que ha sido en Coimbra, me ha dicho a mí muy secretamente que duda mucho que el rey sane, y mucho más que tenga hijos aunque se case.» El asunto era grave, pues, de confirmarse la impotencia real, Portugal pasaría a ser posesión de España. En la corte reinaba una angustiosa expectación. En fin, los temas eran tan delicados que no me atreví a escribir de momento a mi padre. Él, asombrado, me decía: «Por caridad, que no se os olvide tanto el escribir, porque quizás ayudaría a los negocios tener yo más información». En otra carta me insistía que no acababa de entender tanto misterio, que fuera preparando a Gonçalves de Cámara y que no dejara de escribirle a través de Ruy Gómez, que éste le haría llegar la carta en el camino.

Las piedras de Roma ardían con el calor estival cuando la comitiva se puso en marcha. Antes de la partida, el Papa exhortó a los acompañantes de su sobrino a comportarse de modo intachable. Alejandrino, más que un cardenal parecía un niño encumbrado, y, además, con fama de superficial y sin letras. Su seda púrpura y su amplio capelo contrastaban con la sencilla sotana negra de Borja. Ciento cincuenta personas componían el cortejo, todos hombres de plena confianza del Papa. Junto a Borja se divisaba un grupo de sotanas negras: la aguda nariz de Polanco; el valenciano Diego Miró, tan cercano desde los tiempos de Gandía y actual provincial de Portugal —que no había podido ir a la India por falta de salud—, y el inevitable hermano Melchor Marcos.

Alejandrino viajaba en carroza; Borja, en litera por orden del Papa. Partieron el 30 de junio. Le esperaban miles de leguas, incómodas posadas, sendas pedregosas, valles, montañas, lluvia, nieve, tormentas y muchas horas bajo un sol de justicia. Mi padre, de acuerdo con el legado, distribuyó las horas de «oración continua» para que alguno de la comitiva estuviera siempre de guardia y así la comitiva viajara orando durante las veinticuatro horas.

Agazapada a la ladera de empinadas colinas, la medieval Siena fue la primera etapa de aquel largo viaje. Borja llegó antes que el ampulo-

so cortejo del cardenal. De la Piazza del Campo, una de las más bellas del mundo, partieron camino de Florencia, la ciudad de los artistas, que resplandecía como su catedral de Santa María dei Fiori. La ciudad, en el cenit de su belleza renacentista, bullía con tres mil soldados reclutados por su duque ante el temor de una invasión de las tropas hispánicas. En su camino, Borja había dispuesto un sistema de correo secreto con Roma y despachaba asuntos de acuerdo con Nadal. A distancia de Milán, el sobrino de Borja, duque de Ferrara, se adelantó a recibir al padre Francisco mientras se disparaban lombardas. Como siempre, hubo honores y banquetes. Siguieron luego a Bolonia, Módena y Parma. Cuando llegaron a Turín, el cardenal le dijo a Borja:

—Tengo miedo al paso por Francia.

—Excelencia, ya sabéis que el rey Carlos IX ha dado orden para que un destacamento nos proteja.

—Sí, pero los hugonotes están al acecho. Aquí mismo, en Turín, pululan esos herejes. Dicen que pueden convertir a la ciudad en una nueva Ginebra. Consultaré con el Papa si hemos de seguir por mar o por tierra.

Al final el rey de Francia dio las garantías y, repuestos y aprovisionados gracias a los obsequios de Margarita de Parma, que se portó muy bien por los buenos oficios de mi padre, se pusieron en camino por tierra. Borja derrochaba buen humor y ocurrencias durante el camino. El 15 de agosto celebraron la misa de la Asunción en la vieja capilla de los papas en Aviñón. Luego, por Perpiñán entraron en España. Felipe II, astuto como siempre y para ganar tiempo, pensó que lo mejor era persuadir a los viajeros que bajaran desde Barcelona hasta Valencia. Con este fin, y para recibir al legado y a Borja en el Rosellón, les envió a mi hermano Hernando, gentilhombre de la cámara del rey.

—Vos sabéis, padre, por propia experiencia, de vuestros tiempos de virrey que en el camino de Barcelona a Zaragoza abundan los bandoleros. Os recomendamos vivamente que bajéis como alternativa por Valencia. Una compañía de veinticinco jinetes os custodiarán, además, en la jornada.

—Así haremos, hijo, si al cardenal legado no le parece otra cosa.

Mi padre se alegró de volver a ver a su hijo Hernando, que traía cartas del rey, de Ruy Gómez, del cardenal Espinosa y del secretario Antonio Pérez. El rey, por el talante de su misiva, parecía otro:

«Con toda verdad de mi alma puedo afirmar a vuestra paternidad reverendísima que ninguna persona pudiera nuestro Santo Padre enviar a sus negocios y a los de la santa Iglesia a esta corte y reino que tan bien y gratamente en ellos fuese recibido, como lo será su reverendísima persona.»

¿Qué sentiría Francisco de Borja al adentrarse en su antiguo virreinato? A las puertas de Barcelona le esperaba el entonces virrey, don Hernando de Toledo, que le invitó a que se hospedara en su propia casa. Borja prefirió hacerlo en la de la Compañía, desde donde contestó a Felipe y a su vicario. A Felipe II le decía: «Al menos la voluntad está más cierta y aparejada para servir más, cuanto más me veo al cabo de la vida, para morir en esta demanda, que yo tanto debo y que con tanto gusto mío la prosigo». Los hechos le iban a dar la razón.

Mi hermano, simpático y abierto como buen valenciano, le cayó muy bien al cardenal Alejandrino, que estaba muy asombrado por la elegancia con que vestía la gente en Barcelona, de la mucha nobleza y las mujeres bellas que se paseaban por la ciudad. No faltó la visita a la entrañable montaña de Montserrat, tan llena de recuerdos; y ante la Virgen morena, iluminada por setenta lámparas de plata y una de oro, celebró un Francisco de Borja bien distinto del que allí acudió como virrey. De camino a Valencia por Tarragona, Cambrils y Tortosa, mi padre tuvo otra fuerte evocación mientras el legado celebraba la eucaristía en la catedral. ¡Qué lejos y qué cerca su jura de los fueros catalanes!

Tras otras escalas en Sant Mateu y en la abadía jerónima de San Miguel de los Reyes, las familiares torres de Valencia surgieron como por encanto en el horizonte. Un cortejo de cien personalidades con el arzobispo Juan de Ribera salió a recibirle. Todos juntos, con la imponente cruz del legado al frente, entraron en procesión ante los ojos curiosos de los valencianos. Mi padre iba rodeado de mis hermanos Hernando y Carlos, el duque, que acababa de llegar de Gandía. Decidió hospedarse en el colegio. Rendido y enfermo, se acostó en seguida.

El domingo 16 de septiembre la catedral estaba a reventar. El antiguo duque de Gandía y actual general de los jesuitas subió al púlpito y el entusiasta pueblo escuchó, en medio de un silencio sacro, predicar en valenciano a aquel noble que había visto «armado y haciendo lo propio de

los caballeros». Desde una lujosa sede púrpura, el cardenal Alejandrino contemplaba el espectáculo de fieles tan atentos y emocionados. Luego, el arzobispo y el cabildo quisieron ir a visitar a Borja al colegio. El santo Ribera se arrodilló ante mi padre, a quien no le dejaron incorporarse por sus fuertes dolores de gota.

Algunos recordaron que el famoso papa Borja, Alejandro VI, cuando aún era cardenal, fue como legado de su tío el papa Calixto III a Valencia, y entró con honores de rey en Xàtiva, su ciudad natal. Sin embargo, mi padre, ni siquiera quiso acercarse a Gandía, si bien muchos conciudadanos acudieron a Valencia aunque fuera sólo para verle pasar. No había que perder tiempo. El cortejo volvió a ponerse en movimiento rumbo a Madrid, aunque mi padre se desvió a visitar el noviciado de Villarejo, cerca de Cuenca, mientras en Jarama el cardenal Espinosa salió al encuentro del legado. Alejandrino se divirtió mucho en esta ocasión, pues apareció una tribu de gitanos que amenizaron a los viajeros con cantos y bailes moriscos. ¡Nada para un italiano como un espectáculo de baile flamenco!

Se acercaban ya a la villa y corte, cuando, ante los ojos de Francisco pasó un caballero soberbiamente montado. A mi padre se le debieron ir los ojos tras el corcel. El hecho es que al caballero le pareció que Borja admiraba su caballo. Al saber quién era hizo ensillar ricamente su cabalgadura y se la envió a mi padre, porque había sabido apreciarla. Borja quedó conmovido con el gesto, pero devolvió el caballo.

Llegaron a Madrid el 29 de septiembre. Felipe II en persona salió a recibir al legado y abrazó a mi padre. El rey, con el cardenal Alejandrino a un lado y el cardenal Espinosa al otro, recorrió a caballo las calles de la flamante capital del reino, una villa pequeña venida a más gracias a don Felipe.

—¡Mirad, mirad, es el santo duque! —decían los madrileños al verlo pasar.

Se detuvieron en Madrid mes y medio. El legado, como dominico, se hospedó algunos días en el convento de Atocha, pero luego se trasladó al palacio de don Juan de Austria. Recién llegado, fue a visitar a doña Ana de Austria, la cuarta mujer y sobrina de Felipe II, quien, aficionada a los brocados y los lazos, le recibió luciendo su piel rosácea y su avanzado embarazo. También visitó a la piadosa doña Juana en las Descalzas Reales y a los archiduques Alberto y Wenceslao, hermanos de la reina.

Mientras el cardenal se paseaba con su carroza de palacio en palacio, mi padre fue a vivir al colegio imperial, que había empezado a construir, como arquitecto que era, el buen padre Bustamente. La noticia de la muerte de su gran amigo y confidente el duque de Feria, le entristeció sobremanera. Cuando iba con el legado, que prefirió vestir de dominico en Madrid, le recogía siempre el borde de la capa en señal de acatamiento. Aparte de las obligadas visitas a la familia real, Francisco tuvo cálidos encuentros con la familia. Estuvo en casa de su yerno, el duque de Lerma. Luego, con su hermana, la tía Margarita, casada con Federico de Portugal, que tenía cuatro hijos. Ella organizó una alegre comida a la que asistieron todos los miembros de la familia que se hallaban en la ciudad.

También acudió a visitar a «la jesuita», a su buena amiga doña Juana, que se emocionó al volver a verle. Y conoció a mi hija Francisca, que, como dije, había profesado en las clarisas. ¡Qué alegría ver a su nieta, al mismo tiempo una Oñate emparentada con los Loyola, vistiendo el hábito de San Francisco! Mi otra hija, Juana, estuvo en el convento poco tiempo, porque prefirió casarse. En ese monasterio de las descalzas le pidió a su medio hermano Tomás Borja, que estudiaba entonces en Salamanca, que volviera con él a Roma. Durante una comida en familia dijo a todos que lo importante era seguir la propia vocación, el camino personal de cada uno y sobre todo vivir en el amor y temor de Dios, que a fin de cuentas es lo que más cuenta en esta vida, estemos donde estemos y hagamos lo que hagamos.

Pero no sólo se movió entre los grandes y su familia. Buscó tiempo como pudo para encontrarse con los más pequeños y olvidados. En un barrio plagado de prostitutas fue repetidas veces al Hospital de Antón Martín, donde los seguidores de Juan de Dios se ocupaban ya de lo último de la sociedad.

—Yo lo vi charlar con los enfermos. Les hacía las camas, les cortaba el pelo y las uñas de las manos y los pies, y luego discretamente dejaba alguna limosna debajo de la almohada —me contaba Melchor Marcos.

Todos pedían favores al duque: dispensas vaticanas, beneficios eclesiásticos, episcopados. Consiguió una mitra para Tomás de Borja, que se lo merecía por sus cualidades, y un permiso muy curioso para Ruy Gómez, que era caballero de Calatrava y tenía obligación de unos rezos diarios. ¡El famoso personaje prefería rezar salmos que padrenuestros! En fin, no paró,

sin dejar nunca sus oraciones, sus sermones y prédicas, y, cuando podía, se retiraba a casa de su hijo Hernando, ávido de oración y silencio.

¿Y el rey? Pasaban los meses de julio, agosto, septiembre y el monarca no le recibía. ¿Planeaba aún sobre él la sombra de la Inquisición y las sospechas? Diez años en Roma no habían transcurrido en vano. Valdés había pasado a la historia y el inquisidor ahora era un amigo: el cardenal Espinosa, que me había ayudado en mi carrera diplomática y nos seguía protegiendo en la corte. Mi padre quiso aprovechar estos cambios y pretendió que, durante aquellos días, se reeditara en Alcalá una versión latina de su famoso libro prohibido, y con tal fin pidió un ejemplar a Roma; pero, con tan mala fortuna, que no lo encontraban y hubo que traducirlo de nuevo, lo que retrasó la edición *sine die*[26]. Cuando se acercó al Alcázar, un estremecimiento de veneración corrió por los pasillos del palacio.

—¡Hoy predica en la capilla real el santo duque!

Los cortesanos querían saludarle, tocarle, besar su sotana.

Felipe II le recibió finalmente en El Pardo, su residencia de invierno. De negro hasta los pies, hizo un esfuerzo de cordialidad dentro de sus conocidas distancias. Comenzó preguntándole por su viaje, sobre la Compañía y sus planes de futuro. En este sentido, Borja expuso los asuntos pendientes: su expansión en Flandes, el colegio de Augsburg, pleitos con los dominicos en Toledo, destinos de jesuitas a Méjico, dotaciones, autorizaciones... También intentaba modificar la mala imagen que el rey tenía de la orden.

Pero a don Felipe se le veía impaciente; le interesaban más otros temas de Estado. Hábilmente cambió la conversación. El aire fresco de los montes acariciaba las cortinas de raso rojo y movía levemente un fajo de papeles que reposaban sobre la mesa de caoba del monarca.

—¿Qué sabéis de Portugal, padre Francisco?

Una pregunta ociosa, porque el rey, como de casi todo, tenía una privilegiada información.

—Vuestra tía, la reina, está muy preocupada. Me ha escrito, presa de la melancolía, y llora, porque los tres confesores, tanto el suyo propio

26. Juan de Borja, protagonista de esta historia, se encargó años después de publicarlo siendo embajador en Praga, como le escribe al que sería nuevo general de los jesuitas, Everardo Mercuriano, en 1579.

como el del cardenal, su cuñado, y el del príncipe están de acuerdo, pero no consiguen que los tres miembros de la familia real se entiendan. Más se diría que se odian.

Felipe II, que sabía todo a través de mis cartas, se hizo el tonto y siguió preguntando, como si doña Catalina no estuviera actuando a su dictado.

—¿Y Su Santidad? ¿Qué dice nuestro Santo Padre el Papa?

—Su Santidad no quiere que vuestra tía deje por nada del mundo el reino de Portugal.

De pronto, entró Ruy Gómez. Venía nervioso, con los ojos brillantes, entusiasmado.

—¡Majestad! ¡Noticias de la flota! ¡Hemos vencido en Lepanto! ¡La Santa Liga ha derrotado al turco! Don Álvaro Bazán nos dice en su mensaje: «Se combatió en ambas partes, y al fin hubimos la mayor victoria que de ninguna batalla de mar se ha habido. Bendito sea Dios, que ha sido servido de dar tanto honor a la cristiandad en vida de tan santo pontífice y de Su Majestad».

Al rey se le iluminaron los ojos sin poder ocultar su contento, después de tantas muertes y penalidades. El estandarte de la cristiandad, entregado por el Papa a don Juan de Austria, volvía cubierto de gloria. Contaban que en el mar, que se removía con las brazadas de hombres moribundos, no se sabía dónde terminaba el agua y dónde comenzaba la sangre, y cómo, entre las balas y flechas que se cruzaban las galeras, caían abrazados en el abordaje turcos y cristianos durante cinco largas horas de sangrienta batalla. La cabeza del jefe moro Alí Pasa fue arriada al palo mayor, y en lo más alto se colgó la imagen de Cristo crucificado.

Borja había estado informado puntualmente de la batalla, pues había capellanes jesuitas en las galeras, algunos de los cuales cayeron heridos. Pío V estaba encantado. En Madrid hubo festejos y celebraciones con participación del legado. Felipe II volvió a comer en público, cosa que no hacía desde la muerte de su hijo Carlos.

Borja, en sus entrevistas con el rey, también le presentó un documento pontificio por el que intercedía a favor del militar Marco Antonio Colonna para que fuera nombrado gobernador de Milán. Marco había movido Roma con Santiago, a Borja, Ruy Gómez y cien personajes más para conseguirlo, porque era mal visto en la corte española. Preparó también las

negociaciones con el legado Alejandrino sobre temas de relaciones Iglesia y Estado después del Concilio de Trento, el asunto de la Liga y muchos más memoriales que pasaron a las manos de otro tipo curioso y que llegaría a ser tan ladino como polémico, el intrigante secretario Antonio Pérez. En algunos puntos difíciles sobre Nápoles y Sicilia el rey dio largas y dijo que enviaría a Roma su propio legado.

Luego Borja le anunció:

—Mi hijo Juan llegará a Madrid los próximos días con noticias frescas de la corte portuguesa.

—Convendría, padre Francisco, que vos os adelantarais al cardenal para preparar el terreno. Por nada del mundo debe doña Catalina dejar Lisboa. Confío en vos. ¡Lo dejo en vuestras manos!

El cardenal Alejandrino estaba harto de tanta negociación y papeleo. Informó a Roma que no estaba contento del resultado y que se iba a Portugal. Lo único que puedo decir, como resumen del trabajo de mi padre, es que copias de los memoriales redactados por él aún andan en las cancillerías de muchos países.

Antes de partir, el padre general se entrevistó con Araoz. El jesuita cortesano lo estaba pasando mal, porque muchos compañeros le despreciaban. Tanto, que esperaba la llegada de Borja como «un ángel de Dios».

El pariente de Ignacio había cambiado. Los años y el sufrimiento lo habían hecho más tolerante y sencillo, aunque conservaba su aire señorial y atildado. Recibió a Borja como a su salvación en su despacho del Alcázar moviéndose con soltura dentro de su sotana impecable y con una encuadernada biblioteca a sus espaldas. Sus dos secretarios abrieron la puerta con cierta prosopopeya.

—Todo el mundo está encantando con vuestra venida, padre Francisco, y altamente edificado de que hayáis hecho tan largo viaje, pese a vuestras enfermedades. Creo que habéis conseguido de nuevo la benevolencia del rey para nuestra Compañía.

—¿Veis posibilidades para nuestros colegios en Flandes, padre Araoz?

—No os preocupéis. De eso me encargo yo. Yo sacaré esos ducados al rey.

Araoz no pudo ocultar un gesto de alegría de que el general le encargara de algo en persona.

—¿Y vos, cómo os encontráis?

Araoz empalideció. Le contó sus penas dentro de la Compañía. Cómo le difamaban por su forma de vida, por su poder, por su influjo en la corte, que él pensaba que eran sólo celos y envidias.

—Dicen que estoy fuera de la obediencia porque tengo dos mulas y asistentes, padre Francisco. Que, como profeso, no debería hospedarme en colegios, sino en casas sin rentas...

—Yo os autorizo a viajar en mula, tener dos compañeros que os ayuden y pasar de una provincia a otra, además de hospedaros en todas las casas de la Compañía.

—Dirán que es singularidad, padre, que uso de privilegios.

—Querido Antonio, siempre hemos sido una voluntad y un corazón en el Señor nuestro. Y ahora lo seremos más que nunca, porque hay muchas razones para ello y porque la Compañía y yo os lo debemos. Quedáis, pues, eximido de otra obediencia que no sea la mía, y yo escribiré una carta exhortando a nuestros compañeros de España que os respeten y os amen.

Era una decisión insólita en la orden, sólo comparable a la que Ignacio tomara con el propio Borja.

Mientras, la situación en Portugal se había hecho insoportable. Yo mismo no podía respirar en medio de aquel cruce de venablos, por lo que había pedido ser relevado del cargo cuando la reina abandonara el reino. Además, pasaba por serios problemas económicos, no sólo porque el nivel de vida en Portugal, como corte más rica de Europa, estaba por las nubes, sino porque la Corona no me mandaba un maravedí, pese a mis insistentes peticiones. Había escrito a mi padre mientras andaba por Valencia informándole de todo. A primeros de octubre, con el permiso de doña Catalina, salí disparado hacia Madrid para poner al día a mi padre. Era portador de una carta de la reina para Felipe II en la que le urgía sobre el casamiento de don Sebastián y su vuelta a Castilla.

—Ya no sirven las cartas. Negociad con don Felipe en persona. ¡Confío tanto en vos, don Juan! Hemos de preparar la venida del legado y que sepan todos dónde está la raíz de todos los males —me dijo antes de partir la reina casi llorando.

La raíz de todos los males eran, por supuesto, según ella, los todopoderosos hermanos Cámara.

No olvidaré el abrazo que nos dimos mi padre y yo en Madrid después de tantos años. Enseguida nos pusimos a trabajar. El rey nos recibió repetidas veces. Le mostré las instrucciones que traía de la reina. Una era sobre el casamiento, la otra, poniendo de chupa de *dómine* a los Cámara, y la tercera, confidencial sólo para mi padre.

Le decía que suspiraba con el momento en que Borja llegara a Portugal porque conocía muy bien todos los laberintos del reino. Y le pedía muchas cosas: que consiguiera que don Sebastián la tratara con más cariño; que solucionara el tema de los Cámara, como general de la Compañía; y que tratara al joven rey con dureza, diciéndole que venía de Roma para poner orden en el Reino y en el rey.

Felipe II nos indicó lo que debíamos decirle a doña Catalina.

—Le diréis que su marcha de Lisboa a Castilla está decidida y que ya he designado incluso a las personas que la acompañarán. Pero que debe quedarse en Portugal hasta que el legado regrese a Roma.

—Pero, Majestad, ¿deseáis que vuestra tía venga a Castilla? —pregunté asombrado.

—Vos decidle eso; luego ya se verá.

Era una clara estratagema para que el cardenal Alejandrino estuviera poco tiempo en la corte y se marchara cuanto antes a Portugal. En realidad, Felipe II lo tenía previsto todo, incluso las contestaciones que su tía debía dar al legado. En otras palabras, la chantajeaba: debía decir al legado que, si con su permanencia en Portugal se arreglaba la situación, se quedaría, y condicionarla al enlace de su nieto.

Entre tanto, en Francia el proyecto de boda entre Margarita y el hugonote Enrique iba adelante, aunque el Papa no estaba dispuesto a dar la dispensa si el novio no se hacía católico. Había muchos intereses por medio. De modo que cuando el cardenal Alejandrino salía de Madrid ya lo hacía con la negativa de Francia al matrimonio de Margarita con don Sebastián. Las únicas esperanzas eran que Borja pudiera convencer al joven rey a través de los jesuitas.

Terminada mi misión diplomática, salí a galope tendido hacia Lisoba, pues doña Catalina estaba ansiosa de recibir las respuestas de Felipe II. Yo le expliqué y le entregué el memorial del rey con todos los pasos que debía dar con el legado y ella los aceptó.

Al mismo tiempo, en Madrid se había organizado todo para que mi padre partiera antes que el legado. Antes de abandonar Castilla, Borja quiso enviar, mediante su yerno, el duque de Lerma, un regalo al rey con un billete:

> *«Envío a Vuestra Majestad una crucecita, que es una parte de la misma en que, por nuestro amor, el hijo de Dios muriendo redimió al mundo. Pareciome que la más alta de todas las reliquias me obliga a ponerla en el más solemne templo que hay en el mundo, que es el que Vuestra Majestad, para gloria de Dios y de su gran mártir San Lorenzo, edifica. Y que la misma cruz ayudará a llevar la que no se excusa con el peso de tantos reinos: que sin el amor y favor de la cruz no se podría llevar.»*

La respuesta de Felipe II a este obsequio del *lignum crucis* dice mucho del aprecio del rey a Borja:

> *«El marqués, vuestro yerno, me dio ahora vuestro billete y el leño de la santa Cruz, con que he holgado mucho: así por ser cosa de tanto estimar, y más para quien tanto lo ha de menester, como vos muy bien decís, como por venir de vuestras manos, donde no se perderá el fruto de ella. Plegue a Dios que en las mías no se pierda, sino que sea para se emplee todo en su servicio. Y, aunque sé el cuidado que vos tenéis siempre de pedirlo, os encargo ahora que lo llevéis adelante, y tan particularmente como veis que es menester. Y con esto me pagaréis la voluntad que siempre os he tenido y tengo.»*

Se dispuso que mi hermano Hernando, que le había caído tan bien al cardenal Alejandrino, no se separara de él ni de día ni de noche hasta llegar a la frontera de Portugal. Esta vez el viaje del legado fue directo, a través de Badajoz y Évora. Eso sí, no faltaron los bailes de moriscos que encantaban al joven cardenal italiano y los agasajos del duque de Bragança, que recibió con toda pompa a la comitiva en Villaviçiosa con opíparos banquetes y lujosos festejos en los jardines de palacio. En medio de tanto lujo, mi hermano Hernando estaba asustado de que el legado pudiera pensar que todo ese regalo iba con segundas intenciones, pero el italiano se puso como unas pascuas cuando le mostró una copia de la

relación completa de la batalla de Lepanto que se acababa de recibir en Madrid.

—Excelencia, acaba de llegar doña Ortensia de Castro, dama de la reina, muy culta. La llaman por eso Publia Ortensia, y quiere conversar con vos de cultura, letras y leyes.

La portuguesa, que había estudiado en Salamanca, tenía veintitrés años, y se presentó ante el legado espléndidamente vestida. Era un prodigio de mujer, pues, amén de culta, parecía una *madonna* de Rafael.

—Perdonad, señora, pero tengo prisa por llegar a la corte —le dijo sin rodeos el cardenal, pese a que quedó deslumbrado de su belleza.

El 3 de diciembre entró el legado en Lisboa. El arzobispo de la ciudad y el duque de Bragança le acompañaron hasta el castillo, en lo alto del barrio de la Alfama, donde se hospedó, y desde el que pudo extender su mirada a la ciudad y el puerto, que parecía un pañuelo caído entre el mar y la ladera.

El recibimiento real tuvo lugar en la ribera, con un límpido fondo de mar y cielo, de jarcias y velas de naos conquistadoras, que se recortaban sobre el azul. Pronto apareció el rey don Sebastián. Rubio y apuesto, tenía entonces dieciocho años. El legado pudo observar que era de mediana estatura y que se parecía mucho a su madre, doña Juana.

Lo recibió a caballo, flanqueado por dos atléticos esclavos negros. Sobre su lujoso vellorí resplandecían joyas de perlas, diamantes y rubíes. Le rodeaban los nobles y su guardia personal de cincuenta arcabuceros, tras los cuales seguían nada menos que mil jinetes. Todo un despliegue cortesano. El cardenal advirtió enseguida que aquel joven no era normal. Algo ocultaba tras aquella mirada entre turbia y altanera.

Luego saludó a doña Catalina, que le produjo exactamente la impresión contraria. Anciana señora de rostro fresco, gran estatura y aire armonioso, venía rodeada de cuatro matronas y algunos licenciados y prelados. Pero quizás la persona de la corte que más impresionó a Alejandrino fue la infanta María, hermana del fallecido Juan III y del cardenal Enrique. A sus cincuenta años, culta, elegante y rica, parecía flotar en medio de la fastuosa recepción real.

Aquella misma tarde, sin más dilación, el legado se entrevistó con la reina. Tanto el cardenal como mi padre me informaron que doña Catalina había cumplido al pie de la letra las órdenes de Felipe II.

—Vos sabéis, excelencia, que yo sigo queriendo a mi nieto y al cardenal.

El legado quedó satisfecho.

Acto seguido, entré en el salón de la reina y le dije:

—Majestad: mañana volveréis a ver al legado, bien valdría que pongáis por escrito lo que habéis de tratar.

La reina me dio cuatro folios que mi padre leyó detenidamente y dio a corregir a Polanco. Todo se resumía en un diagnóstico: el Reino era un caos por culpa de los Cámara, pues estos hermanos tenían toda la culpa de las dificultades para el matrimonio. Le envié una copia a Felipe II para que estuviera al corriente.

Al día siguiente don Sebastián, con aire displicente y egregia indiferencia, se presentó en la alcoba de su abuela.

—Os traigo una buena noticia, Majestad. Ha nacido el hijo que esperaba el rey de España, se llamará Fernando. Mi tío está muy contento con esto y con la victoria de Lepanto. Es más, también yo quiero daros una buena noticia: estoy dispuesto a casarme y entrar en la Liga Santa. Eso sí, con una condición, que Francia también entre en la Liga como dote de mi enlace con Margarita. He puesto al Papa y a su legado como mediadores. ¡Pero le he dicho que mantenga todo en secreto!

Catalina se quedó perpleja por las salidas de su nieto. Mi padre le dijo que no le pusiera mala cara y que le siguiera la corriente. Y mientras la diplomacia vaticana se ponía en marcha a través de los nuncios, todo el mundo sabía que a Felipe II no le interesaba que Francia entrara en la política mediterránea.

En fin, mi padre desplegó todas sus artes para convencer a doña Catalina de que no se marchase de Portugal. Yo, como no había manera de retenerla, le dije que el tiempo era malísimo, de lluvia y nieves, para tan largo viaje; que esperara a la primavera. Al final lo conseguimos. Lo que nadie, ni mi propio padre, hizo fue retirar al padre Cámara del lado del rey.

Borja estaba convencido de que don Sebastián no era tan tonto como parecía, y que había pedido una dote casi imposible para dar tiempo y que así Margarita de Valois acabaría casándose con Enrique de Navarra. Mi padre fue a ver al rey, que le miró por encima, con aires de emperador, mientras limpiaba una escopeta de caza.

—Decidme, padre Francisco, ¿qué nueva me traéis?

—Quisiera preguntaros si estáis firmemente decidido a casaros, don Sebastián.

—Sí —se limitó a contestar monosilábicamente el joven rey.

Francisco de Borja se quedó con la duda, por lo que conversamos largo y tendido sobre el asunto.

—Don Sebastián no se casa, padre. Os lo puedo asegurar, y de casarse lo haría con mi buena amiga doña Juana de Castro, que, como sabéis, es dama de la reina.

—¿Qué me decís? ¿Doña Juana? —Mi padre se echó a reír.

Estábamos comiendo en mi casa, mientras Lorenza y Leonor, su nieta, agasajaban encantadas al abuelo. A lo lejos alguien cantaba una triste canción morisca sobre un marinero que nunca volvería a Lisboa.

—Os lo puedo asegurar. Ella misma me ha confirmado que es amante del rey.

—¿Y su problema de impotencia? —preguntó mi padre.

—Veréis: como quise saber si la dama había salido entera de los encuentros con don Sebastián, concerté en secreto una cita con ella. Entre las sombras de un callejón de la ciudad alta, embozada, me dijo muy nerviosa que el rey le daba muchos problemas y penas de amor, pues ni la dejaba casarse ni refugiarse tras las rejas de un convento. Pero saqué una conclusión: el rey, padre, puede hacer ayuntamiento con mujer.

Llevé la sorprendente noticia a doña Catalina. Mas no era éste el único secreto que guardaba celosamente para sí el rubio monarca lusitano. Descubrí que estaba molesto con su tío Felipe II, porque, según él, le había robado la novia, Ana de Austria. Y debido a su loca obsesión con Marruecos, le indignaban los intereses españoles en los cercanos enclaves norteafricanos, mientras él ya estaba coqueteando con los ingleses.

En medio de tal torbellino, mi padre tenía otra misión que cumplir con don Sebastián. Su madre, la bella «jesuita» doña Juana, enferma, sola, que en poco tiempo había visto morir a todos sus seres queridos, a don Carlos, a Isabel de Valois y al duque de Feria, necesitaba dinero para mantener su actual *status*, pues, a fin de cuentas, vivía en un palacio a pesar de tenerlo instalado en las Descalzas Reales. Mi padre, con su habitual mano izquierda, se lo expuso de tal manera a don Sebastián que el rey quedó convencido y le concedió ocho cuentos, aunque luego el influjo de Cámara los rebajó a seis.

En pocas palabras, Francisco de Borja quedó razonablemente contento de sus gestiones, aunque la reina y yo no nos librábamos de la angustia

de que no hubiera querido remover al padre Gonçalves de Cámara. ¿Por qué no lo hizo? Quizás porque pensaba que para la calenturienta mente de don Sebastián el valido y director espiritual jesuita era un elemento estabilizador, y porque Borja era suave y moderado en sus decisiones de gobierno.

Cuando las naves estaban listas y esperándole en Tortosa para regresar a Roma por mar, vino una contraorden. Todavía les quedaba otra misión que cumplir en Francia, para concluir los planes de boda con Margarita. Pío V había decidido que Borja acompañara a Alejandrino a Blois, donde residía la corte gala. No sólo tenía que convencer a Margarita para que aceptara a Sebastián, debía obtener de Francia su adhesión a la Liga.

Mientras tanto, Inglaterra complicó la situación mediante acuerdos con Portugal y Francia. Un tratado comercial y otra liga perjudicaban los intereses de España y la Santa Sede. Había que actuar rápido. Pío V, para evitarlo, acudió de nuevo a la política matrimonial. ¿Por qué no casar a Juana de Austria, la jesuita secreta, con el duque de Anjou y nombrar a ambos reyes de Inglaterra? Además, ya había dictado la excomunión contra Isabel I. La flota española estaba dispuesta a invadir Irlanda. ¿Por qué no encargar de estas negociaciones al padre Borja? Mi padre debería, pues, regresar a Roma por tierra, vía Madrid y Blois.

Con estos apretados recuerdos todavía recientes, entré en los umbrales del palacio real de Sintra. Entre un azulear de los azulejos, imponentes colmillos de elefantes y esclavos negros, don Sebastián me recibió con la prosopopeya de siempre. Pero me sorprendió verlo vestido de luto y muy demacrado, con una cruz de plata como único adorno sobre el pecho.

—Don Juan —me dijo casi llorando—, he de daros una triste noticia: mi madre ha muerto.

Parecía un niño desvalido.

—Se ha muerto sin que nos hayamos visto. He decidido retirarme un tiempo a llorarla en el convento de los capuchinos de Lagos. Nuestras oraciones y rogativas no han sido escuchadas. La tristeza será mi sola compañía.

No pude evitar acordarme de mi reciente entrevista con la princesa y de mi encuentro posterior con la madre Teresa de Jesús, que me dijo: «Con la princesa de Portugal he estado hartas veces y holgándome, que

es sierva de Dios». Luego supe que el ataúd fue conducido al nuevo panteón de El Escorial por enlutados servidores y damas que portaban hachas encendidas. Me contaron que el aire de la sierra soplaba furioso haciendo gemir los árboles y que el mismo cielo acompañaba velado de nubes el cortejo fúnebre, entre el canto de los frailes y los lamentos de las mujeres. Conservo el epitafio que le dedicó el poeta Diego Hurtado de Mendoza:

No te detengas, pues, que es corto el día
y larga la jornada, doña Juana
yace en el hueco de esta piedra fría,
hija de Carlos V, cara hermana
de Felipe II; madre pía
de Sebastián, la gloria lusitana.
Lo demás, ¡oh curioso caminante!,
es largo de contar; ¡pasa adelante!

Don Sebastián, hijo de madre pía y biznieto de una loca, estaba muy lejos de ser la gloria lusitana. Intenté consolarle alabando las virtudes de su madre. Pero él, con su obsesión africana, se quedó engolfado en sus globos terráqueos, mapas y sextantes, mientras un negro, de rodillas, le sostenía la copa y otro con un abanico de plumas le apartaba las moscas, soñando sin duda con quiméricas conquistas y jeques árabes. No pude evitar el recuerdo del malogrado don Carlos. Parecía una triste y grotesca caricatura a medio camino entre Carlos V y Enrique el Navegante.

Sólo el silencio de los bosques me devolvió a la verdad entre tantas miserias humanas y pensé en un consejo inolvidable que un día me dio mi padre: «Cuanto más agobiado os encontréis en los negocios de la corte y con más polvo de Egipto, retiraos a un rincón escondido, que no hay mejor cura que la oración y el silencio». Filtrada por la tupida arboleda de Sintra, caía una suave lluvia muy portuguesa que refrescaba mi frente.

21

El último viaje

Lisboa, conmocionada por la muerte de la princesa doña Juana, había colgado negros crespones por sus calles y anunciado varios días de funerales y lutos. Yo aproveché esa tregua, pues en tales circunstancias no me parecía oportuno ir con negocios de Estado a la pobre doña Catalina, que demasiado entera se conservaba después de haber vivido literalmente perseguida por el fantasma de la muerte.

Descansé, pues, en mi casa una semana, pendiente de Lorenza, que, contenta de mi regreso, había experimentado una considerable mejoría. Leonor llenaba de risas y canciones nuestro hogar, mientras yo ultimaba mis apuntes para elaborar el informe que había de entregar al Papa en cuanto me fuera posible hilvanar los últimos datos.

Entre traqueteos de la litera, el frío invierno en pleno diciembre y los quebraderos de cabeza de los asuntos que llevaba entre manos, el viaje de regreso de mi padre debió ser un tormento para su quebrantada salud. Madrid estallaba de felicidad y fiestas con el nacimiento del príncipe Fernando, que se creía entonces heredero de la Corona. Todos pensaban que, junto a la victoria de Lepanto, era una señal del cielo y que al fin el rey católico rescataría el Santo Sepulcro en Jerusalén y que el papa Pío V, como le había prometido, acabaría por coronar a Felipe II como emperador de Oriente.

En medio de este clima, la carroza del legado y la litera de Borja penetraron por las puertas de Madrid. A mi padre le correspondió la satisfacción de sostener a la criatura del recién nacido príncipe en sus brazos durante el bautizo, que se celebró el 16 de diciembre de aquel memorable

año de 1571. ¡Qué recuerdos de otros tiempos en Valladolid, cuando el propio Borja sostuvo en sus brazos al futuro Felipe II! Después de nuevas entrevistas con el rey y Ruy Gómez sobre los temas pendientes, se puso en camino. «De hoy más todo nuestro negocio es caminar», escribía a Roma el 3 de enero. Hizo una escala en Burgos, y el día de Reyes pudo firmar la fundación del noviciado de Villagarcía, gracias a la generosidad de doña Magdalena de Ulloa, la madre adoptiva y educadora de Jeromín, don Juan de Austria, y otras fundaciones de colegios.

Felipe II ordenó a mi hermano Hernando que siguiera haciendo compañía a la comitiva del legado hasta la frontera de Bayona. Allí, después de recibir de manos de su padre la comunión y sabios consejos de vida, se despidió de él «hasta el cielo».

Borja y sus acompañantes se dispusieron a atravesar los verdes paisajes de Pau, que se abre como un balcón al Pirineo, y continuaron su duro camino en medio del frío, el viento y la nieve. A su paso veía las ruinas que había dejado la guerra, las iglesias destruidas, las imágenes mutiladas por el suelo. Tenían dificultad para encontrar un templo en pie donde poder celebrar. Un mes aproximadamente le costó al legado llegar a Burdeos, y algunos días más a mi padre. De allí, se trasladaron en un par de jornadas a Blois, donde residía la corte francesa. Llegaron el 8 de febrero, por Carnestolendas.

Carlos IX tuvo un gesto sorprendente. Se presentó a entrevistarse con los enviados pontificios vestido de máscara, con un negro disfraz de danzarín de la muerte, pues estaban en pleno baile de carnaval. Alejandrino y mi padre le miraron perplejos; se preguntaban qué era aquello, si un homenaje o una burla. Resultaba, además, un contraste macabro, porque en realidad era Borja el que llegaba a la corte francesa más muerto que vivo.

Al día siguiente les recibió el rey Carlos y la reina madre, Catalina de Médicis, en palacio. La nieve daba un extraño aspecto a la estatua ecuestre de Luis XI de la entrada. A la parpadeante luz de las antorchas que colgaban de los muros penetraron en la Salle d'Honneurs, donde ardía el fuego en la imponente y sobrecargada chimenea. Al fondo, esperaba impasible, cubierta de joyas y sentada en un pretencioso sillón dorado, la reina madre. A su lado, de pie, nervioso y enfundado en una casaca de terciopelo, con las manos repletas de anillos y pendientes en la oreja, esperaba el

joven rey. Borja avanzó por el salón. Con la triste sotana que le había regalado mi hermano Carlos en Valencia, descolorida por el polvo de los caminos, y su palidez de enfermo, parecía un alma en pena. La familia real le trató como a un grande de España y «primo» del rey.

De nuevo abordó el espinoso asunto de la famosa boda. Durante las complicadas conversaciones de carácter jurídico y teológico, una vez más la figura central fue mi padre, que era quien mejor conocía todos los intríngulis del tema. Unos y otros hablaban nerviosos, pues el problema protestante andaba por medio, complicándolo todo. Además, un duque, el de Mayenne, en clara desobediencia al rey de Francia, había unido sus tropas a la Liga Santa. Mi padre habló con Catalina de Médicis, la madre de la novia, y se debatía «entre el miedo y la esperanza». Eran muchos los que pretendían que se evitara la boda de Enrique y Margarita: el Papa, Felipe II, Catalina de Austria. Estos dos últimos habían hecho llegar a Borja sendos correos durante el viaje insistiendo una vez más en sus deseos. Pero, a pesar de que la familia real francesa les dio un trato exquisito y de que la reina madre derramó sus lagrimitas —«lágrimas de cocodrilo», las había llamado Laínez hacía años—, no hubo manera; las negociaciones fueron un fracaso, pues ya no había quien parara aquel matrimonio. Mi padre estaba tanto más preocupado cuanto en el asunto andaba por medio el futuro de la fe.

Fue entonces cuando llegó de Roma a galope un correo con una alarmante noticia:

—¡Su Santidad el Papa está muy enfermo!

Alejandrino, ante la gravedad de su tío, no lo dudó; decidió regresar cuanto antes a Roma vía Lyon. Mi padre se encontró en esta ciudad con su medio hermano Tomás Borja, futuro arzobispo de Zaragoza, que ya le acompañaría el resto del camino. Llegaron nuevos correos de Felipe II y doña Catalina dando efusivas gracias por «el buen modo y destreza» con que Borja había llevado su misión diplomática en Francia. Era increíble la rapidez con que, en medio de aquel cruel invierno, cabalgaban los correos y se infiltraban los espías. La reina madre de Portugal apostillaba: «Lo que más os encomiendo es que tengáis muy particular memoria en vuestras oraciones».

El cardenal legado viajaba a toda prisa, con ansiedad por encontrar a su tío con vida. Mientras, Francisco empalidecía más a cada legua de cami-

no. Pese a ser transportado en litera, su salud se agravaba por días. Tuvieron que detenerse en Saint-Jean-de-Maurienne, y, nuevamente, en Modane, durante cinco días. Pero la mayor dificultad con que se enfrentaban ahora eran los elementos, aquellas cimas nevadas de los Alpes que, como gigantes infranqueables se empeñaban en dificultar el camino. El día de la Purificación de Nuestra Señora llegaron a un templo yermo y asolado que apenas se tenía de pie. Entre ruinas, y cubierto de maleza, sólo había un triste altar de piedra. Pese a que todos estaban ateridos, quiso celebrar misa y casi no podía tenerse de pie. Además, le deprimía contemplar el destrozo de las iglesias a manos de los herejes. Recordó el salmo:

¡Dios mío, han invadido tu heredad, han profanado tu santo templo![27]

Pálido como la misma nieve que le rodeaba, empezó a tiritar de frío y pena.

—Con esta litera no podremos atravesar el paso de Moncenisio —comentó preocupado Tomás Borja, mientras alzaba las solapas de piel de su capote—. ¿No veis cómo nieva sin parar?

—Alquilaremos una silla cubierta, con medias andas, para llevarle a hombros a través de la montaña —sugirió Polanco.

Y así lo hicieron. El secretario, inquieto con la salud de Borja, escribió a Roma:

«Hásele descubierto a nuestro padre o venídole de nuevo un poco de fiebre y alguna sospecha de disentería, y tanto más deseamos sacarle de entre estos montes para que, en Turín, se pueda curar de estas indisposiciones y de una afección hipocondriaca, que particularmente le trabaja, aunque podría ser que, por demandar cura larga, se reserve esto para Roma.»

Lo malo era que hasta el secretario Polanco cayó enfermo y que en ese trance le robaron todos los documentos. La situación de Borja sólo les permitía avanzar dos leguas cada día. Corrió entre las gentes de los pue-

27. Salmo 79 (78).

blos de la región que el viajero era el famoso «santo duque español», y salían los campesinos a arrodillarse a su paso. Si nunca le gustó a mi padre la fama, menos en aquellos momentos en que el estómago le ardía como una olla y parecía que le iba a estallar la cabeza.

Un día sufrió un síncope, pero se repuso enseguida.

Cuando volvió en sí, vio a su hermano Tomás que lloraba a su lado.

—Vamos, Tomás. Si no os hubiera tenido por un hombre animoso, no os hubiera sacado de Salamanca.

Bajo la cortina de nieve y la fuerza de la ventisca, el cortejo serpeaba con dificultad por las laderas blancas de los Alpes, con el deseo de alcanzar cuanto antes Turín. Salió a su encuentro entre las nieves el rector del colegio de esta ciudad, padre Aquiles Gagliardi, acompañado de otro caballero.

—¡Finalmente os alcanzamos! ¡Loado sea Dios! ¿Cómo viene el enfermo? Este caballero es un médico que ha enviado el duque de Saboya. ¡Vamos, llevadle a casa cuanto antes, que debe venir rendido!

El estado del padre Francisco era tal que sus acompañantes deliberaron con el rector del colegio.

—¿Qué hacemos? Así, como está, no podrá resistirlo; no va a llegar vivo a Roma.

—Quizás la única solución es que lo llevemos navegando por el río Po. ¿Qué os parece?

—Pero, ¿cómo? No tenemos barca ni góndola a propósito.

—Hablaremos al duque de Ferrara. Él proveerá.

Y así, en una góndola enviada por su pariente Alfonso II d'Este, mi padre se embarcó el Lunes Santo y se deslizó por la dulces aguas del Po, que, entre brumas y meandros, lame chopos y copia castillos, rumbo a Ferrara. Melchor bromeaba con el forro de la cabina de la góndola, que no podía ser más lúgubre, pues era todo negro. El miércoles todo su cuerpo ardía de fiebre, por lo que se vieron obligados de atracar en Basignano, a un paso de Alessandria. Más adelante divisaron en la orilla a un grupo de caballeros que les hacían señas: traían vituallas y obsequios varios del duque de Mantua. Finalmente asomaron en lontananza las torres del castillo de Ferrara el día 19 de abril. El duque les esperaba en la orilla con su séquito. Todos sus deseos de agasajarlos fueron inútiles. Francisco, que llegaba medio muerto, no quiso albergarse en el imponente palacio que

habitara otrora la rubia Lucrecia Borja, pero sí aceptó al médico y las medicinas que el duque tuvo a bien enviarle. Tomás Borja sí se hospedó en palacio, aunque pronto se adelantó a Roma por encargo de Francisco.

Tampoco allí la estancia iba a ser tranquila, porque el Papa tenía pretensiones sobre Ferrara y por la ciudad se movían enviados secretos del Vaticano. Es más, Pío V, pese a su grave enfermedad, había hecho público un breve lleno de amenazas contra el señor de Ferrara. Éste estaba en contacto con Madrid y Ruy Gómez para pedir apoyo a España. Andaba por medio la unión de fuerzas en la dividida Italia. La ciudad era otro remolino de intereses saboyanos, franceses y españoles.

A todo esto llegó la esperada y triste noticia de Roma:

—¡El Papa ha muerto!

Pío V no había querido dejar esta vida sin ir antes a besar por tres veces la Escala Santa, que se conservaba, según la tradición, en Roma y estaba dispuesto a vender los cálices y tesoros de la Iglesia, si fuera necesario, para reconquistar para la fe a la herética Inglaterra. Murió el 1 de mayo del mal de la piedra con un viejo sueño en su corazón: la Liga Santa.

Comenzaron a dispararse las especulaciones sucesorias. El cardenal Paleotti le dijo a Tomás en Bolonia:

—¿Y vuestro hermano, el santo duque, cómo se encuentra?

—Mal. Está en Ferrara, muy enfermo, después del largo viaje con el cardenal Alejandrino.

Paleotti se ajustó el solideo púrpura y le dijo a Tomás, con ese aire de secreto a voces que en ocasiones gastan los príncipes de la Iglesia:

—¿Acaso no sabéis que muchos en Roma quieren hacerle papa?

Tomás se quedó de piedra.

—¿Qué decís? Pero, excelencia, si mi hermano no es cardenal.

—Eso no sería óbice. Ya sabéis que cualquier cristiano puede ser papa y el sacro colegio tiene poder, si quiere, para elegirle.

Como era de suponer, no se cumplió aquella profecía del visionario fray Juan de Tejeda sobre el «papa angélico», aunque no deja de ser curioso que hasta el final les persiguieran capelos y dignidades.

Mi padre no estaba para muchos trotes, y menos para recibir la tiara. Pronto llegó a Ferrara el nombre del nuevo sucesor: Hugo Buoncompagni, que elegía para su pontificado el nombre de Gregorio XIII. Con un

hijo tenido antes de ser sacerdote, era un hombre de vida honesta y candidato de Felipe II, aunque el rey de España había propuesto antes a Carlos Borromeo, que supo quitarse a tiempo de en medio.

Mientras, en Roma, el padre Nadal estaba agobiado. Ribadeneira, que le ayudaba en el gobierno de la Compañía, se ponía intermitentemente enfermo. Le escribió a mi padre rogándole que, por lo menos, le enviara a Polanco. Borja así lo hizo.

—¡Id a besar el pie del nuevo papa en mi nombre y el de toda la Compañía! —le ordenó a su secretario antes de partir.

Luego Nadal devolvió a Polanco a Ferrara, para que continuara acompañando al enfermo y mi padre siguiera cumplidamente informado de todos los acontecimientos, incluso de Estado: las dudas sobre la conquista de don Juan de Austria en Argel, la victoria del duque de Alba en Flandes, las relaciones con el nuevo papa, los problemas con los hugonotes, la terrible matanza de la noche de San Bartolomé...

En medio de aquel volcán de intereses, Francisco de Borja, después de un verano más muerto que vivo, decidió finalmente regresar a Roma.

—Siento mi muerte cercana. Tomás, hermano, precededme en Loreto. Quisiera detenerme en esa villa algunos días. Allá nos encontraremos.

De nuevo, al paso lento y renqueante de la litera, se puso en camino. Me contaba Tomás que durante el viaje padeció pronunciados dolores internos, que llevó con notable paciencia y ejemplar sufrimiento y, como el dejar de quejarse no estaba en su mano, le pidió que, por conservar su intimidad, no dejase acercarse a la litera a nadie. Llegaron a Loreto. El santuario se erguía sobre la montaña. Fuera la pretendida casa de la Virgen portada hasta a la colina por mano de ángeles, como cuenta la pía tradición, o no, lo cierto es que aquel lugar estaba vinculado a momentos importantes de la vida de mi padre y era como un símbolo de su sueño de siempre: la ermita, el retiro, el silencio.

Tras ocho días de estancia en Loreto, se volvió a poner en camino. Escribió Tomás:

> *«Llegando a Maçerata le comenzó a enflaquecer el pulso de manera que quisimos detenerle allí, pero no fue parte nadie a caballo con su paternidad reverendísima, sino que había de llegar a Roma; y así, vino desde allí*

siempre empeorando y faltándole la fuerza tan apriesa, que a mí me hizo temer mucho no se nos muriese en el camino. Al fin fue menester darnos priesa. Aunque padecía mucho trabajo en el movimiento, era tanto lo que deseaba llegar a Roma, que no fuimos parte en detenerle.»

Entraron en la urbe por la puerta Flaminia o del Popolo, donde, cerca de una iglesia de nuestra Señora que hay allí, quiso detenerse media hora para dar gracias. Mejor lo cuenta Tomás:

«Llegamos domingo en la tarde, víspera de San Miguel; y desde el punto en que entró dijo que daba gracias a Dios que se acababa la jornada de la vida con la obediencia. Al fin, desde el punto en que entró en su casa, comenzó a no querer que se tratase de más que de aparejarse para lo que tanto ha que estaba aparejado, como mandar a los de la Compañía que la oración que de allí adelante hicieran no fuera por lo que tocaba a su salud corporal, sino que las hiciesen indiferentes (no pidiendo la vida o la muerte), porque él quería aprovecharse de ellas.»

Fue conducido a la casa profesa, donde Francisco se apeó de la litera. Todos los jesuitas que se hallaban en Roma pasaron ante él para recibir su bendición, lo que fatigó mucho al enfermo. Fue luego conducido a su cuarto, el mismo en que habían vivido y fallecido Ignacio y Laínez. Pasaron a visitarle todos los cardenales de Roma y varias veces. Aldobrandini lo hizo en nombre del Papa. Los jesuitas le pidieron:

—Nombrad vicario, padre Francisco.

—Me basta a mí dar cuenta a nuestro Señor —dijo sonriendo.

Viviría sólo dos días más. De nuevo cito la carta que Tomás escribió a mi hermano Carlos, y en él, a todos sus hijos:

«Fue nuestro Señor servido de que durase este trabajo hasta el día de Sant Hierónimo, al punto de la media noche. Estuvo siempre en sí, hasta el momento que expiró, con una perpetua y profunda oración, sin hablar más que a lo que se le preguntaba, hasta volver a fijar sus ojos en un crucifijo, con una quietud admirable, en que mostraba bien la que toda la vida ha tenido. Supliquele por la bendición para vuestra señoría y para todos, cada uno

en particular. Diola, con decir al cabo que encomendaba a todos el camino de la salvación, y que él desde entonces lo suplicaba a nuestro Señor, el cual nos diese su gracia. Viéndome llorar, me mandó que no lo hiciese, porque tenía firme esperanza en nuestro Señor, que no tenía por qué.»

Tampoco yo podía contener las lágrimas, cuando leí por primera vez estas líneas:

«De esto ha dado muy buen testigo, así Su Santidad de vida como ejemplar muerte, y, entendiéndolo así el pueblo romano, fue cosa admirable la frecuencia de gente que vino a besarle la mano, y no sólo pueblo, sino prelados. Su Santidad envió a uno a visitarle y darle su bendición cum plenitudine clavium *(con la plena potestad de las llaves), que no poco se consoló su paternidad reverendísima.»*

Parece que mi padre intentó hacer una exhortación de despedida a sus compañeros. Pero no pudo. En medio de ese pastoso y reverencial silencio que precede a la muerte, los jesuitas presentes contenían la respiración mientras le llevaron el viático. Luego indicó que quería quedarse solo.

—Permitidme que os acompañe hasta el final —le pidió humildemente el fiel Melchor Marcos.

Borja asintió.

«Poco hay que sentir en su fallecimiento, pues que alcanzó nuestro padre lo que con tanto trabajo ha procurado mientras ha vivido. Lo que hay que sentir es lo que ha de durar en nosotros para siempre el haber perdido una joya como el padre Francisco, mi señor. En mí ha dado este golpe en lleno; sea nuestro Señor bendito por ello, así por el consuelo que era servirle como por la particular merced que, sin yo merecerla, me hacía. Y así, no sé cuál sea mayor, si la suerte de haberle conocido y venido a servir o la desdicha de haberle perdido.»

El padre Pablo Hernández se acercó al moribundo, poco antes de retirarse.

—Permitidme, padre, que os hagamos retratar.

Borja no lo consintió. Pero en esto sus compañeros no le hicieron caso y llamaron a un pintor. El artista intentó camuflarse como pudo detrás de un jesuita. Pero ni por esas. Francisco se dio cuenta y miró hacia otro lado, como indicando que no quería retratos. Hubo que apartar al pintor.

Dos horas después, que pasó como recogido en oración, dijo:

—Padres y hermanos, perdonadme por amor de Dios.

Luego llamó a Tomás Borja.

—Tomás: os recomiendo ser un buen ministro de la Iglesia que os será confiada.

—Dad una bendición a vuestra familia, padre Francisco —le rogó su hermano.

—Nómbramelos uno a uno para que a todos los encomiende a Dios.

Tomás fue recorriendo los nombres de hermanos, hijos, nietos..., en fin, toda la larga familia Borja. Al llegar al nombre de Juan, dijo:

—¿Os referís al hijo o al primo?

Borja sonrió, sin duda recordando cuántas cosas habíamos compartido juntos.

—¡No os olvidéis de Antón! —Tuvo aún fuerzas para decirle a Tomás.

Antón era un hombre del pueblo, el entrañable acemilero que nos acompañó cuando fuimos por primera vez a Roma.

—Tomad un poco de caldo, por amor de Dios —Le acercó una taza Melchor.

—¿Caldo? ¿De qué sirve? Pero si pronto habré acabado.

Con todo, como Melchor insistía, aceptó un sorbo.

Tomás escribiría:

> *«Procuré de hacerle retratar antes que expirase, porque no era justo que falte la memoria de un tan gran santo varón, pues en el mesmo aspecto se parecía la santidad del alma. Hícele embalsamar y depositar en medio de los dos generales y porque pienso escribir en otra a Vuestra Señoría ilustrísima lo que siento acerca de su entierro, en ésta no hablaré...»*

Una alusión posterior parece indicar que el Papa hubiera aceptado ya su tan deseada dimisión:

«Al fin, plugo a nuestro Señor cumplirle sus deseos al tiempo que más lo deseaba, por huir de lo que siempre huyó, al cual no le fuera parte otra cosa ninguna de librarle, según se entiende que este papa tenía resuelto. Sea nuestro Señor bendito, que tantas maneras de trabajos nos envía en esta hora. Este de la partida de los buenos le tengo por el mayor, por muy grandes que sean los demás.»

Marcos se acercó de nuevo al lecho del moribundo. Su rostro enflaquecido y lívido, la nariz afilada, los ojos llenos de párpado, poco recordaban ya de aquel caballero altivo y orondo, grande de España, caballerizo de la emperatriz, virrey de Cataluña y duque de Gandía.

El hermano cogió su esquelética mano amarilla.

—¿Deseáis algo, padre Francisco?

—Sólo quiero a Jesús.

Fueron sus últimas palabras. Así, cogido de la mano de Melchor, al amigo que en vida había visto predestinado a la gloria, expiró mi padre.

Era medianoche del 30 de septiembre.

Francisco de Borja yacía inmóvil ante la mirada sobrecogida de sus hermanos.

Pocos hombres han sabido afrontar la muerte como él, porque pocos hombres han pensado tanto en la muerte durante su vida.

Las campanas de Roma taladraron el impoluto cielo mediterráneo con el golpe seco y melancólico del toque de difuntos. En todas las gargantas sonaba un mismo estribillo lleno de admiración y pasmo: «¡El santo duque ha muerto!».

«Murió como vivió, con admirable paz y tranquilidad de su ánima, dando grandes muestras de sus virtudes, y especialmente de profunda humildad, pidiendo perdón a todos», decía Nadal. Los jesuitas entraban en su cuarto, donde se percibía algo especial. Dejó tal suavidad, tal paz, que consolaba mucho saborear ese silencio aún después que fue retirado el cadáver.

La autopsia demostró que el hígado y el bazo, lo que siempre le trataban los médicos, estaban sanos, «como los de un cabrito», dice Tomás. No había sido entendida su enfermedad, porque era en los pulmones donde «tenía unas apostemas grandísimas, de los cuales le sacaron más de *dos*

açumbres de podre». En realidad, había sufrido de todo: artritis, disentería, paludismo, tifus, hemorragias internas y pleuresía seca. Parecía un milagro que hubiera podido aguantar tan duro y prolongado viaje, un periplo que ya desde su inicio sabía que le iba a costar a la vida.

Al recordar este trance, no puedo menos que pensar en la frase del apóstol Pablo: *Obediens usque ad mortem.* La obediencia le trajo la muerte, pero también cerraba el ciclo de las dos dimensiones, humana y divina, de su aventura desde la cuna al servicio de su Dios y también de su rey.

Un escultor se encargó de hacerle una mascarilla, como se había hecho con Ignacio. Polanco, elegido vicario, comunicó la noticia a mi hermano Carlos, como actual duque y primogénito, al Papa y al rey católico: «Confiamos en la divina bondad habrá querido poner fin a sus trabajos y remunerar los de esta última jornada, que hizo por obediencia del vicario de Cristo nuestro señor y que, como testigo de vista, puedo decir fueron harto grandes».

Melchor no podía contener las lágrimas cuando escribía a Carlos:

> *«Su muerte fue santísima, como la vida. Hanla sentido mucho en esta ciudad, y principalmente Su Santidad, al cual, cuando acudieron a pedir la bendición y la indulgencia plenaria para nuestro padre, sabiendo que estaba* in articulo mortis, *se le saltaron las lágrimas de los ojos y dijo: "¡Oh, qué gran prelado perdemos!". Todos quedamos con gran soledad, y principalmente yo, por la razón grande que tengo de tenerla, viéndome sin nuestro padre. Si alguna cosa me consuela es creer que tenemos en él un buen abogado en el cielo, y que de allá nos ayudará más que de acá. Y esto es justo que consuele a Vuestra Ilustrísima... Y porque las lágrimas que me vienen a los ojos escribiendo ésta, no me dan lugar en ella a ser más largo...»*

Los embajadores transmitieron a sus reinos la muerte de Borja. Todos elogiaban la figura del santo duque y la coherencia de su vida.

Pero éstas no dejaban de ser escuetas notas de cancillerías.

Quizás solamente en la lejana y luminosa Gandía las campanas de la Colegiata, las mismas que habían repicado de alegría sesenta y dos años antes para festejar su nacimiento, rodaban ahora tristes por los campos y llevaban hasta la orilla del mar el adiós por Francisco, el grande de España

que prefirió ser pequeño, enamorado del silencio y del servicio a todos. El «otro Borja» que cerraba en luz un ciclo de oscura estirpe de papas y condotieros.

En su diario, las últimas frases que había escrito eran como un testamento:

> *«Devoción al santo nombre de Jesús y a ser de su Compañía. Deseo derramar la sangre por su amor, y, entretanto, tenerla depositada por él, y para cuando fuera de ella servido.»*

Cerré mi cuaderno y bajé la luz del quinqué.

A mi lado dormía tranquila Lorenza, a pesar de que no le desaparecían las fiebres. Me asomé, sin hacer ruido, a la ventana. Las velas cuadradas de las galeras, a la luz de las linternas de proa, prestaban al puerto un aire irreal y quimérico. Los guardias reales vigilaban en las garitas de un gran palacio deshabitado, pues doña Catalina vivía ya retirada, más melancólica que nunca, en el encalado convento de Xábregas, y don Sebastián se hallaba en Lagos llorando a su madre. La luna rielaba en el horizonte de anhelos ultramarinos, llamando a nuevas y arriesgadas aventuras.

De pronto, como arrastrado por una iluminación, me senté de nuevo ante mi cuaderno de apuntes y dibujé un sol que, al reflejarse en un espejo, devolvía sus rayos a los campos.

Debajo escribí la sentencia de este día: *Dei amor:* «El amar a Dios sobre todas las cosas es el primer mandamiento y el que más nos importa, pues nadie puede amar sino siendo amado primero por él; por este medio del amor divino, puede nuestra alma subir al más alto grado que se puede alcanzar, que es a unirle con el mismo Dios, conformando en todo su voluntad con la suya; con esto queda el alma tan enriquecida y tan llena de luz que, no sólo resplandece ella en sí, sino el resplandor que tiene lo comunica a los demás, ayudándoles y dándoles luz, para encenderlos en el mismo amor. Lo que se nos enseña en esta empresa del Sol es que, no sólo da luz al espejo, sino hace que el mismo espejo, con la reverberación de los rayos, dé luz y claridad para alumbrar, que es lo que hace el amor divino».

Eso fue Francisco de Borja, eso fue mi padre, un espejo que, de tanto contemplar la única luz, todo él resplandecía de ese sol interior y por eso

amaba tanto su tiempo de silencio, porque así su espejo se llenaba de luz para reflejar más luz.

Pero ahora en mi paisaje sólo había Luna, una pálida Luna que, tras espejear en el río a la busca del mar, se colaba por la ventana para posarse lívida sobre el rostro dormido de mi esposa. Sentí más que nunca que me había quedado solo en medio de la noche y nunca como entonces percibí dentro de mí la urgente necesidad interior de que finalmente amaneciera.

22

Leño y hoguera

Cuentan del gran rey Filipo de Macedonia, que, después de haber vencido en una gran batalla a los atenienses, porque con tal gloria no se ensoberbeciese más de lo debido, mandó que cada mañana, nada más despertarle, lo primero que le dijesen fuere: «Levántate, rey, y acuérdate de que eres hombre».

Hominem te esse cogita.

No puedo evitar, Santísimo Padre, recordar que soy hombre y, por tanto, encerrado en los límites de un tiempo siempre breve de vida y de un espacio que enmarcan los horizontes del globo terráqueo, cuando hoy, dos años después que me hiciereis vuestro encargo, me dirijo a vos para deciros: «No soy capaz de dar plena satisfacción a vuestros deseos».

No soy más que un hombre, Santidad, y un hombre no puede abarcar, y menos, juzgar a otro hombre, especialmente cuando se trata de Francisco de Borja y Aragón, que vivió en sí mismo la vida y la aventura de muchos hombres. Y más cuando ese hombre da la coincidencia de que es mi padre.

No soy más que un hijo. ¿Y acaso sabe un hijo quién fue realmente su padre? ¿Sabe de sus dudas de adolescente, de su primer amor, de sus trabajos en solitario, de sus noches de búsqueda preguntándose por qué hemos nacido, por qué morimos y para qué esta carrera de obstáculos de la vida?

Cuando me disponía a redactar mi informe definitivo, graves acontecimientos cambiaron súbitamente mi vida. Que en eso está también

recordar qué es un hombre: cáscara de nuez, velero arrastrado por tantos vientos y oleajes. Pocos días después de visitar a la reina lusitana, como tenía previsto, visita que por cierto hice con harto consuelo de mi ánima, pues el ejemplo de esta alta señora ante las desgracias dio espuelas a mi fe y pábulo a mi esperanza, me encontré con que el dolor alcanzó también de lleno mi propio hogar.

Una mañana de otoño, cuando las calles de Lisboa crujían a mi paso con el oro de las hojas caídas, me apresté alegremente a dar el primer saludo a mi querida esposa. Pero ya no estaba. La encontré muerta sobre el lecho con la cabeza vuelta hacia la ventana, como si hubiera querido apresar con postrer mirada la última estrella del amanecer. Se había ido como esas velas viajeras que desde el puerto zarpaban rumbo a ultramar. Aún no puedo creer que Dios se haya llevado a Lorenza, todavía joven, y que ambos hayamos podido disfrutar de tan poco tiempo juntos, debido, como sabéis, a mis muchas obligaciones en la corte.

Este luctuoso hecho y la soledad con que siento latir ahora mi corazón me han empujado a reflexionar sobre muchas cosas. También, sobre el mensaje y la vida de mi padre. He intentado repetidas veces hilvanar mis notas y redactar un detallado informe con todas las formalidades que pide mi oficio y experiencia en estas lides, que no es poca, pues sólo Dios sabe cuántas cartas y minutas oficiales tengo enviadas a nuestro señor el rey de España. Pero os confieso que no puedo. En primer lugar, porque los informes entierran en letra fría el hálito de la vida, con manidas fórmulas al uso. Y eso era tanto como estancar un río o momificar a mi propio padre. En segundo lugar, porque este tiempo de investigación, lecturas, conversaciones y entrevistas me han dejado algo muy claro: que lo mejor de una vida es inefable y se marchita como una flor sin agua cuando se traslada a la tinta y el papel.

Me propuse, pues, Santo Padre, enviaros mis apuntes, tal cual los escribí, al compás de mis viajes, en los despachos de las cancillerías y sobre las toscas mesas de las posadas; después de navegar en una galera o tras largas cabalgadas por valles y montañas; a la luz de un pábilo de convento y en la intimidad de mi propio hogar. Quizás estos apuntes, tal como están, a vuelapluma, nacidos junto al brocal de la vivencia, hayan podido atrapar algo de la frescura y espontaneidad de esa vida.

He dejado mi embajada en Portugal y los muchos sinsabores que me supuso, no sin sentir, entre otras cosas, una profunda lástima por el rey don Sebastián, que finalmente consiguió entrevistarse en una tarde cenicienta, oscura y decembrina con su poderoso tío Felipe II en la extremeña villa y santuario de Guadalupe. El iluso y temerario caballero andante se tropezó con el muro del rey prudente; se sintió ofendido de que el duque de Alba se ofreciera a comandar el ejército portugués si él renunciaba a su cruzada africana. Yo creo que Su Majestad católica se asustó al ver a su sobrino don Sebastián, pues debió recordarle mucho a su malogrado hijo don Carlos. Doña Catalina llora por las noches porque ve inevitable la loca aventura a que su nieto quiere conducir los ejércitos portugueses.

A Su Majestad católica tampoco la encontré más alegre. Con el pie en alto a causa de la gota y cogido por un fuerte resfriado, me pareció, cuando volví a visitarle en El Escorial, que la gloria de Lepanto no dejaba de ser un paréntesis feliz entre sus fracasos personales. Flandes, los moriscos, las exigencias que vienen de Indias y graves problemas de tesorería le mantienen sepultado en un mar de papeles. Ya parece que sólo le consuela colgar *tizianos* en las paredes de San Lorenzo y coleccionar los más variopintos y extraños mapas. Le encantan los mapas, y no viaja nunca si no es por sus palacios de alrededor. Anda enredado con las luchas intestinas entre carmelitas calzados y descalzos. Tiene todas las esperanzas de escapar de la muerte que le rodea, y que la reina Ana le dé, amén de quietud, la anhelada sucesión, tras la lamentable pérdida del príncipe Fernando. Tampoco ha abandonado su pretensión de anexionarse Portugal ¿Qué os voy a decir que no sepáis? Os puedo asegurar que son muchos los problemas que llegan cada día al despacho real.

Por mi parte, y a la espera de nueva embajada, me retiré un tiempo a Loyola, de la que es señora ahora mi querida hija Leonor. Allí, en sus jugosos valles, volví a recordar los comienzos como jesuita de mi padre y mis amores a escondidas con Lorenza. Mi padre se fue dulcificando con los años, y al final era tan bondadoso como transparente, aunque nunca perdió una cortesana distancia de los problemas como corresponde al buen gobernante que siempre fue.

Pero, si he de daros razón de su último secreto, no basta que os narre los avatares y laberintos de su vida; hay también que bucear en sus apuntes espirituales, en sus libros y en el rastro que nos dejó de sus largos tiempos de silencio. Con una letra rápida, a veces casi ilegible, emborronaba el reverso de sobres y trozos de papel con sus luces y experiencias. Su diario espiritual, desde febrero del sesenta y cuatro a principios del setenta, es como un espejo abocetado de su secreto más íntimo.

Practicaba lo que él llamaba la oración continua, que eran frases que dirigía a Dios y repetía varias veces durante el día. Siempre le vi con ganas de orar; quizás por eso le gustaba mucho la frase de san Agustín: «Tu mismo deseo es oración y el deseo continuo es una continua oración». Posiblemente era para él como una manera de estrenar en cada momento la vida: «Cada hora ofrecerse como si comenzase la vida para Cristo».

Tampoco se escapan de esos pedazos de papel, garrapateados entre visitas y prédicas, nombres y acontecimientos concretos. Como el día en que Pío V destinó a unos jesuitas a la Dieta de Alemania o cuando los turcos sitiaron la isla de Malta. ¿Y las fechas? ¡Ah las fechas! Venían a su mente por oleadas, como su cumpleaños o el día de la muerte de la emperatriz. Su famosa «salida de Egipto», cuando se escapó a Portugal perseguido por la Inquisición, o los aniversarios de la muerte de Ignacio y Laínez. Eran como señales de su personal historia de salvación, que se repetían cada año recordándole el camino y abriéndole el corazón a la gratitud.

Hay además temas que afloran a su alma como claroscuros de una manera especial. Se ve en sus apuntes que era un hombre que de alguna manera llevaba como un fardo el peso de su pasado, que tenía la sensación de que había, en cierto modo, perdido la primera mitad de su vida. ¿Ha dicho alguien que tuvo que condenar a muerte a algunas personas durante su época de duque de Gandía? «Confusión» es una palabra que repite mucho: «Pediré espíritu para confundirme en toda parte, y el espíritu de la confusión». ¿Era el contraste de las dos caras de su vida? ¿Necesitaba compensar los años de orgullo y poder? Hay momentos en que dice que desea «vivir como el que sale de la cárcel y lo llevan por las calles al suplicio»; o «como leña de castaño que nunca acaba de encenderse por más que sople». La confusión debía ser como un resorte que le movía a sentirse pe-

queño ante Dios y que le acompañaba casi siempre, «orando, comiendo», en cada minuto del día. «Confusión de no haber dado la vida», escribía.

Sí, mi padre era un hombre muy sensible a los claroscuros. De la luz de Levante pasó a amar las sombras de los claustros; de las polícromas sedas de duque, al negro de su sotana. Así, así vivía también la pasión de Jesús: «Vos abatido, y yo honrado», «Vos con denuestos, yo con honra. Vos muerto, yo vivo», «Ver sus llagas y yo sin ellas. Murió por mí y aún no soy muerto por él».

Supongo que hay santos cuyo carácter o pasta humana les conduce suavemente a sumergirse en Dios. Mi padre no fue de ésos. Creo que, desde el primer momento en que decidió seguir el camino de la fe cristiana con mayor sinceridad, tuvo que esforzarse en enderezar el tronco de un árbol que él sentía torcerse hacia otro lado, quizás al buen comer y beber, o a la vida muelle que en un tiempo gozó a las orillas del Mediterráneo y a su pasión por los caballos y la caza. Las cosas del mundo le pesaban y pedía continuamente un amor que le permitiese «olvido de lo de acá» y «vivir en el Señor, como si no viese sino a él» o «vivir como quien está para morir».

Se diría que luchaba para cerrar los ojos y ver el paisaje interior. Pero ¿cómo podía realizar esto un hombre que todavía, por su misión, también de jesuita, hollaba alfombras, comía con príncipes, era a diario obsequiado por los poderosos? Procuraba, como él decía, «concertar el reloj del alma», controlar sus sentidos, «limpiar el espejo del ánima». Quizás esta faceta, que yo creo estaba muy ligada a su natural sensualidad mediterránea, a su «carácter Borja», ha dado un perfil de mi padre demasiado ascético. Por eso debo añadir que detrás de ese esfuerzo se ocultaba una plenitud mística y mucho amor: «Al Espíritu Santo se pidió amor para quitar el amor a todas las cosas, por ponerle en él, y amar del amor que fuimos amados».

Lo que le dijo a Melchor en el lecho de muerte lo había repetido muchas veces antes: «Tener el corazón sin apetecer sino a Dios» y a «todas las criaturas en él», hasta llegar a «ver las cosas en el Señor, y por él olvidarlas todas».

Y su famosa calavera, que llevaba a todas partes en un saco de fieltro, no era necrofilia, era sólo un recordatorio de un encuentro de amor más

profundo, de «morir por él». Como si, para ese abrazo definitivo, tuviera que prepararse cada instante: «Aparejarme para morir por él, si hace falta, una vez cada hora», y «vivir como quien está para morir».

Como para Ignacio de Loyola, a Francisco ese mar de Dios contenía un fuerte sabor trinitario, puesto que es «Padre, potencia para aniquilar lo malo; Hijo, luz para quitar las tinieblas, y Espíritu Santo, fuego para quemar». Era sumergirse en la certeza de que Dios es «padre, pastor, medicina»; que es «amor sin medida», hasta morir de amor en ese fuego, como «el leño, poniéndole en la hoguera, se vuelve fuego», con la «esperanza siempre» de que no será nunca abandonado. Ese amor tenía un hermoso nombre concreto: Jesús, *Gesú*, al que dedicó la hermosa iglesia romana, que tanto luchó por construir y no pudo ver terminada.

Leo en su letra puntiaguda palabras que me hacen estremecer: «Pedí escribiese su nombre en el corazón», «Ser todo de Jesús, sangre y todo», «Francisco, para siempre de Jesús sea». Quizás por eso se pasaba largas horas ante el crucifijo, como si la cercanía a las llagas de su maestro le ayudaran a caminar. Quería estar «atado a la cruz», vivir al pie del madero, «siempre al pie muriendo» y «morir por Cristo», y, a veces, cuando alzaba la sagrada forma en la misa, pedía sentir «qué sintió él cuando lo levantaron a la cruz», o qué sintió María cuando lo tuvo entre sus brazos en Belén y en la sepultura. Experimentaba, como Ignacio, gran consuelo interior cuando celebraba, y tenía un sueño que repetía siempre y Dios le concedió: poder comulgar el día de su muerte.

La última vez que visité a doña Catalina en el convento de Xábregas me mostró un cuadro que tenía colgado sobre la encalada pared de su habitación.

—Mirad, don Juan, quiero que veáis esta pintura de nuestra Señora. A esta Virgen la llaman en Roma *Salus populi romani* y se venera en la basílica de Santa María la Mayor. Vuestro padre ha sido el primero que consiguió permiso para poder reproducirla. Le dio dos copias al padre Ignacio Azevedo antes de partir al Brasil. Una para él y otra para que me la entregara antes de zarpar de este puerto. Me escribía: «La imagen que lleva para Vuestra Alteza creo que es una de las más señaladas cosas que pueda tener una reina devota de la Madre de Dios, pues es el mismo retrato que pintó san Lucas, el cual está en Santa María la Mayor, con

toda veneración posible. Cómo vino a mis manos y lo demás, os contará el padre Azevedo». ¡No sabéis, hijo, cuánto consuelo me da contemplarla en estos momentos en que la melancolía de los hijos muertos me deprime y en que mi nieto el rey no acaba de sentar la cabeza!

¡Qué historia la de Azevedo! Don Sebastián y la corona portuguesa habían dotado el colegio de Río de Janeiro y mi padre había nombrado visitador de todas aquellas lejanas y extensas tierras a Ignacio Azevedo, que regresó de allí a informar a Borja y a reclutar misioneros. De España consiguió a diez voluntarios, entre ellos Francisco Pérez Godoy, pariente, por cierto, de la querida madre Teresa de Jesús. Logró reclutar a ochenta y siete personas, de las cuales treinta y siete eran jesuitas. Tres naves zarparon con las velas henchidas de ilusión desde Lisboa a comienzos del verano del año setenta. Navegaron primero rumbo a la isla de Madeira, y se dirigían a las Canarias, cuando cinco navíos les abordaron en plena travesía. Eran hugonotes franceses furiosos, que, comandados por el corsario Xaques Soria, martirizaron a los jesuitas. Azevedo confesó valientemente su fe mientras sostenía en sus manos la otra copia del cuadro de la Virgen de san Lucas que le había regalado Francisco de Borja.

María fue siempre su madre y abogada, también para pedirle la gracia de saber conducir su rebaño, un cargo que le pesaba sobremanera y en el que siempre quería que se conservara el modo de proceder del fundador. «Que se guarde la manera de nuestro padre Ignacio», pues amaba sin medida a la Compañía.

Hay quienes hoy sostienen que mi padre desvió, conventualizándolo, el primer estilo de Ignacio, dadas sus primeras amistades e influjos franciscanos. Hay en esto algo de cierto, como prueban los apuntes que os adjunto, puesto que él siempre se debatió entre la dicotomía de Marta y María, la acción y la contemplación, que le tocó reglamentar quizás más que Ignacio e impuso a los jesuitas un horario a la oración. Pero la intuición del de Loyola no se equivocó con él, pues al cabo su vida fue la de un contemplativo en la acción y su amor a la orden era tan profundo como indiscutible. En otro pedazo de papel encontré esta significativa frase: «Morir en la Compañía, o me lleve antes de sacarme de ella, o sea para mayor gloria suya». Y añadía que se ofrecía por entero con este fin «sangre y vida».

No voy a contaros cómo progresó la orden durante su generalato, cómo creció y se extendió en diversas partes del mundo y cómo trabajan estos beneméritos padres hoy allende los mares en difíciles y arriesgadas misiones. Vos conocéis mejor que yo su esfuerzo, las casas, colegios y misiones que se han construido. Cómo los primeros jesuitas que marcharon con deseo de fundar en las Indias del mar océano fueron asesinados por los indígenas de La Florida; cómo zarparon de Sanlúcar para fundar en Nueva España[28], Perú, Cartagena de Indias, Malaca, China, Japón, las islas Molucas, siguiendo la estela de Francisco de Javier, por no mencionar la importante propagación que experimentó en Occidente. Pero todo ello, Santidad, aquí está fuera de lugar, pertenece más a la historia de la Compañía de Jesús.

Me preguntaréis, santo padre, cómo hizo compatible toda esta vertiente espiritual y pastoral con sus actividades seculares, con las misiones que le encomendaron los romanos pontífices, y más en concreto vuestro predecesor, de santa memoria, Pío V. Él tenía muy arraigada en su alma la virtud de la obediencia. Por su propio gusto se hubiera retirado a una ermita a disfrutar del consuelo que Dios le concedía en el silencio y la contemplación. Pero ya desde el primer momento Ignacio le quiso dejar claro que la vocación del jesuita era orar sobre el surco del arado. Y las circunstancias de la vida, como un torrente, siempre acababan arrastrándole a Egipto, como él decía, a los contactos con las más encumbradas personalidades de su tiempo.

Mi padre consiguió en sus negociaciones una rara mezcla de serpiente y paloma, como pide el Evangelio. Yo vi en Madrid cómo hacía que las cartas de Felipe II le llegaran en secreto para que no se ofendiera el legado, cardenal Alejandrino, y cómo se las arreglaba para servir al rey y al mismo tiempo oponérsele, sobre todo en lo que el Papa quería sobre los privilegios regalistas, que conculcaban la autoridad eclesiástica en Milán, Nápoles y Sicilia. Todo con buen pulso y extrema habilidad. Pese a que siempre fue buen jinete, no me puedo explicar todavía cómo consiguió empuñar al mismo tiempo la doble brida de los negocios de su legación y

28. Méjico.

del gobierno de la Compañía, pese a que asuntos como los litigios con los dominicos en Toledo le preocupaban mucho. Era increíble la frecuencia de correos que recibía durante sus viajes.

Lo mismo supo hacer en Portugal. En plena borrasca de intereses de anexionistas, Borja quiso siempre que el país luso fuera un reino fuerte; por eso dijo a quien debía saberlo que don Sebastián no era impotente, sino capaz de matrimonio, lo que frenaba los ímpetus de quienes pretendían unirla a España. Hizo gala de equilibrista en la cuerda floja entre presiones castellanas e intereses portugueses. Templó la mano con el padre Cámara, al que no destituyó pese a las presiones de su amiga la reina abuela, porque lo consideraba pieza esencial para mantener tranquilo al inquieto y temerario don Sebastián. Consiguió que doña Catalina no se moviera de Portugal y en cierta medida se opuso incluso a Felipe II para ayudar a Sebastián.

Es verdad que no pudo conseguir que éste contrajera matrimonio con Margarita de Valois, y tampoco que Francia entrara en la Liga Santa. Pero el hecho de que Felipe II le pidiera intervenir para que hiciera todo lo posible por parar el tratado franco-inglés indican el alto aprecio que Su Majestad tenía de Borja. Dios sabe las veces que tuve que usarlo con don Sebastián, utilizando el prestigio de mi apellido, para que no se firmara la liga entre Inglaterra y Portugal.

También en Francia supo actuar eficazmente a la sombra. No podía parar la boda de Margarita y Enrique, es cierto; pero sí consiguió que la familia real francesa se acercara más a Pío V y que estuviera dispuesta a pedir dispensa para la boda. La importancia de aquellas negociaciones la prueban los numerosos espías y ladrones que pululaban en torno al viajero con la intención de robar documentos. En un momento de descuido de Polanco, que cayó enfermo, le llegaron a robar, como conté, todos los documentos. Luego entró también, ya con sus fuerzas muy mermadas, en la vorágine de intereses de Saboya y de problemas que afectan a la Santa Sede y sobre los cuales no seré yo quien ose narrar a Vuestra Santidad los particulares.

Si me preguntáis qué pintaba el general de los jesuitas en todos estos conflictos de los reinos y la cosa pública, vos conocéis la respuesta mejor que yo. Vuestro predecesor debió ver en él una figura providencial para

los intereses de la Iglesia, y lo eligió para acompañar a su sobrino. Es evidente que él no recorrió más de mil cien leguas[29] enfermo, por gusto, sino todo lo contrario, muy sabedor desde el principio de que el viaje le iba a costar la vida.

Eso sí, ahora comprendo que en el conjunto de su peripecia humana fue un viaje providencial. Es como si Francisco de Borja cerrara de este modo el círculo de su vida. Dejando su familia, el ducado, la corte, sus honores y sus responsabilidades, había entrado veintiséis años antes en la Compañía. Aquel último viaje fue como retornar a todo eso, pero desde el desprendimiento y la sabiduría que le había proporcionado su vida religiosa, su experiencia mística, los sufrimientos y las persecuciones. En una palabra, pese a su renuncia y su identidad de jesuita, Borja no dejó de ser Borja en ningún momento. No dejó de ser nuestro padre, hermano de sus hermanos, abuelo de sus nietos, amigo de reyes, cardenales, obispos y también de sus últimos servidores, del hermano Melchor y del acemilero Antón, que estuvieron en su corazón incluso en el momento de su muerte. Tuvo fuerzas hasta para cerrar completamente ese círculo y, con apenas un hálito de vida, regresar a Roma y bendecir antes de morir a sus hermanos en religión.

Supongo que Vuestra Santidad, desde su encumbrada sede de pastor de la Iglesia universal, padre de padres, pontífice y obispo de Roma, habrá conocido grandes y santos hombres, que son gloria de la santa Iglesia y prez de la humanidad. Yo también, en mi modestia, he tenido el honor y la alegría de tratar con figuras de la talla de Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Pedro Fabro, Juan de Ávila, Roberto Belarmino, Juan de Ribera, Laínez y tantos otros santos a veces anónimos que conocieron a mi padre y le admiraron. Cada uno tiene su peculiaridad, su manera personal de entender el mensaje y la doctrina del Evangelio de nuestro Señor. Pero Francisco de Borja rompió los códigos, sorprendió, y sigue descolocando a muchos, incluso despierta sentimientos encontrados por la multitud de facetas que vivió. Quizás por estas y parecidas razones Vuestra Santidad me pidió un informe y me formuló muchas preguntas.

29. Seis mil kilómetros en diez meses, a una media de 20 kilómetros diarios.

Ahora, mientras me asomo por la ventana de la casa solariega de Loyola, la misma por la que el gentilhombre Íñigo miraba serpear el río Urola o se anonadaba ante la contemplación de las estrellas, siento el corazón huérfano de esposa y de padre. Ella iluminó mi juventud de sonrisas, cuando correteábamos por estos valles en busca de bellotas y castañas, arrastrados por el amor y acariciados por la fina lluvia. Ella me mostró que Dios no está lejos, sino que tiene manos, brazos de carne para abrazarnos y unas misteriosas lágrimas de mujer.

Él, mi padre, me enseñó que por aquí vamos de paso, que ésta no es nuestra morada permanente, que nos afanamos mucho por alcanzar poder y al fin atesorar nada. Se ocupaba de todo, despachaba mil cartas, tenía dotes de mando y consejo; podía haber llegado a ser, así se comentó en su día, la persona de confianza del rey o su primer ministro, como lo fue de hecho de doña Juana mientras la princesa fue regente. Pero él lo hacía como quien va de camino y tiene el corazón en otra parte. Andaba entre los tapices, los elegantes salones y doseles como quien flota, y apenas comía de las exquisitas viandas con que en su último viaje le obsequiaban en la corte.

Pero no fue un lobo solitario, no, ni un asceta de salón. Nos quiso a todos de veras y le quisimos. Decía: «Pido amar a los prójimos en el amor con que Cristo los amó. Reverenciarlos porque son miembros suyos. Pido por todos los que me mortificaron, que el Señor les dé su amor. Tenerlos a todos en mucho, como salidos de la gracia, hijos de ella. Pido ojos para ver las virtudes en los prójimos y alabar al Señor en ellos». Quizás se pueda resumir todo en una sola petición, cuando en sus arrobos místicos rogaba al altísimo morar dentro del corazón de su amigo Jesús.

Esto es, Santidad, lo que os puedo decir. Vivió y murió dentro de esa herida como refugio y descanso, quizás porque mejor que nadie supo por su estirpe, sus enfermedades y sueños rotos, que en estos tiempos vivimos inmersos en una llaga histórica de dolor, en la que los hombres caen acribillados por la injusticia y la insania de absurdas guerras, egoísmos y las amenazas que hoy mantienen el mundo dividido.

Cuando contemplo la mascarilla que vaciaron de su rostro en el lecho de muerte me parece el mejor retrato de mi padre. Sus grandes ojos cerrados de grandes párpados, hablan del místico; su amplia frente despe-

jada, del escritor, del pensador, del estadista. La nariz Borja, afilada, de sus naturales dotes de poder y mano izquierda; y su boca, de esa mezcla acendrada de voluntad y dulzura, de capacidad de mando y secreta sensibilidad. Ése era mi padre, ése el verdadero Borja, del que quiero dar testimonio desde mi más agradecido amor de hijo para cuanto pueda ser útil a los futuros designios de la santa Iglesia que Vuestra Santidad pilota como supremo pastor y sucesor del apóstol Pedro.

Al contemplar ese rostro, que, lejos de parecer muerto, respira paz y cercanía, me viene a la mente ese estribillo que le repetía una y otra vez al hermano Marcos, cuando éste, cumpliendo su obligación, llamaba a su puerta para rogarle una y otra vez que dejara de orar y se fuera a dormir o descansar: «Un poco más, Melchor, dejadme un poco más». Ya nadie, ni en el cielo ni en la tierra, puede interrumpirle en ese gozo de vivir para siempre sumergido en el mar de Dios. Quizás por eso, al cabo de los años, he descubierto que morir no es abandonar la vida, sino colmarla, tomando cabal conciencia de ella al despertar a nuestra auténtica y verdadera condición de luz en la luz.

De Vuestra Santidad, amantísimo hijo, *Juan Borja.*

Nota del autor

Historicidad y fuentes

Como tengo por costumbre en mis novelas históricas, la fabulación o ficción de la presente obra es una parte mínima de la misma; se limita a lo indispensable para su puesta en escena, a la percha narrativa que sirve de hilo conductor. En este caso procede de un grato hallazgo en los anaqueles de una librería de viejo. Encontré un vetusto ejemplar impreso en Bruselas en 1680 y titulado *Empresas morales,* dedicado por su autor, Juan de Borja, «A su sacra, católica y Real Majestad Carlos II, nuestro señor».

El autor aparece con los siguientes títulos: «Conde de Mayalde y de Ficallo, treze y comendador de la Orden de Santiago; embajador por el señor rey Felipe II a la corona de Portugal, y a la Majestad Cesárea; mayordomo mayor de la serenísima señora emperatriz María; de los Consejos de Estado y Guerra del Señor rey Felipe III, presidente en el Real de Portugal y mayordomo mayor de la Serenísima Señora reina doña Margarita».

Pero, como ya sabemos, ante todo y por encima de todos estos cargos, Juan de Borja no es otro que el tercer hijo de san Francisco de Borja, duque de Gandía y sucesor de san Ignacio en el gobierno de la Compañía de Jesús. Por si fuera poco, llamó mi curiosidad que el volumen había visto la luz de forma más completa después de muerto el autor, gracias a un nieto suyo, que llevaba el mismo nombre del santo, Francisco de Borja, y que fue arcediano mayor de la iglesia metropolitana de Valencia y capellán mayor de Su Majestad en su real capilla y en el monasterio de las Reales Descalzas Franciscas de Madrid.

Don Juan de Borja había dado por primera vez a la imprenta este libro siendo embajador en Praga. Se trata de una obra muy moderna en su concepción, porque cada página comenta un dibujo o emblema conectado a

un pensamiento inspirador. Esta colección de virtudes morales y políticas van dirigidas al rey, por si «quisiere divertirse a materias, que deleitando la vista (por ser tan varias) den gusto al entendimiento, y no sin fruto».

Tras somera investigación descubrí que la figura de Juan de Borja, como hijo predilecto de Francisco y su compañero en tantas vicisitudes, viajes y empresas de Estado, me permitía encontrar el observador ideal para narrar, a la vez desde dentro y fuera, la variopinta y apasionante historia de su padre, tanto en su faceta de santo como de grande de España, e intentar explicar así algo su enigmática y poliédrica personalidad, enmarcada en la compleja historia de su tiempo. Si lo he conseguido o no, habrá de juzgar el lector.

Juan de Borja, hombre de profunda fe, piedad y amplia cultura, fue, además de los cargos mencionados, alcaide la fortaleza de San Sebastián y teniente general de Guipúzcoa. Fallecida su esposa, Lorenza Oñaz y Loyola en 1575, el rey quiso agradecerle los servicios prestados. Como al año siguiente contrajera matrimonio con Francisca de Aragón, dama de la reina Catalina, pidió al rey don Sebastián que le recompensara económicamente, puesto que con este matrimonio se vinculaba a la casa real portuguesa. Tuvo de estas segundas nupcias cuatro hijos más: Francisco, Fernando, Antonio y Carlos. Felipe II le hizo embajador en Alemania en 1576, llegando a ser presidente del Consejo de Portugal y mayordomo mayor de la emperatriz María, hermana de don Felipe, a la que acompañó en su viaje de regreso a España para recogerse en el madrileño convento de las Descalzas Reales, en el que, como doña Juana, había nacido. Murió don Juan en San Lorenzo del Escorial el 7 de enero de 1606. Sabemos que entonces era muy grueso y que, llevado en silla de ruedas, gravemente enfermo de las vías urinarias, posiblemente próstata, se descalabró en la frente y se hizo daño en un brazo, quedando desahuciado de los médicos, por lo que falleció, no sin despedirse antes de su sobrino el duque de Lerma. Sus restos fueron trasladados a la iglesia de la Compañía, y luego, a la de San Roque de Lisboa, donde fue enterrado y actualmente reposa. De esta manera, y cristianamente, acabó nuestro privilegiado testigo, que sirve de hilo conductor al relato. No deja de ser curioso que un nieto suyo sacerdote, llamado también Francisco, publicara sus *Empresas morales*.

Los avatares que sufrieron los restos de su padre, el verdadero protagonista de esta obra, fueron mucho más complicados, tanto que el novelista padre Luis Coloma dedicó un opúsculo a dar cuenta de esta accidentada peripecia. Borja fue enterrado primero, como vimos, en una modesta sepultura, entre san Ignacio y el padre Laínez, en la iglesia romana de los jesuitas, donde permaneció cuarenta y cinco años.

Iniciado el proceso de beatificación, su nieto, el célebre ministro de Felipe III, Francisco de Sandoval y Rojas, consiguió que los restos fueran trasladados a España en una caja de cedro forrada de plomo y, por dentro, de damasco rojo. Como la iglesia madrileña y convento de San Antonio del Prado, que el duque de Lerma había mandado construir, estaba sin terminar, fueron primero depositados en el convento de la Encarnación, donde sus reliquias serían veneradas por Felipe III y la familia real. De allí pasaron al convento de Santo Domingo y, a continuación, a las Descalzas Reales, a requerimiento de la infanta doña Margarita, tía del monarca y religiosa de este cenobio.

Terminada la iglesia, el duque de Lerma condujo en su propia carroza las reliquias de su santo abuelo a San Antonio del Prado, donde fueron muy veneradas. Mientras tanto, el proceso de beatificación, también promovido por el duque de Lerma, se inició en las diócesis de Madrid, Valencia, Barcelona y Zaragoza entre 1610 y 1615, fecha ésta en que pasó a Roma. Remitido a los correspondientes tribunales, el papa Gregorio XV dio su parecer favorable, y su sucesor, Urbano VIII, procedió a la beatificación el 23 de noviembre de 1624. En tal ocasión la reina Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, regaló la urna de plata destinada a guardar las reliquias del santo.

Pasó esta urna a la casa profesa de los jesuitas en la plazuela de Herradores. Parecía que Francisco no se libraba ni después de muerto de los agasajos de los nobles. Por ejemplo, en 1666 la reina Mariana de Austria acude al santo para poner bajo su protección a su augusto hijo, el rey niño Carlos II. Ya san Francisco de Borja era considerado patrono de la nobleza.

Pasados algunos años, la Congregación de Ritos dio su aprobación favorable a algunos milagros, y Clemente X canonizó a Borja el 12 de abril de 1671, junto a Felipe Benicio, Cayetano de Thiene, Luis Beltrán

y Rosa de Lima. De nuevo la urna del santo es trasladada con este motivo al Colegio Imperial de la calle de Toledo, actual Colegiata de San Isidro. Se hizo en una deslumbrante procesión que presenciaron los reyes desde el balcón de la Casa-Panadería de la plaza Mayor y de nuevo fue devuelta a la anterior capilla, que dos años después fue cerrada al culto y entregada a los padres del Oratorio de San Felipe Neri, cuando en 1767 los jesuitas fueron expulsados de España.

No acabó aquí el increíble trasiego de los restos del bendito duque. En la Guerra de la Independencia española, cuando, en 1809, José Bonaparte se apoderó de los tesoros de las iglesias, el cuerpo de Borja se salvó gracias a que la urna de plata fue bronceada. Con la desamortización de Mendizábal de 1835 fue derruida la iglesia de la Compañía, de donde los restos fueron a parar, al reclamarlos luego los jesuitas, a la de Medinaceli en 1890; y de aquí, el 30 de julio de 1901, a la de San Francisco de Borja de calle de la Flor Baja. Allí sufrieron la demencial quema de conventos del 11 de mayo de 1931. Un grupo de fieles y jesuitas, burlando la vigilancia republicana, entraron entre los escombros humeantes de la iglesia y recogieron lo que quedaba, la plata fundida mezclada con los huesos del que fuera IV duque de Gandía y segundo sucesor de san Ignacio de Loyola.

Comprobada su autenticidad por peritos de medicina legal y con la correspondiente autorización episcopal, fueron depositados en nueva urna y conducidos a la capilla del crucero de la actual iglesia de los jesuitas y parroquia del Sagrado Corazón de Jesús y San Francisco de Borja de la calle de Serrano, donde hoy, y esperemos que por mucho tiempo, descansan. Otras reliquias se conservan: una en Lisboa, por deseo de su hijo Juan Borja, en la iglesia de San Roque, y otra, una canilla, que fue retirada de la urna a mediados del siglo XVII, y por tanto no sufrió el incendio, que se encuentra en las Descalzas Reales de Madrid, por devoción de las clarisas.

Para la elaboración de esta obra y reconstrucción de la época me he basado en una amplia bibliografía sobre la historia de España de tiempos de Carlos V, Felipe II y de Portugal, Francia e Italia, así como de la historia de la Iglesia y de la Compañía de Jesús durante dicho período. Me limito a señalar aquí los principales autores de las fuentes biográficas sobre Francisco de Borja.

Además de los procesos de canonización y los valiosos volúmenes de documentos de *Monumenta Historica Societatis Iesu* dedicados a Borja y a su época, he consultado las biografías de Ribadeneira, Nieremberg, Cepari, Sgambatti, Verjus, Cienfuegos, Clarke, Suau, Michel, Yeo, Juan Pastor, Karrer, Adro Xavier, Saint Pauline, Amarie Dennis, Dalmases y Enrique García Hernán.

Los estudios de Abad, Aldea, Astrain, Batlle, Batllori, Benítez i Riera, Coloma, García Villoslada, García Lomas, Hornedo, Iparraguirre, Lopetegui, Hugo Rahner, Ruiz Jurado, Ruiz Lobo, Scadutto, Schhotto y Schönleben, entre otros.

Y, sobre todo, de la excelente tesis doctoral de Enrique García Hernán, *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado (1571-1572)*, que, aunque se circunscribe al último año y viaje de Borja, arroja nueva luz y documentos inéditos para la comprensión del personaje. A este investigador y al académico de la historia Quintín Aldea, SJ, quiero testimoniar mi especial gratitud por su asesoramiento y ayuda para escribir este libro.

Como dice García Hernán, Borja ha sido desgajado por muchos biógrafos de su entorno sociopolítico, al idealizar su figura de santo y al servirse como fuente de los procesos de beatificación, despojándole de su humanidad, flaquezas y desengaños, luchas y tensiones. Poco a poco va emergiendo su auténtica personalidad, aunque nunca deje de ser enigmática por su curiosa y nunca olvidada doble pertenencia a la Iglesia y a la nobleza.

Existen muy escasos acercamientos novelísticos al duque de Gandía. Entre ellos, destacamos la biografía casi novelada de Margaret Yeo, *The greatest of de Borgias* (London, 1936), que se distingue por sus lúcidas descripciones ambientales y geográficas, y la de Adro Xavier, *El duque de Gandía* (Madrid, 1950), que intenta reconstruir su vida hasta el ingreso en la Compañía. Pero, como siempre, su peripecia humana permanece en ellas velada por su dimensión espiritual.

Sobre las obras de Borja puede consultarse la edición latina *Opera omnia* (Bruselas, 1675). Dalmases publicó una selección de sus *Tratados espirituales* en la colección *Espirituales españoles* (Barcelona, 1963). Vale la pena leer sus meditaciones siguiendo el año litúrgico, publicadas en 1912

por Federico Cervós bajo el título de *Evangelio meditado* (Madrid, 1912). También escribió meditaciones para las fiestas de los Santos, editadas por José María March: *Meditaciones de S. Francisco de Borja para las fiestas de los santos* (Barcelona, 1925). Para una lista de las obras espirituales del santo, tanto manuscritas como impresas, ver C. Dalmases y J. F. Gilmont, «Las obras de san Francisco de Borja», en *Archivum Historicum Societatis Iesu* (30, 1961, pp. 125-179). Su *Diario espiritual (1464-1570)* ha sido reeditado por M. Ruiz Jurado, Bilbao-Santander en 1997. Entre las obras musicales que se le atribuyen destacan una misa, un *Magnificat* y el salmo *Beati immaculati in via qui ambulant in lege Domini*.

Como el rocambolesco itinerario de sus restos, Borja ha sido un Guadiana, olvidado, idealizado, venerado, despreciado y revalorizado según las épocas. Después de su muerte despertó no sólo el interés de los nobles y del entorno de los jesuitas, sino incluso el de grandes artistas y escritores. Francisco de Goya le dedicó el hermoso cuadro *La despedida de san Francisco de Borja de su familia*, que se conserva en la catedral de Valencia, y Calderón de la Barca, el auto sacramental *El gran duque de Gandía,* escrito en 1671. Perdido en un castillo cerca de Praga, el manuscrito fue encontrado por la Academia Checoeslovaca de las Ciencias en 1959. El inmortal don Pedro hace a Borja despertar del sueño, muy emparentado con el de Segismundo, al encontrarse muerta a la bella emperatriz en este fragmento del monólogo típicamente calderoniano con el que deseamos cerrar este libro:

Ahora, discurso mío,
no apagues la luz, que es ciego
el examen de estas sombras,
si las toco, y no las veo.
¿Qué es esto que el mundo llama
nobleza, hermosura, ingenio,
poder, aplauso, esperanza,
fortuna, merecimientos?
¿Son más que imágenes vanas
de los altares del viento
donde idolatra el engaño,

humos coge y pierde inciensos?
¡De estas augustas cenizas
qué esperaban mis deseos!
Pues yo ya soy más, si ellas
no apelan a lo que fueron.
Pues despierto en ellas
el alma del sueño,
no se muera todo.
Viva por lo menos
la razón diciendo:
«No más esperanza
sirva a mortal dueño.»